



*Ni siquiera la muerte
podrá separarlas*

Afterlove

CROSS
BOOKS

TANYA BYRNE

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Dedicatoria

Amor

Antes

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

Después

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

Once meses más tarde

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una historia de amor inmensa que desafía las normas de la vida y de la muerte.

Ash primero ve los faros de un coche. Luego siente un golpe terrible. Y después, aturdida, despierta en un lugar sorprendente entre la vida y la muerte.

Pero la joven no está dispuesta a marcharse al más allá sin despedirse de su gran amor, Poppy. Desobedeciendo las leyes de este mundo, Ash conseguirá lo imposible: pasar unos días más con ella y, juntas, descubrir que la única manera de no morir es permanecer en el corazón de otra persona.

AFTERLOVE

Tanya Byrne



En un lugar
más allá del bien y del mal
hay un jardín.
Me reuniré contigo allí.

RUMI

*A mi madre y a todos los que se subieron al barco. Espero que
estéis donde queréis estar.*

Amor



Alice Anderson está justo donde Deborah me dijo que la encontraría: en el acantilado de Saltdean, contemplando el mar. Me habría sido imposible no verla con ese abrigo rosa chillón que lleva. Es el tipo de prenda por el que haría cola en una tienda pero me rajaría a la hora de comprarla. Me la probaría, me sacaría un selfi y luego la dejaría para comprarme algo menos llamativo. Algo negro que me pudiese poner para ir a clase sin que me llamasen la atención.

Ese es uno de los aspectos más complicados de este trabajo: lo descorazonadoramente normales que son. Alice podría ser una chica de mi curso, podría estar justo detrás de mí en la cola de los probadores en Primark. Podría haber pasado a su lado por la calle y jamás me habría fijado en ella. Hasta hoy.

Es complicado asegurarlo en la oscuridad, pero desde aquí parece de mi edad —dieciséis, tal vez diecisiete—; el viento agita sus rizos rubios y deja al descubierto su rostro, de modo que puedo captar su perfil. No veo el color de sus ojos, pero puedo distinguir el contorno de su mandíbula y su nariz chata, el pintalabios del mismo tono que su abrigo.

Deduzco por su vestido hasta la rodilla y sus tacones que ha salido de fiesta. Hace demasiado frío para llevar las piernas al aire, pero quizá pensase que no pasaría nada porque tomaría un taxi para volver a casa, pero luego perdió el bolso y tuvo que regresar a pie. O quizá haya discutido con su novio y le haya pedido que pare el coche allí, que ya se buscará la vida para llegar a casa.

No sé por qué me invento historias sobre ellos. Se me pasará, imagino. Quizá en un par de meses, cuando haya hecho esto tantas veces que ya ni siquiera recuerde sus nombres.

Hasta entonces, no puedo evitar preguntarme por qué están allí.

¿Por qué ellos?

El mar está bravo, las olas son un hervidero arrollador que te atraparía y te arrastraría si te acercases demasiado. Yo jamás lo hago. Siempre me han dado mucho miedo las aguas abiertas, y las noches como esta me reafirman en mi convicción. Las olas suenan tan fuerte que Alice no me oye acercarme, pero yo mantengo las distancias porque veo que está temblando.

Hay algo en ese momento, cuando estás atrapado en el punto intermedio entre estar presente y ausente, cuando sientes todo a la vez: miedo, alegría, esperanza. No es como una ola, sino más bien como una inundación, y notas que te ahogas, como si alguien te hundiese la cabeza bajo el agua, y si tan solo pudieses emerger a la superficie estarías bien.

Eso es lo más cruel. Hay un microsegundo en el que estás segura de que te has librado, y el alivio hasta te marea. Se parece al momento justo después de besar a alguien por primera vez,

cuando te sientes desatado, como si pudieras echar a volar y tocar el cielo. Entonces es cuando hago mi aparición, para asegurarme de que no suceda.

Le concedo a Alice un minuto para calmarse, la veo cerrar los ojos y tomar aliento. Le tiembla todo el cuerpo y me planteo si ese es el momento en el que se percata de que no hay nada más.

Al fin, Alice se da la vuelta, con sus rizos rubios ondeando al viento, y cuando me ve, da un paso atrás.

Espero un instante, luego otro.

—¿Alice Anderson?

Frunce el ceño y esboza una mueca de extrañeza.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy Ash.

Se queda mirándome, y yo asiento con la cabeza. Tarda un rato, pero cuando se da cuenta de que le estoy señalando el acantilado, se gira y lo mira, y entonces suelta un alarido que espanta a todas las gaviotas, que se dispersan por doquier. Recula a trompicones y se tapa la boca con ambas manos. Cuando se gira para mirarme de nuevo, tengo que reprimir la necesidad de darme la vuelta y echar a correr, porque ¿y si quiere que le diga algo?

Esto será lo que quiere que le diga: que todo va a salir bien.

Esto es lo que no puedo decirle: que todo va a salir bien.

En cambio, se queda callada, y me alegra que no me pregunte ni cómo ni por qué ni ninguna de esas preguntas imposibles de contestar. Quizá quiera saber cuándo. Eso sí se lo puedo decir. Una cosa que he aprendido en el desempeño de este oficio es que es justo en ese momento, cuando todos los años que creías tener por delante se disuelven en unos segundos, el porqué no importa. Lo que importa es a quién dejas atrás, y eso lo entiendo mejor que nadie, te lo aseguro.

Como ya he dicho, hay algo en ese momento. Todo —todas las cosas que hiciste y las que dejaste de hacer, todo lo que dijiste y lo que no llegaste a decir— se desvanece y ves el mundo con una claridad absoluta y deslumbrante. La gente se pasa la vida aguardando ese momento. Escalan montañas y atraviesan mares a nado y leen libros con la esperanza de encontrarlo. Unos pocos con suerte dan con él, pero la mayoría —como yo y como Alice Anderson y como todos los que nos precedieron y los que nos seguirán— no lo logramos hasta que es demasiado tarde y, Dios, qué cruel es eso, ¿no? Darte cuenta, justo cuando te has quedado sin tiempo, de lo que tendrías que haber hecho con él.

Cuando Alice alza la barbilla para mirarme a los ojos por primera vez desde que se ha percatado de mi presencia, espero y me pregunto si eso es lo que le está pasando. Lo sabe, y todo saldrá de sopetón. Todas las cosas que debería haber hecho. Las mentiras que contó y los secretos que guardó. No se los puede llevar consigo, así que me los dejará a mí. Todos los deseos que pidió al soplar las velas en cada cumpleaños. Aquí estoy y esta es su última oportunidad de decir «Lo siento» o «Te quiero» o «Perdóname».

Todas las veces que debería haber saltado y no lo hizo. Todos los besos que debería haber

dado y se guardó. Todo el tiempo que desperdició por ser demasiado cauta o educada o miedosa cuando, a fin de cuentas, nada es tan aterrador como ver toda tu vida reducirse a un solo instante que está a punto de finalizar, estés lista o no.

Quizá entonces la vea exudar el arrepentimiento a través de la ropa, y jamás habrá parecido más viva. Se reirá, llorará y gritará, exprimirá cada emoción hasta que ya no quede nada y será como ver el último fogonazo de una bombilla antes de fundirse.

En cambio, Alice no hace nada de eso. No me revela sus secretos, no me habla de su perro, *Chester*, que duerme a los pies de su cama cada noche. Ni de la barra de labios que robó en Boots el año pasado, la roja, que no fue capaz de limpiarse ni frotando tan fuerte que los labios se le quedaron irritados durante varios días.

Debería parecerme estupendo, porque eso implica que no le tengo que explicar nada, que nos podemos ir ya. Pero me apetece explicárselo. Quiero que Alice me pregunte quién soy. Si lo hiciera, le contaría que soy Ashana Persaud y que tengo dieciséis años. Le comentaría que mi canción favorita es *Rock Steady* porque es la que mis padres siempre bailan en las bodas y que mi película preferida es *Amor contra viento y marea*, aunque siempre digo que es *El resplandor* porque así no tengo que dar explicaciones. Le mostraría la cicatriz que tengo en la barbilla de cuando me caí de un tobogán a los seis años y le hablaría del tatuaje que me planeaba hacer a los dieciocho. Le confesaría que me dan miedo las aguas abiertas, los payasos y que me vomiten encima, y que desde donde estamos se puede ver el lugar donde di mi último beso, hace un par de semanas, en la playa. Y, sobre todo, le diría que no es justo.

No es justo que ella pueda marcharse cuando yo tengo que quedarme y hacer todo esto.

No obstante, ella no me pregunta, así que nos quedamos en silencio, justo al borde del precipicio, con la luna observándonos desde lo alto y el mar llamándonos hasta que al fin Alice habla:

—Qué bonita estaba la luna. Solo quería sacarle una foto. No me di cuenta de lo cerca que estaba del borde y entonces... —hace una pausa para mirar al cielo— dejé de verla.

Cuando la miro veo que se le ha corrido el maquillaje, que una lágrima de color rímel le cae por la mejilla y me doy cuenta de que sus ojos son marrones, como los míos, pero la luz que antes los iluminaba ha desaparecido y me pregunto cómo habrían sido antes. Antes de que yo llegase. Y me pregunto quién la estará esperando en casa. Si sus padres estarán despiertos, fingiendo interés en la televisión para que no parezca que la estaban esperando. Su madre envuelta en un camisón grueso, con el móvil en la mano, mientras su padre tiene el oído alerta para detectar el chirrido del portillo del jardín seguido por los pasos cautelosos de Alice mientras atraviesa el sendero de gravilla con los tacones.

Pero no va a volver a casa, ¿verdad? Ese pensamiento me hace querer darme la vuelta y lanzarme al mar, que me arrastre a las profundidades, que me lleve a donde debo estar. Pero no puedo. No debo dejarla. Así que me acerco a ella y miro por el borde del precipicio. Está oscuro,

pero la veo —a Alice Anderson— en el sendero, con las extremidades en escorzo sobre el hormigón y un halo de sangre fresca bajo su cabeza.

Nos quedamos ahí un rato, yo con las manos en los bolsillos de mi cazadora y ella con las suyas en su abrigo rosa. En un momento dado, inclina su mejilla hacia mí.

—¿Eres un ángel? —Intento aguantarme la risa—. Si no eres un ángel, ¿qué eres?

Me mira de arriba abajo y yo se lo permito. Dejo que se embeba del color negro de mi piel, de mis botas Dr. Martens y de mis vaqueros, de mi sudadera con capucha y de mi chupa de cuero. Entrecierra los ojos cuando ve mi colgante de plata en forma de guadaña.

Entonces, su pálida piel se vuelve casi transparente sobre el cielo nocturno, se difuminan sus contornos, como si ya estuviese desapareciendo. Un murmullo de polillas se posa en sus rizos. Ella me observa mirar por el precipicio y me imita. Entonces ve la sombra nítida de Caronte en la playa, la luz de luna hace visible su barca de madera, que se bambolea suavemente en el mar, repentinamente en calma. Alice se gira para mirarme con un ceño curioso.

—¿Viene a por mí?

Asiento.

—¿Adónde voy?

Le tiendo la mano.

—Ya lo verás.

Antes



UNO



En lo que a excursiones escolares se refiere, visitar una granja eólica para aprender la importancia de las energías renovables no es que sea lo más emocionante del mundo. Ni siquiera tuvimos que montar en autobús porque estaba en la Marina y el señor Moreno nos hizo ir caminando porque considera que nos viene bien hacer un poco de ejercicio.

Es un caos, cómo no, vernos salir por las puertas del instituto todos a la vez en un rugido colectivo de carcajadas y conversaciones que se deben de oír desde el final de la calle. Los de Whitehawk tenemos una reputación horrible de por sí, pero, cuando nos trasladamos en masa como en esta ocasión, la gente niega con la cabeza y chista al cruzar la calle para evitar cruzarse con nosotros.

Cuando llegamos a Manor Hill, el señor Moreno claramente se arrepiente de habernos obligado a venir caminando. No para de correr adelante y atrás, contándonos ansiosamente para asegurarse de que ninguno nos hemos escapado mientras su ayudante mete prisa a los que nos hemos quedado rezagados porque teme que perdamos el barco.

Yo soy una de ellos.

—No será para tanto —me dice Adara, y me ofrece una patata frita con sabor a queso y cebolla, que rechazo con el ceño fruncido mientras me meto las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero.

Hace bastante calor para ser una tarde de finales de septiembre, el sol aún brilla alto en el cielo y me estoy saltando la clase doble de Química, cosa de la que nunca me oirás quejarme. Aparte, es viernes, y el señor Moreno nos ha dicho que acabaremos antes de las dos y media, así que estoy encantada de salir antes de tiempo, aunque para ello tenga que pasar unas horas en una granja eólica.

Mi reticencia, no obstante, tiene menos que ver con dónde vamos y más con cómo llegaremos allí.

—Tía, mira —dice Adara, que se detiene para coger otra patata y me señala—. Sé que no te gustan las aguas abiertas, pero no pasará nada. Te lo prometo. Navegaremos hasta la granja eólica, miraremos las turbinas, nos deleitaremos con la energía del futuro y volveremos por

donde hemos venido. —Obviamente yo no tenía pinta de estar convencida, porque añadió—: ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Esa pregunta se responde en cuanto llegamos a la Marina y Dan McCarthy corre para colocarse detrás de mí. Debe de haber escuchado nuestra conversación, porque me coge en brazos y amenaza con lanzarme al mar. Yo chillo, le suplico que me deje en paz e intento darle una patada, pero él se ríe y me pregunta si me apetece darme un bañito. Soy consciente de que Adara le está echando la bronca, pero eso solo provoca que se ría más fuerte. Sigo suspendida sobre el rompeolas, la superficie está tan cerca que parece alzarse para lamer las suelas de mis Dr. Martens.

Por suerte, el señor Moreno se acerca a nosotros.

—¡Daniel McCarthy! Deja a Ashana en el suelo ya mismo.

El señor Moreno jamás levanta la voz, cosa que admiro, dado que tiene que mantener atenta a un aula llena de chavales de dieciséis años durante dos horas de clase de Química un viernes por la tarde, cuando lo único que nos preocupa es lo que vamos a hacer el fin de semana. No obstante, siempre logra su objetivo, porque Dan me retira del rompeolas y me deja en el suelo.

Las mejillas del señor Moreno pasan del rosa al rojo.

—¿Qué estabas haciendo, Daniel?

—Estábamos de broma, señor.

«¿Cómo que estábamos?», me dan ganas de intervenir, pero la solidaridad de primero de bachillerato dicta que no debo chivarme de un compañero de clase, incluso si es tan irritante como Dan.

—No me parece que Ashana se lo estuviese tomando a broma. —El señor Moreno se cruza de brazos, esperando a que yo lo confirme. Como no lo hago, se rinde y suelta un sonoro suspiro—. Discúlpate con ella. Ahora mismo.

—Lo siento —dice él, intentando sin éxito aguantarse la risa.

El señor Moreno, a quien no le agrada ni pizca la falta de remordimientos de Dan, descruza los brazos y alza un dedo.

—Ya hablaremos el lunes, Daniel. Te quiero en mi despacho a las ocho de la mañana, ¿entendido? —Es obvio que Dan quiere protestar: «¿Un lunes a las ocho de la mañana...?», pero se lo piensa dos veces y decide simplemente asentir—. Ahora más te vale comportarte el resto de la tarde. ¿Crees que serás capaz?

Dan farfulla algo que asumo que es un sí y luego se va corriendo hacia sus colegas.

—Capullo —murmuro mientras me coloco bien la chaqueta de cuero.

Creí haberlo dicho lo bastante bajo para que el señor Moreno no me oyese, pero se vuelve hacia mí con un ceño pronunciado que me indica que no le ha parecido una respuesta apropiada por mi parte. Ahora me toca a mí disculparme, lo que me parece muy injusto, dado que acabo de estar a punto de morir. Lo hago a regañadientes y él acepta la disculpa asintiendo con la cabeza.

Entonces conduce a los compañeros que se habían acercado para ver lo que pasaba hacia la pasarela que lleva al barco.

—¿Estás bien? —me pregunta Adara mientras nos ponemos en marcha, aunque con poco entusiasmo.

Asiento y ella me conoce lo bastante bien como para saber que debe dejarlo estar.

Me siguen temblando las piernas cuando llegamos a donde están todos reunidos en un semicírculo alrededor del señor Moreno en el inicio de la pasarela. Ya ha recuperado el color habitual de las mejillas. Debe de llevar un rato esperándonos, porque cuando nos detenemos Adara y yo, justo al final del grupo, alza las manos.

—Sé que tenéis todos muchas ganas de aprender las maravillas de las energías renovables. — Se oye un gruñido colectivo, pero él no hace caso—. No obstante, no olvidéis que representáis al Instituto Whitehawk, tenedlo presente, ¿de acuerdo?

Inclina la cabeza y alza las cejas hacia Dan McCarthy, que me echa una miradita y se ríe.

—Pasa de él —me dice Adara mientras el señor Moreno da una palmada y vuelve a guiarnos hacia la estrecha pasarela que desemboca en el barco que nos aguarda—. Ya sabes cómo es.

—Es complicado pasar de él cuando intenta tirarme al mar, Ad.

—Ya, pero solo lo hace porque le gustas. Ya sabes cómo son los tíos. Así son sus muestras de afecto.

—No es mi tipo —le recuerdo con una sonrisa ácida.

Ella se ríe.

—Pero eso él no lo sabe, ¿verdad?

—Para empezar —me detengo para pasarme las manos por la cabeza, en un intento de domesticar los mechones salvajes que se han escapado de mi coleta a causa del gesto romántico de Dan—, no le gusto, es que es un capullo. Además, incluso si le gustase, tenemos dieciséis años, Ad. ¿No somos ya un poco mayorcitos para ir tirándonos del pelo en el patio?

Se queda quieta y cuando la piel entre sus perfectamente delineadas cejas se arruga, sé que está planteándose si todos los chicos que se han metido con nosotras año tras año, los que le intentaban arrancar el hiyab y nos decían que olíamos a curri, solo pretendían «mostrarnos afecto» o si eran unos capullos, como Dan.

Estoy a punto de decirle que no se preocupe cuando hay un pequeño arranque de emoción en el grupo. Me pregunto qué habrá hecho Dan cuando veo al señor Moreno avanzar por la pasarela hacia nosotras y nos recuerda que el barco está esperando a que subamos para poder zarpar y nos azuza para que nos demos prisa. Entonces descubrimos que no estamos solas. Al otro lado del muelle hay un grupo de chicas que parecen tan espantadas al vernos como nosotras al verlas a ellas.

—¿Quiénes son esas? —pregunta Adara, pestañeando con tal intensidad que los rabillos de sus ojos parecen a punto de alzar el vuelo.

—Los de Whitehawk mezclados con las de Roedean. —Sonrío de medio lado—. Esto se pone

interesante.

Hay un momento de silencio tenso en el que nos miramos unos a otros desde lados opuestos del embarcadero. Hay que decir, en honor a la verdad, que ellas no se achantan, sino que yerguen la espalda y alzan las frentes, como para decir: «No nos dais miedo». Algunas incluso se cruzan de brazos. A pesar de que nada de eso evita las miraditas que se están llevando, cuando las veo con sus uniformes de color azul marino me entran ganas de lamerme el dedo y agacharme para limpiar la porquería de mis Dr. Martens.

Cuando me giro para mirar a Adara, la veo jugar con el hiyab y sigo su mirada hasta el otro lado del embarcadero, donde hay una chica con el pelo como solo se ve en los anuncios de champú —largo y rubio y prácticamente refulgiendo bajo el sol de finales de septiembre— que nos está mirando sin cortarse un pelo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, y me cruzo de brazos—. ¿Nunca has visto a chicas de color o qué?

La chica se pone colorada al instante, luego se gira y le susurra algo a su amiga. Estoy a punto de decirle a Adara que pase de ella, pero no me hace falta, porque ella me mira y pone los ojos en blanco.

—Venga, poneos todos a la izquierda, por favor —nos indica el señor Moreno, mientras la profesora de Roedean les pide que vayan por la derecha, como si fuésemos seguidores de equipos de fútbol rivales que podrían liarse a puñetazos en cualquier momento.

El motor del barco se enciende y en cuanto oigo el reticente runrún bajo mis pies, recuerdo dónde estoy y me agarro a la barandilla para mantenerme en pie, pues mis piernas amenazan con fallar. Al menos, las de Roedean me han distraído durante un rato del mar que nos rodea, pero cuando el barco empieza a zarpar, me impacta el olor empalagoso a combustible y noto que la leche con cereales que mi madre me obligó a desayunar se me corta en el estómago.

—Respira hondo —me tranquiliza Adara, y me acaricia la espalda con la mano, pero no puedo: el olor nauseabundo en combinación con el humo que emerge del motor es demasiado intenso, noto que me cubre la lengua.

Me tapo la boca y la nariz con la mano, pero no sirve de nada. Me siento, tampoco funciona. Cierro los ojos, pero nada. Las gaviotas no están siendo de gran ayuda, sobrevolando el barco a escasa altura, como buitres acechando un cadáver reciente. En un momento dado, una de ellas se separa del grupo para arrebatarme una patata frita a Dan de las manos. La respuesta no se hace esperar: un rugido de alaridos y carcajadas, lo que pone aún más nerviosas a las gaviotas mientras yo me aferro a la barandilla, segura de estar notando cómo se bambolea el barco por culpa de la gente, que no para de corretear de un lado a otro.

Escucho al señor Moreno y a la profesora de Roedean pedir calma a sus respectivos alumnos mientras me agarro aún más fuerte y me tapo los ojos con la otra mano. Adara me pregunta si me encuentro bien y me centro en el sonido familiar de su voz. No soy capaz de hablar, todo está

borroso y fuera de mi alcance, la cubierta ya no es sólida, parece más bien hecha de agua que chapotea bajo mis pies mientras trato de no abandonarme y dejar que me engulla.

Recupero el habla y le pido a Adara que me dé un minuto. Me retiro al otro lado del barco para intentar estar lo más lejos posible del motor. No sirve de nada y me doy cuenta de que no voy a ser capaz de aguantar las oleadas de náuseas durante mucho tiempo. Recuerdo que el señor Moreno nos contó justo antes de salir que el mareo sucede porque el cerebro intenta comprender por qué todo se mueve a pesar de que tu cuerpo está parado. Según parece, si miras al horizonte, tu cerebro asimila el movimiento y recuperas el equilibrio. Estoy dispuesta a probar lo que sea a estas alturas, así que alzo la mirada y me fijo en la Central Eléctrica de Shoreham.

Me aferro a la barandilla y espero a que mi cerebro haga su trabajo mientras contemplo la línea de la costa desaparecer en la distancia. Nada. Sigo mareada, así que me saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón, medio tentada de llamar a mi madre para suplicarle que me venga a buscar cuando, para mi sorpresa, me doy cuenta de que funciona. Me siento mejor. Un poco. Aún tengo la sensación de estar a punto de echar la pota, pero ya no tanto como antes, y pocos minutos después, dejo de temblar. Unos pocos más y dejo de sudar y respiro con bastante normalidad como para poder ponerme en pie.

Mucho mejor. Ahora noto las piernas más firmes, la brisa me refresca las mejillas ardientes al inspirar y expulsar el aire con un suspiro de alivio. Justo cuando me siento capaz de soltar la barandilla, me percató de que hay alguien a mi lado y me sobresalto tan repentinamente que casi tiro el móvil al mar, porque creo que es Dan, que pretende lanzarme por la borda de nuevo.

Pero no es Dan, sino una de las chicas de Roedean.

—¿No te dan ganas de saltar?

Estoy demasiado sorprendida como para contestar, y ella me mira con una sonrisa lenta. Lo único que veo es su cabello. No sé qué les dan de comer en Roedean, pero todas tienen pelazo. Lo lleva recogido en una cola de caballo, mucho más acicalada que la mía, y es pelirrojo. No solo pelirrojo, sino rojo rojo. Del mismo color que el sari que mi madre llevó el día de su boda. Un cobrizo rico en matices con toques dorados que, cuando le da el sol, parece estar en llamas.

Sé que me he quedado mirándola como una boba porque lo único en lo que pienso es si sus pestañas serán del mismo tono bajo las mil capas de rímel que lleva. Si se da cuenta de mi embobamiento, al menos tiene la bondad de no decir nada, simplemente sigue sonriendo. Casi le devuelvo la sonrisa, pero me contengo porque me entra la paranoia de por qué está aquí. A lo mejor vio mi chupa de cuero y mis Dr. Martens y quiere gorronearme un cigarro, que se fumará con gran pompa. Una ligera muestra de rebeldía para demostrarles a sus amigas lo guay que es. O quizá pretenda preguntarme de dónde soy para poder contarme todos los detalles de su viaje a la India.

Sea cual sea el motivo, cuando contemplo su uniforme de Roedean y sus mejillas carnosas, rosadas por efecto del viento, no se me ocurre ninguna razón por la que una chica como ella podría estar interesada en hablar con una como yo. Así puestas una al lado de la otra no tenemos

ningún sentido. Ella, inmaculada, con la luz del sol refulgiendo las puntas blancas de sus zapatos Oxford, y yo, grasienta y encogida, con una fina capa de sudor perlando mi labio superior.

—¿No te dan ganas de saltar? —repite antes de que yo sea capaz de preguntarle qué es lo que quiere—. Como cuando estás en lo alto de un puente o en un andén y oyes que viene el tren y piensas: «Podría saltar».

«Sí», estoy a punto de responder, pero me contengo de nuevo.

Se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos de su americana.

—Pues ya somos dos.

«¿En serio? Creía que estaba loca.»

—Hay quien dice que es incluso sano.

«¿Sano?»

—Se conoce como «la llamada del vacío» —continúa, claramente impávida ante mi mutismo—. Jennifer Hames, una investigadora, entrevistó a un grupo de estudiantes de la Universidad de Florida y concluyó que, al menos en la mayoría de los casos, pensar esas cosas es bastante normal.

«¿Cómo puede ser normal?»

—Significa que tienes una voluntad de vivir saludable.

—¿Cómo puede significar querer tirarte de un puente que tienes una voluntad de vivir saludable? —intervengo al fin.

Sus ojos brillan por el desafío.

—Disonancia cognitiva. —Me gusta cómo lo dice, como si no asumiera que no sé lo que significa—. Cuando estás en lo alto de un puente, no estás en peligro, ¿verdad? A no ser que alguien te empuje, cosa que no es muy probable, ¿no?

Recuerdo a Dan y concluyo que no me gustaría estar en un puente a solas con él.

—Todo está en tu mente. —Se saca la mano del bolsillo y se da unos golpecitos en la sien con el dedo—. Cuando estás en un puente, tu cerebro ve el abismo y te avisa de que estás en peligro. Entonces, te asustas, pero no deberías, porque en realidad no estás en peligro, ¿verdad?

Asiento y aprieto el móvil entre los dedos cuando el barco se sacude de repente.

—Entonces, cuando intentas racionalizar por qué has sentido miedo, llegas a la conclusión de que ha debido de ser porque querías saltar, a pesar de que no has tenido ninguna intención de hacerlo. —Se vuelve a meter la mano en el bolsillo y se encoge de hombros de nuevo—. Solo significa que eres capaz de percibir las señales internas de peligro, lo que reafirma tus ansias de vivir.

No tengo ni idea de lo que me está contando, pero me gusta escucharla. No habla como nadie que yo conozca. No le da miedo dejar pasar unos segundos de silencio. Simplemente los deja estar.

—No quieres saltar. Es tu cerebro, que te hace jugarretas. Como ahora. —Señala el mar con la cabeza—. Estar en este barco te hace pensar que vas a vomitar, cuando en realidad no quieres.

—Podría pasar.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe y es el sonido más hermoso que he oído en mi vida. Ese temblor tan delicado, como el sonido que emiten las pulseras de oro de mi abuela cuando amasa el *roti*, que se acrecienta hasta llegar a ser muy intenso... lo siento en los huesos.

No quiero que pare, e intento pensar en algo que la haga reír de nuevo, pero entonces su barbilla desciende y cuando me mira, sonriéndome lentamente, igual que cuando me preguntó si me daban ganas de saltar, siento que me ha acercado una cerilla y me ha prendido fuego.



Hablamos durante tanto rato que me pierdo la explicación sobre las maravillas de las energías renovables, lo que significa que es muy probable que suspenda el examen de la semana que viene, pero me cuesta mucho que me importe ni siquiera medio camino porque lo único que quiero es preguntarle absolutamente todo sobre ella. Sé que se llama Poppy Morgan y que tiene dieciséis años, como yo, y que acaba de matricularse en Roedean porque la expulsaron de otro instituto privado superpijo que se llamaba Wycombe Abbey. Sé que le encanta retorcerse el pelo alrededor de la mano cuando piensa y que no le da miedo el mar abierto, pero detesta las alturas.

No obstante, no es suficiente. Quiero saber si tiene hermanos, y cuál es su canción favorita para escucharla en bucle cuando llegue a casa, pero es todo demasiado perfecto. Parece que estemos encerradas en una pompa de jabón que reventará si cometo la imprudencia de decir algo que la perturbe.

Así que no digo nada; soy tan consciente de que el reloj avanza a medida que la costa se acerca que me duele. Me parece estar flotando, haber abandonado mi cuerpo y estar mirándonos desde las alturas, desde la cubierta del barco y es todo demasiado perfecto. El cielo es tan grande que quiero ver cada esquina de su inmensidad. Me digo —me ruego, más bien— que no debo darle demasiadas vueltas. Que es mejor disfrutar de estos últimos momentos, pero el reloj no cesa con su tictac, y la costa se acerca, y yo estoy a la espera. Aguardo el momento en el que la burbuja revienta, porque siempre pasa.

Ella está tan cerca de mí que noto su calor a mi lado, y me advierto a mí misma que no debo crearme falsas esperanzas. No es que me haya pasado esto demasiadas veces, pero sí las suficientes como para saber cómo termina. Esas chicas con camisetas arcoíris que besan a otras chicas para impresionar a los tíos pero que se morirían si alguien las llamase bolleras. Esas chicas de sonrisa despreocupada y corazón sediento que ponen límites y cambian las reglas del juego cuando me despisto. Todas las cosas dichas y por decir que jamás volverán a mencionarse. Todas las veces que me ha tocado decir «Vale» cuando lo que me apetecía decir era «No quiero que seamos solo amigas».

Las chicas fantasma que están ahí, luego se desvanecen, que se permiten ceder ante la

comezón de la curiosidad por un instante y me hacen sentir cosas solo para concluir que eso no es para ellas. Las que están aburridas, o asustadas, o ambas cosas, que prefieren decirme que estaban borrachas antes que confesar que también sintieron algo porque lo único que ansían es una vida sin sobresaltos. Alguien a quien amar sin tener que ser valientes. Alguien a quien invitar a comer los domingos y llevar al baile de fin de curso.

Yo soy la primera y la última, nada de medias tintas. La loca. La salvaje. La que ve cosas que no existen. Soy el vertedero emocional, un hombro sobre el que sangrar y llorar. A la que dejan porque jamás las delataré. Soy la que tienen guardada en el móvil bajo el nombre de Alfie o Harry o Luke. La que guarda los secretos y la que calma la culpa. Pero jamás soy la que buscan.

No se me ama. Al menos no a voz en cuello. Tal vez me llegue el turno, si tengo suerte, de ser un «¿Y si?». O, peor aún, la que precede al amor verdadero. La que hace que se den cuenta de que no era solo una fase. No obstante, en líneas generales, seré apenas una nota al pie de página del libro de la vida sin sobresaltos que tanto anhelan, y al estar aquí, junto a Poppy, contemplando el salvaje mar, aguardo. Espero a que se aleje cuando una de sus compañeras de clase se acerque, o que de pronto mencione a un novio como si nada, como de pasada. Como si esto fuese nada más que una conversación. Al fin y al cabo, incluso el miedo se convierte en un hábito con el tiempo, ¿no?

Nos acercamos a la Marina y se nos ha acabado el tiempo, lo sé. El momento ha terminado. El dolor que siento en el pecho es tan agudo que me humedece los ojos, y miro hacia abajo, hacia el agua, para que Poppy no lo vea mientras el barco atraca. En ese momento, me percaté de que el agua es de un color distinto aquí. Un tono que solo he visto en postales de otras personas. Poppy también debe darse cuenta, porque comenta que podríamos estar en la Costa Azul. Lo acompaña de un suspiro soñador y, cuando cierra los ojos, de pronto la noto muy lejos, a pesar de que sigue justo a mi lado.

Lo más cerca que he estado de la Riviera Francesa —o de Francia en general— es comiendo un cruasán de la Real Patisserie, y no tiene pinta de que eso vaya a cambiar. Sin embargo, por una razón que no conozco, nuestros caminos se han cruzado hoy —llámalo suerte, o destino, o simplemente magia— y están a punto de separarse y nunca volver a tocarse. Porque no es probable que nos encontremos en el Lidl o en la parada del 1A, ¿verdad? Hasta aquí hemos llegado, hasta que el barco toque el puerto. Ella será la chica en la que piense de vez en cuando al contemplar la central eólica o cuando me coma un cruasán.

—Trae acá.

Poppy me arrebató el móvil de las manos tan rápido que no tengo opción de negarme. Cuando me lo devuelve, miro la pantalla y descubro que ha añadido su número a mi lista de contactos.

—Por si algún día te apetece saltar —dice, con las comisuras de los labios alzadas en una sonrisa traviesa—, o tomar un café.

El pecho ahora me duele por otro motivo, porque quiero volver a verla —me apetece muchísimo— y ella quiere volver a verme a mí y eso nunca pasa. No sé qué decir, así que me

limito a sonreírle cuando me guiña un ojo. La veo darse la vuelta y alejarse de mí, el vaivén de sus caderas y la incandescencia de su cabello, y me pregunto si existirán palabras para describir este sentimiento. Si las hay, aún no las he aprendido.

DOS



Ahora, al bajar del barco hacia el puerto para buscar a Adara, estoy mareada por un motivo completamente distinto. Sigo llevando el móvil en la mano y, cuando lo miro, tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no mandarle un mensaje a Poppy inmediatamente. No sé cómo soy capaz de contenerme, porque cada pensamiento de mi mente ha sido borrado y reemplazado por ella. Cada pensamiento, cada sonido. Las gaviotas graznan su nombre mientras las olas se acercan y se alejan, se acercan y se alejan, susurrándolo en ese tono cauteloso y amortiguado que utilizamos Adara y yo para hablar en la biblioteca. Incluso mi corazón, que late tan desbocado que lo noto en los oídos, parece mencionarlo entre latido y latido.

Poppy.

Latido.

Poppy.

Latido.

Poppy.

Cuando localizo a Adara en el muelle, me sonrío y me abraza fuerte.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando se separa—. ¿Feliz de volver a pisar tierra firme?

Debería reírme, pero me pregunto si me ha visto hablar con Poppy, y si ese es el motivo por el que no ha ido a interesarse por mí hasta ahora. Me dan ganas de agarrarla por los hombros y contarle todo, soltar todo lo que llevo dentro en una cascada apresurada que haga que me tiemblen las manos y que me arda la nuca. No obstante, sé lo que dirá. Me aconsejará que me calme, que tenga cuidado, que no la conozco de nada. Así que me callo y le sonrío porque quiero saborear este momento de esperanza un poquito más, mientras lo que sea que vaya a pasar después aún sea tan promisorio como una libreta nueva.

Adara debe de habernos visto hablando. Me va a preguntar por ella, así que agradezco inmensamente que un par de chicas de nuestra clase se nos acerquen para preguntarnos si nos apetece ir al pueblo. Obviamente han decidido aprovechar que podemos salir antes del instituto, así que nos unimos a ellas y nos dirigimos a la parada del autobús.

No recuerdo esperar al autobús ni subirme a él, solo estar allí, en el piso de arriba, escuchando sus quejas sobre lo aburrida que les ha parecido la excursión. Adara les recuerda que el mundo

está en llamas, pero a ellas les preocupa más conseguir alcohol para la fiesta de Mo, que es esta noche. Adara tiene razón, como siempre, pero en realidad ellas también: visitar una central eólica no es el plan ideal para la tarde del viernes de unas chicas de dieciséis años. En realidad, haber conocido a Poppy allí no es una anécdota que merezca ser relatada a nuestros nietos, ¿verdad?

Ya estoy otra vez adelantándome a los acontecimientos. No lo puedo evitar. Esto parece distinto. Sé que siempre digo lo mismo, pero ahora es verdad.

Podría llegar a ser algo.

Podríamos llegar a ser algo.

Desbloqueo el móvil para comprobar que el número de Poppy sigue ahí y que no ha sido producto de mi imaginación en un intento de mi cerebro de darnos un final feliz. Me muerdo el labio inferior para evitar sonreír cuando lo veo y me quedo pasmada mirándolo, como si al apartar la vista pudiese desaparecer para siempre. Esa idea me provoca unas ganas irrefrenables de escribirle, y me quedo contemplando los números durante tanto rato que acaban por fusionarse entre sí y por un terrible segundo de verdad creo que ha desaparecido. Vuelvo a escuchar los latidos de mi corazón en los oídos y pestañeo con fuerza —una, dos, tres, cuatro veces— hasta que la pantalla vuelve a estar nítida y su número recobra su forma.

—¿Por qué sonríes tanto? ¿Estás pensando en la chica con la que estabas hablando antes? — me pregunta Adara cuando nos levantamos para apearnos del autobús.

Antes de que me dé tiempo a responder, oigo que alguien grita mi nombre y me giro para ver a una mujer con una camiseta verde de Extinction Rebellion sonriéndome.

Estoy a punto de decirle que no tengo suelto, pues asumo que está recaudando fondos, cuando dice:

—No te acuerdas de mí, ¿a que no, Ash?

Mierda.

Esto nunca acaba bien.

—Soy Gillian —dice cuando ve que me quedo en blanco—. Trabajo con tu madre en A & E.

—Ah, hola —digo intentando que no se note que no tengo ni idea de quién es.

—¿Qué tal? ¿Cómo te va en el instituto?

—Bien. Hemos ido a la Central Eólica Rampion esta tarde.

—¡Qué pasada! —exclama—. Me alegro de que os enseñen esas cosas. Son superimportantes.

—Sí —asiento, y me meto el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros—. Eso parece.

—¿Y ella quién es?

Con un gesto de la cabeza señala a Adara, que está mirando el móvil a mi lado, y cuando la sonrisa de Gillian se congela, noto que cada músculo de mis hombros se tensa.

—¿Ella?

Tardo bastante en recuperar el aliento para terminar de responder. Me giro hacia Adara, que ha alzado la vista y observa a la mujer —la tal Gillian— y me pregunto si se estará planteando lo

mismo que yo. Si Gillian lo sabe. Si mi madre se lo ha contado y si ahora le comentará que me ha visto en el pueblo con una chica.

—Adara —dice Adara con una sonrisa casi igual de forzada.

—Sí, Adara. Se llama Adara. Es mi amiga Adara. Somos amigas desde la guardería.

Tengo que dejar de decir «Adara», pero no quiero que Gillian se olvide de su nombre para que cuando le cuente a mi madre que me ha visto en el pueblo con una chica, mi madre diga «Ah, ella. Son amigas desde hace años».

Adara debe de estar pensando lo mismo porque cuando Gillian se despide, con el pretexto de que tiene que recoger a su hijo del colegio, mi amiga espera a que cruce la calle para girarse hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Crees que lo sabe?

Me encojo de hombros.

—Si lo sabe, no me puedo creer que mi madre se lo haya contado.

—Ni de coña. —Adara niega con la cabeza—. No sería capaz. Aún no sabes seguro si le ha contado a tu padre que eres..., ya sabes. —Sube y baja las cejas—. ¿Por qué iba a confiárselo a una compañera de trabajo cualquiera?

—No tiene sentido.

¿Verdad?

—No, Ash. No te preocupes.

Pero sí que me preocupo, así que cuando me mira con una sonrisa entusiasta, me sobresalto.

—¿Qué?

—Venga, suéltalo.

—¿El qué?

—Lo de la chica de Roedean. ¿Cómo se llama?

—Ah. —Intento no sonreír, pero fracaso miserablemente—. Poppy. Poppy Morgan.

—Cómo no, Poppy.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tiene un hermano que se llama Hugo? —Adara se ríe con sarcasmo cuando cruzamos la calle para dirigirnos hacia Churchill Square. Como no entro al trapo, cambia de estrategia—. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis, como nosotras.

—¿De qué habéis hablado?

No se me ocurriría contarle lo de saltar de un puente, así que solo contesto:

—De todo un poco.

—¿Y sabes seguro que es...? —Sube y baja las cejas de nuevo.

—¡Por supuesto que no! —Bufo—. ¿Acaso lo he sabido nunca?

—Bueno, pues más te vale enterarte más pronto que tarde.

—¿Cómo? —Me encojo de hombros—. No puedo preguntárselo, ¿verdad? Es de mala

educación.

—¿Y jugar contigo para que te acabes torturando durante semanas preguntándote si le gustas para que al final te diga que es que suele tontear con sus amigas y que lamenta que lo hayas entendido mal no lo es?

Bua. Menuda forma de resumir todas y cada una de mis relaciones, Adara.

—Muchas gracias —farfullo, y me meto las manos en los bolsillos de mi cazadora de cuero.

Se detiene tan de repente que una mujer casi nos atropella con su carricoche.

—No pretendo disgustarte, Ash. —Se le suavizan los rasgos—. Solo quiero que tengas cuidado, ¿vale?

Yo también me quedo quieta y evito mirarla a los ojos mientras suelto un suspiro taciturno.

—Tendré cuidado, Ad.

—No te precipites, ¿vale? No quiero que te vuelvan a hacer daño.

—Te lo prometo.

No parece muy convencida, pero lo deja estar y continúa caminando.

—Y bien, ¿cómo habéis quedado?

—Me ha dado su número.

Se gira para mirarme, sus ojos marrón claro de pronto se oscurecen.

—No le habrás escrito, ¿verdad?

—Claro que no —le respondo justo al entrar en H & M.

—¿La has buscado en Insta?

—Claro. —¿Qué se cree que soy, una novata?—. Es privado.

—Vale. Tienes que esperar tres días.

Me giro hacia ella y pestañeo.

—¿Tres días?

Asiente.

—Vi un documental en Netflix sobre la psicología de las relaciones de pareja. Si le escribes hoy, parecerás desesperada, pero si dejas pasar más de tres días, pensará que no te interesa.

—Odio estas movidas —murmuro, y me detengo para coger una bufanda de cuadros amarillos solo para no tener que mirar a Adara.

Yo ya estoy lista, pero Adara tiene razón, es demasiado pronto. Acabo de conocerla hace solo unas horas. Supongo que debería alegrarme de tener el control por una vez en la vida. Normalmente soy yo la que espera. La que escribe demasiado pronto y contesta demasiado rápido y se queda en visto durante días hasta que recibe un «Perdona, cari. He estado ocupada».

Esta es la mejor y la peor parte.

La mejor porque la anticipación es emocionante. Nunca he tenido una primera cita, cosa que es una tragedia, lo sé. La mayoría de las chicas con las que he estado han sido rollos de una noche en fiestas con mucho vodka y poco autocontrol que yo intenté convertir —sin éxito— en algo más. Pensar en tener una cita con Poppy, decidir qué ponerme, compartir una pizza y

anticipar si me besaré, me da vértigo. No debería —ya no tengo doce años—, pero quiero experimentarlo al menos una vez.

Una sola.

También es la peor porque tengo que manejar mi próxima jugada con la cautela que se suele emplear en desactivar una bomba. Tengo que mantener la calma, pero no demasiado. Tontear, pero sin pasarme. Luego, si consigo no cagarla y acabamos saliendo a cenar, me preocuparé por si aparecerá y, si lo hace, me comeré la cabeza por si vendrá sola o con amigos, porque crea que es una cena grupal, y si al final aparece sola, me pasaré toda la cita pensando si considera que es solo un encuentro entre amigas o algo más. Aunque me bese, me plantearé si lo ha hecho porque le gusto o porque ha tomado demasiada sidra y le apetece descubrir qué se siente al besar a una chica.

Es agotador.

—Tres días —me recuerda Adara.

Tres días.

TRES



En cuanto meto la llave en la puerta de entrada, oigo a mi madre llamarme desde la cocina.

—Hola, mamá —la saludo.

El piso entero huele a jengibre y a ajo —a casa— y algo en mi interior se alinea cuando cierro la puerta de una patada a mi espalda y me agacho para desatarme las Dr. Martens.

—¿Ashana? —dice de nuevo cuando me estoy descalzando y tirando la mochila al suelo—. ¿Eres tú?

—No, soy el asesino del hacha. —Me quito la chupa de cuero y la cuelgo—. Es que soy muy cariñoso.

Asoma la cabeza por la puerta de la cocina; lleva un alfanje en la mano y entorna los ojos, lo que parece más una amenaza para mí que para el supuesto asesino del hacha. Probablemente debería asustarme, pero dado que mi madre es más bajita que mi hermana pequeña y que yo, no me amilano demasiado. En cambio, le sonrío dulcemente y ella farfulla algo que probablemente preferiría no escuchar, y luego se vuelve a meter en la cocina con un resoplido.

—¿Tienes hambre? —me pregunta. Yo la sigo.

No espera a que responda, deja el alfanje sobre la mesa y retira el *roti* recién hecho de la *tawa* que tiene sobre la cocina con los dedos. Lo dobla sobre sí mismo dos veces y luego se dirige al fregadero y comienza a palmearlo con ganas hasta que empieza a hincharse.

No sé cómo lo hace. Yo lo intenté una vez y el *roti* estaba tan caliente que me puse a gritar y lo tiré al fregadero. Mi tía Lalita se pasó un buen rato riéndose antes de regañar a mi madre por no haberme enseñado a palmeo como es debido, puesto que así no sería capaz de pescar un marido. No me atreví a decirle que ninguna de esas dos cuestiones me preocupa en absoluto.

Supongo que mi madre acaba de salir de la ducha, porque tiene el pelo húmedo y se le está empezando a secar formando un halo esponjoso alrededor de la frente. Es del mismo color que el mío, pero salpicado de gris, cosa que antes no soportaba, pero ya se ha rendido y ha dejado de teñirse (después de derramar sin querer el tinte sobre el suelo del baño y que le resultase imposible limpiarlo).

Lleva unos pantalones de chándal de mi padre y una camiseta vieja mía que pone «PASO» y las dos prendas le quedan enormes, las perneras le cubren las zapatillas de terciopelo rojo casi

por completo. Se moriría de la vergüenza si alguien viniese de visita y la descubriese con estas pintas, pero a mí me gusta.

Tiene el mismo aspecto que en las fotografías de adolescente en las que sale con mi padre.

—Toma —dice, cuando está satisfecha con el resultado del *roti*, y lo coloca en un plato.

—¡Ay, sí! —Sonrío y me froto las manos cuando me lo entrega.

Todo el mundo cree que el mejor *roti* es el que prepara su madre, pero se equivocan, porque el mejor es el de la mía. Le queda ligero y esponjoso y crujiente, todo al mismo tiempo. En una ocasión le dije que, si alguna vez me condenaban a muerte, su *roti* y su curri de pollo constituirían mi última cena. Eso o sus tortas fritas con calabaza. Llegamos a la conclusión de que en ese supuesto podría comerlo todo.

—Gracias, mamá —le digo, y me salen corazones de los ojos al mirar el *roti* humeante sobre el plato, pero cuando alargo la mano para cogerlo, lo retira y me señala el fregadero con la barbilla.

—Lávate las manos.

Obedezco con un gemido muy teatral.

—No te me pongas dramática, Ashana —me dice mientras me dirijo al fregadero bajo su atenta mirada—. ¿Sabes cuántos gérmenes han pasado por tus manos hoy? Sería como comerte el *roti* directamente de la acera. Ven.

Extiendo las manos hacia ella y cuando se cerciora de que están lo bastante limpias para su criterio, me devuelve el plato y regresa a sus quehaceres.

—¿Qué hay para cenar? —pregunto.

Es viernes, así que ya sé lo que será; esbozo una mueca cuando oigo que dice:

—Curri de pescado.

—¡Ñam! —digo, y me meto un trozo de *roti* en la boca.

—Es muy sano.

Antes comíamos *fish and chips* los viernes por la noche. Era el único capricho que se concedía mi madre, pero luego mi padre tuvo que dejar su trabajo en el hospital y pasamos a comer curri de pescado.

—¿Qué tal el día? —le pregunto mientras la observo poner la palma de la mano sobre la *tawa*—. ¿Has dormido algo?

—No mucho. El maldito perro de los vecinos se ha pasado el día entero ladrando como un poseso.

Suspira, suena cansada —muy cansada— y yo me siento fatal por ser una malcriada y quejarme del curri de pescado, que probablemente lleve horas preparando, mientras Adara y yo nos probábamos pintalabios.

—Lo siento —digo mientras la veo coger otra bola de masa de debajo del trapo húmedo que tiene al lado de la cocina y estirarlo hasta formar un círculo con la fina *belna* de madera que perteneció a mi abuela.

—Entre él y el gato de un poco más allá...

—¿*Dorito*? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿Qué te ha hecho?

—Me odia. Siempre me bufa cuando paso a su lado.

—Los gatos perciben la maldad, ¿no es así?

—Una pena que no perciban las faltas de respeto de las hijas.

Arquea una ceja, cosa que es un logro, porque sus cejas casi han desaparecido por culpa de llevar años depilándose las demasiado; aun así, pillo la indirecta.

—Estás celosa porque yo le caigo bien y tú no —le digo con una sonrisa fanfarrona.

—Solo le caes bien porque lo acaricias cada vez que lo ves. ¿Por qué crees que te pido que te laves las manos en cuanto entras por la puerta? —me dice, señalándome con la *belna*.

Tiene razón, claro. Es verdad que le he hecho cosquillitas entre las orejas cuando me lo he encontrado al lado del felpudo de la señora Larson.

Sin embargo, eso me lo callo.

—Le caigo bien porque le arreglé la caldera.

—¿Cuándo le arreglaste la caldera a la señora Larson?

—Hace siglos. ¿Te acuerdas del día que nevó, a principios de año? —Ella asiente para sí misma mientras coloca el *roti* estirado en la *tawa* y lo aprieta con la espátula cuando se empieza a hinchar—. La señora Larson vino en busca de papá para ver si le podía echar una mano, pero él estaba en el trabajo, así que la ayudé yo.

—Así que eres fontanera, ¿eh?

—Claro que no. —Me encojo de hombros y tomo otro trozo de *roti*—. Es que le pasaba lo mismo que le pasó a la nuestra el año pasado. ¿Te acuerdas de que perdía presión? —Asiente, le da la vuelta al *roti* y lo pinta con aceite—. Pues giré la manivela esa y se encendió. *Dorito* estaba encantado. Los gatos son frioleros, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Por eso solo se sienta en el felpudo cuando da el sol —le explico, y me meto el trozo de *roti* en la boca—. Hazme caso. En cuanto cambie el tiempo no volverás a verlo.

—¿Y tampoco volveré a oír a ese perro del demonio cuando cambie el tiempo? —suelta, y luego su tono se suaviza—. No es culpa del perro —admite, negando con la cabeza—. No es justo que tenga que pasarse el día entero encerrado en ese piso.

—Ya, pero el señor Cameron no puede caminar desde que lo operaron de la cadera. Y aunque pudiese, ¿adónde iba a ir? El ascensor lleva tres semanas estropeado. ¿Crees que sería capaz de bajar y subir seis pisos por la escalera? —remarco, y mi madre asiente—. No sé. Necesita ayuda, ¿no te parece? Está solo desde que falleció su esposa. A lo mejor Rosh y yo deberíamos ir a verlo después de cenar y ofrecernos a sacar a pasear al perro.

Mi madre se gira para mirarme con las cejas alzadas.

—Sí, ya —resopla mientras voltea de nuevo el *roti* y pinta la otra cara con aceite—. ¡Ya me gustaría verte recogiendo caca de perro!

—Que se encargue Rosh de eso.

Eso la hace reír y se acerca para darme un beso en la mejilla.

—En realidad, eres muy buena chica.

Sonrío por el cumplido y decido ignorar el «en realidad».

—Por cierto, ¿qué hora es? —pregunta.

Saco el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y lo compruebo.

—Las cuatro cuarenta y uno.

—¿Ya? Me tengo que ir al trabajo dentro de nada.

—¿Y eso?

—Tengo que entrar pronto porque tenemos una charla sobre la diversidad racial en el Servicio de Salud o algo así.

—Les hace más falta a los pacientes que a vosotros.

—Cierto —concuerta con un resoplido mientras yo me meto otro trozo de *roti* en la boca—.

Pero si se niegan a que los trate por ser india, menos trabajo para mí, ¿no?

Se encoge de hombros, pero debe de doler que te escupan y que te digan que te vuelvas a tu país a pesar de que has nacido aquí. Sobre todo cuando lo único que intentas es ayudar. De verdad que no sé cómo lo aguanta.

Yo les diría «Pues muérete» y me despedirían antes de haber terminado mi primer turno.

—¿Al menos te pagan las horas extras, mamá?

—Por supuesto que no.

—Pues no vayas. Quédate a cenar con nosotros. Papá llegará enseguida.

—Me encantaría, amor mío. —Suspira con anhelo y yo la creo—. Pero no puedo perderme esta reunión. La han puesto entre turnos para que podamos asistir todos. Se darán cuenta si falto.

Entonces recuerdo a Gillian y durante un salvaje segundo se me pasa por la cabeza no decirle nada para no tener que mantener esa conversación. Pero si se ven en la reunión y Gillian le comenta que me ha visto en el pueblo, mi madre se enfadará aún más. Más me vale contárselo yo misma antes de que me delate ella.

—Hoy he visto a una amiga tuya —digo con cautela.

—¿A quién?

—Gillian.

—¿Gillian Lawrence?

—No sé su apellido. Dice que trabaja contigo en Urgencias.

—¿Gillian Woźniak? —Mi madre me mira con el ceño fruncido—. ¿Dónde la has visto?

—En el centro. —Contengo la respiración y es como si hubiese prendido la mecha y estuviese esperando el BUM.

Le cambia la cara.

—¿Cuándo has ido al centro?

—Esta tarde. Con Adara. —Me encojo de hombros, como si no fuese nada del otro mundo, y

espero su aprobación.

—¿Por qué no has ido a clase?

—Sí que he ido, pero nos han dejado salir antes por la excursión y...

—¿Excursión? —me interrumpe, y se lo agradezco, porque aún no se me había ocurrido ninguna excusa para explicar por qué he ido al centro.

—A la Central Eólica de Rampion, ¿te acuerdas?

Resopla para darme a entender que sí se acuerda.

—Deberías haber venido directa a casa.

—Ad necesitaba hacer un recado y la he acompañado.

—¿Qué tenía que hacer?

Me devano los sesos para inventarme algo. No puedo decirle que quería comprarse una barra de labios, claro, y tampoco puedo decir que quería sacar un libro de la biblioteca porque si Gillian le dice que nos ha visto en Clock Tower se me fastidiaría la coartada, ya que la biblioteca no queda ni remotamente cerca.

—Su madre le había pedido que devolviese un artículo en Marks & Spencer —digo con una sonrisa triunfal.

No sé de dónde ha salido eso, pero si pudiese darle un beso a mi cerebro, lo haría.

—Qué buena hija —murmura, y le da la vuelta al *roti* con la mano para comprobar si ya está hecho por el otro lado.

No entiendo cómo es capaz de alabar a Adara e insultarme a mí al mismo tiempo.

Tiene mucho talento mi madre.

—Ashana, ¿qué hora es?

—Las cuatro cincuenta y dos.

Murmura algo en criollo guyanés y se apresura a acercarse al fregadero para palmeear el *roti*. Yo me meto el último trozo del mío en la boca, con la esperanza de que ese también sea para mí, pero lo pone en otro plato.

—¡Roshaan! —llama a mi hermana pequeña mientras se lava las manos y comprueba que el gas de la cocina esté apagado—. Vale, el *roti* está listo. Debería mantener la temperatura hasta que papá llegue a casa. —Señala el horno y las sartenes que hay sobre la cocina—. Lo único que tienes que hacer es recalentar el curri, el *dhal*, el arroz y el *bora*.

—Me las apañaré.

—¡Roshaan! —vuelve a llamar, luego farfulla algo sobre tener que prepararse para el trabajo. Cuando pasa a mi lado, se detiene repentinamente y me lanza una mirada de reproche—. ¡Ashana! —escupe, y agarra mi cola de caballo y se la lleva a la nariz para olerla. Cuando me suelta, parece tan enfadada que se me sube el corazón a la garganta y se me encoge bajo la lengua—. ¿Has fumado, Ashana?

—¡Claro que no! —Me huelo el cabello—. Es el humo del motor del barco.

Espero que me advierta de los peligros de comenzar a fumar, pero se pone aún más furiosa.

—¿Qué barco?

—El de la central eólica.

—¿Que te has subido a un barco?

Pasa de cero a hacer la señal de la cruz vigorosamente en unos tres segundos, como si acabase de decirle que el señor Moreno nos ha llevado a hacer salto base desde Beachy Head.

—La central eólica está en medio del mar. ¿Cómo creías que habíamos llegado? ¿Teletransportándonos?

—¿Por qué no me lo dijiste, Ashana?

Intento no poner los ojos en blanco cuando vuelve a hacer la señal de la cruz para dar gracias a Dios de que no me haya pasado nada.

Luego soy yo la dramática.

—¡Ashana! ¿Sabes lo que diría tu abuela si se enterase de que te he permitido montar en barco?

No quiero ni pensarlo.

—¡Eres mi hija! ¿No debería tener que darte permiso para subir en barco?

—Papá me firmó el justificante.

—Ya sabes que ni se lee esas cosas.

—Te lo pedí a ti, pero me dijiste que se encargase él.

—Nada de barcos, Ashana. —Alza un dedo hacia mí—. Podrías haberte caído y haber muerto. He visto accidentes así.

—¿Has visto a gente caerse de un barco?

—Pue sí. En Urgencias. Los que tienen la suerte de llegar al hospital, al menos. —Cuando me percaté de que su voz pasa de nítida a aguda, dejo de ponerle mala cara porque me doy cuenta de que no está enfadada conmigo, sino preocupada—. El fondo marino está plagado de cadáveres de adolescentes insensatas que no hacen caso a sus madres y se suben a barcos.

Qué bonito.

Menos mal que no mantuvimos esta conversación antes de subirme al barco. Esa es una de las maravillas de tener una madre enfermera de urgencias: que siempre se pone en lo peor.

—Nada de barcos, Ashana —repite—. Si no sabes nadar. ¿Qué se te pasó por la cabeza?

Me encojo de hombros.

—No suspender Química.

Niega con la cabeza y suelta un suspiro antes de salir de la cocina; vuelve a llamar a Rosh mientras camina. Lavo mi plato y para cuando termino Rosh aún no ha salido de nuestro cuarto, así que me entra la tentación de comerme su *roti*. Está claro que a ella no le apetece, y sería una pena que se echase a perder.

—Ese es para tu hermana —dice mi madre cuando alargo la mano para coger el plato.

Aparece de pronto en la puerta de la cocina, ahora ya con su uniforme de enfermera puesto y con sus rizos contenidos en un moño semiarreglado.

—Es que se está enfriando —lloriqueo.

—Vete a avisar a Rosh de que lo tiene aquí esperando.

—Prefiero comérmelo yo.

—Vete a buscar a tu hermana, por favor.

—Mamá, estás ahí mismo. —Alzo la mano para señalarla—. Estás más cerca de nuestro cuarto que yo.

—No te pienses que no me he fijado en que me llamas «mami» cuando quieres algo, como *roti*. —Se detiene para enarcar una ceja—. Pero cuando te pido que hagas algo, soy «mamá».

—Vale —cedo, no sin suspirar y negar con la cabeza teatralmente—. ROSH.

—He dicho que vayas a buscarla, no que le grites. Eso podría haberlo hecho yo.

De todas formas, funciona, porque mi hermana pequeña al fin sale de nuestra habitación con mis pantalones cortos del pijama de Bob Esponja y una camiseta de Totoro, con un libro entre los dedos.

—¿Me has chillado, Ash?

—Roshaan, llevo un rato llamándote —se queja mi madre mientras se dirige al perchero que hay al lado de la puerta de entrada.

Se agacha para recoger mi mochila y la sostiene con un gesto de desaprobación. Yo la cojo mientras ella toma su abrigo.

—Perdón, mami. —Rosh se recoloca un rizo oscuro que se le ha desprendido de la coleta deforme que lleva en la coronilla y luego se señala la oreja—. Llevaba los cascos. No te he oído.

Mi madre señala la cocina con un gesto.

—Te he dejado un *roti*.

—Gracias.

—Papá llegará enseguida. Cuida de tu hermana.

—Sí —decimos al unísono, y me vuelvo para mirar a Rosh con el ceño fruncido.

—Ash —dice mi madre mientras se pone el abrigo—. Asegúrate de que tu hermana saca la nariz del libro aunque sea un rato para comer algo. Rosh, vigila que tu hermana no prenda fuego a nada.

—Eh —objeto con un ceño exagerado mientras la veo coger su bolso del perchero y colgárselo del hombro—. Eso ha dolido, madre. ¿Cuándo he prendido yo fuego a algo?

—Pues que siga así —murmura, quitándose las zapatillas de estar por casa y calzándose los Crocs.

—Qué agradable es saber que confías en mí.

Se acerca a mí y me pone la mano en la nuca para darme un rápido beso en la mejilla. Sus dedos están fríos, pero su aliento es cálido.

—Te quiero, Ashana. Pórtate bien, por favor.

Hace lo mismo con mi hermana.

—Te quiero, Roshaan. Que tu hermana se porte bien, por favor.

Antes de que pueda protestar de nuevo, ya está junto a la puerta de entrada, besándose la punta de los dedos y acercándolos a la lámina enmarcada del Sagrado Corazón que hay junto al dintel.

—Adiós, chicas. Os veo mañana.

—Te queremos, mami —le decimos cuando nos despide con la mano y abre la puerta para salir.

—Cuidado con *Dorito* —añado cuando se adentra en la claridad del final de la tarde.

CUATRO



Más me vale ducharme antes de que llegue mi padre, porque si no me distraeré y me hace mucha falta quitarme este olor a barco; de lo contrario, mis sábanas acabarán apestando también. Además, la única forma de ducharme tranquila es hacerlo cuando él no está en casa, porque, si no, se pasa todo el rato aporreando la puerta para que acabe de una vez porque estoy gastando toda el agua caliente. Antes nos cronometraba —teníamos tres minutos, y ni un segundo más—, y mi madre estaba de acuerdo hasta que un día llegó a casa después de un turno de doce horas y mi padre no le dejó darse un baño.

Ya no nos cronometra.

Me quedo en la ducha hasta que el agua se enfría, luego me arrepiento de inmediato y rezo por que se vuelva a calentar antes de que mi padre vuelva a casa. No obstante, ha merecido la pena. Noto la piel tersa y limpia y el pelo ya no me apesta a barco, sino al champú de aceite de coco que convencí a mi madre de que me comprase en Asda el sábado pasado porque estaba de oferta. Ella estaba demasiado ocupada olisqueando las peras para percatarse de que el frasco era la mitad de grande que el que solemos comprar y yo no lo mencioné, así que más me vale disfrutarlo porque seguro que no lo volveremos a comprar.

Cuando vuelvo a nuestro cuarto, Rosh está recostada sobre sus almohadas, medio sentada, medio tumbada. Probablemente no se haya dado cuenta, porque está tan enfrascada en su libro que parece estar intentando descifrar el código Enigma. Ni siquiera alza la vista cuando me acerco a mirar mi móvil, que está cargándose en la mesilla de noche que hay entre nuestras camas. No me he perdido nada mientras me duchaba, solo un par de selfis de Adara presumiendo de pintalabios nuevo y una notificación de ASOS en la que me informa de que tienen un descuento generalizado del veinte por ciento.

Miro a mi hermana por encima del hombro mientras me dirijo al armario. Dudo de que se haya dado cuenta de que estoy aquí, no obstante, abro la puerta y me escondo detrás de ella para ponerme ropa interior limpia y volver a enroscarme la toalla alrededor del cuerpo.

—¿No te duele la espalda por estar así sentada? ¿Qué es lo que estás leyendo? —le pregunto mientras cojo el bote de Palmers de la cómoda y me dirijo de nuevo a mi cama.

Ella se limita a gruñir, que, en idioma de Rosh, significa «Déjame en paz, que estoy leyendo»,

pero yo insisto.

—¡Rosh!

—¿Qué? —lloriquea.

—Que qué estás leyendo —repito mientras me siento en el borde de la cama y abro el bote de Palmers para echarme un poco en la palma de la mano.

Ella gira el libro para que yo pueda ver la cubierta y suelta un bufido antes de volver a recostarse sobre las almohadas.

—*Pares y nones*. Lo leí el año pasado.

—Ajá.

—Me encantó. Es genial.

—Ajá.

—Da que pensar, ¿no te parece?

—Ajá.

—Creía que era una lectura para el examen de GCSE. —«Estoy segura de que lo es», pienso mientras me esparzo la crema por la pierna derecha. El cuarto se llena del familiar aroma de la manteca de cacao—. ¿Cómo es que lo estás leyendo ahora?

—Me lo recomendó la señora Shanga.

—¿No tenías a la señorita Briggs en Literatura?

—La señora Shanga es la bibliotecaria escolar —dice Rosh, que por fin se digna a apartar los ojos del libro, aunque solo sea para ponerlos en blanco—. Ya sabes, la persona que está en la biblioteca. El edificio que hay al lado de la cafetería, donde hay muchos libros.

Le pongo mala cara mientras me exprimo más manteca de cacao en la mano y ella me la devuelve.

—Hoy hemos ido a la Central Eólica de Rampion —le cuento mientras me extiendo la crema por la pierna izquierda.

Suelta una risita y devuelve la atención al libro.

—¿Te ha echado la bronca mamá por haber montado en barco?

Me detengo para exhalar intensamente por la nariz.

—Por supuesto.

—Ya sabes cómo es, Ash. Se preocupa.

—Ya lo sé —admito con un asentimiento, luego ajusto la toalla que llevo enrollada en la cabeza porque se me está inclinando hacia un lado y me echo más manteca de cacao en los hombros y por los brazos. Mi móvil sigue cargando en la mesilla de noche y le echo un vistazo —. Pero me gustaría que lo hiciese en un tono un poco más bajo.

Rosh suelta una carcajada y yo vuelvo a dirigirme hacia el armario. Me escondo detrás de la puerta y respiro hondo mientras me enfundo un par de mallas y la sudadera de los Guyana Amazon Warriors que le robé a mi padre y que a duras penas pasa sobre la toalla que llevo en el pelo.

En cuanto cierro la puerta del armario, Rosh murmura:

—¿Piensas dejar eso ahí? —Sin siquiera levantar la vista.

No tengo ni que preguntar a qué se refiere y me agacho para recoger mi uniforme escolar, que está hecho un gurrño en el suelo, y lo meto en la bolsa que tenemos en el armario para guardar la ropa que llevaremos a la lavandería mañana.

—Eres peor que mamá —le digo mientras vuelvo a mi cama y me siento en el borde.

—¿Por qué no dejas de mirar el móvil? —me pregunta cuando me inclino para echar otro vistazo a la pantalla.

Rosh alza los ojos del libro y me observa mientras me desenrollo la toalla de la cabeza.

—¿Quién es ella?

—¿Quién es quién?

—La que esperas que te escriba.

—No espero ningún mensaje.

Es verdad.

¿O no?

¿Lo espero?

—¿Quién es? —insiste Rosh, que ahora cierra el libro.

—Nadie. —Me encojo de hombros y evito el contacto visual mientras me seco el pelo con la toalla húmeda.

Cuando vuelvo a alzar la mirada, ella tiene una ceja enarcada y jamás se había parecido tanto a nuestra madre.

Nos quedamos mirándonos desde lados opuestos del cuarto por un rato demasiado largo y al final me rindo.

—Poppy —admito, y el alivio de decir su nombre en voz alta me provoca un mareo.

—Jamás habías mencionado a ninguna Poppy.

—Nos hemos conocido hoy.

—¿Dónde?

—En el barco de la muerte que nos llevó a la central eólica.

—Pero ¿no era una excursión del instituto?

—Sí, pero iba gente de otros centros.

—¿A cuál va ella?

—A Roedean.

Los ojos de Rosh se iluminan.

—¡Me han dicho que su biblioteca es fabulosa!

—Ya se lo preguntaré. —Río ligeramente mientras me seco las puntas del pelo.

—¿Cómo es?

—Maja. —No puedo evitar sonreír—. Muy maja. E inteligente. Te caería bien. Me habló de la disonancia cognitiva.

—¿Y eso qué es?

De pronto no logro recordarlo.

—No estoy segura.

Rosh se ríe.

—Sí que debe de ser guapa.

—Sí. —Noto lo caliente que se me pone la cara cuando le devuelvo la risa—. Sí que lo es.

—¿Y?

—¿Y? —repito para chincharla mientras me paso los dedos por el cabello húmedo, intentando no pensar en lo mucho que tardará en secarse.

A menudo amenazo con cortármelo, pero luego recuerdo la terrorífica media melena que insistí en llevar cuando tenía catorce años y lo dejo estar. Intentaba emular el *look* a lo Mia Wallace de Rihanna, pero mi pelo es tan espeso que acabé pareciéndome más al primo Eso.

Fueron seis meses complicados.

—¿Y? ¿En qué habéis quedado? —pregunta Rosh, que ya ha olvidado el libro y me mira con interés.

—Me ha dado su número.

—¿No le has escrito todavía?

—No puedo —suspiro, y se me hunden los hombros—. Adara dice que tengo que esperar tres días.

—¡¿Tres días?! ¿Por qué?

—Vio un documental sobre la psicología de las relaciones o algo así. —Vuelvo a suspirar, esta vez negando con la cabeza—. Según parece, tres días es el periodo de espera ideal, porque si escribes de inmediato, pareces desesperada, y si esperas más, pierden el interés por ti.

—Menuda tontería. —Rosh me mira como si me hubiese vuelto loca—. Ya sé que tengo catorce años y que jamás me ha atraído nadie que no sea un personaje de ficción, pero incluso yo sé que es una ridiculez.

—Ya. Bueno.

—Nada de «ya, bueno», Ash. ¿Qué sabrá Adara de estas cosas? Lleva saliendo con Mark dos años y viven prácticamente puerta con puerta. No es que haya tenido que perseguirlo, que digamos, ¿verdad?

Intento no reírme, pero Rosh tiene razón. Adara no es que sea Karamo, de *Queer Eye*, precisamente.

—Mira —dice Rosh, y se cruza de piernas sobre la cama—. Ella, esa tal Poppy, no te habría dado su número si no quisiera que lo usases, ¿verdad? Seguro que está esperando a que le escribas.

—No puedo —lloriqueo lastimeramente.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado pronto. Pensaré que soy una pardilla.

—Es que lo eres. Mejor que se entere cuanto antes.

Sonríó sarcástica.

—Gracias, hermana.

—Tú escríbele. —Señala mi teléfono, que sigue en la mesilla de noche, entre nosotras—. No le hagas caso a Adara ni a sus documentales de pacotilla ni a sus «reglas». Los chicos no funcionan igual que las chicas, como tú bien sabrás.

—A la mierda —murmuro, y arranco el móvil del cargador para cogerlo.

Rosh aplaude.

—¿Qué le piensas decir?

—No lo sé, pero sí sé lo que le quiero decir.

—¿El qué?

—Que me encantó conocerla y que deberíamos quedar para tomar un café.

—Pues dile eso.

—No quiero resultar demasiado pegajosa. Espera. —Alzo el dedo antes de que Rosh me contradiga—. Ya lo tengo. ¿Y si le mando un emoji de una taza de café con un signo de interrogación?

—¿Por qué no el emoji de la taza de café seguido del emoji del signo de interrogación?

Lo rumio durante un instante, pero cuando alzo la vista del teléfono y veo que Rosh se está cachondeando de mí, le frunzo el ceño.

—Intento mostrarme desenfadada y despreocupada.

—Pero si no lo eres, Ash. Eres intensa y rara.

—Eso lo serás tú.

—Qué buena. —Alza los pulgares—. No desperdicies tu elocuencia conmigo. Deja algo para Poppy.

—Te odio —le ladro mientras vuelvo a centrarme en la pantalla del móvil—. ¡Dime lo que le puedo poner!

—Lo que me has dicho. Eso estaba bien.

—¿«Bien»? —digo horrorizada—. No quiero que piense que estoy bien. Quiero que piense que soy guay y sexi.

—Creía que querías mostrarte desenfadada y despreocupada.

Tengo que contenerme para no tirarle el teléfono a la cabeza.

—¡Rosh!

—Ash, sé sincera y ya está. La última vez dijiste que estabas harta de los jueguecitos, así que deja de jugar.

Tiene razón.

Nada de juegos.

Desbloqueo el móvil y entro en WhatsApp antes de que me dé tiempo a replanteármelo.

Hola, soy Ash. Quería avisarte de que

he vuelto a tierra firme y que ya no tengo ganas de saltar. Sí
que tengo ganas de
tomar un café, si te apetece.
Besos.

Le doy a enviar y pego un grito cuando veo que solo aparece la marca de enviado en la pantalla.

—¡Gracias, Rosh! —bufo—. Ahora tengo que pasarme el fin de semana entero esperando a que me conteste.

Lanzo el móvil sobre la cama con un gruñido y me llevo las manos a la cara.

Antes de que mi hermana me pueda decir que no sea tan dramática, escuchamos el ruido de la puerta de entrada y Rosh dice:

—¿Papá?

—Hola, chicas —responde, y me siento mejor cuando oigo el golpe de sus botas de trabajo sobre el felpudo.

Un instante después aparece en el dintel de nuestro cuarto y tiene pinta de estar agotado. No obstante, no es como cuando mi madre vuelve del trabajo y tiene las ojeras más oscuras y más intensas y se mueve un poco más despacio porque le duelen los pies —y las piernas, y la espalda—. No, él parece contento.

Como si hubiese invertido bien el tiempo.

Es tan alto que ocupa todo el vano de la puerta, pero sigo percibiendo que ha perdido mucho peso desde que comenzó a trabajar en los jardines. Mi madre está encantada, porque ya no le preocupa que pueda sufrir diabetes ni problemas vasculares al hacer tanto esfuerzo físico. Sin embargo, yo echo de menos sus abrazos de oso, y los días en los que nos terminábamos un paquete entero de Oreos entre los tres antes de que mi madre nos pillase.

Mucha gente dice que, a pesar de nuestras salvajes diferencias en altura, saben que somos familia porque los cuatro somos iguales. Tenemos el cabello y los ojos oscuros. La piel marrón. Nuestros parientes sí que nos ven diferentes e insisten en que yo me parezco a mi padre y Rosh, a mi madre, cosa que supongo que es cierta. Yo he heredado su nariz y su pelo liso, y mi hermana, los rizos rebeldes de nuestra madre. Su cabello es un poco más claro que el mío, y ya me sobrepasa en altura, así que cuando pase su fase adolescente de ser todo pelo y codos, se parecerá más a nuestro padre. Yo, por mi parte, me iré convirtiendo en mi madre con cada día que pase. Tenemos el mismo lunar en el puente de la nariz, las mismas manos diminutas, igual que los pies, y el mismo sentido del humor ácido.

—No os puedo abrazar —dice, y alza las manos, que están sucísimas, igual que el resto de su cuerpo; lleva las rodillas de los vaqueros cubiertas de barro—. ¿Habéis tenido un buen día? ¿Qué habéis hecho?

—Yo he ido a la Central Eólica de Rampion —le cuento, intentando no sonreír al pensar en Poppy.

Él alza una de sus tupidas cejas.

—Algo de eso he oído.

Mi madre debe de haberlo llamado de camino al trabajo.

—Lo siento, papi. —Me encojo.

—No es culpa tuya, cariño. —Me guiña un ojo—. No leí el justificante con la atención que debía. Creía que era una central eléctrica normal y corriente. No sabía que iríais a una isla.

—Ya.

—Me alegro de que no te cayeses del barco.

—Yo también.

Se gira hacia Rosh.

—¿Tú qué has hecho hoy, renacuaja?

—Casi he terminado el libro.

Cuando lo alza, él frunce el ceño.

—¿No lo has empezado esta mañana?

—Sí. ¿Podemos ir a la biblioteca Jubilee mañana para coger el siguiente?

—Me encantaría, pequeñaja. —Se detiene para quitarse el gorro de lana y se rasca la cabeza mientras bosteza—. Pero tengo que llevar a tu abuela a ver a una amiga que vive en Bournemouth.

Rosh parece abatida.

—¿Y cómo vamos a traer la compra a casa?

—Tendréis que tomar el autobús.

Ambas nos quejamos al unísono.

—No os pasará nada —dice, y hace un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto—. Os vendrá bien hacer ejercicio.

—Perdone usted, pero yo he ido caminando hasta la Marina hoy —le recuerdo—. Eso me basta y me sobra para toda la semana.

Mi padre se ríe, pero Rosh aún parece decepcionada.

—Es que cuando termine este libro no tengo nada más que leer.

—Yo te puedo llevar a la biblioteca antes de ir a Asda —le ofrezco—. Tengo cosas que investigar.

Ella me mira con una sonrisilla.

—¿El qué? ¿La disonancia cognitiva?

—¿Qué es la disonancia cognitiva? —pregunta mi padre.

—No lo sabe. Por eso tiene que investigarlo.

—¿Quieres que te lleve a la biblioteca mañana o no, Rosh?

Se gira hacia mí y hace el gesto de cerrarse la boca con candado y tirar la llave.

—¿Qué tal tu día, papá? —le pregunto al fin—. ¿Has plantado muchas flores bonitas?

—En esta época del año nos dedicamos sobre todo a la poda, pero sí que he sembrado algunas

amapolas.

Me pongo roja de la cabeza a los pies y, cuando me mira, creo que sabe por qué, pero señala con la barbilla la toalla que tengo sobre el regazo.

—¿Cuándo te has duchado?

—Hace nada.

—Y ¿cuánto tiempo has estado bajo el agua?

—Dos horas y cuarenta y siete minutos.

Me ignora.

—Espero que quede agua caliente —murmura mientras se dirige hacia el baño.

Yo también lo espero.

—Voy a ponerme con la cena —digo, y rezo para que le haya dado tiempo al agua a recalentarse cuando oigo que mi padre abre la ducha.

Cuando estoy a punto de levantarme, veo que la pantalla de mi móvil se enciende y el corazón se me lanza contra las costillas cuando me estiro para cogerlo.

Me alegro de que no vayas a saltar.

Te echaría de menos. Celebremos

tus ansias de vivir con café y quizá

un trozo de bizcocho. ¿El lunes después de clase te va bien?

Besos. Poppy.

CINCO



Le respondo a Poppy para decirle que el lunes por la tarde me viene bien y ella me escribe al instante para preguntarme a qué hora quedamos. Entonces le contesto y nos pasamos así el resto del fin de semana, guasapeándonos sin parar. No me da tiempo a pensar —o a sobreanalizar, que es lo que suelo hacer— ni a darle mil vueltas a lo que voy a decir, ni tampoco a plantearme si habré dicho alguna tontería. Simplemente digo lo que me sale y antes de que me dé tiempo a recuperar el aliento ella me responde para preguntarme alguna otra cosa, y no me permito tardar más de un segundo en contestar para que no crea que he perdido el interés.

O, peor aún, que lo pierda ella.

No obstante, eso no sucede, y todo me resulta muy fácil. Hablamos de todo un poco. Del instituto. De lo que vemos en la tele. De la música que escuchamos. Del matrimonio mayor al que ve en la playa nudista haciendo taichí. De la mujer a la que acabo de adelantar en Marine Parade, que llevaba un perrito anciano en un carrito para bebé de la marca Silver Cross. Me envía un selfi desde la biblioteca de Roedean, haciéndole una mueca subrepticamente a la bibliotecaria, que acaba de advertirle que guarde el móvil. Y yo le envío uno en la biblioteca con Rosh, posando junto a un libro sobre disonancia cognitiva.

Le escribo desde la lavandería, mientras meto la ropa en la lavadora. Le escribo desde ASDA, cuando mi madre me manda a la panadería a por una *baguette*. Le escribo desde la iglesia, el domingo, cuando mis padres no me ven. Me duermo escribiéndole y me despierto con un mensaje de buenos días y un emoji de un sol.

Estoy borracha de Poppy, así que el domingo por la tarde tiemblo solo de pensar en verla al día siguiente. Creo que estoy siendo muy sutil con todo este asunto, pero obviamente no es así, porque mi madre me quita el móvil en medio de *Songs of Praise* y me dice:

—Nada de chicas hasta que te saques el graduado.

Me sorprende tanto que me quedo boquiabierta cuando me lo devuelve. Ya estoy acostumbrada a esa cantinela, es lo mismo que le dice a mi hermana y que me lleva diciendo a mí varios años: «Nada de chicos hasta que te saques el graduado», pero lo ha dicho. La he oído decirlo y me han entrado ganas de darle un abrazo porque creo que nunca la había querido tanto.

«Chicas.»

A lo mejor lo está aceptando al fin y al cabo.



Después de eso, no me puedo dormir, y me quedo tumbada en la cama, mirando al techo mientras escucho el runrún rítmico de la máquina de coser proveniente del salón y me imagino a mi madre encorvada sobre ella, trabajando en el traje de bautizo que alguna feligresa le ha encargado.

Forma parte de la banda sonora de nuestra casa tanto como el televisor y el perro ladrando en el piso contiguo, y normalmente me ayuda a conciliar el sueño. No obstante, esta noche me despierta cada vez que cedo ante el peso de mis párpados, pues me recuerda lo que dijo mi madre cuando me pilló mensajeándome con Poppy: «Nada de chicas hasta que te saques el graduado». Y sí, soy consciente de que me estoy dejando llevar de nuevo, pero no dejo de preguntarme si al fin habré dado con ello.

Si habré encontrado a mi alma gemela.

La chica que presentaré a mis padres.

Solo de pensarlo un escalofrío me recorre de pies a cabeza, y cuando me pongo de lado y me cubro con el edredón hasta la barbilla, veo un rayo de luz que ilumina la oscuridad durante un segundo. Asumo que es Rosh, que está utilizando la linterna del móvil para leer el libro que mi padre le ordenó que dejase hace un par de horas, pero, cuando la miro, está dormida como un tronco, con el móvil en una mano y el libro en la otra.

Ahí es cuando me percato de que ha debido de ser mi teléfono y me levanto para cogerlo de la mesilla de noche. Entonces veo un wasap de Poppy.

16 horas y 8 minutos. Besos.

Lleva todo el día contando el tiempo que queda hasta que nos veamos y continúa haciéndolo cada hora más o menos hasta que estas se convierten en minutos. Si Rosh creía que yo era intensa, ahora tengo pruebas de que no soy la única.

Salgo casi corriendo de clase de Literatura cuando suena el timbre. Adara me sigue, mucho menos emocionada que yo, pero empecinada en no dejarme marchar sin decirme adiós. Me ha perdonado por no esperar tres días como debería haber hecho, pero me echa una miradita cuando me alcanza en lo alto de las escaleras. No sé qué significa, si está enfadada o preocupada o nerviosa o una mezcla de las tres, pero no es capaz ni de forzar una sonrisa cuando me sigue escaleras abajo.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta cuando atravesamos la puerta principal y emergemos a la luz del sol.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño—. ¿En serio quieres ser una sujetavelas?

—Por si te da plantón.

Casi me tropiezo con mis propios pies cuando me detengo para mirarla. Todo el mundo sigue moviéndose a nuestro alrededor, raudos para salir del instituto y dirigirse a la tienda o a casa o a donde sea que vayan. Noto que me arden las orejas cuando Adara me mira de brazos cruzados, y me apetece preguntarle por qué cree que Poppy iba a dejarme plantada, pero no soy capaz de hablar. Es como si me hubiese quedado sin respiración, como si me hubiese arrebatado la ilusión que sentía hace un instante de un manotazo.

Cuando se me restablece la respiración y destenso los puños, me doy cuenta de que no pretende ser cruel, sino práctica. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que sucede, ¿verdad? Muchas chicas se rajan y me dejan plantada a la entrada del cine durante tanto tiempo que la película termina antes de que me rinda y me vaya a casa. Solo Adara sabe eso, solo ella conoce las pequeñas humillaciones que he sufrido durante este último año. Pero ahí radica el problema de las mejores amigas: lo saben todo y no olvidan nada, por mucho que tú desees que lo hagan.

A veces necesito que Adara me recuerde estas cosas. Como ahora, que salgo pitando porque he quedado con otra chica a la que apenas conozco. Estoy dispuesta a lanzarme de cabeza a lo que sea, pues no lo sé aún, cuando no tengo ningún motivo para creer que Poppy sea distinta de las demás. Necesito que Adara me recuerde estas cosas para que me detenga, para que me proteja incluso cuando no quiero que lo haga. Lo único que me apetece hacer es lanzarme y ver dónde aterrizo.

Como si estuviese ensayado, me vibra el móvil en el bolsillo de mi chaqueta de cuero y el corazón se me encoge al pensar si es lo que creo que es. Si es el temido «Lo siento, ¿podemos dejarlo para otro día? Besos». Me tiembla tanto la mano que casi se me cae el teléfono al suelo. Evito mirar a Adara a los ojos y me centro en la pantalla.

24 minutos. Besos.



Cómo no, Poppy está justo donde dijo que estaría: al lado de la cafetería del Old Steine, con su cabello rojo iluminado por el sol de la tarde. Tengo que contenerme para no correr hacia ella, me obligo a respirar hondo —dos veces— mientras intento caminar a un ritmo normal. Antes de que llegue a su altura, no obstante, se da la vuelta y, cuando me ve, sonrío tanto que le veo todos y cada uno de los dientes.

Entonces ahí está, justo delante de mí, y me abraza tan fuerte que ahogo un gritito. Luego se separa.

—Hola —dice, con una sonrisa un poco menos amplia, solo para mí, y luego, mientras aguarda a que la mire a los ojos, todo lo que nos rodea se desvanece.

Las gaviotas vuelan, los coches desaparecen y los edificios que había a nuestro alrededor se

convierten en polvo que se lleva la brisa. Solo quedamos nosotras, y solo la veo a ella en varios kilómetros a la redonda.

Kilómetros y kilómetros.

«Ha merecido la pena», me digo cuando el corazón se me acelera y los huesos me duelen al pensar en contar cada una de sus pestañas con mis dedos. Y así, todo lo demás desaparece. Todas las chicas fantasma con sus sonrisas despreocupadas y sus corazones sedientos. Todas las horas que me pasé esperando, tanto a la entrada de los cines como a que llegase la llamada que jamás llegaría. Esperando a que me viesen. Poppy me ve —de verdad—, lo noto, y cuando alarga la mano para tomar la mía, me reafirmo en que volvería a hacerlo todo exactamente igual solo por esto. Por lo que pueda pasar después, porque no me importa, lo único que quiero es descubrirlo. Quizá no sea la definitiva. Tal vez brillaremos muy fuerte durante unas semanas y luego implosionaremos, pero el señor Moreno nos ha contado que así es como se forman las galaxias.



Poppy sugiere que entremos en la cafetería que hay al otro lado de la calle, que no parece tanto una cafetería como un agujero en la pared junto al que debo de haber pasado docenas de veces sin percatarme de su existencia.

—Aquí ponen los mejores *lattes* —asegura, como si me estuviese presentando a un viejo amigo.

—¿Es un buen momento para admitir que no tomo café? —comento con una sonrisa nerviosa.

—Un momento. ¿Cómo dices? ¿Que no tomas café? ¿Y cómo eres capaz de funcionar siquiera? —Parece horrorizada—. No podría ni formar una oración por la mañana antes de haberme tomado al menos dos tazas.

—Yo evito hablar con nadie a no ser que sea por causa de fuerza mayor.

—Una buena filosofía. —Cierra los ojos y asiente gravemente—. Entonces ¿qué es lo que tomas? ¿Té? —pregunta cuando los vuelve a abrir. Niego con la cabeza y parpadea sorprendida—. ¿Qué otras bebidas hay?

—Chocolate caliente.

—¡Ah, sí! —Sonríe, y se gira para dirigirse al chico que está detrás del mostrador—. Un *latte* con leche de avena y un chocolate caliente, por favor.

Saco la cartera del bolsillo de mi mochila cuando el chico se gira para preparar las bebidas, pero cuando la abro y saco un billete de cinco, me aparta la mano.

—Invito yo —me dice con un guiño—. Ya pagarás tú la próxima vez.

La próxima vez.



Hace muy buen tiempo, el sol nos sonríe mientras nos sentamos con las piernas cruzadas en el césped delante del Pavilion. No soy de las que se suelen sentar con las piernas cruzadas en el césped, sobre todo gracias a mi madre, que no dudaría en hacerme ver cuántos perros habrán meado en este prado si estuviese presente. Pero intento no pensar en ello mientras Poppy se bebe su *latte* y deja una sutil media luna de pintalabios rojo en el borde.

Cuando pone el vaso en el pequeño trozo de hierba que hay entre nosotras, percibo que un poco de espuma ha escapado por el agujerito de la tapa de plástico y hago acopio de todas mis fuerzas para no agacharme y lamerla, pues me pregunto si su lengua sabría a café si la besara ahora mismo.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta, y alzo la mirada con las mejillas ardiendo, segura de que me ha leído la mente.

—¿Eh? —consigo articular.

—Pareces preocupada. ¿En qué piensas? ¿Te da miedo que nos vea alguien?

—Claro que no. —Aunque, ahora que lo menciona, sí que me ha entrado un poco de canguelo. No le puedo revelar que estaba pensando en besarla, así que señalo mi uniforme—. Me estaba lamentando por no haber tenido tiempo para cambiarme de ropa.

Le quita hierro al asunto de nuevo.

—No te preocupes, estás genial. Tal como te recordaba.

Cuando sonrío, le devuelvo la sonrisa y deseo poder decir lo mismo, pero no puedo. Ella está distinta. En plan bien, pero distinta, no obstante.

Lleva unos vaqueros negros apretados y una camiseta blanca que le llega justo a las caderas y es lo bastante ajustada —y fina— como para que sepa que lleva un sujetador de encaje negro debajo. Solo la había visto con el uniforme de Roedean, así que no sabía qué esperar. Me resultaba difícil imaginarla con otra ropa. Lo lleva hasta en la foto de perfil de WhatsApp, así que es como si la volviese a conocer por primera vez.

A su versión real, quiero decir.

La Poppy real es guay, o eso parece. Es de ese tipo de gente que es guay sin esforzarse, la clase de persona a la que intenta parecerse mucha gente gastándose grandes cantidades de dinero en vano, pues nunca llegan a lograrlo. Lleva el pelo suelto, una maraña de ondas voluminosas y despeinadas que le caen sobre los hombros y por la espalda. Cuando toma un sorbo de café, me percató de que lleva un anillo de plata diferente en cada dedo, algunos le llegan a los nudillos, otros son anchos y pesados. Una media luna. Una cabeza de gato. Un ancla. Una gema con forma de corazón y una daga atravesándolo en el pulgar derecho. Lleva un par de colgantes de plata también, uno es más largo, una medalla de san Cristóbal, parece ser, y otro más corto y más ancho, un candado.

—A mí me ha dado tiempo a cambiarme porque me fumé la clase de *netball* —añade, y yo suelto una carcajada.

—Ahí es donde mis padres creen que estoy ahora mismo.

—¿Y eso? ¿No te habrían dejado venir?

—¿Entre semana? No creo.

—Son muy estrictos, ¿no?

—En realidad, no. —Arrugo la nariz—. Eran mucho peores mis abuelos.

—¿Nacieron aquí tus abuelos?

Niego con la cabeza.

—Mis padres sí, pero mis abuelos son de Guyana.

—¿De las Indias Occidentales?

—Sí. —Es una grata sorpresa que sepa dónde está.

Mucha gente entiende que soy de Ghana.

—Los quiero mucho. Son geniales. —Inclino la cabeza de un lado al otro para intentar encontrar una forma de describirlos que no suene al prototipo de padres indios, porque en realidad no lo son—. Mi madre se preocupa mucho. Es enfermera de urgencias, de modo que lo ha visto todo. Embarazos adolescentes. Apuñalamientos. Sobredosis. —Me detengo para darle un sorbo al chocolate caliente y luego alzo las cejas—. Ayer me dolía la cabeza y me miró las pupilas para comprobar que no hubiera sufrido un aneurisma.

Poppy se ríe.

—¿Tu padre es igual?

—No. Es completamente opuesto.

—¿A qué se dedica?

—Antes era enfermero psiquiátrico, pero se lesionó la espalda al ayudar a un paciente en crisis. Ahora ya está bien, pero lo han declarado incapacitado para ese tipo de trabajo. Le pasó lo mismo a otro enfermero, así que está convencido de que fue una excusa para librarse de él porque hubo un recorte de presupuesto y no podían permitirse pagarle.

—Qué mierda. —Poppy parece triste de verdad—. ¿Y ahora en qué trabaja?

—Es jardinero.

—¿Jardinero? ¿Cómo pasó de enfermero psiquiátrico a jardinero?

—Ni idea. —Me río—. Pero ahora trabaja en los jardines de Kempton.

—¿Qué dices! —Me señala con el café—. ¡Mis padres tienen acceso a Kempton!

—¿En serio?

—Sí. Viven en ChiChester Terrace.

—Pues si ves a un guyanés cascarrabias con un gorro de lana verde por allí, es mi padre.

—Lo buscaré la próxima vez que me pase por allí.

—Si lo saludas y te ignora, no te ofendas —le advierto cuando me termino el chocolate caliente y dejo el vaso en la hierba entre las dos—. Probablemente tenga los cascos puestos.

Siempre está escuchando Radio 4 o el críquet. Adora el críquet. —Sonrío cuando lo imagino pala en mano deseando que Guyana anote un tanto—. Para él el paraíso es eso: escuchar la radio mientras arranca malas hierbas.

—Suenan bien, si obviamos la parte de revolver en la tierra. Odio las lombrices. —Finge un escalofrío.

—Yo también, pero a él no parecen importarle.

—Si él está contento...

Asiento.

—Sí, le pagan una mierda, pero está muy contento, que es lo único que me importa.

—Y tienes una hermana, ¿verdad? ¿Rosh? ¿Cuántos años tiene?

—Sí. Tiene catorce años y es una pasada. No le digas que la he descrito así. —Alzo el índice con una sonrisa traviesa—. Pero es que lo es. Lee un libro al día y adora la química porque es lo más parecido a la magia que ha visto en su vida.

—¿Le interesan los chicos?

—Solo Ron Weasley.

Poppy deja el vaso vacío entre nosotras.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Tienes hermanas pequeñas pesadas?

—Nop. —Sacude el vaso para comprobar si queda algo de café y luego inclina la cabeza hacia atrás para apurar los restos mientras el sol incide en sus pómulos—. Hija única.

—Y ¿qué tal?

Aprieta los labios mientras lo considera y al fin contesta:

—Te sientes sola.

Su sinceridad me deja sin aliento. Quiero preguntarle más cosas, pero evita mi mirada y arranca la hierba, se guarda unas briznas entre los dedos y se las lleva a la nariz para olerlas.

Espero un segundo y, cuando vuelve a mirarme, le pregunto:

—No te sentirás sola en Roedean, ¿no?

—Claro que no. —Pone los ojos en blanco y se aparta el pelo de la cara de manera dramática—. No tengo ni un momento de paz en Roedean. No puedes ni darle la vuelta a la almohada por la noche sin que lo sepa todo el mundo.

Espero que se ría, pero no lo hace.

—¿Y tus padres? —pregunto para cambiar de tema—. ¿A qué se dedican?

—Mi madre es Margot Morgan.

—Espera. —Frunzo el ceño mientras pienso—. Ese nombre me suena.

—La profesora Margot Morgan —añade, intentando no sonreír, pero sus mejillas están rosas de puro orgullo.

—¡Claro! —La señalo—. Es la del documental de la BBC sobre la materia oscura. Rosh me obligó a verlo como tres veces. ¡Es genial!

—Sí que lo es. —Ahora se permite sonreír—. Ganó el Nobel de Física el año pasado.

—¿En serio? ¿Por qué proyecto?

—No lo sé. —Suspira levemente y vuelve a apartarse el pelo de la cara como si no le importase, pero yo sé que sí le importa—. Algo del cosmos. Hacía cincuenta y cinco años que no lo recibía una mujer, según parece.

—Hala.

—La adoro. Es la mejor madre del mundo. Una gran inspiración. —Poppy trasluce orgullo, sonrío tanto que le aparecen unos profundos hoyuelos en las mejillas—. Se crio en Whitehawk, ¿sabes?

—Ni de coña.

—En serio. En Swallow Court.

—¡Yo vivo en Kingfisher!

—¡Tienes vistas al mar!

—Llamarlas vistas al mar igual es pasarse un poco —concedo con otra carcajada.

—Nunca he ido, pero ella me habla mucho de su infancia. —Poppy asiente y sonrío para sí misma—. Nació en East County, se crio en Swallow Court y fue al Instituto Whitehawk, igual que tú.

Sonrío.

—Igual que yo.

—Luego consiguió una beca en Cambridge.

—Joder.

—¿Te sorprende?

—No. —Niego con la cabeza mientras lo considero—. Me da esperanzas, más bien. Para Rosh. La veo convirtiéndose en la profesora Roshaan Persaud en el futuro.

—Suena bien.

—Y ¿qué estudió tu madre en Cambridge?

—Matemáticas. Allí es donde conoció a mi padre. Él siempre dice que no tuvo elección: mi madre era la única mujer de la clase.

Poppy se ríe, yo no.

¿Eso debería ser un cumplido?

—¿Tu padre también tiene un Premio Nobel?

—No.

Vuelve a reírse, pero ahora su risa tiene un toque distinto. Como una ligera amargura.

—¿A qué se dedica él?

—Es profesor en el Instituto de Astronomía.

—¿Dónde queda eso?

—En Cambridge.

—Creía que me habías dicho que vivían en ChiChester Terrace.

¿Cómo va y viene su padre de Cambridge cada día?

—Así es. También tienen una casa en Cambridge. Mi padre pasa parte del tiempo en una y parte en la otra.

Vale, por eso está interna en Roedean a pesar de que sus padres viven en Brighton.

Debe de saber lo que estoy pensando, porque añade:

—Mi madre tampoco para mucho por aquí.

—¿Ah, no?

—Viaja mucho. Desde que hizo el documental de la BBC, trabaja bastante para la televisión. Además, da muchas conferencias. Ahora mismo está en el MIT, en Estados Unidos, en la inauguración de un laboratorio o algo así.

—Eso debe de ser... —tardo un segundo en dar con la palabra adecuada— perturbador para ellos.

Yo no sé si podría vivir así. Necesito mis cosas. Mi cama. Mi almohada. Mi toalla.

Necesito tener un sitio en el que sentirme en casa.

—Sí, supongo que sí, pero a ella le encanta. A mi padre, no tanto.

—¿Y eso?

—Le resquema que ella tenga más éxito que él.

Silbo y mis ojos se abren al percibir su brutal sinceridad.

Poppy se encoge de hombros, las comisuras de sus labios descienden y luego vuelven a subir.

—No me malinterpretes. Él es muy inteligente, pero ella es brillante. Saldrá en los libros de historia. La amargura de mi padre es palpable.

Desvía la mirada cuando un niño pequeño pasa corriendo por nuestro lado, con los brazos extendidos para intentar alcanzar a una gaviota que alza el vuelo antes de que pueda atraparla. Poppy intenta sonreír, pero noto el cambio en su actitud de inmediato, la calidez de su voz cuando hablaba de su madre se enfría cuando habla de su padre. Es como si todo su cuerpo languideciese, como una planta que ha pasado demasiado tiempo al sol; entonces decido cambiar de tema.

Antes de que pueda hacerlo, se gira para mirarme.

—¿Has salido del armario?

Su sinceridad me vuelve a dejar sin aliento y parpadeo mientras intento recuperarlo con la boca medio abierta.

—Perdona —dice, y se lleva las manos a la cara.

El pelo le cae hacia delante y no puedo verle la cara. Cuando se incorpora, no me mira, deja los ojos fijos en sus manos, y aprieta los labios como para evitar decir nada más. Se queda en esa postura durante tanto rato que creo que no volverá a mirarme, pero entonces alza la barbilla y me contempla desde detrás de sus espesas pestañas.

—Antes de que esto vaya a más, antes de perder más tiempo, necesito saber qué somos.

No sé cómo, pero soy capaz de sostenerle la mirada.

—¿Tú qué crees que somos?

—Algo —responde, y no tenía ni idea de que una palabra tan pequeña pudiese parecer tan enorme—. Podríamos ser algo.

—Estoy de acuerdo —digo sin darme la oportunidad de esperar.

De pensármelo.

Sonríe y así, sin más, regresa la Poppy a la que conocí en el barco, misteriosa y traviesa. Su cara vuelve a ser la misma que contemplé tantas veces en la pantalla de mi teléfono, intentando memorizar el color de sus ojos —azul, como la parte más profunda de una piscina— y la obstinada silueta de su mandíbula.

Anoche me dormí contando las pecas esparcidas por su nariz y soñé con su risa, nos aferrábamos la una a la otra mientras flotábamos en un mar oscuro e inmenso, con la luna sobre nosotras como una gran bombilla desnuda. Normalmente cuando sueño con el mar es una pesadilla. Llevo teniendo el mismo sueño desde que era niña: estoy bajo el agua, a punto de emerger a la superficie, cuando alguien me agarra por el tobillo y me hunde. Anoche, sin embargo, no fue así. Me sentí libre —feliz— y me levanté sonriendo, tal como está haciendo ella ahora.

—Me apetece mucho besarte —dice, y mientras contemplo cómo sus ojos pasan del azul brillante al negro, me siento temblar, el tremor que nace en medio del pecho y ondea como una piedra rozando la superficie del lago—. No obstante, sé dónde tendrá lugar nuestro primer beso.

—¿Dónde? —me oigo preguntar, y no sé cómo, de verdad, porque creo que llevo mucho tiempo sin respirar.

—Mañana lo verás —me dice.

Y, así, tenemos un mañana.

SEIS



El instinto me dice que llame a Adara en cuanto me despido de Poppy en el Old Steine, pero algo me lo impide. Solo me apetece aferrarme a esta sensación un rato más —solo un rato— antes de contárselo a Adara y que ella me aconseje que tenga cuidado. Hará lo que hace siempre que está en mi dormitorio: lo toqueteará todo, desordenándolo de tal manera que todo lo que haya dicho Poppy acabe sonando sucio y diseccionado hasta tal punto que pierda el significado. La magia de lo que acabamos de vivir, emborronada mientras estoy tumbada en la cama, desvelada, pensando si de verdad sucedió así o fue solo mi anhelo.

No. Hoy quiero permanecer despierta por otro motivo. Quiero que lo que me evite conciliar el sueño sea el recuerdo de que Poppy quería besarme. ¿Dónde sucederá? ¿Ya lo había planeado antes de conocerme? ¿Lo habría visto y habría pensado: «Este es un sitio maravilloso para besarse»? ¿O habría pensado: «Este es un sitio maravilloso para besar a Ash»? Quiero saber lo que se le pasaba por la cabeza cuando pensaba en mí. ¿Me avisará o simplemente se acercará, como en las películas, me tomará entre sus brazos en medio de la calle y me besará hasta que sienta que mis pies ya no tocan el suelo?

Tal vez sea un lugar que solo conoce ella. Un sitio secreto que siempre será solo nuestro. Escribiremos allí nuestras iniciales y lo revisitaremos dentro de diez años cuando estemos en el supermercado y yo esté cansada y de mala leche y no me importe que la leche de avena esté en oferta. O cuando estemos comprando los regalos de Navidad y discutamos sobre qué comprarle a mi madre. Un lugar al que podamos volver para rememorar nuestro primer beso, cuando teníamos dieciséis años y nuestros corazones estaban aún por estrenar.

Ya lo sé, me estoy adelantando a los acontecimientos. Solo hemos tenido una cita. Pero me permito regodearme un momento, imaginar la sensación de su boca en la mía. Si sabrá a café o a algo que solo yo podré saborear.

Algo que no revelaré a nadie.

Ni siquiera a Adara.

Mi corazón no solo se acelera al pensar en ello, martillea, cada latido es como una bala saliendo del cañón de una pistola. Late tan fuerte que estoy convencida de que se me van a

romper las costillas, de que el corazón las va a atravesar y aterrizará sobre mis pies. Me llevo la mano al pecho y me intento calmar cuando subo al 1A y me dirijo a la planta superior.

Normalmente me siento al fondo, pero está libre el asiento principal —el de la primera fila, en el que nos encantaba ponernos a Rosh y a mí cuando éramos pequeñas porque podíamos imaginar que estábamos conduciendo el autobús— y me acomodo junto a la ventana. Me pongo los auriculares. Me saco el móvil del bolsillo de la chaqueta de cuero y busco Death Cab for Cutie, el grupo del que me acaba de hablar Poppy. En cuanto la primera canción comienza a sonar, volvemos a estar ella y yo solas, a pesar de que el bus está lleno y hay docenas de personas caminando por las calles, dirigiéndose al bar para tomar algo con los amigos después del trabajo o a Morrisons para pillar algo para cenar.

Cuando el vocalista empieza a cantar sobre seguir a alguien a la oscuridad, no puedo evitar pensar en el profundo dolor que me ha dejado la ausencia de Poppy. Me entran ganas de bajarme del autobús en la siguiente parada y volver corriendo al Old Steine para ver si sigue allí. Entonces pienso en la promesa de lo que sucederá mañana y me digo que puede esperar. Me pregunto si sabrá como la tarta de mi decimotercer cumpleaños, que fue la última vez que recuerdo haber sido tan feliz.

El móvil me vibra en la mano y me sobresalta.

Es Adara, cómo no.

—¿Estás bien, Ash? ¿Dónde estás?

—En el bus, de camino a casa —susurro, para que comprenda que no puedo hablar—. Pero estoy bien, Ad. Mejor que bien.

—Vale. Mañana me lo cuentas todo de camino al instituto. ¡Qué ganas! Nos vemos en la puerta de la tienda, ¿vale?

En cuanto cuelgo, vuelve a vibrar y sospecho que vuelve a ser ella, que no es capaz de esperar hasta mañana, pero es un wasap de Poppy.

No debería haber esperado.

Debería haberte besado.



Por mucho que me esfuerce en parecer tranquila, en cuanto veo a Adara en la puerta de la tienda a la mañana siguiente, se lo cuento todo. Intento hablar más despacio porque me estoy escuchando y parece que estoy delirando, como si tuviera fiebre o algo, pero no puedo, las palabras me salen en un flujo atropellado que hace que los ojos de Adara se abran cada vez más. Le cuento que estuvimos en el Pavilion, que la madre de Poppy es famosa y que ha decidido dónde me va a besar.

Cuando termino, siento como si acabara de subir corriendo cinco pisos. Casi le digo a Adara

que necesito sentarme a descansar, pero llegamos tarde a clase, así que me fuerzo a continuar caminando, a pesar de que me cuesta más poner un pie delante del otro que hace unos minutos.

Adara guarda silencio durante un rato, cosa que me asusta, porque, al igual que Poppy, no suele pensar antes de hablar, simplemente dice lo que se le pasa por la cabeza. Me pregunto qué estará pensando, si estará intentando escoger con cautela sus palabras porque sabe que ayer, cuando se ofreció a acompañarme por si me daban plantón, me disgustó.

Al fin se detiene y se gira para encararse conmigo.

—Es ella, ¿verdad, Ash? —dice, alzando sus pesadas pestañas para mirarme; una sonrisa le levanta las comisuras de los labios—. Es tu media naranja, ¿no?

Solo puedo asentir antes de que me dé un abrazo que dura un pelín más de lo normal.

Cuando se aparta, sigue sonriendo.

—No sabes cuánto me alegro por ti, Ash. Cuando recuerdo a las otras chicas y lo mal que te trataron... —Se detiene para negar con la cabeza—. Es un gran alivio, no te voy a mentir —admite—. Me preocupé bastante, pero quizá estés a punto de conseguir lo que el resto del mundo puede tener.

Le devuelvo la sonrisa.

—Gracias, Ad.

—Pero ten cuidado, ¿eh? —añade con un ceño solemne.

Eso me alivia, porque ya estaba a punto de preguntarle quién era y qué había hecho con mi mejor amiga.



Poppy y yo quedamos en el mismo sitio después de clase. No evito salir corriendo hacia ella y resulta que ella hace lo mismo y ambas nos encontramos en medio de un abrazo que casi nos derriba a las dos. Solo puedo pensar: «Por favor, que me bese ya», pero me toma de la mano y me lleva hacia el centro.

Quiero preguntarle adónde vamos —si me está llevando al sitio—, pero al mismo tiempo no quiero saberlo. Solo quiero que suceda. Así que le dejo hablar. Sobre todos los temas posibles. Sobre el instituto. Sobre el tiempo tan bueno que hace para estar a mediados de octubre. Sobre los zapatos que había en el escaparate junto al que acabamos de pasar, sobre que se los compraría si tuviesen un poco más de tacón. Sobre el póster de un grupo a cuyo concierto quiere ir la semana que viene, en The Haunt.

La escucho —en serio—, incluso consigo responder un par de veces, pero en cuanto se acerca a susurrarme algo o nuestras caderas chocan entre sí al caminar, me pregunto si ha llegado el momento —«¿Va a besarme?»—, pero no llega.

Poppy sabe exactamente lo que está haciendo, cómo no. Lo está haciendo a propósito,

acercándose para luego alejarse cuando le pestañeo esperanzada, riéndose de esa forma salvaje y luminosa, tan propia de ella. Intento no morder el anzuelo cada vez que me lo tira, pero me es imposible, porque es ella y soy yo y tengo muchísimas ganas de besarla. Debería estar furiosa, supongo, pero cuesta no reírse al oír sus carcajadas.

Tras una media hora, me rindo, me resigno a pensar que ya sucederá cuando suceda, y, mientras tanto, será mejor que yo también me lo pase bien un rato.

—Sí que lo he hecho —digo cuando estamos paseando por las calles de Lanes.

Se acaba de detener para toquetear una alfombra de lana que hay en una mesa justo delante de una tienda y me mira con un ceño profundo; sus manos siguen paseándose por la tela.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Salir del armario.

Pestañea.

—¿Qué?

—Ayer me preguntaste si había salido del armario y la respuesta es que sí.

Sus manos se detienen.

—¿Cómo? Pero ¿en plan salir de verdad?

Asiento.

Pestañea varias veces más, luego se aparta de la alfombra.

—¿En serio?

Asiento de nuevo.

Se mete las manos en los bolsillos traseros de sus tejanos y se gira para mirarme, aún con el ceño fruncido.

—¿A quién se lo has dicho?

—A Adara. A Rosh. A mi madre.

—¿A tu madre? —Parece que por mucho que me esforcé ayer por hacerle ver que no todos los padres guyaneses son superrestrictos aún no lo ha pillado, porque me mira con la boca abierta —. ¿Tu madre sabe que eres..., ya sabes?

—¿Homosexual? No pasa nada, puedes decirlo —le digo con una sonrisa pícara.

Ella no me sonrío, sigue mirándome fijamente, con las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros, y entonces veo que algo pasa por su entrecejo y desaparece tan rápido como había aparecido. Creo que no le está gustando que la pique. O tal vez no esperase que le dijera esto, pero ya está hecho. Le he abierto la puerta y ahora, como una vampiresa, está esperando a que la invite a entrar.

Aprieta los labios un segundo y luego pregunta:

—¿Cómo fue?

Yo me encojo de hombros.

—Normal. Mi madre no lloró ni me abrazó ni me dijo que no pasaba nada, que me seguía queriendo. Tampoco gritó ni me echó de casa. Ni siquiera sugirió que sería mejor que no la

acompañase a misa los domingos, que era lo que me esperaba. Creí que me diría que estaba confusa, que cambiaría de opinión, que lo que pasaba era que aún no había encontrado al chico adecuado. Pero no hizo nada de eso, se quedó quieta, sentada, mirándome, mientras yo esperaba que dijese algo. Al final sí que lloró —admito—. No de forma exagerada, como cuando se enfada y le pregunta a Dios por qué la ha maldecido con una hija tan egoísta porque se me olvidó sacar la basura. Fue un llanto silencioso. Devastador.

Intento no pensar en la cara que puso mi madre en aquel momento. «¿Cómo lo sabes?», fue lo único que dijo. «¿Cómo lo sabes?» Entonces le pregunté cómo sabía ella que quería a mi padre y entonces lo vi —la duda—, el escalofrío que cruzó su entrecejo, muy parecido al que acababa de observar en Poppy.

—¿Qué pasó después? —me pregunta ella—. Cuando dejó de llorar.

—No volvimos a hablar del tema —le cuento, y me vuelvo a encoger de hombros como si no tuviese importancia. Como si no me importase no tener ni idea de si mi padre lo sabe o es otro secreto que le ocultamos, como cuando me bajó la regla por primera vez.

—¿Cómo? —Poppy parece consternada—. ¿Nunca?

Niego con la cabeza.

—Y ¿por qué se lo contaste?

No me cabe duda de que Poppy está pensando en voz alta, que esta pregunta es más una reflexión que una búsqueda de información, pero de todas formas la contesto.

—No lo sé. —Es la verdad. No tenía por qué contárselo. No me pilló de la mano de una chica ni regresando del Orgullo, pegajosa de sudor y purpurina—. Llevaba tiempo dándome la brasa; decía que había cambiado, que le estaba ocultando algo. No dejaba de decirme: «Te conozco, Ashana. Sé que hay algo que no va bien».

—Y se lo contaste.

—Y se lo conté —digo con una sonrisa triste, el corazón me resquebraja solo de recordarlo—. No creo que fuese lo que esperaba oír. —Sé que no era lo que esperaba oír—. Probablemente pensara que me estaban tratando mal en el instituto o algo por el estilo. Podría haber lidiado con eso.

—¿Y ya está, eso fue todo?

Asiento.

—¿Jamás volvisteis a hablar del tema?

Niego con la cabeza.

—¿Te arrepientes?

No se me había ocurrido antes pensar en eso.

—Me sentí aliviada.

Así era. Me sentí liberada. Libre del miedo de que se me escapase algún día, en la iglesia o a la mesa en casa de la tía Lalita, al pasar un plato de *dhal puri*.

El ceño de Poppy se intensifica.

—¿La notaste rara después?

—Rara no, más bien cautelosa. A pesar de vivir en Brighton, donde todos son liberales que blanden la bandera arcoíris, a ella le cuesta. Sigue siendo ilegal en Guyana.

Poppy vuelve a pestañear, sus ojos azules se abren aún más.

—¿Qué? ¿Hoy en día?

Asiento.

—Si además añades el catolicismo a la mezcla, es mucho pedir —concedo con un ligero encogimiento de hombros—. Le estoy pidiendo que ignore todo lo que le han contado. Todo lo que le han enseñado.

—¿La ves capaz?

—No es que no sea capaz, es que aún no sabe cómo hacerlo.

—Pero eres su hija —dice Poppy, y sus cejas casi se tocan de lo mucho que frunce el ceño.

No sé si está enfadada o sorprendida, pero sus mejillas de pronto adoptan un tono rojo brillante.

—Ya —le digo con otro encogimiento de hombros—, pero, créeme, es lo mejor que podría haber pedido.

Quizá no exactamente lo mejor —aún miento, aún escondo esta parte de mí—, pero al menos las cosas parecen haber vuelto a la normalidad. Quizá mi madre lo acepte siempre y cuando no la avergüence. O tal vez no quiera ser la primera. La primera de la familia en tener una hija lesbiana. No lo es —es imposible—, pero sería la primera en admitirlo en voz alta.

De modo que a pesar de que deseo con todas mis fuerzas que pelee por mí —que me apoye—, lo entiendo. No quiere ser diferente. No quiere que la tía Lalita chasquee la lengua y comente que es una lástima. No quiere que se hable de ella en susurros, que se apiaden de ella. No quiere que nada cambie, y ¿por qué iba a cambiar?

Soy yo la que es homosexual, no ella.

A veces me pregunto si me mira y ve todo lo que ha perdido. La gran boda, mi vestido blanco mientras avanzo por el pasillo de la iglesia a la que vamos cada domingo, escuchar a mis tías cantar el *Ave María* mientras mis tíos cuentan los minutos que faltan para que se acabe la ceremonia y poder tomarse una copa. Aún puede suceder, por supuesto, y también pueden llegar los nietos y las animadas cenas de Navidad en las que todos nos apelotonamos alrededor de la mesa y hablamos al mismo tiempo.

Lo único que sucede es que la foto no es tal como la había imaginado.

—Lo siento —dice Poppy, y se saca la mano del bolsillo trasero de los pantalones para tomar la mía.

Cuando me la aprieta, le devuelvo el gesto.

—Gracias.

—¿Crees que lo aceptará algún día?

Noto un diminuto destello de esperanza al recordar lo que me dijo mi madre hace unos días

cuando me quitó el móvil —«Nada de chicas hasta que te saques el graduado»—, y me rindo ante la sonrisa que me eleva las comisuras de los labios.

—Claro que sí. Solo necesita tiempo. Mi madre siempre dice que no a todo lo que se le propone. Luego se lo piensa un par de días y cambia de opinión. Eso es lo que pasa cuando le pido permiso para ir al cine con Adara, así que imagino que tardará un pelín más en cambiar de opinión acerca de mi orientación sexual.

Me río, y cuando Poppy se une a mí, vuelve a ser la chica juguetona de siempre.

—¿Le vas a hablar de mí?

—Cuando haya algo que contar.

Su sonrisa adopta un matiz pícaro.

—Me gustan los retos. Entonces eres...

—¿Lesbiana? —termino la frase por ella y asiento—. Sí. Zayn Malik me jodió los esquemas durante un tiempo, pero enseguida me di cuenta de que me gustaban solo las chicas. —Me encojo de hombros de nuevo—. ¿Y tú?

Poppy asiente cuando giramos hacia los jardines de Kensington; aún vamos de la mano.

—¿Tú también has salido del armario?

—Sí. El año pasado. Según parece, mis padres creen que el momento adecuado para explicar de dónde vienen los niños es cuando cumplies quince años. Les dije que no se preocuparan por contarme la parte de la semillita de papá, que eso no me interesaba.

No puedo evitar reírme.

—¿Cómo fue?

—No les sorprendió. —Alza el hombro y lo vuelve a bajar—. Mi padre siempre asumió que mi mejor amiga, Charlotte, era mi... ya sabes. —Menea las cejas—. Pero solo éramos amigas, como Adara y tú. Por eso solo se lo he contado a la gente en la que más confío. Voy a un internado femenino, ¿sabes? —Me mira con los ojos muy abiertos—. No quiero que todas se piensen que me gustan solo porque les dirijo la palabra.

Lo comprendo.

—No me quejo. —Se aparta el pelo de la cara y se encoge de hombros—. Mis padres reaccionaron como debían. Se mostraron amables y comprensivos y me dijeron que me querían y sé que mi madre fue sincera. Tiene una mente muy abierta. Sabe que la Tierra es solo un puntito azul claro en un lienzo cósmico ilimitado. ¿Cómo no iba a creer que puede haber una especie, en algún lugar del universo, en la que al nacer no asignan a los bebés un género o una orientación sexual ni nada de eso y los dejan que lo descubran por sí mismos? Piénsalo, ¿no sería genial?

Sí que lo sería.

—Mi padre, por otra parte —continúa con un suspiro amargo—, va de liberal porque vive en Brighton, aunque sea solo la mitad del tiempo. Pero no lo es. Estoy casi segura de que votó a los *tories* en las últimas elecciones. —Pone los ojos en blanco y se vuelve a apartar el pelo de la cara

—. A pesar de que dijo lo que debía, no puedo evitar pensar que cree que es una fase. Como que sea vegana.

—¿Y lo es? —me oigo preguntar, y al instante deseo que aparezca un agujero en el suelo bajo mis pies y me trague entera.

¿En serio he dicho eso en voz alta?

Por suerte, cuando se gira para mirarme, sus ojos azules brillan.

—Supongo que está por ver.



Para cuando nos encaminábamos hacia la estación de tren, ya me había olvidado del beso. Después de recorrer las calles de Lanes, nos hemos sentado en la terraza de otra cafetería que le encanta a Poppy, en Sydney Street; ella ha cerrado los ojos y ha alzado la cara hacia el sol justo antes de decirme que no nos quedaban muchos más días como este, que teníamos que aprovecharlos al máximo. Hay algo en la forma en la que lo ha dicho que me ha hecho sentir lo mismo que sentí en el barco. Espero que se estuviera refiriendo a la llegada lenta e inexorable del otoño, no a nuestra relación.

Cuando nos detenemos ante la estación, se gira para mirarme.

—Quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué? —pregunto yo mientras me aprieta la mano tan fuerte que se me clavan sus anillos.

No me lo dice, claro está, y yo me preparo, convencida de que me va a proponer que nos subamos al tren que va a Londres. Por la forma como me mira, con los ojos luminosos, recuerdo lo que ha comentado antes sobre su madre, sobre que somos un punto azul claro en un lienzo cósmico ilimitado.

Tal vez solo seamos eso, pero en este momento siento como si ella y yo estuviésemos en el mismo centro del universo y jamás me había sentido el centro de nada. Siempre me había quedado a un lado, mirando lo que sucede. Como un extra en la historia del resto del mundo. Pero aquí estoy yo y aquí está ella, y al fin me han concedido el papel protagonista, y a pesar de que no sé cómo acaba la historia, así es como empieza: delante de la estación, con el bullicio de los viajeros pasando a toda prisa para intentar coger el tren de las 17.58, cogidas de la mano.

—¿Confías en mí? —me pregunta, y noto que todo su cuerpo tiembla al pensar en una idea que se le acaba de ocurrir y que no puede aguantar para contarme.

Cuando me sonrío, me doy cuenta con un sobresalto alegre de que puede haber llegado el momento.

El beso.

Quizá quiera besarme en Millennium Bridge, con la catedral de San Pablo contemplándonos y el Támesis bajo nuestros pies. O mientras caminamos por el mercado de Borough, compartiendo

comida de un puesto ambulante. O en el London Eye. Quizá quiera esperar a que estemos en lo más alto, a pesar de que le dan miedo las alturas y no puede mirar por la ventanilla, solo a mí. O tal vez quiera hacerlo en el Victoria and Albert Museum, en las escaleras de mármol que parecen un queso azul. Yo he imaginado que me besaban en todos esos sitios cuando he pasado junto a ellos en el autobús que nos lleva de excursión a un sitio mucho menos emocionante.

No lo sé.

Lo que sí sé es que si Poppy me propusiese ir a Londres ahora mismo, aceptaría.

—Ven —me dice, y vuelve a apretarme la mano.

Pero no me lleva a la estación; me guía hacia Trafalgar Street, donde bajamos —mucho, mucho, por debajo de la estación— hasta que dejamos atrás las paredes llenas de grafitis y salpicadas de cagadas de paloma hacia el Toy and Model Museum que tanto mal rollo da.

Me estoy preguntando adónde me lleva cuando recuerdo que la Real Patisserie está por aquí y no puedo evitar sonreír al recordar el momento en el que nos conocimos, en el barco, cuando creía que no iba a volver a verla. Cuando pensaba que sería una chica a la que recordaría de vez en cuando, cuando mirase la central eólica o cuando me comiese un cruasán. Pero aquí está ella y aquí estoy yo, y cuando se gira para mirarme por encima del hombro, sus ojos brillan más en la tenue luz del atardecer al pasar bajo el puente, sé que la seguiría hasta los confines de la tierra.

Al fin se detiene, pero antes de que pueda preguntarle por qué, mira hacia arriba. Yo la imito y descubro que alguien ha escrito con espray «Bésala ya» bajo el puente. La miro y aquí está, el momento en el que mi vida se divide en dos, en Antes de Poppy y Después de Poppy, y sé que me pasaré la vida comparando las dos épocas.

Entonces, alarga los brazos y me oigo ahogar un grito cuando me atrae hacia sí, con una mano agarrando la solapa de mi chaqueta de cuero y la otra, mi cara. Se me cierran los párpados cuando nuestras bocas se funden en un beso que me obliga a agarrarme a ella, con los dedos clavados en sus caderas y aferrándome como si corriese el riesgo de salir flotando; los trenes braman en la distancia, casi tan escandalosos como mi corazón.

SIETE



Desde entonces, se ha convertido en un hábito. Cada tarde después de clase quedo con Poppy. Mientras aún hace calor, nos sentamos en un banco o en la terraza de la cafetería de Sydney Street, yo con el uniforme escolar, ella con sus gafas de sol de purpurina roja, intentando absorber los últimos rayos de sol del otoño. Ella siempre dice que ya no quedan muchos días así, que tenemos que aprovecharlos al máximo, y ahora sé que no habla de nuestra relación.

La mayor parte del tiempo la pasamos paseando hasta que las tiendas empiezan a cerrar y nos damos cuenta de que ya es la hora de irnos a casa. Poppy no es como Adara. No le gusta matar las horas sentada en Starbucks hablando de maquillaje o quejándose del instituto. Ay, espero que eso no me haya hecho parecer una cabrona. Adara se preocupa por cosas más profundas, por supuesto. Por su familia, por Mark, por mí. Le preocupa que el mundo esté en llamas y que a nadie parece importarle una mierda. Le preocupa que sus primos pequeños tengan que vivir sin haber visto osos polares u orangutanes más que en los libros. Se preocupa por sus estudios y por ir a la universidad para estudiar Biología y poder ayudar a cambiar el rumbo de la humanidad.

Jamás creí que me olvidaría de mis amigos en cuanto me echase novia. Me repateó que Adara lo hiciese cuando empezó a salir con Mark. Pero es que Poppy es una fuerza de la naturaleza — un tornado— que te arrastra y te lleva allí adonde vaya.

No me di cuenta de lo pequeño que era mi mundo hasta que la conocí. Ahora visitamos galerías de arte cuya existencia ignoraba y caminamos por calles que jamás había pisado, a pesar de que llevo viviendo aquí toda la vida. Su entusiasmo es contagioso. Siempre tiene algo que enseñarme: una tienda de segunda mano en la que venden ratas disecadas con sombreros de copa, o la zapatería vegana de Gardner Street, donde me intentó convencer de que me librara de mis Dr. Martens de cuero porque había leído un artículo en la web de Greenpeace sobre las emisiones de gases de efecto invernadero.

Siempre hay un perro que le apetece acariciar, un gatito perdido que quiere ayudar a encontrar, un músico callejero al que se muere por escuchar. Contempla todo como si lo estuviese viendo por primera vez, o por última, y ahora yo también. Me pregunto si habrá heredado esa curiosidad incurable de su madre. Cuando se pone así, me la imagino de niña haciendo pasteles de barro en el jardín y rebuscando entre las piedras en Ovingdean Beach y

desearía haberla conocido entonces. No obstante, la conozco ahora y, a pesar de que solo tiene dieciséis años, ya sé que va a vivir una vida larga y llamativa.

Mi vida estaba bien antes de conocer a Poppy, pero ahora veo un futuro más allá. Más allá de Brighton y de nuestro bullicioso y pequeño piso. Más allá del instituto y de los deberes y de escabullirme de casa para ir a una fiesta cuando mis padres están dormidos.

He pensado en lo que vendrá después. La universidad. Tal vez hacer un viaje antes de empezar los estudios superiores para poder ver un trocito del mundo antes de que mi existencia se vea reducida a clases magistrales y noches de estudio. Pero antes de conocer a Poppy, todo eso estaba ahí, en el horizonte. El futuro brillante y resplandeciente se aproximaba como un tren que atraviesa un túnel. Un tren en el que me subiría y me llevaría lejos.

Próxima parada: adultez.

Universidad.

Prácticas.

Empleo.

Un puesto mejor.

Matrimonio.

Una casa.

Un hijo.

Otro puesto mejor.

Una casa más grande.

Más hijos.

Nietos.

Una casa más pequeña.

Una cama de hospital.

Fin.

¿No es así como va?

Pero cuando estoy con Poppy, veo mucho más. Veo nuestro primer apartamento y nuestro primer sofá y nuestro primer sillón, que compraremos en la tienda de segunda mano de las ratas disecadas con sombreros de copa y que tendremos que transportar en autobús, no sé muy bien cómo. Tal vez incluso un perro. Un labrador perezoso que duerme entre nosotras cada noche o un bullicioso schnauzer enano que persigue a nuestro gato adoptado para olerle el trasero.

Lo veo todo.

Lo quiero todo.

Mi futuro.

Distinto que el de mis padres.

Distinto que el de Rosh.

Mío.



Un día, Poppy me trae flores.

—Toma —me dice, y parece una niña pequeña, con los hoyuelos que había olvidado que tenía reapareciendo en sus mejillas—. Son para ti.

Me alarga un surtido de flores: una rosa de color lila, un tulipán naranja, un clavel de color melocotón, una margarita blanca con el estambre amarillo, un girasol, una hortensia morada y azul a la vez, un lirio que empieza a abrirse para desvelar un centro con pecas de color rosa y, en medio de todo, una amapola roja.

Nadie me había regalado flores antes.

Había soñado con que sucediese, cómo no. Quería rosas rojas por San Valentín. Anhelaba que sonase el timbre el día de mi cumpleaños con la esperanza de que la chica que me gustaba por aquel entonces apareciese en mi puerta con un ramo de peonías.

Estas son bonitas, pero extrañas. No se me pasa por la cabeza cuestionar nada, porque este gesto es algo muy típico de Poppy. Es que no me la puedo imaginar comprando un ramo de claveles envuelto en plástico en un supermercado. Entonces se encoge de hombros y dice:

—No sabía cuál era tu flor favorita, así que he cogido una de cada. —Y yo me quedo sin aliento un segundo o dos.

Cuando me las llevo a casa, le tengo que contar a mi madre que me las ha regalado la dueña de la floristería de Manor Road para no tener que tirarlas, de modo que no puedo evitar que las ponga en un jarrón en el alféizar de la ventana de la cocina. Preferiría que estuviesen en mi mesita de noche, para poder dormirme y despertarme mirándolas, pero están en casa, que es lo que importa, y sonrío cada vez que me imagino a Poppy en la floristería, escogiendo una flor de cada.



El tiempo pasa. Los días se convierten en semanas, las semanas, en un mes, y luego en otro. No sé cuándo dejo de contar, pero ya no tengo que hacerlo porque Poppy siempre está ahí. Siempre contesta al teléfono. Siempre contesta a los mensajes.

No sabía que pudiese ser así.

Que podía ser tan fácil.

Debería sentirme mal por no ver a Adara más que en clase. La conozco lo bastante como para saber que no le hace ni pizca de gracia, pero, cada vez que me disculpo, me recuerda que ella hizo exactamente lo mismo cuando empezó a salir con Mark.

En un momento dado, deja de preocuparme que sea todo demasiado fácil. Me dejo de

obsesionar por si alguien nos ve. Por si alguien pasa a nuestro lado cuando nos damos un beso de despedida en el Old Steine y le cuenta a todo el instituto que me han visto con una chica. O si una amiga de mi madre —otra Gillian— le comenta que nos ha visto a Poppy y a mí probándonos gorros en Snoopers Paradise cuando debería estar estudiando la homeostasis en la biblioteca.

No sé. Quizá quiera que me pillen. Tal vez me gustaría que nos pillasen para no tener que mentir más —esconder quién soy— y mi madre y yo pudiéramos tener una conversación como es debido sobre este tema.

No obstante, hasta que eso suceda pienso disfrutar de cada momento.



Cuando ya hace demasiado frío para sentarnos al aire libre, nos refugiamos en la cafetería de Sydney Street —nuestra cafetería— y nos atrincheramos en la mesa de la esquina, la que da a la ventana. Es nuestra primera propiedad. Es tan pequeña que las rodillas nos rozan y parece que la tierra gira un poco más despacio.

Una tarde, Poppy se vuelve hacia el cristal traslúcido de condensación y escribe nuestras iniciales con la punta del dedo. Cuando dibuja un corazón alrededor, pongo los ojos en blanco de manera dramática, pero me tengo que esforzar por esconder la sonrisa detrás de la taza porque siento batir mi corazón contra las costillas como un gorrión atrapado en un cuarto de baño.

Y así es como nos pasamos las tardes, hablando y besándonos en nuestra cafetería, en nuestra mesa junto a la ventana, como si no tuviésemos otra cosa que hacer. Aunque sí que la tenemos. Los simulacros de los exámenes están a la vuelta de la esquina, debería estar repasando en la biblioteca o con un grupo de estudio, rodeando los vectores que trasladan B hacia A. Ahí es donde les he dicho a mis padres que estoy, y no se les ha pasado por la cabeza cuestionarlo. Si acaso, están encantados de que esté siendo tan diligente. Me siento mal por mentirles, pero entonces veo a Poppy y todo me da igual.

No debería ser así. Adara dice que estamos en la fase de «la luna de miel» y yo espero a que pase, a aburrirme de dar vueltas por las calles cada día. A que esto se calme y se convierta en una relación normal, sea lo que sea eso. Pero no sucede, porque para Poppy cada día es una aventura. Escalaremos montañas algún día. Nadaremos mares. Dormiremos bajo las estrellas mientras la luna nos vigila desde el cielo.

Nos concederemos cada capricho.

Y me muero de ganas.



Sin darnos apenas cuenta, estamos a las puertas de la Navidad. Nos sacamos un selfi bajo las luces de North Street que forman la palabra LOVE y nos sentamos en nuestra cafetería a hablar sobre el año que vendrá, sobre todas las cosas que queremos hacer, y luego me voy a casa con el aroma del café de jengibre impregnado en el pelo y el corazón contento.

Poppy me ayuda a escoger un regalo para Rosh —un bolso de Studio Ghibli que sé que le encantará— y yo la ayudo a elegir unas sales de baño de Neal's Yard para su abuela. Sin embargo, hagamos lo que hagamos, siempre acabamos delante de una joyería que hay en los jardines de Kensington, enfrente de la tienda que vende alfombras de lana de oveja. Hay un colgante de oro en forma de abeja que le gustaría recibir por Navidad. Lleva tiempo dejándoles caer a sus padres pistas poco disimuladas, de modo que, cada vez que pasamos por delante y ve que aún sigue allí, suspira aliviada, pero sus hombros se hunden al darse cuenta de que es porque aún no se lo han comprado. Entonces le cambia el humor, así que nos vamos a nuestra cafetería, la invito a un café de jengibre y hablamos y nos besamos, hablamos y nos besamos, hablamos y nos besamos hasta que regresa a mí.

Cada tarde es una serie de primeras veces. La primera vez que lloro delante de ella. La primera vez que noto sus mejillas calientes bajo mis dedos. La primera vez que su mano se cuela bajo el cuello de mi camisa, con su pulgar sobre mi cuello como si estuviera comprobándome el pulso.

A veces insiste, trata de convencerme de que me quede quince minutos más o que vayamos al cine para que nos pasemos toda la película besándonos en la última fila. Me tienta, pero solo si puedo volver a casa a la hora de la cena. Me costó mucho conseguir que me permitiesen no volver directa del instituto, pero logré que me dejaran hacerlo mucho antes de conocer a Poppy, siempre y cuando fuese para hacer cosas de clase. A pesar de que ahora no hago cosas de clase, mis padres creen que sí, y así Poppy y yo podemos seguir disponiendo de nuestras tardes juntas.

Aunque no es suficiente.

Poppy no me ha dicho nada, pero sé que le molesta no poder pasar más que un par de horas conmigo. Me ha dicho varias veces que le apetece ir a la exposición de Jean-Michel Basquiat de la Tate Modern y, cuando una tarde le propongo que vayamos, se pone contentísima.

Espero al último minuto para contárselo a mi madre, cómo no, cuando mi padre está en la ducha y ella está a punto de marcharse a trabajar. Le cuento que tengo una excursión con el instituto. Como es sábado, ya tengo un discurso preparado para defenderme, en el que le digo que, dado que los exámenes están a la vuelta de la esquina, la señorita Otwell no quiere perder un día de clase, pero da la casualidad de que está tan distraída buscando las llaves que no se da ni cuenta. Me da diez libras cuando logra dar con las llaves y me dice que me lo pase bien cuando ya tiene medio cuerpo fuera de la puerta.

Quedo con Poppy en la estación y corremos, tomadas de las manos, hasta el tren. Encontramos dos asientos libres y nos acomodamos, acurrucadas la una sobre la otra como un

par de comas, todo el trayecto hasta Londres, poniéndonos canciones la una a la otra en el móvil.

Cuando llegamos a Blackfriars, bajamos las escaleras corriendo y emergemos en el Thames Path, el pelo rojo de Poppy refulge, más rojo que nunca, bajo el sol de diciembre. Hace tanto frío que de mi boca escapan grandes nubes de vaho al intentar seguirle el ritmo, pero no lo siento, pues noto las mejillas calientes mientras la veo alejarse de mí.

No me gustan demasiadas asignaturas del instituto, pero el arte sí. Me gusta la pipa que no es una pipa de Magritte y las olas rompientes de Hokusai, de modo que siempre me había apetecido visitar la Tate Modern. He visto fotos, claro, así que ya sé que no es como los otros museos de arte en los que he estado, con suelos pulidos y paredes blancas impolutas, pero cuando bajamos por la cuesta hacia la entrada aún no sé qué esperar.

Cuando entramos y echo el primer vistazo mareante, me quedo tan impresionada que no oigo que el guardia de seguridad solicita revisar mi mochila. Poppy me da un codazo y yo me disculpo, me la descuelgo del hombro y la abro para que el hombre vea que no hay casi nada en su interior, aparte de una botella que debería rellenar de agua en algún momento, un paraguas, algunos clínex usados y los guantes, que aún no me he puesto porque prefiero que se me queden los dedos entumecidos a no poder sentir las manos de Poppy contra las mías. Ella hace lo mismo: abre su bolso para que él lo pueda inspeccionar justo cuando yo me vuelvo a colocar la mochila a la espalda. La oigo darle las gracias al guardia y luego seguirme asombrada mientras descendemos por la cuesta hacia la tenue luz gris del Turbine Hall.

—Aquí está. ¿No es preciosa? —dice Poppy orgullosa, como en nuestra primera cita, cuando me llevó a aquella cafetería cerca del Pavilion y me la presentó como si fuese una vieja amiga.

Es tan austera —todo líneas sólidas— que no sé si la describiría como «preciosa». Aun así, me deja sumida en un silencio que dura un buen rato. Parece más como una... No sé lo que parece, pero no un museo de arte. Es enorme. Lisa y gris, como el interior de una piedra. Y ruidosa. Los museos que había visitado hasta entonces tenían la rigidez de una biblioteca. No se permitía sacar fotos. Ni tocar nada. Ni acercarse demasiado a las obras de arte. Pero aquí hay una cacofonía de risas procedentes de niños que se persiguen los unos a los otros por ahí, sus gritos retumbando en el suelo de cemento pulido y en las paredes para unirse a la nube de barullo que flota por encima de nuestras cabezas.

—Falta una hora para nuestro turno —me comenta Poppy, mirando el móvil.

—¿Turno? —pregunto, aún distraída mientras sigo las gruesas vigas negras hasta el techo, de una altura totalmente impensable.

Hay un globo rojo en forma de corazón en la esquina derecha, junto a la entrada, donde sin duda permanecerá hasta que se deshinche y acabe por descender hasta el suelo. Solo puedo imaginarme el horror que se debió de pintar en la cara del niño cuando se le escapó y lo vio ascender hasta donde nadie podía alcanzarlo, y me pregunto si los empleados habrán hecho una porra para ver cuándo caerá.

—Nuestro turno para ver la exposición de Basquiat —dice más alto que hace un segundo.

Creo que lo ha repetido más de una vez porque, cuando me giro para mirarla, tiene el ceño fruncido en una expresión de «Tierra llamando a Ash».

—¿Tenemos que sacar turno? —Le devuelvo el ceño—. ¿No podemos entrar sin más?

Suelta una risita.

—Por desgracia, no. Se entra por turnos de una hora. Hoy las localidades están agotadas. Menos mal que tuve la previsión de comprar las entradas por internet hace unos días.

—¿Entradas? —Entro en pánico. No sabía que hacía falta comprar entradas—. ¿Cuánto te han costado?

—Diecisiete libras. No te preocupes. —Hace un gesto con la mano—. Como mis padres son socios, me han salido gratis.

¿Diecisiete libras? Madre mía. Menuda imbécil he sido. Debería haberlo comprobado antes de venir. Si hubiera resultado que sus padres no fueran socios del museo habría tenido que pagar mi entrada. Dado que he gastado lo que me quedaba del dinero que me habían dado por mi cumpleaños en el billete de tren, solo me quedan las diez libras que me dio mi madre, que no daría ni para media entrada, así que habríamos venido hasta aquí para quedarnos sin ver la exposición.

No obstante, Poppy no lo habría permitido. Insiste en pagar ella siempre. A veces cede y me deja invitarla a un café de vez en cuando, pero, en general, paga antes de que yo pueda protestar siquiera. Me resultaba bastante incómodo al principio, me parecía que era una especie de limosna o algo así, pero ella, con su razonamiento lógico, me señaló que yo tendría que gastar mi propio dinero, mientras que ella usa el de su padre, y él se lo debe. Por qué, no tengo ni idea, pero siempre pone cara de pícara cuando acerca la tarjeta al datáfono.

—Venga —dice Poppy con una sonrisa entusiasta, y me ofrece su mano—. Quiero enseñarte una cosa.

Tomo su mano y permito que me guíe hacia el otro extremo del Turbine Hall, que es hacia donde todo el mundo parece estar dirigiéndose. Hay una multitud congregada allí y, cuanto más nos acercamos, me doy cuenta de que están contemplando un iceberg gigante, tan alto que casi roza el techo.

Poppy, tan obstinada como siempre, se cuela entre la gente y me arrastra tras de sí. Cuando llegamos al frente nos percatamos de que el iceberg está sobre una tina de piedra, redonda y muy profunda. Siento un escalofrío cuando miro hacia arriba con la boca abierta. Cuando veo el vaho que sale de mi boca, me doy cuenta de que el iceberg es de verdad, hay tanto vapor saliendo de sus costados que la cúspide queda oculta. Cuando me acerco, veo que hay lágrimas de hielo fundido persiguiéndose hasta caer en la cuba del pie y pregunto:

—¿Qué es esto?

«¿Es una escultura?» Las que he visto en las galerías o en la calle suelen ser de hombres de aspecto solemne con mandíbulas definidas y abrigos largos que han sido tallados en piedra lisa y

fría o en bronce que se ha vuelto del color del sirope de arce con los años. Esto es como si pretendiera ser justo lo opuesto.

Casi parece vivo.

—Siempre tienen una obra por encargo en el Turbine Hall —me explica, cosa que ya sabía, pero me parece genial que siga hablando mientras yo contemplo el iceberg—. Han tenido un montón de cosas diferentes. Suele ser interactiva. En un momento dado hubo un jardín con un sendero por el que se podía pasear, y también ha habido columpios y un tobogán gigante. Esta en concreto se llama *No hay icebergs a la vista*. —Asiente en dirección al bloque de hielo con otra sonrisa orgullosa—. Lo leí en la página de Greenpeace.

No puedo apartar la mirada.

—Es preciosa.

—Creo que tardará unos seis meses en derretirse. Y cuando desaparezca, se acabó.

—Bueno, tiene sentido, dado que está hecha de hielo.

—Sip. —Asiente de nuevo, aunque su sonrisa ahora es un poco más triste—. Según Greenpeace, el artista pretende que «veamos la realidad del cambio climático y dar a conocer la urgencia del problema del aumento del nivel del mar».

—Siempre he considerado que el arte viviría más que nosotros mismos —digo.

Poppy se queda pensativa.

—Piensa en las guerras a las que han sobrevivido los cuadros (guerras, fuego, robos), yendo de casa en casa, de museo en museo. Todas esas obras de arte de valor incalculable que se perdieron o que han sido relegadas a desvanes polvorientos porque los dueños no sabían lo valiosas que eran. Antes tenías que venir a un museo como este para verlas, pero ahora el arte está por todas partes. Se venden láminas de las latas de sopa de Warhol o de *El beso* de Gustav Klimt y la gente las cuelga en sus paredes sin haber visto nunca el original. Y aun así ahí están, sobre sus camas y en sus comedores, junto a fotos de familia. Forma parte de nuestra vida hasta el punto de que apenas nos damos cuenta de su presencia, ¿no crees? —Se encoge de hombros—. Nos reímos de las fotos que nos envían por WhatsApp en las que los personajes de *American Gothic* de Grant Wood tienen la cara de la rana Gustavo y de la cerdita Peggy. O compramos una barra de cacao labial porque el diseño de la tapa está inspirado en el *Almendro en flor* de Van Gogh o algo por el estilo.

Normalmente, podría pasarme horas escuchando hablar a Poppy, pero saber que este iceberg se va a derretir y desaparecer en seis meses hace que el pecho me duela de una forma completamente nueva para mí.

Se acerca, señala con la barbilla a la gente que nos rodea, que están sacando fotos con el móvil.

—Ahora hay demasiada gente, pero los empleados dicen que cuando están solos, lo oyen resquebrajarse.

Aguzo el oído, pero como no puedo oír nada, me giro hacia ella.

—¿Podemos volver dentro de seis meses?

No me doy cuenta de lo que he dicho —que seguiremos juntas dentro de seis meses— hasta que me escucho decirlo, y la cara me empieza a arder. Sin embargo, la suya se ilumina como cada vez que me ve acercarme en el Old Steine.

—Claro que sí. Volveremos cada mes, si te apetece. Sacaremos una foto en cada visita y veremos cuánto ha cambiado. —Me aprieta la mano—. Venga, vamos a la planta de arriba para tener mejor ángulo.

—¿No te daban miedo las alturas?

Se limita a sonreír.

—He aprendido que hay cosas mejores a las que temer.

Se me estremece el corazón mientras dejo que me guíe a través de la multitud hacia las escaleras y la sigo hacia la pasarela que rodea el iceberg. Nos sacamos un selfi con él —ella sonríe, yo cierro los ojos— y luego tomamos fotos desde todos los ángulos posibles, sin olvidarnos del vapor que nubla la cumbre.

Cuando terminamos, deambulamos por allí, tomadas de la mano, yendo de sala en sala hasta que acabamos en la de Rothko. A pesar de que me gusta el arte moderno, no lo entiendo. Disfruto con su naturaleza divertida, diferente, pero no me llega a emocionar. Al menos hasta que he visto el iceberg. Quizá eso me haya abierto la mente respecto a este tal Rothko. Hace veinte minutos, habría mirado esos rectángulos de colores y me habría preguntado cómo sería posible que alguien los considerase arte. En cambio, ahora, en esta sala tenuemente iluminada, con Poppy a mi lado, me resulta incluso relajante. Me quedo contemplando las líneas gruesas e irregulares hasta que se funden y se convierten en un solo color que sería incapaz de describir si alguien me lo pidiese.

—Este me recuerda a ti —me susurra, inclinándose hacia mí cuando me giro para mirarla.

—¿Ah, sí? —pregunto; nuestras bocas están tan cerca que si nos aproximásemos un centímetro más se tocarían.

Señala el cuadro.

—¿Ves ese rectángulo hueco del medio? ¿Ves lo rojo que es?

Me giro para contemplar la obra de arte y luego asiento.

—Sí.

—De ese color me imagino que es tu corazón.

Me vuelvo para mirarla al mismo tiempo que ella hace lo propio y nos besamos —solo un segundo, más un roce que un beso—, pero el contacto dura el tiempo suficiente como para que ambas nos estremezcamos.



Nos quedamos allí sentadas tanto tiempo, su cabeza sobre mi hombro mientras contemplamos el Rothko, que casi se nos pasa el turno para la exposición de Basquiat y tenemos que ir corriendo, esquivando a estudiantes de arte sentados en el suelo con sus blocs de dibujo sobre sus piernas cruzadas. Pasamos al lado de los turistas y de los niños entusiasmados, que creen que estamos jugando a un juego e intentan perseguirnos, y subimos por las escaleras mecánicas para llegar con solo cuatro segundos de margen.

Poppy me toma de la mano y me guía al interior. Está abarrotado. Tanto que apenas podemos ver los cuadros. A ella parece no importarle, pues consigue colarnos entre la gente para llegar a la primera fila. Sus mejillas se colorean de rosa mientras me explica lo que sabe sobre cada uno. Busqué a Basquiat en Google anoche, así que ya sabía lo que esperar, pero me sobrecoge ver sus obras ante mí. Sus manchas salvajes —feroces— de naranja y azul y amarillo me dejan sin aliento si las miro durante mucho rato.

Me doy cuenta, cuando ya estamos saliendo, tomadas de la mano, de que me recuerdan a Poppy. Y no puedo evitar sentir que la conozco un poco mejor que antes de verlas. Entonces se detiene ante un póster de la Tate Britain en el que aparece un cuadro de una mujer en un barco; ella se le parece bastante, su pelo también es rojo y largo y su barbilla, alzada y desafiante.

John William Waterhouse

La dama de Shalott

1888

Mientras estamos allí contemplándolo, me doy cuenta de que no se parece en nada a las obras que hemos visto hoy. Es más tranquilo, menos frenético, los colores son más apagados, casi etéreos. Es normal, odio admitirlo, es lo que esperarías ver en la sala de estar de una casa señorial.

—Es mi cuadro favorito de la Tate Britain —susurra, con las mejillas rosas—. ¿No es precioso?

—Sí —admito, girándome para mirarla con una sonrisa—. Precioso.



Cuando el tren comienza a ralentizar para entrar en Brighton, el día comienza a atenuarse, y nosotras estamos algo groguis porque nos hemos quedado dormidas la una sobre la otra mientras escuchábamos un pódcast sobre la exposición.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta con un largo bostezo.

—Sí —le digo, y le doy un beso rápido en la mejilla.

—Ay, no. —Se incorpora de un salto—. Tenía que darte esto.

Se agacha y saca una bolsa de plástico morado de entre sus piernas y me la entrega. Antes de marcharnos, se paseó un rato por la tienda de regalos mientras yo esperaba en la cola inacabable del lavabo. Cuando regresé y la vi con la bolsa en la mano, creía que se había comprado algo para ella, no para mí.

—Adelante —me sonrío, y sus hoyuelos regresan.

Metó la mano en la bolsa y saco un libro sobre Basquiat.

Me guiña un ojo.

—Para que tu madre sepa que has estado en la Tate Modern.

—Gracias, cielo. —Sonrío y vuelvo a besarla en la mejilla.

—Ábrelo, venga. Casi hemos llegado a la estación —me recuerda, y mira por la ventanilla para ver cuánto nos queda.

El libro se abre y hay una postal entre las páginas. No me hace falta ver lo que es para saberlo; la barbilla me tiembla cuando descubro que es el cuadro de Rothko que me ha dicho que le recordaba a mí.

—Pop —susurro y le doy la vuelta a la postal con cuidado de no ensuciarla con los dedos.

Mark Rothko
Rojo sobre granate
1959

—¿Te gusta? —pregunta con una sonrisa ansiosa.

—Claro que sí. —La presiono contra mi pecho y suspiro—. Me encanta.

—Genial —dice, y me da un beso en la boca—. Me he comprado otra para mí.

Saca otra bolsa morada de entre sus pies y la levanta.

—¿Ha sido un buen día, Poppy Morgan? —pregunto cuando el tren llega a la estación.

—Ha sido un gran día, Ash Persaud —me responde, y me vuelve a besar.



Miro el móvil cuando nos bajamos del tren para comprobar que mis padres no me han llamado: buena señal. Solo son las tres de la tarde: mejor todavía, pues les dije que llegaría a las siete. Estoy a punto de decirle a Poppy que nos quedan cuatro horas más cuando me percató de que detrás de mí se ha formado un gran alboroto. Me giro para ver qué está pasando cuando oigo que alguien grita «¡Tiene un cuchillo!» y un tío se abalanza sobre mí, me derriba y hace que vea las estrellas cuando impacto contra el suelo del vestíbulo de la estación con un «Uf».

Me duele tanto que veo borroso durante un segundo.

Luego lo único que oigo son los gritos de Poppy.

OCHO



—Estoy bien —me oigo decir, pero Poppy está histérica. Hasta tal punto que un hombre trajeado se acerca corriendo hacia nosotras.

—¿Estáis bien? —nos pregunta; primero mira a Poppy, que no deja de llorar a lágrima viva y decir incoherencias, y luego a mí.

—Estoy bien —repito mientras me toma del brazo y me ayuda a incorporarme.

Casi me ceden las rodillas cuando me levanto, pero no me permito flaquear, me fuerzo a ponerme en pie y vuelvo a decir:

—Estoy bien.

—¿Estás herida? —pregunta el hombre—. No te habrás roto nada, ¿no?

—Solo el culo.

Él suelta una risita que hace que se le arrugue la nariz y yo me giro para mirar a Poppy. Parece preocupada, tiene la cara empapada de lágrimas y frunce el ceño tan intensamente que sus cejas casi se tocan.

—Pop, estoy bien —le aseguro, intentando sonreír, a pesar de que me duele cada centímetro cuadrado del cuerpo.

—¿Seguro? —insiste el tío trajeado. Asiento y él me devuelve el gesto—. De todas formas, mejor llamamos a la policía.

Se saca el móvil del bolsillo de la americana y luego vuelve a dirigirse a los tornos.

Entonces veo a un tipo en posición fetal en medio del vestíbulo. Se ha congregado un grupo de gente a su alrededor, y se miran entre sí mientras un hombre con una chaqueta de color amarillo fosforito camina sin parar mientras habla por un *walkie-talkie*. Luego veo la sangre —de un rojo Rothko brillante— expandirse debajo de su cuerpo, casi alcanzando los zapatos de la gente que lo rodea, que se apartan ahogando un grito.

Entonces caigo en la cuenta de por qué está tan nerviosa Poppy.

Me vuelvo para mirarla, tomo su cara entre las manos y espero a que me mire a los ojos.

—Estoy bien.

Ella alza las pestañas para mirarme, el maquillaje se le ha corrido, y las lágrimas de color rímél descienden por sus mejillas cuando mete las manos por la parte delantera de mi chupa de

cuero.

—Creí que te había apuñalado —dice con un hipido y un sollozo.

—Estoy bien. ¿Lo ves? —Me levanto el jersey para que vea mi vientre desnudo.

Me da la vuelta y levanta la parte de atrás de mi chaqueta para comprobar que no tengo nada en la espalda; el contacto del aire frío con mi piel me hace estremecer.

Convencida al fin de que estoy bien, me vuelve a dar la vuelta y me estrecha entre sus brazos.

—Creía que te había apuñalado —repite, sollozando contra mi cuello.

—Tranquila, Pop —susurro entre su pelo, devolviéndole el abrazo—. No ha pasado nada.

Cuando se separa y es capaz de respirar de nuevo, le tomo la mano.

—Vámonos de aquí.



Poppy insiste en tomar un taxi, con la excusa de que lo único que quiere es llegar a casa de una vez por todas. Nos sentamos en la parte de atrás en silencio, escuchando por obligación un reportaje de LBC en el que Ann Widdecombe asegura que la ciencia podría «crear una respuesta» al hecho de ser homosexual. Bueno, por lo menos yo lo estoy escuchando, porque cuando me vuelvo para mirar a Poppy, está con la vista baja, jugando con el anillo que lleva en el pulgar —el plateado con la gema en forma de corazón atravesada por una daga— mientras el taxi baja por Marine Parade y el mar queda a nuestra derecha.

No puedo evitar acordarme de mi madre, me pregunto cómo reaccionaría si se enterase de lo que me acaba de pasar en la estación. No me había parado a reflexionar sobre el tema hasta ahora, estaba demasiado ocupada asegurándole a Poppy que estaba bien y sacándola de allí. Sin embargo, ahora que hay silencio —demasiado—, Poppy está sentada muy tesa a mi lado, con la cara más pálida que nunca, me permito pensar en ello.

¿Por qué apuñaló a ese tío? ¿Se conocían? ¿Intentó robarle el móvil cuando bajaban del tren y él no se lo permitió? Algo así le pasó a mi madre el año pasado en la parada de autobús que hay enfrente del hospital, y mi padre nos dijo a Rosh y a mí que si nos veíamos en una situación como aquella, le diésemos al ladrón lo que fuese que quisiera y dejásemos que se marchase. Que no pidiésemos auxilio a gritos ni le dijésemos que se buscase un trabajo (que fue lo que hizo mi madre, y el tipo se quedó tan sorprendido que mi madre se pudo subir al bus antes de que el ladrón se hubiese recuperado del *shock*), que le diésemos nuestro bolso o nuestro móvil o lo que fuera que nos pidiese, porque no merece la pena.

Todo se puede reponer.

Esas cosas me aterran. De verdad. No me dan miedo los asesinos en serie ni los asesinos del hacha ni los golpes en mitad de la noche. Sino esas acciones aleatorias que no puedes evitar ni

anticipar ni preguntarte por qué, pues la única razón es que estabas ahí, en esa calle, a esa hora, y no hay otra explicación posible.

Tal vez eso fuera lo que le había pasado al tío al que apuñalaron en la estación. Quizá no dejó que el otro bajase primero del tren o lo miró mal y con eso bastó. Quizá si el criminal se hubiese sentado a nuestro lado en el tren y hubiese considerado que la risa de Poppy era demasiado escandalosa, o si ella no hubiera insistido en que nos subiésemos al primer vagón para ser las primeras en apearnos, la víctima podría haber sido ella, o yo.

Solo de pensarlo se me tensan todos los músculos del cuerpo, pues me da por pensar en si la víctima del apuñalamiento estará bien. Si se encuentra en Urgencias ahora mismo y si mi madre nos contará su historia cuando vuelva del trabajo. Si nos advertirá a Rosh y a mí de que tengamos cuidado, si mi padre nos volverá a dar la misma charla sobre que no hagamos estupideces y que todo se puede reponer.

—Creí que te había apuñalado —dice Poppy entonces, aún jugueteando con el anillo.

—Pop, estoy bien. —Espero a que alce la vista para mirarme y entonces sonrío—. ¿Ves? De una pieza.

—Sí, pero ¿y si llegas a no estarlo? —pregunta con un ceño furioso—. Estábamos volviendo a casa de un día maravilloso y, así como así —se detiene para chasquear los dedos—, podrías haber muerto, y ¿por qué? ¿Por haber tomado ese tren en vez del siguiente? ¿O por no haberle dicho que tuviese más cuidado cuando se tropezó contigo? —Por fin me mira, con los ojos húmedos—. Ese es el problema, Ash. Tenemos dieciséis años y creemos que aún nos queda tiempo. Pensamos que tenemos toda la vida por delante, muchos años, pero ¿y si no es así? Algo de ese estilo podría pasar en cualquier momento.

—Poppy —arrullo, tomando su cara entre mis manos. Le arde la piel—. No ha pasado nada.

—Sí que ha pasado. Me he dado cuenta de lo mucho que me importas. ¿Y si te hubiera perdido?

—Ya lo sé —suspiro con ternura, suelto su cara y paso el brazo por sus hombros para atraerla hacia mí. Ella me lo permite y su cabeza se posa en mi hombro, como en la sala de Rothko—. No me voy a ir a ninguna parte, te lo prometo.

Inclina la cabeza hacia atrás para mirarme desde debajo de sus largas pestañas.

—¿Me lo prometes?

Me inclino y presiono mis labios contra los suyos, luego le pellizco la barbilla con mis dedos índice y pulgar.

—Te lo prometo.

El taxi se detiene tan de repente y nos vemos empujadas hacia delante por la inercia con tanta fuerza que casi impactamos contra los asientos delanteros.

—¿Qué narices pasa? —oigo que Poppy susurra mientras yo miro alrededor para ver si ha sucedido algo.

—¿Va todo bien? —pregunto, pues imagino que alguien le habrá cortado el paso al taxista o

algo así.

El hombre se gira hacia mí, tiene la cara completamente roja. Es calvo, así que se parece un montón al emoji enfadado.

—Fuera.

—¿Disculpe? —Parpadeo y vuelvo a mirar alrededor del taxi.

No obstante, el taxista parece enfadado, no preocupado.

—¡Fuera de mi taxi!

Alzo las manos.

—Vale, tranquilícese, Peggy Mitchell —respondo, lo que lo cabrea aún más.

—Dais asco, las dos.

Ahora la que parpadea es Poppy.

—¿Que damos qué?

—¡Asco! —escupe, y ella recula y se lleva la mano al pecho. Él alza un dedo para señalarnos y fija la mirada en el espacio que queda en medio de las dos—. Este taxi es mío y me reservo el derecho de admisión. ¡Y quiero que os larguéis!

—Vale. —Poppy se da cuenta un instante antes que yo de lo que pretende decir el taxista.

Yo sigo confusa, incapaz de comprender qué es lo que hemos hecho para cabrearlo. No estamos borrachas ni montamos jaleo ni siquiera le hemos pedido que apague la insufrible entrevista a Ann Widdecombe.

—¿Qué sucede? —pregunto mirándolo primero a él y luego a Poppy—. ¿Qué está pasando?

Poppy pone los ojos en blanco y abre la puerta del coche.

—Que nos estábamos besando, cielo.

¿En serio?

Tampoco es que nos estuviésemos comiendo la boca y magreándonos.

Ha sido solo un pico.

—¡Sí! —confirma el taxista—. Y es asqueroso.

Poppy se ríe y cuando él la mira con desdén yo paso de cero a «voy a quemar este puto taxi».

—¡Ni se te ocurra mirarla así, puto homófobo!

Ahora se gira hacia mí, con una sonrisita de superioridad.

—Menuda boquita.

No pico el anzuelo porque sé cómo va la cosa: él dice algo devastadoramente ofensivo y luego se ríe de mí por enfadarme. Le devuelvo la sonrisilla.

—Gracias.

—¡Es pecado!

—¿Pecado?

Cuando suelto una carcajada ácida él me mira con odio.

—Pues sí, pecado. ¡Es una abominación!

—¿Una abominación, dices? Si Dios no quería que fuese lesbiana, ¿por qué me hizo así?

—No te hizo así. Eso lo has elegido tú. Dios no aprueba vuestra forma de ser.

Cuando nos señala, me inclino hacia delante.

—Mi relación con Dios no tiene que ver contigo ni con nadie más. Es entre él y yo. ¿No tienes nada mejor de lo que preocuparte?

—Tu relación con Dios... —se mofa—. ¿Qué relación es esa?

—Llevo yendo a misa cada domingo por la mañana desde que nací.

Él se acerca tanto que puedo ver el punto de saliva que se le ha quedado pegado en el labio inferior.

—Pues entonces deberías saber que eso que haces no está bien, ¿no crees? La Biblia, si es que la has leído, dice claramente: «No te acostarás con un hombre como quien se acuesta con una mujer. Eso es una abominación». Levítico, capítulo dieciocho, versículo veintidós. Sugiero que lo busques.

—Y yo sugiero que leas un poco más. En el siguiente capítulo del Levítico, el diecinueve, versículo veintiocho, para ser exactos, dice: «No os hagáis heridas en el cuerpo por causa de los muertos, ni tatuajes en la piel». —Señalo un tatuaje que lleva en el cuello, en el que se lee el nombre «Casey» en caligrafía ornamentada—. Si hubieses seguido leyendo, lo sabrías, ¿verdad?

—¡Fuera de mi taxi! —repite, y parece tan enfadado que no me cabe duda de que le va a explotar la cabeza.

Con eso basta para que se disuelva mi rabia. Me río.

—Vale, colega.

—No soy tu colega —me dice mientras alargo el brazo para alcanzar la manilla de la puerta—. ¡Sal de mi taxi de una vez!

—Vale, pero no pensamos pagarte —le digo, con una pierna fuera del coche.

—¡No quiero vuestro dinero! Es asqueroso.

Eso me hace reír aún más.

—Pues deberías aceptarlo. Te va a hacer falta. No creo que consigas muchos clientes con esa actitud. Estamos en Brighton. Aquí hay muchos de los nuestros —le recuerdo con una sonrisa orgullosa.

—¡Y todos vais a acabar en el infierno! —me amenaza mientras salgo del taxi.

—Allí nos veremos —le digo justo antes de cerrar de un portazo.

Él sale pitando y Poppy y yo nos miramos y de inmediato estallamos en carcajadas.

Por suerte, estamos en Eaton Place, así que no nos ha dejado demasiado lejos de casa de Poppy.

—Ay, señorita Persaud —dice, con una mano en el pecho, poniendo acento pijo, o más pijo que de costumbre, debería decir, cuando comenzamos a caminar hacia ChiChester Terrace—. ¡Qué pecaminosa es usted!

Le sale tan bien que no puedo evitar preguntarle cuántos de sus compañeros de instituto hablan así.

La intento imitar, pero no me queda tan convincente.

—Y su dinero es asqueroso, señorita Morgan.

—No me creo que le hayas llamado Peggy Mitchell. —Se detiene, me coge del brazo y echa la cabeza hacia atrás con una carcajada estruendosa. Tan estruendosa que una persona que va por la otra acera se gira para mirarla.

—Ya. Se parece más a Phil —digo, y también me paro—. ¿Y tú qué? Cuando dijo que le dábamos asco.

Me llevo la mano al pecho y reculo con horror teatral.

—¿Michelines en la espalda?

—¡Michelines en la espalda! —chilla tan alto que una gaviota sale volando—. ¡Adoro a Alyssa Edwards!

—Cómo no la vas a adorar si es la mejor.

—Ella y Sharon Needles.

Pongo cara de «Sin duda».

—Este taxi es mío —dice Poppy, con acento *cockney*—. Y me reservo el derecho de admisión.

—No, pijita, se pronuncia *amisión* —la corrijo, puesto que la gente que habla así no pronuncia esa «d».

—*Amisión* —intenta de nuevo, y esta vez le sale perfecto.

Me impresiona.

—A que va a ser verdad que tu madre fue a Whitehawk... —Le doy un golpecito con la cadera y ella se ríe.

Nos quedamos paradas en medio de la calle, Poppy partida de la risa. El pelo le cae sobre la cara, así que no la puedo ver —solo la oigo— y me alegro de que nos lo estemos tomando a broma. O quizá no es que lo encontremos gracioso. Tal vez nos estemos riendo porque ¿qué íbamos a hacer si no?

Por mucho que Brighton alardee de ser una ciudad abierta a la gente como nosotras, dista mucho de ser la utopía liberal de banderas arcoíris que dice ser. Yo sabía que no tardaría en sucederme algo así.

Sin embargo, que pase te da un buen golpe de realidad.

Pienso en mis abuelos y por fin comprendo por qué mi madre no dijo nada cuando le conté que era lesbiana. No es porque no lo apruebe, es porque le aterra.

Ella, igual que yo, se pasó la infancia escuchando las historias de mis abuelos, que se mudaron a Londres desde Guyana. Vieron en la prensa anuncios que decían que la Madre Patria necesitaba mano de obra para reconstruir el Sistema Nacional de Salud y el de Transportes tras la Segunda Guerra mundial y creyeron que serían bien recibidos, pero muy pronto se dieron cuenta de que no era el caso. Las enfermeras blancas se llevaron las mejores habitaciones de las residencias de ancianos y los mejores turnos, y cuando mi abuela iba a atenderlos, los pacientes

pedían a alguien que hablase inglés porque no entendían su acento. También recordábamos la historia de cómo se conocieron en el autobús, después de que mi abuelo interviniera para defender a mi abuela cuando una mujer blanca le exigió que se levantase para cederle el sitio. En los locales había carteles que ponían «Prohibido irlandeses, negros y perros».

Mi madre no quiere que pase por lo mismo que ellos. No quiere que me escupan en la calle ni que me nieguen la entrada a un local. Ni que me echen de un taxi por besar a mi novia.

—Nunca me había pasado nada parecido —dice Poppy, que me suelta el brazo mientras seguimos caminando hacia ChiChester Terrace y yo me planteo si podrá escuchar mis pensamientos—. ¿Y a ti?

Niego con la cabeza.

—Creía que ya no existía gente así, sobre todo en Brighton.

—Vaya que si existen —le respondo con un suspiro decaído y me meto las manos en los bolsillos de mi cazadora de cuero.

—No me lo puedo creer. —Parece sorprendida de verdad, y levanta una mano para apartarse el pelo de la cara.

—¿Estás bien? —pregunto con el ceño fruncido.

—Sí —me responde, y la creo—. Solo que me hace gracia porque lo normal, siendo una chica, es preocuparte de que los taxistas te encierren en el coche, no que te echen de él.

Se detiene y me doy cuenta de que debemos de estar frente a su edificio. Es una de esas casas blancas que parecen una tarta de boda con vistas al mar que reformaron hace años para hacer pisos.

—¿Te apetece subir? —propone mientras abre el bolso y saca un manojo de llaves.

Claro que quiero. Me obsesiona ver dónde vive. Su cuarto. Su ropa. Las fotos que tiene pegadas en el marco del espejo. Espero que su piso esté en la última planta porque, aunque no esté tan alto como Kingfisher Court, seguro que desde allí se ve el mar sin la interrupción de hileras de tejados. No obstante, dudo, pues me pregunto si estarán sus padres en casa y, de ser así, si me los piensa presentar.

Me percató de que no estoy lista. Llevo vaqueros y una sudadera. No me pueden conocer con esta pinta. Además, aún voy por la mitad del libro de su madre, titulado *Las maravillas del cosmos*, porque Rosh me lo arrebató cuando lo traje de la biblioteca y se lo ha leído ella primero.

Poppy se debe de dar cuenta de que estoy entrando en pánico porque se gira para mirarme y se lame los labios con una sonrisa traviesa.

—No te preocupes. No hay nadie en casa.

¡Peor todavía! Tampoco estoy lista para estar a solas con ella. A ver, hemos estado a solas muchas veces, pero no solas solas. Esperaba que sucediese en algún momento, pero no creía que fuese a pasar hoy mismo. Tengo reservada una ropa interior especial y, además, no me he depilado las piernas porque mi padre se quedó plantado en la puerta del baño gritándome que saliera de la ducha de una vez.

—No le des tantas vueltas. —Se ríe y me agarra de la manga de la chaqueta de cuero para arrastrarme hacia lo alto de las escaleras que dan a la puerta principal—. Te va a dar dolor de cabeza.

Mete la llave en la cerradura y le da un golpe de cadera a la puerta para abrirla. Enciende la luz justo cuando traspaso el umbral y luego gira sobre sí misma para mirarme y señala mis vaqueros.

—Venga, quítatelos.

Me quedo mirándola horrorizada, con los ojos tan abiertos como la boca.

—¡Es broma! —Se ríe, lanza las llaves sobre una mesita que hay bajo un espejo enorme con un marco de oro repujado.

Se detiene para mirar su reflejo, se arregla un poco el pelo y luego va a cerrar la puerta de entrada. La miro hacerlo y cuando regresa a mi lado, al fin puedo echarle un buen vistazo al pasillo, que parece sacado de una peli de época de la BBC. Baldosas ajedrezadas, una lámpara de araña y una escalera que sube y sube hacia el techo abovedado de cristal.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunto, buscando los números en las puertas de cada apartamento, aunque no los veo.

Ella se encoge de hombros.

—Todo es mío.

—¿Es una casa? —me vuelvo para mirarla y parpadeo—. En plan ¿todo esto es una sola casa? Asiente.

—¿De cuántos pisos?

—Cinco y el apartamento del sótano.

—¿Hay un apartamento en el sótano?

Seguro que es más grande que mi piso, a juzgar por el tamaño de este recibidor.

—Es preciosa —digo mientras me agacho para desatarme los cordones de las botas, pero ella me hace un gesto para indicarme que no hace falta que me descalce.

—Es de mi familia paterna desde 1828, cuando se construyó. Mis abuelos fueron los primeros que la habitaron.

—Nosotros tenemos una casa en Guyana que construyeron mis abuelos. No es tan grande como esta, claro, pero tiene un jardín gigantesco en el que hay un anacardo y un taparón que da unos frutos enormes que parecen bolas de cañón oxidadas. —Imito la forma con las manos—. No se pueden comer, pero mi abuela asegura que cuando era pequeña y tenía dolor de muelas, su madre le daba las hojas para morder. Las flores son preciosas. Grandes y de un rosa anaranjado, y además huelen de fábula.

Cuando la miro, veo que sonrío, claramente hechizada por mi relato.

—¿Quién vive allí?

—Mis abuelos. Regresaron hace un par de años porque se estaba cayendo a pedazos.

—Sucedío lo mismo con esta casa. Mi abuela estuvo viviendo aquí hasta el año pasado, pero

ya era incapaz de encargarse del mantenimiento. Cuesta una fortuna tenerla al día, y cuando añades la cantidad de escalones que hay que subir y bajar... —Señala la escalera—. Se mudó a una residencia en Rottingdean y en cuanto mi padre tuvo potestad sobre esta casa, la remodeló de arriba abajo.

—¿Por qué?

—Mi abuela no la había podido cuidar como es debido, así que estaba en bastante mal estado. Había nidos de gaviotas en los dormitorios de la planta de arriba, según parece. —Suelta una risita amable, al hablar de su abuela parece haberse relajado—. Además, a él le apetecía devolverle su aspecto original.

—Pues le ha quedado genial —comento mientras miro la lámpara de araña—. Es preciosa.

—Me alegra que te impresione. —Le vuelve a cambiar el humor—. A mí me parece obsceno. Que ellos dos anden traqueteando por esta mansión mientras hay gente durmiendo en la parada de autobús del otro lado de la calle.

—Sí, pero lleva en tu familia desde hace siglos...

Da una palmada para indicar que ya no quiere hablar más del tema.

—Deja que te la muestre. —Se dirige a la puerta que queda más cerca—. La sala de estar, que es básicamente un salón pijo en el que no se nos permite sentarnos. —Da la luz y yo asomo la cabeza por el umbral.

Parece una casa de muñecas. Paredes de color gris pálido con revestimiento de madera en la mitad inferior, parqué en el suelo, una chimenea y, en el medio, dos delicados sofás de terciopelo rosa con patas de madera. Entre los dos ventanales hay un árbol de Navidad, al que Poppy se acerca para encender las luces. En cuanto lo hace, ahogo un grito. Se percibe el olor nada más entrar, el cálido aroma a pino que me hace anhelar que mis padres compren uno de verdad. No obstante, comprendo que mi padre no quiera subirlo —y luego volver a bajarlo— seis pisos cada año.

Es enorme —medirá al menos cuatro metros de alto—, y aun así no llega al techo.

—Tal vez haya un regalo para ti a sus pies —me dice Poppy con una sonrisa traviesa.

—Pop, ya te dije que...

Alza la mano.

—No empieces. Ya sabes que me da igual lo que me compres siempre que sea algo que hayas elegido tú.

—Vale, pero sabes que es muy probable que no me pueda escapar durante las fiestas, ¿verdad?

—Ya me lo habías dicho. Pero en Fin de Año sí que quedaremos, ¿no?

—¡Sí! —Sonríe—. Me muero de ganas. Solo tengo que buscar una excusa para librarme de la fiesta de mi tía Lalita.

—Ya te lo he dicho: gastroenteritis. Siempre funciona.

—Ya, pero por muchas ganas que tenga de verte, no creo que sea capaz de forzarme a

vomitara. Sabes lo mucho que lo odio.

—Lo comprendo.

—Además, me preocupa que mi madre quiera quedarse en casa conmigo.

Me señala.

—Bien pensado.

—Se me había ocurrido dolor de ovarios. Según la aplicación que me obligaste a descargarme, me tendría que venir la regla por esas fechas.

—Nada de meterte mano por debajo de la falda esa noche. —Levanta el pulgar—. Entendido.

Si estuviese más cerca, le daría una colleja.

Me coge de la mano y me enseña el resto de la casa. El comedor. El estudio de su madre. La bodega de su padre. En el segundo piso, el despacho de su padre y la cocina comedor, que es mucho menos formal. Sigue siendo como una foto de una revista de decoración, con ventanas altas y una chimenea de mármol blanco. No es la típica estancia en la que me vea sentándome bajo una mantita en el sofá a ver *EastEnders*. Pero en realidad tampoco creo que los padres de Poppy vean *EastEnders*, ¿verdad?

Aun así, aquí no me da miedo tocar los muebles. Parece un salón normal, solo que todo es de talla extragrande. El televisor. Las librerías que hay a ambos lados de la chimenea. Los sofás. El reposapiés de terciopelo morado sobre el que descansa una reluciente bandeja negra con unos relucientes libros de tapa dura y una vela encima del todo. Me acerco para levantar la tapa y, cuando aspiro el aroma, me percató de que huele a ella.

—Es tu perfume —le comento al girarme y mostrarle la vela.

—Qué olfato tan fino. —Parece impresionada de verdad—. Es el que usa mi abuela.

—Parece que os lleváis bien, ella y tú.

—Sí. Es mi persona favorita. Tengo muchísimas ganas de presentártela.

Compartimos una sonrisa que permanece en nuestras caras un momento bastante prolongado. Ella se aparta primero y yo dejo la vela sobre la pila de libros antes de dejar de sonreír. Me acerco a una de las ventanas para mirar al mar. Está oscuro, la luz de la luna ilumina las crestas de las olas de tal modo que parecen cuajadas de plata.

—Las vistas deben de ser maravillosas por el día —le comento, y ella se acerca para colocarse a mi lado.

—Me imagino. No paso demasiado tiempo aquí como para detenerme a contemplarlas.

Le lanzo una mirada y me parece que está muy triste, tanto que estoy a punto de tomarla de la mano. Pero antes de que pueda hacerlo, se recompone, sonríe y me pregunta si quiero ver el resto de la casa. Le digo que sí y ella me lleva a la planta de sus padres (sí, tienen toda una planta para ellos), con su vestidor, su bañera de cobre refulgente y lo que debe de ser la cama más grande que haya visto en mi vida.

—¿No deberíamos apagar las luces? A mi padre le daría un ataque si nos viera. Siempre nos anda dando la murga con el ahorro energético.

Ella niega con la cabeza.

—Cuando vives en una casa como esta, te interesa que se sepa que estás en casa. —Alza las cejas y yo la imito—. Nos entraron a robar el año pasado. No se llevaron nada de valor sentimental, solo los televisores, una cámara y un par de portátiles, pero desde entonces mi padre no baja la guardia y nos insiste en que cerremos puertas y ventanas y en que dejemos las luces encendidas. Todo va con temporizador. Las ventanas tienen alarma. —Baja por la escalera—. Aunque la puerta principal parezca la original, no lo es. Haría falta una tuneladora para atravesarla.

—Qué tranquilizador.

—Nos van a instalar un sistema de seguridad nuevo a principios de año, con cámaras por todas partes, así que estoy aprovechando el tiempo que me queda de intimidad.

—Y bien, ¿dónde está tu cuarto?

Poppy señala hacia arriba.

—Me han desterrado al ático como a Bertha Mason. Bueno, técnicamente no es el ático —admite, y arruga la nariz—. Aún hay otra planta encima de mi cuarto, pero a veces esa es la sensación que me da.

—¿Otra planta más? ¿Para qué sirve?

—De momento para nada. Aún no se ha recuperado de la infestación de las gaviotas, pero mi padre tiene planeado reformarla el año que viene porque es justo lo que necesitan dos personas para vivir en esta casa tan sumamente grande: más espacio.

Suspira hondo mientras sube la escalera y yo la sigo.

—Cuarto de baño. —Señala una puerta cuando llegamos arriba del todo, y luego otra—. Mi dormitorio.

La sigo hacia el interior y cuando enciende la luz, no es para nada lo que me esperaba. Hay mucho rosa. Paredes rosas. Alfombra de pelo rosa. Cortinas rosas a cada lado de las ventanas, decoradas con estrellitas doradas. Sobre la cama hay una lámina enmarcada de una mujer con un vestido vaporoso que se asoma de lo que me parece la Torre Eiffel, con todo París a sus pies. Es bonito. Pero solo eso: bonito. A Poppy le gustan las pelis de terror y Basquiat y quiere tatuarse una cita de Kurt Vonnegut en las costillas.

Esto me parece muy delicado para ella.

Muy cursi.

Me pregunto si será su cuarto de verdad, pero ella se mueve como si lo fuese, se acerca a una de las mesillas de noche para poner el móvil a cargar y se desploma sobre la cama con un suspiro dramático. Yo me siento en el borde, me desato las botas y me las quito antes de tumbarme a su lado. Me aseguro de dejar una distancia prudencial entre nosotras, cosa que ella ignora, pues me da un codazo al incorporarse para coger la manta rosa de felpilla que hay a los pies de la cama. Nos cubre con ella y se acurruca junto a mí, me pasa un brazo sobre la barriga con un suspiro más alegre y yo noto su aliento cálido y lento contra la piel de mi cuello.

—Cuánto me alegro de tenerte al fin en mi cuarto —dice, apresándome con una pierna.

Yo asiento, pues de pronto me percato de lo cerca que la tengo.

De su calor.

No sé qué debería hacer ahora: si debería besarla o mejor esperar a que lo haga ella.

Así que entro en pánico y digo:

—Creía que tendrías un perro.

Maravilloso, Ash.

Eso la pondrá a tono seguro.

—¿Ah, sí? —Busca mi mano bajo la manta y luego entrelaza sus dedos con los míos.

—Uno grande —puntualizo, y me coloco la mano libre detrás de la cabeza, sobre la almohada, mientras contemplo el techo alto y blanco—. Un labrador o un golden retriever o algo así.

—Me encantan los golden retrievers. —Se incorpora y me coloca la barbilla sobre el pecho—. Los vecinos tienen uno —me dice con una sonrisa, sus hoyuelos vuelven a hacer acto de presencia—. Es la caña. Se llama Iggy. Iggy Pup.

—Qué mono.

—Es muy mono —comenta, aunque su sonrisa ahora es un pelín más traviesa—. Pero no tanto como tú.

Me río, de pronto me arden las mejillas.

—Buen piropo, señorita Morgan.

—¿Ha funcionado? —Alza las cejas de forma sugerente.

—Bueno, ya me tienes en la cama, ¿no?

—Tal parece, señorita Persaud.

Me besa —suavemente, solo un instante— y luego se aleja para mirarme. Asiento y lo vuelve a hacer, el corazón me martillea tan fuerte que sospecho que lo nota hasta ella cuando me suelta la mano y se pone a horcajadas sobre mí. El pelo le cae hacia delante y yo alargo las manos para retirárselo; noto su lengua cálida y lenta dentro de mi boca.

Se aparta de pronto y yo ahogo un grito por la súbita sensación de ausencia. La veo erguirse para quitarse el jersey. Sin embargo, se le queda enganchado a la cabeza, y la oigo reírse mientras intento rescatarla; su cabello sube y baja como una roja ola de Hokusai. Dado que estoy tumbada, me cuesta un poco más quitarme el mío, lo que solo hace que provocarnos más carcajadas. Al fin lo consigo, luego veo que sus manos se dirigen a la cinturilla de sus vaqueros, y es todo un poco accidentado cuando yo decido seguirle el ritmo; ambas nos acabamos dando patadas al intentar quitarnos los pantalones, lo que provoca otra oleada de risas.

Me vuelve a besar, pero también eso resulta desastroso, porque nuestras bocas no están del todo alineadas y nuestras narices chocan mientras intento desabrocharle el sujetador. No veo lo que estoy haciendo, así que acabo por tirar demasiado del cierre, que se me suelta de las manos y le da un golpe en la espalda. Parezco un adolescente salido de tanta prisa que tengo por

quitárselo, y eso hace que Poppy se ría contra mis labios. Entonces lo consigo, y cuando cae suelto en mis manos, ya no me hace tanta gracia. No me importa qué ropa interior llevo puesta ni no haberme depilado las piernas porque ella susurra mi nombre como nunca lo había hecho.

Como no había hecho nunca nadie.

«Ashana.»

Siempre me había gustado mi nombre, pero no lo había adorado hasta que la he oído decirlo así. Y adoro cómo su respiración cambia cuando la toco, cómo su piel se templea bajo mis dedos, cómo la mía se encoge al contacto de sus anillos de plata. Cuento todas y cada una de sus vértebras, conectadas como una ristra de perlas. Cuando noto que sus costillas se expanden bajo mis manos como un par de alas de ángel, me yergo para acercarme a ella, desesperada por cerrar el espacio que nos separa, para que no lo pueda atravesar ni un haz de luz.

Vuelve a suspirar mi nombre, me besa con mayor urgencia mientras yo trazo los surcos de sus clavículas con mis dedos y luego enrosco la mano alrededor de su cuello, buscando su pulso con el pulgar. Lo noto latir —fuerte y rápido— y solo deseo estar dentro de ella. En el sentido más real de la palabra. Introducirme en su cuerpo, nadar en su sangre caliente y trepar por sus costillas como si de una escalera se tratase para poder lamer su corazón. Quiero morderla. Me tengo que controlar para no hundir los dientes en su cuello para bebérmela entera.

Para devorarla.

No sabía que sería así. Incluso tras todo este tiempo, siento como si la estuviese conociendo de nuevo. El color de su piel, pálida como la luz de luna, y su boca, tibia como los rayos del sol. Entonces me toca —me toca de verdad—, y con eso basta para provocar un resplandor en mi pecho que al instante colapsa sobre sí mismo.

Entonces comprendo la explicación del señor Moreno sobre la formación de las galaxias.

NUEVE



Nada más meter la llave en la cerradura, escucho a Keith Waithe, lo que significa que mi padre está cocinando.

¿Podría ser más perfecta esta tarde?

Entro en el piso y los encuentro a él y a Rosh bailando en la cocina mientras él revuelve una cazuela. La escena no podría ser más distinta de la que acabo de vivir en casa de Poppy. La música llena todo el apartamento y, de pie en el umbral de la cocina, me doy cuenta de lo pequeña que es. Tanto que mi padre y Rosh apenas caben en ella.

Al entrar en casa de Poppy, se me ha pasado por la cabeza que me daría mucha vergüenza invitarla aquí, dado que sus padres tienen una planta entera para ellos solos mientras que Rosh y yo tenemos que compartir habitación. No obstante, al ver a mi padre y a mi hermana bailando mientras el vaho cubre la ventana, ¿de qué tendría que avergonzarme?

Hay más vida en esta cocina calurosa y diminuta que en toda la casa de Poppy, y creo que a ella le encantaría. Creo que le gustaría Keith Waithe y ayudar a mi padre a limpiar y cortar el quimbombó mientras Rosh le lanza pregunta tras pregunta sobre la biblioteca de Roedean.

En ese momento sé que quiero hablarles de ella.

Quiero invitarla a casa.

Ahora no, claro. La cocina está hecha un desastre. Hay pieles de cebolla en la encimera y en el suelo, y un manchurrón de salsa de tomate en el zócalo de detrás de los fogones. Mi madre nos maldeciría a todos si estuviese en casa.

—¡Ashana! —canturrea mi padre cuando me ve en el umbral.

Me pregunto si lo sabrá.

Si sabrá lo que acabo de hacer.

No debe, porque me invita a entrar en la cocina con un gesto mientras sigue bailando.

No queda sitio, pero entro de todas formas.

—¿Qué cenamos?

—¡Espaguetis a la boloñesa! —dicen Rosh y él al unísono.

Alzo el puño al aire. Sus espaguetis a la boloñesa no tienen rival, a pesar de que se niega a echarles zanahorias y apio y le echa demasiado chili y *garam masala* para considerarlos unos

espaguetis a la boloñesa canónicos.

—¿Qué tal en la Tate Modern? —me pregunta Rosh mientras saca tres platos de la alacena.

—Guay. Muy guay.

—¿Has visto el iceberg?

—¡Sí! Es una pasada. Me ha emocionado, para mi sorpresa.

—¿Has sacado alguna foto? ¿Me las enseñas?

—Después de cenar, ¿vale? —Espero que mi padre no vea la cara que le he puesto por detrás de su espalda.

Ella parece confusa y yo articulo sin hablar «Luego te cuento» mientras él sigue bailando por la cocina, completamente ajeno al hecho de que me he cargado mi teléfono. No me he dado cuenta hasta que me estaba vistiendo en el cuarto de Poppy de que llevaba el móvil en el bolsillo trasero del pantalón cuando el tipo ese me ha derribado en la estación, de modo que se me ha reventado la pantalla. Aún funciona, pero es que me lo compraron hace menos de un año.

Mi madre me va a matar y no le puedo contar que no ha sido culpa mía.

No obstante, hasta que llegue ese momento, al menos puedo disfrutar de los espaguetis a la boloñesa de mi padre.



Incluso antes de que mi madre metiese la llave en la cerradura ya sabía que le iba a contar lo de Poppy, pero el hecho de decirlo en voz alta hace que el corazón me lata tan deprisa que estoy casi segura de que voy a vomitar.

Cambio de postura en el sofá, intentando comportarme con naturalidad, colocando la manta navideña favorita de Rosh —la roja blandita con los copos de nieve— para que parezca que estoy aquí sentada sin más, leyendo un libro.

Como si nada.

Oigo que se cierra la puerta de entrada y entonces la imagino en el recibidor, colgando el bolso en el perchero y quitándose los Crocs antes de desabotonarse el abrigo. Debe de ver la luz proveniente del salón, porque lo siguiente que oigo son sus pasos a lo largo del estrecho pasillo hacia mí, y me autoconvenzo de que debo calmarme.

—Ashana —dice, y se acerca hasta quedar justo al lado del brazo del sofá—. ¿Dónde están papá y Rosh?

—En la cama —le respondo con una pequeña sonrisa—. ¿Qué tal en el trabajo?

—Bien —dice, claramente con la mosca detrás de la oreja al ver que el televisor está apagado—. ¿Por qué estás despierta a estas horas?

—Estaba leyendo.

—¿Leyendo? —Los niveles de sospecha aumentan—. ¿Qué estás leyendo?

—Un libro sobre Jean-Michel Basquiat. La exposición a la que he ido hoy.

Alzo el libro que me regaló Poppy y mi madre me hace un gesto para que se lo entregue. Eso hago, y la veo quitarse las gafas de la cabeza para colocárselas frente a los ojos. Aguza la mirada para contemplar la cubierta durante un par de segundos, con el ceño fruncido, y luego baja la barbilla para mirarme por encima de las gafas mientras me devuelve el libro.

—Esto no es arte, Ashana, no son más que líneas y colores.

—¿No es eso precisamente lo que es el arte?

Se queda reflexionando durante un instante, luego bambolea la cabeza de un lado al otro.

—Cierto.

Se vuelve a colocar las gafas sobre la cabeza y cuando se da la vuelta para irse, entro en pánico.

—Mamá, ¿podemos hablar un segundo? —digo, demasiado alto.

Tan alto que ella se gira con otro ceño suspicaz. Veo que se le pone esa cara —la que significa «A ver con qué me vas a salir ahora»—, pero se da cuenta y recula.

—Claro —dice con dulzura, y se sienta en el borde de la mesilla de centro.

Llevo practicando lo que le quiero decir toda la tarde. En el bus de vuelta de casa de Poppy. Mientras Rosh, papá y yo estábamos apiñados en el salón, comiendo espaguetis a la boloñesa y viendo la final de *Mira quién baila*. Mientras me estaba lavando los dientes y mirando distraídamente mi barrio, anhelando tener unas vistas como las de los padres de Poppy. Pero ahora que mi madre me está mirando, las palabras que tan cuidadosamente había preparado han abandonado mi lengua.

Así que suelto sin más:

—Mamá, he conocido a una persona.

Se queda en silencio un rato demasiado largo y luego asiente.

—Ya me lo parecía.

Parpadeo.

—¿Cómo es posible?

—Por las flores.

Asiento y ella se inclina hacia delante, reposando las muñecas sobre sus rodillas, y comienza a jugar con su anillo de bodas. Por la forma en la que pestañea, sé que está pensando qué decir —cómo va a lidiar con ello—, cosa que no es nada típica de mi madre.

—¿Cómo se llama? —dice al fin.

—Poppy —respondo con orgullo, enderezando ligeramente la espalda—. Poppy Morgan.

—¿Va a tu instituto?

—No, a Roedean.

Mi madre alza las cejas.

—¿A Roedean?

—Sí, mamá. Es buena y valiente e inteligente —digo con entusiasmo, como si le pretendiese

vender un coche de segunda mano—. Su padre es profesor en Cambridge, y su madre es la doctora Margot Morgan. —Señalo el televisor—. Hizo el documental ese de la BBC que iba sobre la materia oscura, el que nos obligó a ver Rosh como unas tres veces. Es una eminencia. Ganó el Premio Nobel de Física el año pasado.

Asiente, impresionada, pero entonces dice:

—De padres inteligentes no siempre salen hijos inteligentes.

Eso ha sido un golpe bajo dirigido a mí, no me cabe duda, pero lo ignoro y sigo:

—Ya, pero ella sí que lo es, mamá. Te lo juro. Muy inteligente. Y graciosa.

—¿Graciosa?

Vale. La vía del humor no es la apropiada. A las madres guyanesas eso les trae sin cuidado. Solo quieren oír una de estas tres palabras: médico, abogado o ingeniero. Bueno, en realidad estoy siendo un poco injusta —mi madre se casó con un jardinero, al fin y al cabo—, es más bien lo que querrían escuchar mis abuelos.

—Y es vegana —añado, aunque me arrepiento al instante, cuando la veo erguirse.

—¿Vegana? —repite, como si le acabase de decir que Poppy es vulcaniana o algo así.

¿Por qué habré dicho eso?

Ahora le preocupa que Poppy me convierta al veganismo a mí también.

Intento decir algo que le asegure que no tengo intención de hacerme vegana, pero lo único que se me ocurre es:

—Me encanta la carne.

Parece horrorizada.

Ni por lo más remoto me imaginaba que esta conversación iría por estos derroteros.

¿Por qué no habré escrito lo que quería decir?

—O sea —vuelvo a intentar—, que tiene un buen corazón. Es miembro de Greenpeace.

Eso le da exactamente igual.

—Vale.

—Y me gusta —al fin le digo lo único que importa—. Me gusta mucho.

Funciona, porque se relaja.

—Ya sé que te gusta. No me estarías hablando de ella si no fuese el caso.

Vuelve a inclinarse hacia mí y cuando alarga la mano para tocarme la cara y me acaricia la mejilla con el pulgar, me pregunto qué estará pensando. Si se estará planteando qué habrá sido de su niña pequeña, la que siempre la obligaba a bailar con ella en las bodas y que insistió en que llamasen a su hermana recién nacida «Tostada». O quizá piense en lo difícil que va a ser mi vida a partir de ahora. En que eso no es lo que ella quería para mí.

Me acaricia la mejilla por última vez y deja caer la mano sobre su rodilla.

—¿La quieres?

Yo no dudo.

—Sí.

No me puedo creer que se lo haya dicho antes a mi madre que a Poppy.

Se vuelve a quedar en silencio y yo estoy temblando, a punto de derretirme como el iceberg de la Tate Modern mientras espero que diga lo que sea que esté a punto de decir. No sé si va a decirme que no pasa nada, que me quiere. O que le repugna que su hija esté enamorada de una chica.

Mis manos aprietan la manta navideña de Rosh mientras espero, observando cómo trata de asimilar todo lo que le acabo de contar. Durante un terrible instante, creo que no va a decir nada en absoluto, como cuando salí del armario, que solamente me va a dar las gracias por contárselo y luego se va a ir a la cama. Sin embargo, alza la barbilla para mirarme a los ojos.

—¿Sabe palmear el *roti*? —pregunta, y una sonrisa tira de las comisuras de sus labios hacia arriba.

El alivio me deja tan mareada que tardo un rato en recuperar el habla.

—Lo dudo. —Me río y me enjugo una lágrima con los dedos.

Ella arquea una ceja.

—No es tan lista, entonces.

Se inclina para darme un beso en la frente. Cuando se separa, alza la mano para colocarme el pelo detrás de la oreja.

—A papá y a Rosh mejor se lo contamos cuando pasen las fiestas, ¿vale? Invitaremos a Poppy a cenar un día.

Estoy intentando no deshacerme en lágrimas con tanta fuerza que solo puedo asentir.

—Aunque no tengo ni idea de qué cocinar para una vegana.

DIEZ



Ya sé que es Nochevieja, pero no me esperaba que hubiese tanta gente en la playa. Cuando Poppy me ha citado aquí, he pensado por un momento que se le había ido la pinza. Hace un frío que pela. Adara se ha negado a venir porque tenía miedo de pillar una neumonía; está en la fiesta de Donna Niven. No me extraña. ¿Por qué iba a preferir sentarse en la playa cuando podría estar en una casa calentita, bailando con Mark y manchando de cerveza la alfombra de los padres de Donna Niven?

Poppy debe de saber algo que yo ignoro, porque parece que es el apocalipsis y todo el mundo se ha reunido aquí. Hay fiestas por toda la playa, desde el muelle hasta el puerto deportivo. Pandillas de todo tipo, desde fumetas de mediana edad hasta adolescentes a los que les faltan diez minutos para potar todo el whisky que han sisado del minibar de sus padres. Grupos de gente que quizá ni se conozcan están riendo y bebiendo y bailando al son de la música que suena.

A medianoche, no será posible distinguir dónde termina una fiesta y comienza la siguiente. Jamás había vivido una experiencia como esta. A nadie le importa nada. Les da igual cómo vistas o con quién hables. Nadie intenta hacerse el interesante —ni encajar— porque nadie desentona; cada uno de los aquí presentes estamos unidos en este momento de ilusión compartida mientras aguardamos el cambio de año. Todos somos amigos. Todos estamos enamorados. Nada salvo la medianoche importa, porque el año que viene será distinto. Seremos distintos.

Es nuestro año.

Mañana por la mañana, la playa será un amasijo de cristales rotos y zapatos perdidos. Quizá llueva y el agua lo arrastre todo consigo, pero, por ahora, es como la cita de Kurt Vonnegut que Poppy se quiere tatuar en las costillas: «Todo era hermoso y nada dolía».

Sobre nuestras cabezas, la congregación de estrellas hace que el cielo parezca tan grande que, si cayera, nos aplastaría a todos. A nuestra derecha, el muelle se alarga hacia el mar en toda su majestuosidad fosforescente, las luces se reflejan en la superficie en charcos de rosa, amarillo y azul. Enfrente, las luces rojas intermitentes de la central eólica delinean el horizonte. La noche está despejada, de modo que se pueden ver todas, las ciento dieciséis, y cuando Poppy me aprieta la mano y gira la mejilla para mirarme con una sonrisa lenta, sé que está recordando aquella tarde de finales de septiembre cuando nos conocimos en el barco.

Tal vez no sea una historia tan horrible que contarles a nuestros nietos.

Ahora aquí estamos, sentadas en la playa, con el mar a nuestros pies. Sé que la felicidad —la de la tarta del decimotercer cumpleaños— no se ha desvanecido. Siempre ha estado ahí, como cuando ves que el sol brilla pero no lo puedes sentir en las mejillas. Ahora lo siento: soy feliz. No solo cuando estoy con Poppy, sino cuando voy en el autobús al instituto o por la noche cuando estoy a punto de dormirme y noto que me empiezo a vaciar. Está ahí —todo el tiempo— y pase lo que pase el año que viene, espero que recordemos esta noche, que nunca, jamás, la olvidemos. Ni siquiera cuando tengamos cuarenta años y esto nos quede muy lejos. Espero que recordemos que, en lo más profundo, siempre seremos quienes somos esta noche.



Hace unos minutos, me estaba congelando, me dolía la punta de la nariz por culpa del viento gélido proveniente del mar. Ahora estoy acalorada, me arden las mejillas y tengo el corazón al rojo vivo, como un cartel brillante que indica que quedan habitaciones libres en un motel; estoy segura de que Poppy lo ve, a pesar de que llevo capucha.

Ahora que le he hablado de ella a mi madre, sé lo que es formar una pareja normal, poder sentarnos juntas sin preocuparnos de si alguien nos ve. Estamos haciendo planes para el año que viene. Dejo que ella hable primero, que hable y hable hasta que se quede sin aliento. Entonces, cuando llega mi turno, me sale todo a borbotones. No sé si estoy colocada por las posibilidades que traerá el año nuevo o por tener a Poppy tan cerca, pero no puedo hablar con la rapidez que querría, las palabras se me solapan al intentar sacarlas de mi mente. El Orgullo de Brighton. La planta baja de Twin Pines. El fotomatón de Snoopers Paradise. No me contengo y, cuando termino, no sé si le he dicho todas las cosas que me gustaría hacer el año que viene o si he enumerado los lugares en los que me gustaría besarla.

Estamos agotadas y nos acomodamos en un silencio que no tengo prisa por llenar. Veo el vaho de nuestro aliento y recuerdo que hay previsión de nieve. Me asalta la euforia al imaginar a Poppy con unas manoplas rojas, los copos de nieve deritiéndose en su pelo. Sé que es cursi, pero eso es lo que anhelo. Las cosas normales. Ángeles en la nieve, chocolate caliente y selfis con bufandas a juego. Las escenas de las películas en el momento en el que los protagonistas se están enamorando pero aún no lo saben.

Solo que nosotras sí.

O al menos yo.

Solo que no se lo he dicho aún.

Cuando nos apoyamos la una sobre la otra, pienso en decírselo, pero entonces oigo el restallar del primer fuego artificial y veo un resplandor repentino en forma de flor rosa fucsia sobre el

cielo oscuro, sobre el muelle, a nuestra derecha. Ahogo un grito, pues me ha sobresaltado, y cuando Poppy hace lo propio, nos miramos y nos entra la risa floja.

—¿Qué hora es? —pregunto cuando vuelve a recostarse sobre mí—. No pueden ser las doce ya.

Poppy mira su móvil.

—Las once y dieciséis. Debe de ser por la diferencia horaria entre esta zona y Hove. —Vuelve a reírse y toma un sorbo de la lata de cerveza que estamos compartiendo antes de pasármela otra vez.

Cuando vuelvo a mirar el mar, veo una gota de esmalte de uñas en la punta de mi bota derecha, solo un puntito, como una gota de sangre brillante sobre el cuero negro. Debí de caérseme cuando me estaba preparando a toda prisa y me entra la tentación de retirarla, pero entonces Poppy se lleva mi mano a la boca y la besa, y ahora noto el fuego artificial dentro de mi pecho. Me sonrío y no sabía que pudiera ser así.

Que pudiera gustarte tanto alguien, y que el sentimiento fuese recíproco, y que nadie saliese herido.

Entonces me suena el móvil, pero antes de que pueda responder, salta el buzón de voz.

Pasa un instante y luego vuelve a sonar. Entonces miro la pantalla para ver quién puede ser tan insistente.

Es mi madre

—Mierda —siseo mientras me suelto de la mano de Poppy.

Casi me salgo de mi propia piel cuando veo su nombre en la pantalla. Al momento me persigno y rezo una plegaria rápida para rogar que solo me llame para ver cómo me va la noche, pero cuando respondo y solo hay un instante de silencio, sé que no es el caso.

Si estuviese más cerca del muelle, me tiraría al agua.

Al final, me dice:

—Ashana, ¿dónde estás?

—Hola, mamá. ¿Qué tal la fiesta de tía Lalita? —le pregunto, intentando sonar lo más tranquila que puedo mientras maldigo al grupo de chavales que han decidido que, a pesar de tener toda la playa disponible, el lugar idóneo donde ponerse a jugar a lucha libre es justo delante de mí.

Mi madre vuelve a quedarse en silencio un instante y repite:

—Ashana, ¿dónde estás?

Antes de que pueda responder, los chavales empiezan a vitorear al que ha sido capaz de tirar a su colega al mar, y ella debe de haberlos oído —oye cómo rasgamos el plástico de un paquete de galletas a tres habitaciones de distancia— y sé que soy mujer muerta. Ni siquiera me molesto en mentir.

—Estoy en la playa con Poppy —admito con un suspiro de derrota.

—Ven a casa ahora mismo, por favor.

—Mierda —escupo cuando me cuelga y retomo el plan de tirarme del muelle.

Se suponía que Rosh iba a llamarme cuando saliesen de la fiesta de la tía Lalita para que me diese tiempo a llegar a casa antes que ellos.

¿Qué narices ha pasado?

Cuando compruebo los mensajes, cómo no, veo uno de Rosh de hace cincuenta y cinco minutos.

Me queda un 1 % de batería, no puedo llamar. A papá le duele la cabeza, nos vamos de la fiesta. VETE A CASA YA.

Seguido de otro, un minuto después.

Espero que lo veas, Ash.

Joder.

Estaba tan distraída con Poppy que se me ha pasado mirar el móvil.

Cuando me giro para mirarla, tiene una sonrisa sombría en la cara.

—Te han pillado.

—Sip.

—Pero es Nochevieja —me recuerda con un mohín—. Es nuestro año.

—Ya lo sé —suspiro mientras me levanto y la ayudo a hacer lo mismo.

Estábamos sentadas sobre su abrigo y cuando me agacho para recogerlo, se lo pone con un ceño pronunciado.

—En realidad ya la has liado. No pasa nada por que te quedes hasta medianoche. Ya son las —se detiene para sacar su móvil del bolsillo del abrigo— once y veintiuno. Solo quedan, ¿qué, treinta y nueve minutos?

Me tienta. Visto así, no es tan horrible. No obstante, conozco bien a mis padres: me pasaría semanas pagando estos treinta y nueve minutos.

Me toma de la mano y me embarga la tristeza. Es nuestro año y lo estamos empezando con una pillada de mis padres que derivará, sin duda, en un castigo de al menos trescientos sesenta y cinco días.

No quería que la noche fuese así. En absoluto. Pretendía besarla a medianoche, decirle que la quiero, contarle que le he hablado a mi madre de ella, que quiere que venga a cenar a casa un día.

Nos podemos ir olvidando de ello, ¿verdad?

Cuando me aprieta la mano, alzo la vista para toparme con su sonrisa.

—¿Te cuento un secreto antes de que te marches?

Le sonrío a mi vez.

—Siempre.

Se acerca y posa sus labios contra mi oreja.

—Tenía pensado decirte que te quiero a medianoche.

—Yo también te quiero. —Las palabras escapan antes de que pueda evitarlo, como si no pudiese seguir reteniéndolas en mi boca ni un segundo más—. Le dije a mi madre que te quería antes de Navidad.

Sus ojos se abren como platos. En la oscuridad, parecen casi de color azul eléctrico.

—¿En serio?

—Sí. La noche en la que... ya sabes. —Alzo las cejas de forma sugerente.

—¿Le contaste a tu madre que nos acostamos?

—¡Claro que no! —Me estremezco solo de pensarlo—. Le hablé de ti.

—¿Qué le dijiste?

—Que eras buena persona, e inteligente, y graciosa.

—¿Y ella qué dijo?

—Le preocupa que seas vegana.

—Comprensible —asiente—. No te preocupes. Ya sé que tu madre está cabreada porque has salido sin permiso, pero cuando se tranquilice, iré a tu casa a cenar y la encandilaré con mi carisma. Los padres me adoran. —Se detiene e inclina la cabeza de un lado al otro—. Todos menos los míos. Por cierto. —Alza las cejas—. Casi le hablo de ti a mi madre yo también, antes de Navidad.

—¿Ah, sí? —pregunto, y me muerdo el labio inferior para evitar que me tiemble.

—La última vez que hablé con ella dijo que sonaba distinta. Como feliz.

—¿Cómo son capaces de darse cuenta de esas sutilezas que nadie más percibe?

Me mira como para decirme «¿Verdad?» y luego dice:

—Pues estuve a punto de contarle qué era lo que me hacía tan feliz, pero estaba en Boston y no me apetecía hablar del tema por teléfono.

Asiento.

—Voy a contárselo ahora.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Voy a ir a casa y hablaré con ella.

Se me agita el corazón de solo pensarlo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Asiente, me mira a los ojos y me sostiene la mirada—. ¿Sabes lo agradecida que te estoy, Ash?

Parpadeo.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Estaba muy mal cuando nos conocimos. —Baja la vista y, cuando la noto apagarse, mi corazón empieza a latir muy muy despacio—. Estaba muy triste, pero entonces llegaste tú. —Cuando vuelve a mirarme con una sonrisa lenta los latidos retoman el ritmo e incluso lo doblan—. Sé que no es responsabilidad tuya arreglar mis problemas. ¿Cómo dice Amy Poehler? ¿Las personas no son medicamentos? No le falta razón, pero el día que nos conocimos, fue como si se

encendiera una bombilla y pudiese al fin ver todo en technicolor, fabuloso y mágico. No me reparaste, eso solo puedo hacerlo yo misma, pero me hiciste recuperar la ilusión, ¿sabes?

Asiento.

Lo sé.

—Me animaste a recorrer calles por las que nunca había pasado solo para saber adónde llevaban. De descubrir una cafetería y hacerla nuestra. —Sonríe para sí misma al recordarlo y yo no puedo evitar imitarla—. Me animaste a plantar banderas por todo Brighton para señalar «Esto es nuestro». Y me animaste a hacer lo mismo por todo el mundo, en cada esquina, porque ahora veo un futuro. Recuerdos. Anécdotas. Y lo quiero. Por completo. Quiero hacer y ver absolutamente todo.

Me quedo mirándola porque no sé qué decir.

Yo pensaba que ella había sido la que había hecho todo eso por mí.

No se me había pasado por la cabeza que yo estuviese haciendo lo mismo por ella.

—Pero va aún más allá, Ash —dice, casi sin aliento, con los ojos abiertos y las mejillas sonrosadas—. Hablas de tu familia y de Adara con tanto cariño, con tanto amor, que haces que yo ansíe sentir lo mismo. Me enfadé muchísimo con mi madre cuando me expulsaron de Wycombe Abbey y no me dejó volver a casa, pero ahora entiendo que está haciendo lo mismo que tu madre ahora: intentar protegerme, porque si hubiese vuelto a casa, habría pasado la mayor parte del tiempo sola, dado que ellos están casi siempre de viaje. Eso no me habría beneficiado en nada, ¿verdad? —Asiento—. A pesar de que quizá jamás me entienda con mi padre, oírte hablar de tu madre me ha animado a luchar por mi relación con la mía, y te lo agradezco infinito. —Se asegura de que la esté mirando, y sonríe, una sonrisa relajada y tierna—. Me has salvado la vida, Ash.

—Pop... —comienzo, pero me quedo sin aliento.

—No. Escúchame. —Me alivia que no me deje terminar porque en realidad no sé qué decir después de todo lo que ella me acaba de revelar—. Cuando digo que te quiero, Ash, no lo estoy equiparando a lo que siento por Basquiat ni por los cafés con leche de avena. A ti te amo. Todo lo que eres y lo que serás, que me muero de ganas de descubrir.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me enjuga una lágrima de la mejilla con su pulgar y luego toma mi cara entre sus manos. Noto el frescor de sus anillos sobre mi piel, en contraposición con la calidez de su frente contra la mía.

—Feliz año, Ashana Persaud.

—Feliz año, Poppy Morgan.

ONCE



Me paso una eternidad esperando al autobús y cuando por fin llega, va lleno hasta la bandera. El único asiento libre está en el piso de arriba, al lado de un tío que está durmiendo la mona con la boca abierta y la mejilla apoyada contra la ventana; su aliento genera vaho en el cristal.

«Ideal», pienso mientras me siento a su lado y saco el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros para decirle a mi madre que me acabo de subir al 1A. Me llama de inmediato, porque, obviamente, no me cree.

—Ashana, ¿dónde estás?

—En el 1A, mamá.

—Hay mucho barullo.

—Es Nochevieja. Todo el mundo está borracho.

—¿Tú también?

—Claro que no.

Poppy y yo compartimos una cerveza, que ni siquiera nos terminamos. Mi madre seguro que insiste en olerme el aliento, así que más me vale comprar unos chicles antes de ir a casa.

—Llámame cuando te bajes del autobús —me dice, y no precisamente con su tono tierno de costumbre.

—Sí, mamá.

—Nada de «sí, mamá», Ashana —dice, claramente enfadada conmigo—. Tú hazlo y punto.

—Lo haré, mamá. Te lo prometo.

—Si no, creeré que te ha pasado algo y llamaré a la policía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mamá —digo, aliviada de no haber cedido a los ruegos de Poppy de quedarme en la playa hasta medianoche. Mi madre habría soltado a los perros.

—Y mándame una foto.

Cuando cuelga, me saco un selfi con el tío que está durmiendo la mona y se la envío.

No responde.



Me planteo despertar al borracho durmiente cuando me bajo en mi parada, pero se despierta él solito con tal sacudida que pego un salto en mi asiento cuando se vuelve hacia mí con los ojos rojos.

—¿Dónde estoy?

—Haybourne Road —lo informo, con la esperanza de que no se haya pasado de parada.

—La siguiente. —Asiente y vuelve a dormirse.

Es la última parada, así que si el chófer se siente generoso, lo despertará antes de dar la vuelta para regresar a Portslade. No puedo evitar sonreír cuando bajo la escalera, al imaginármelo yendo y viniendo de Whitehawk a Portslade hasta que acabe de dormir todo lo que se haya bebido. Al menos amortizará el importe del billete.

Me suena el móvil en cuanto salgo del bus y no me hace falta mirar para saber quién es.

No sé cómo lo hace.

Es una bruja.

—Acabo de aparearme, mamá —le digo en cuanto descuelgo.

—¿Por qué no me has llamado? Te dije que me llamases, Ashana.

—Porque te me has adelantado.

Suelta un suspiro pesado.

—Tu padre necesita paracetamol, le duele la cabeza.

—Pasaré por la tienda. Estoy justo al lado.

Iba a comprar chicles de todas formas. Al menos la excusa del paracetamol cubrirá esos dos minutos que iba a tener que emplear en entrar a la tienda.

—Ven directa a casa, Ashana —me advierte.

—Por supuesto, mamá.

—Por supuesto, mamá —me imita, pero sé que se está ablandando—. Estoy muy disgustada contigo.

—Ya lo sé —concedo con una sonrisa triste.

—Confié en ti.

—Ya.

—Podrías haberme dicho que habías quedado con —se detiene para bajar la voz— ella.

¿Así es como se refiere a Poppy?

¿Como «ella»?

—Ya.

—Deja de decir «ya» —me suelta, de nuevo enfadada, pero menos propensa a asesinarme.

—Estoy en la tienda —la informo.

—Compra el paracetamol y ven a casa, ¿entendido?

—Te quiero, mamá —digo, cariñosa, porque soy malvada y, cuando le dices eso, mi madre no puede evitar contestar con lo mismo, da igual lo enfadada que esté.

—Yo también te quiero, Ashana —bufa, y luego cuelga.

Entro en la tienda y veo a Nish detrás de la caja registradora, como siempre, viendo algún vídeo en el portátil.

—Hola, Ash —me saluda cuando me ve acercarme a él.

—¿Tienes paracetamol, Nish?

Coge una caja de la estantería que tiene detrás y la pone en el mostrador que nos separa.

—Uno noventa y nueve.

—Me llevo esto también —digo al lanzar un paquete de chicles sobre el mostrador.

—Dos cincuenta y ocho.

Me meto la mano en el bolsillo de la chaqueta de cuero para sacar la cartera y le ofrezco un billete de diez.

—Feliz año —le deseo cuando me devuelve el cambio.

—Sí. —Asiente como si se hubiese olvidado de en qué fecha estamos—. Feliz año, Ash.

Me saco el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros para mirar la hora cuando me giro para marcharme.

11.58.

No me da tiempo a llegar a casa en dos minutos, ni siquiera corriendo.

Parece que entraré en el año nuevo sola.

Estupendo.

Abro los chicles mientras me encamino hacia la puerta y me meto uno en la boca. Bueno, no del todo porque fallo y me da en el ojo. Cuando rebota, tropiezo con el cartel de la Lotería Nacional que hay justo en la entrada. Por suerte, en ese preciso momento pasaba una chica por allí y me coge del brazo antes de que me coma la acera. Me giro para maldecir al cartel.

«Hoy podría ser tu día de suerte», pone.

Claramente no.

—Eres Ashana, ¿verdad? —pregunta la chica cuando ya me he alejado lo suficiente del cartel como para sentirme a salvo.

—Sí —respondo justo antes de volver a probar suerte con el chicle, esta vez con éxito.

—¿Ashana Persaud?

—Sí. —Dejo de mascar un segundo—. ¿Tú quién eres?

A primera vista parece de la edad de Rosh, unos trece o catorce años. Es más o menos de su misma altura y tiene la misma ternura en la cara que me hace preguntarme si relee *La materia oscura* cada Navidad y adora la química porque es lo más parecido a la magia que conoce. El abrigo de peluche negro que lleva tampoco ayuda, puesto que la cubre por completo y hace que sus piernecitas parezcan a punto de sucumbir a su peso.

Nos quedamos mirándonos delante de la tienda. Ahora que me fijo en ella —que me fijo bien — me doy cuenta de que es algo mayor de lo que me había parecido. No tiene la energía inquieta de Rosh, y su cabello, una media melena rubia platino (del color del papel de imprimir) que le

llega hasta la mandíbula, está más domado. Sonríe y veo que sus ojos son del mismo color que los de Poppy, pero sin una pizca de su calidez, como si alguien los hubiese coloreado con un rotulador escaso de tinta.

Frío, eso es lo que siento al mirarla, a pesar de sus mejillas sonrosadas y su sonrisa.

Me deja helada.

—Soy Dev. —Mantiene la dulce sonrisa que no me acaba de convencer de que ella misma sea dulce.

«¿Y?», estoy a punto de decir mientras vuelvo a mascar el chicle. Algo me dice que preferiría entrar en el año nuevo sola que con ella. Me meto otro chicle en la boca por si acaso y cruzo la calle.

Admito que no presto demasiada atención al cruzar, puesto que me centro más en alejarme de ella, pero, por suerte, veo al coche que se aproxima a toda velocidad —demasiado rápido— un segundo antes de que me atropelle; en el último momento, yo me aparto de un salto y él gira para acabar empotrado contra la barandilla que hay delante de la tienda.

Eso es lo último que oigo: el rechinar del metal contra el metal, de algo impactando contra algo, seguido del restallido de los cristales al reventar en mil pedazos, que alzan el vuelo y se mantienen en vilo como estrellas. Luego, nada; solo ruido blanco que se alarga hasta que BUM. Los cristales caen a mi alrededor y oigo los fuegos artificiales explotar sobre mi cabeza —POP, POP, POP—, y las gaviotas despliegan las alas.

Miro el coche, sus ruedas traseras giran —giran y giran—, el morro está encastrado en la barandilla. De pronto, me percató de lo cerca que está, dolorosamente cerca, la escasa distancia que me separa de él, tan diminuta que podría alargar la mano y tocarlo si quisiera.

Los trozos de cristal restallan bajo mis pies cuando trastabillo hacia atrás y me llevo las manos a la cara como para comprobar que sigo aquí. Las retiro y las observo. No hay sangre. Me toco la nuca, el pecho, el vientre. Nada. No me duele nada. Sigo aquí.

Gracias a Dios.

Gracias a Dios.

Qué cerca ha estado.

Dios santo, qué cerca.

Muy cerca.

El alivio me marea mientras no dejo de decir incoherencias, una y otra vez. Me doy cuenta de que la chica que me ha ayudado antes sigue ahí. Me coge de los codos y empieza a dar saltitos, claramente entusiasmada; dice algo sobre que es medianoche y no sé qué más, su voz queda ahogada por el ruido de los fuegos artificiales y de los cánticos de la gente.

*Should auld acquaintance be forgot,
And never brought to mind?*

Me giro hacia el coche cuando las puertas se abren; de ellas salen dos tíos que se largan a toda

prisa por la calle, justo hacia donde yo me dirigía cuando casi me atropellan.

—¡Eh! —les grito—. ¡Podríais haberme matado! —Pero ya se han ido.

Entonces Nish sale de la tienda para ver qué es lo que ha pasado.

—¿Lo has visto, Nish? —Señalo el coche siniestrado—. ¡Casi me atropella! —Pero no me escucha, sino que mira hacia abajo y ahoga un grito.

Intento mirar lo que él acaba de ver, pero la chica del abrigo de peluche se interpone entre nosotros.

—Tenemos que irnos. —Me coge del brazo, pero yo me desembarazo de ella cuando Nish entra a toda prisa a la tienda.

Cuando regresa, tiene un teléfono pegado a la oreja.

—Sí, una ambulancia, rápido, por favor.

—Nos tenemos que ir ya, Ashana —me dice, y yo me detengo para mirarla.

—¿Quién eres? ¿Por qué sabes cómo me llamo?

Antes de que pueda responder, oigo que Nish dice:

—Por favor, vengan rápido, ha habido un atropello.

La chica intenta detenerme, pero asomo la cabeza por el costado y allí, en el suelo, al otro lado de la calle, veo un cuerpo. Está oscuro y lleva ropa negra, por eso no debí de percatarme de su presencia. Debía de estar entrando en la tienda cuando yo me iba.

La chica del abrigo de peluche —¿Dev dijo que se llamaba?— vuelve a cogerme del brazo cuando me acerco un paso más hacia el cuerpo, pero me escapo de su agarre y veo la gota de esmalte de uñas en la punta de la bota derecha, como una gota de sangre brillante sobre el cuero negro, y todo vuelve a convertirse en ruido blanco.

Soy yo.

Abro la boca para gritar, pero no sale nada, y cuando me giro hacia la chica, ella está contemplando los fuegos artificiales que restallan sobre nuestras cabezas, esquivando de luz y color por el cielo.

—Lo sabía. —Cuando mira hacia abajo, me sonrío de una forma que me incita a darme la vuelta y salir corriendo. Antes de que pueda hacerlo, extiende su mano hacia mí—. Sabía que ibas a ser tú, Ashana.

Después



UNO



Me despierto con tal sobresalto que casi espero encontrarme a mi madre inclinada sobre mi cama, riñéndome por ensuciar la funda de la almohada de maquillaje otra vez. La cabeza me da vueltas. Por Dios bendito, ¿cuánto bebí anoche? Si solo compartí una cerveza con Poppy, y ni siquiera nos la terminamos, no debería estar tan mal.

Antes de ser capaz de centrar la vista, todo se vuelve borroso, pero no de forma agradable, como cuando te acabas de despertar de una siesta un domingo lluvioso, sino de forma desagradable. Como si se te hubiesen comido de un bocado.

Entonces me percato de que debo de estar teniendo la misma pesadilla de siempre, en la que me encuentro bajo el agua y, justo cuando estoy a punto de alcanzar la superficie, alguien me coge por el tobillo y tira de mí hacia abajo. Me intento resistir, pero no hay manera. Extiendo los brazos. Alzo las manos hacia un cielo que ya no puedo ver; la nariz y la boca se me llenan de agua hasta cubrirme por completo. Me cala hasta los huesos y el corazón se queda flotando como una boya en el pecho. Saboreo la sal, me quema en la lengua, me pica en los ojos mientras me hundo.

Un instante después, oigo un sonido agónico y me doy cuenta de que sale de mí, pues le estoy gruñendo a mi madre que ya estoy despierta y me obligo a abrir los ojos. Hasta eso me duele, tengo las pestañas pegadas y los párpados me pesan tanto que me cuesta demasiado trabajo no volver a cerrarlos.

No hay nadie.

Ni mamá.

Ni Rosh, en su cama, leyendo un libro.

Estoy sola.

Cuando me destapo de una patada me doy cuenta de que ese no es mi edredón, sino una manta a cuadros que no reconozco.

Un segundo.

Esto no es mi cama, es un sofá que tampoco reconozco.

¿Por qué estoy vestida?

Me llevo las manos al pecho y encuentro algo conocido. Cuero, suave, con muescas en los codos y luego suave de nuevo. Mis dedos topan con algo frío. Afilado. La cremallera. Es mi

cazadora. Alzo el brazo y pego la cremallera a la nariz.

Mi casa.

Es lo único que puedo oler cuando no estoy allí.

No sabía que mi casa tenía un aroma propio hasta que me fui de viaje sin mi familia. No fui demasiado lejos, fue una excursión a Stratford-upon-Avon, pero cuando abrí la maleta todo olía a mi piso. No a nuestro detergente, sino a mi funda de almohada. A mi toalla. A la sartén de *dhal* que tengo la sensación de que siempre tenemos al fuego, hasta el día de Navidad. Al frasco de Estée Lauder Beautiful que mi madre guarda en su cómoda y que solo se pone para las bodas y para la misa del gallo.

Cierro los ojos y de inmediato me siento mejor. Más centrada. Todo parece un poco más sólido cuando deslizo la mano por debajo de la cazadora y me topo con la calidez de mi sudadera. Eso me hace sentir mejor porque, sí, no cabe duda de que es mi sudadera. Puede que la manta no sea mía, pero llevo mi sudadera y mi cazadora de cuero puestas. Aparto la manta del todo para descubrir que también llevo mis vaqueros. Sin lugar a dudas. Los negros. Ligeramente grisáceos en las rodillas y medio desgastados por la entrepierna.

Y esas son mis botas.

Pero ¿por qué estoy calzada en un sofá desconocido?

¿Dónde estoy?

En ese instante, la niebla se levanta y de pronto me encuentro dolorosamente despierta.

Me incorporo tan rápido que el sofá suelta un quejido.

—¡Ashana! Ya estás despierta —oigo que dice alguien, y cuando alzo la vista veo que hay una chica sentada sobre lo que parece el mostrador de una tienda.

A su lado hay una lámpara, la única fuente de luz, y veo que es la chica con la que me encontré a la salida de la tienda.

La del abrigo de peluche.

Tiene el mismo aspecto. Pequeña. Encanijada por su abrigo. Su pelo casi blanco fluorescente bajo la luz tenue. Entonces sonrío y su sonrisa también es como la recuerdo.

Lo único que siento es frío.

Se baja del mostrador de un salto y mis manos se cierran en puños sobre la manta; con una me tapo y con la otra le hago un gesto para que no se siga acercando. Ella lo percibe y se detiene, aún sonriente.

—Bienvenida, Ashana.

«¿Bienvenida adónde?», estoy a punto de preguntar, pero no lo hago porque esto claramente es otro sueño. No puede no serlo. Estoy soñando y me voy a despertar en cualquier momento.

Espero, aunque no pasa nada. Mis pensamientos rebotan en todas direcciones mientras el recuerdo me asalta como un grito.

Los cristales rotos.

Los fuegos artificiales.

El coche, con las ruedas girando y girando.

Entonces me vuelvo a marear.

—¿Dónde estoy? —Mi voz suena rara.

Más grave.

—¿Cómo te encuentras, Ashana? —me pregunta; la pálida piel de su entrecejo se arruga al pasar de alegrarse de verme a preocuparse a tal velocidad que no puedo sino preguntarme lo mismo.

¿Cómo me encuentro?

Algo no va como debería.

¿Me duele?

¿Debería dolerme?

¿Pasó algo con ese coche a la puerta de la tienda?

Tal vez me hice daño.

Me pareció estar bien —me sentía bien—, pero si estoy herida, ¿qué hago aquí en vez de en el hospital o en mi casa?

¿Dónde es «aquí»?

Miro alrededor y me doy cuenta de que estoy en una tienda. No me cabe duda. Vale. Estoy en una tienda. Noto que los pensamientos se me vuelven a dispersar en todas direcciones e intento agarrarlos antes de que salgan volando; trato de pensar en la explicación más lógica.

Quizá me quedé en *shock* después del accidente y esta chica y Nish me metieron en la tienda para que pudiese recuperarme. Sin embargo, no estoy en la tienda. Aquí hay demasiada oscuridad y la tienda es muy luminosa, tanto que a menudo me duelen los ojos si paso demasiado tiempo dentro. Y siempre hay mucho ruido. Nish se pasa la vida viendo pelis en el portátil detrás del mostrador o jugueteando con el móvil. Además, no huele igual. La tienda tiene un aroma característico, a polos de naranja y a las *samosas* que prepara la suegra de Nish a diario y que se agotan a las once de la mañana. A papel viejo y polvo.

Miro a mi alrededor y veo libros. Estantes y estantes de libros. No son nuevos, como los que se ven en Waterstones, con sus brillantes y coloridos lomos, sino viejos, con cubiertas de cuero machacado —granates y marrones y lo que en otros tiempos debía de haber sido azul marino pero que ahora, con esta iluminación, parece más bien negro—, los títulos dorados apagados por la caricia de manos cálidas y por haber pasado mucho tiempo en el fondo de demasiadas mochilas. Miro hacia abajo para ver las anchas y ajadas lamas de madera del suelo, que conducen a un gran ventanal, que encuadra una callejuela estrecha que me resulta vagamente familiar, incluso en la penumbra.

Antes de que pueda deducir dónde me encuentro, dos tipos se detienen ante el ventanal. Uno lleva una camisa blanca con lo que espero que sea una mancha de vino en la parte delantera y el otro bambolea una botella de champán. Cantan *Auld Lang Syne* y se balancean al compás de la melodía, y entonces mis hombros se relajan de nuevo.

Sigue siendo Nochevieja.

Algo es algo.

Esté donde esté, no debo de haber pasado aquí mucho tiempo.

Cuando los tipos siguen su camino, me fijo en la tienda que hay al otro lado de la calle. La conozco. Estoy en Brighton. Es la tienda vegana tan rara en la que me obligó a entrar Poppy.

—¿Ashana?

Ahora la chica del abrigo de peluche está enfrente de mí. Mantiene las distancias, pero está lo suficientemente cerca como para provocar que vuelva a apretar la manta tan fuerte que me duelen los huesos de los dedos.

—No te asustes.

Claro que me asusto.

No sé ni quién es ni cómo he llegado aquí.

Me está costando cada vez más mantener la calma.

El pánico me lame las palmas de las manos, las sinapsis se disparan al unísono. Pregunta tras pregunta tras pregunta hasta que algo arde y el miedo arrasa todo lo demás y me deja con un único y furioso pensamiento.

Tengo que salir de aquí.

Entonces es cuando veo la puerta que da a la calle, pero mientras estoy calculando los pasos que habrá entre ella y yo, oigo una campanilla y la veo abrirse de golpe.

Entra una chica más o menos de mi edad y yo aferro con más fuerza la manta a cuadros mientras trato de averiguar si la conozco o no. No la conozco. O, al menos, me parece que no.

Cuando se acerca a la chica del abrigo de peluche, es como si se le hubiese encargado a alguien dibujar a dos chicas diametralmente opuestas. Mientras que la del abrigo de peluche es pequeña y pálida, con una cara fina y redonda y media melena, esta es alta y delgada como una araña, con una nariz afilada y una sonrisa que lo es aún más. Es mestiza. Aunque no sé de qué dos etnias. Su piel es mucho más clara que la mía, y nuestros ojos son del mismo color. Un marrón que, como sucede con los libros azul oscuro, parece casi negro bajo la luz tenue. Tiene demasiado pelo, como Rosh, una tormenta de rizos oscuros que se enroscan hasta casi la mitad de su espalda. Solo que mientras que los de Rosh son poco definidos, los de ella rebotan como muelles.

Alza las cejas.

—Está despierta.

Se desabrocha su grueso abrigo de lana y se desploma en el sillón que hay junto a mí, con las piernas sobre el reposabrazos.

—¿Ya se lo has contado? —pregunta, mirándome desde detrás de sus espesas pestañas. Cuando le lanzo una mirada atónita, se frota las manos—. Genial, no me lo he perdido. Es mi parte favorita.

Alzo la barbilla y le sostengo la mirada más tiempo del que se consideraría cómodo, decidida

a que no descubra lo aterrada que estoy. Ella hace lo mismo, y justo cuando estoy a punto de preguntarle qué es lo que le pasa, lo veo. No es una sonrisa del todo, es más un tironcito de las comisuras de sus labios, que desaparece enseguida.

Sigo decidida a no apartar la mirada, pero me percató de que alguien, una mujer, aparece por una puerta detrás del mostrador y dice:

—Ashana, ya te has despertado.

Me giro justo cuando ella coge una silla de madera y se acerca al sofá donde estoy yo sentada. La deja delante de mí y hay algo en la forma en la que toma asiento, tan refinadamente —con la espalda recta, los hombros erguidos, las rodillas juntas—, que me incita a sentarme un poco mejor.

Es mayor que las otras dos, tendrá la edad de mi madre, supongo, pero no se le parece en nada. Mientras que mi madre es todo curvas con un halo de pelusilla en la frente, alrededor de donde le nace el pelo, que siempre está de punta use la cantidad de laca que use, esta mujer es inmaculada. Su cabello es del mismo color, negro como las semillas de amapola, pero lo lleva corto, de modo que deja al descubierto toda su cara. La luz proveniente de la lámpara que hay sobre el mostrador resalta los relieves de su cara de tal manera que parece refulgir. El tono dorado bermellón intenso se aferra a sus mejillas, al arco de sus cejas y a la punta de su nariz.

No va toda de negro como las otras dos. Lleva una falda larga de estampado de leopardo y una camisa con un cuello tieso y blanco que hace que su piel parezca más tersa, el algodón se refleja en una delgada línea plateada que rodea su cuello.

Sonríe. Un esfuerzo para que me tranquilice, supongo, pero el gesto no le alcanza los ojos.

—Hola. Me llamo Deborah. Deborah Archer. —La veo quitarse las gafas de pasta negras, doblar las patillas con cuidado y cerrar sus delicados dedos alrededor de ellas—. Y tú eres Ashana.

—¿Por qué sabes cómo me llamo?

La chica del abrigo de peluche también lo sabía.

Deborah no responde mi pregunta.

—Ashana Persaud, ¿verdad?

Pronuncia mi nombre como lo suele hacer la mayoría de la gente —*Persad*—, y yo la corrijo:

—*Persod*.

No sé por qué me parece relevante.

Costumbre, supongo.

—Perdón. Ashana *Persod*.

—¿Por qué sabes mi nombre? —insisto.

Me vuelve a ignorar.

—Encantada de conocerte, Ashana.

—Prefiero que me llamen Ash. —No sé por qué me parece relevante esto tampoco.

—Ash. —Asiente—. Esta es Isla Devlin. Creo que ya os conocéis. —Alza la mano y señala a

la chica del abrigo de peluche—. Ella prefiere que la llamen Dev.

Dev. Es verdad. Se me presentó delante de la tienda.

—Y esta. —Cuando Deborah hace una pausa, detecto un deje de exasperación; entonces señala a la chica del pelo rizado. La conozco desde hace tres minutos, así que no se me pasa por la cabeza preguntarme qué habrá hecho para merecer ese trato—. Es Esen Budak.

Esen me saluda con dos dedos y una sonrisa de suficiencia y a mí me dan ganas de arrancarle la cara de un mordisco.

—Te estarás preguntando qué haces aquí, ¿verdad, Ash?

Nos ha jodido mayo con las flores.

—¿Qué recuerdas de anoche? —interviene Deborah al ver que no contesto.

Giro la cabeza para mirar a la chica del abrigo de peluche. Dev. Sonríe y mi mirada regresa a Deborah al instante. Se cruza de piernas y se reclina en la silla; sigue con las gafas en la mano y la forma en la que inclina la cabeza y me mira, con una especie de tétrica preocupación, me hace sentir como si estuviese en una sesión de terapia. Solo le falta sacar un cuaderno y empezar a anotar todo lo que digo.

—¿Qué es lo último que recuerdas, Ash?

Dudo, pues no sé por qué me está preguntando esto en lugar de contarme qué es lo que está pasando.

Espero un segundo, con la esperanza de que se dé cuenta de lo que pretendo y me lo explique todo de una vez, pero no se inmuta y yo no sé si es por curiosidad o por educación, pero me veo respondiéndole:

—Estar delante de la tienda.

Asiente y desearía que no lo hubiera hecho.

Es como si me hubiese dado unos golpecitos en la cabeza.

—Recuerdo el coche —digo con cautela—. Los fuegos artificiales.

«A mí», estoy a punto de decir, pero me detengo porque siento como si algo se me hubiese quedado atascado en el pecho.

Y me arde.

«Era yo. Vi mi cuerpo en la carretera delante de la tienda.»

—¿Qué más recuerdas, Ash? Dev me ha dicho que viste...

—Sí —la interrumpo, y me cruzo de brazos—. Lo vi. Lo vi.

Digo «lo» porque no puedo decir «me», ya que no puede ser posible que me haya visto a mí misma en la calle. Estoy aquí.

Estoy aquí.

—¿Comprendes lo que está pasando, Ash?

«¡Claro que no!», me dan ganas de gritar, pero las palabras se calcinan en la hoguera que hay en mi pecho.

—¿Comprendes que te atropelló aquel coche que viste a la salida de la tienda?

No es verdad.

Me aparté.

—Ash, tienes que decirme que comprendes que te atropelló ese coche.

No es verdad. Me aparté.

Deborah se queda callada, me mira y espera hasta que yo ceda al peso de lo que me está diciendo. Aprieto los ojos para intentar despertarme, pero cuando los vuelvo a abrir, sigo aquí, en el sofá, con la manta de cuadros sobre mi regazo y las tres mujeres observándome.

Noto que el pavor se acerca a mí, empieza por mis manos y luego asciende por los brazos, cada vello se eriza —despacio, despacio—, uno a uno al principio, luego todos a la vez. De pronto tengo mucho mucho frío, y, sin embargo, noto que me suda el labio superior cuando alzo la barbilla para mirar a Deborah a los ojos por primera vez. Me lamo el sudor e intento tragarme las palabras que noto que se me forman en la lengua. Pero ahí siguen, siento cómo empujan contra la parte trasera de mis dientes.

«No lo digas.»

Pero sí que lo digo.

—¿Qué es lo que está pasando? —pregunto, y de inmediato deseo no haberlo hecho, porque no quiero saberlo.

No quiero saberlo.

—Ash, estás muerta —dice Deborah, sin un ápice de intención de suavizar el golpe—. Has muerto esta noche.

DOS



Vale, voy a ser sincera: no me lo esperaba.

¿Cómo puedo estar muerta? No me siento muerta. No puede ser. Hundo las uñas en la carne de la palma de mi mano tan fuerte que estoy convencida de que las falanges de los dedos se me van a partir en dos y espero. Tarda un rato, pero al fin aparece. El dolor, intenso y lacerante. El alivio me llena los ojos de lágrimas. Miro mi mano y aliso con las yemas las marcas en forma de medialuna que han dejado mis uñas, que desaparecen ante mis ojos.

Me río. Emito una de esas carcajadas histéricas que dura unos segundos más de lo que resultaría apropiado y espero que Deborah se me una. No obstante, no lo hace, solo me mira con una expresión de preocupación mientras el sonido muere en mi garganta y toda la librería se queda en total calma.

Las miro por turnos. Primero a Deborah, luego a Dev, que está a su izquierda, y luego a Esen, a la derecha. ¿Por qué no dicen nada? Incluso la sonrisa de suficiencia de Esen se ha convertido en algo que me cuesta un instante reconocer. Lástima. Cuando me doy cuenta de que eso es lo que es, me arde la nuca. Le doy pena. Pero ¿por qué? Si esto es una broma, ¿no?

—Escucha, Ash —dice Deborah con cierta firmeza, o más bien impaciencia, que me hace sentir como si me estuviese riñendo.

Miro alrededor, a la librería, y mis ojos saltan de un estante a otro y luego al suelo y al techo y de vuelta al mostrador mientras siento de nuevo el pánico ascender por mis brazos, avanzar por mi cráneo, erizándose el cabello hasta que noto cada pelo de mi cabeza. No sé qué es lo que busco.

¿Un crucifijo?

¿Unas velas?

¿Un cuadro del Sagrado Corazón como el que mis padres tienen al lado de la puerta de nuestra casa?

Entonces miro a Dev, su dulce cara y su dulce sonrisa y sus dulces mejillas sonrosadas, y tiene una expresión como soñadora —casi vidriosa— y se me estremece de nuevo el cuero cabelludo cuando se me clava un pensamiento bajo la piel como una astilla.

¿Será esto una conversión? Vi un documental sobre ese tema el año pasado; hay padres que envían a sus hijos a campamentos cristianos en Estados Unidos para curarlos de su

homosexualidad. ¿Será eso a lo que se refiere Deborah cuando dice que he muerto? No he fallecido de forma literal, sino espiritual. ¿Es cosa de mi madre? ¿Le habrá contado a alguna amiga de la iglesia que soy lesbiana y le habrán prometido curarme? No llegaría a esos extremos, ¿verdad? Cuando le hablé de Poppy pareció comprenderlo. Además, ¿por qué habría insistido tanto en que regresase a casa si supiera que me iban a traer aquí?

A lo mejor no tiene nada que ver con ella. Quizá esto sea una secta. Puede que Dev me viese con Poppy en la playa y me siguiese para traerme aquí.

Me giro para mirar a Deborah de nuevo; me clavo las uñas en la palma de la mano con tanta fuerza que no sé cómo no me hago sangre. Espero que me lo confirme, que me diga que puede ayudarme.

Salvarme.

Sin embargo, se limita a sostenerme la mirada cuando le pregunto:

—¿Qué es lo que quieres?

—Ayudarte, Ash.

No la creo.

—Pretendo ayudarte a comprender lo que ha sucedido esta noche.

—¿Ah, sí? —pregunto, fingiendo que no lo entiendo—. ¿Qué es lo que ha sucedido esta noche, Deborah?

—Sabes lo que viste, Ash.

—¿Tú crees?

Me cruzo de brazos y me recuesto para esperar su respuesta. Ahora dirá que mi relación con Poppy es un error, pero que Jesús me sigue queriendo. Deborah se queda mirándome con la misma expresión inescrutable que usa mi madre cuando le pregunto algo que ella cree que ya sé.

—Eres consciente de lo que pasó delante de la tienda, ¿verdad, Ash?

Parpadeo, sorprendida momentáneamente porque no comprendo por qué vuelve a sacar este tema.

—Sabes que te atropelló ese coche. Sabes que era tu cuerpo.

—No. —Es como si me pegase un puñetazo tras otro en el pecho.

Es lo único que logro decir.

No.

—Falleciste enfrente de la tienda y estás aquí porque fuiste la última persona en morir en Nochevieja. Ahora eres una de las nuestras.

Me quedo mirándola.

¿Dónde estoy?

¿Quiénes son?

Pronuncio las siguientes palabras con cautela:

—¿Estoy en el cielo?

—Pues menuda mierda de cielo sería —responde Esen con una carcajada ácida.

Deborah la ignora.

—No exactamente. La leyenda dicta que la última persona en morir en Nochevieja se convierte en la parca de ese distrito. —Espera a que la mire a los ojos antes de añadir—: Este año, esa persona eres tú.

—¿La qué has dicho?

Parpadeo, pero esta vez sin un atisbo de duda. El calor me enciende las mejillas mientras siento que Dev y Esen me observan. Así, todo mi cuerpo arde, y se me empiezan a formar perlas de sudor por la frente. Deborah, en cambio, se queda sentada con las manos elegantemente cruzadas sobre la falda.

—La parca. —Se lame los labios—. Eres una parca.

Espero a que me lo explique.

No lo hace.

—Espera.

Me oigo reír de nuevo mientras el mundo entero se desenfoca.

Cierro los ojos y me llevo las manos a la frente hasta que se me pasa.

Cuando los vuelvo a abrir, Deborah sigue mirándome como si estuviésemos manteniendo una conversación completamente normal.

—Espera —repito—. ¿La parca es el personaje ese que lleva una capa negra y una guadaña?

—No exactamente. Supongo que esa imagen es la que se le viene a la cabeza a la mayoría de las personas cuando se les menciona a la parca, pero, como siempre, la realidad es más mundana que el mito.

—¿Qué?

—No te preocupes, Ash. —Suelta una leve risita—. No tendrás que llevar una capa negra ni una guadaña.

Está muy tranquila. Demasiado. Cosa que solo hace que ponerme a mí más nerviosa. Meto los dedos por debajo del borde del cojín del sofá sobre el que estoy sentada, como si tuviese miedo de salir volando hacia el techo si no me aferro a algo.

—No lo entiendo. —Niego con la cabeza—. ¿Pretendes que decida quién debe morir?

—Por supuesto que no. —Deborah parece tan horrorizada que tengo que hacer un esfuerzo por no echarme a reír de nuevo, porque según parece eso es una asunción completamente irracional—. La decisión se toma antes de que lleguemos.

—¿Quién se encarga de decidir?

Continúa hablando como si yo no hubiese dicho nada.

—Las parcas se ocupan de las personas de su distrito que mueren de la misma forma que ellas. En tu caso, te encargarás de las muertes repentinas de adolescentes. Os llamamos «parcas», pero en realidad sois más bien «recolectores». Lo único que tenéis que hacer es acompañarlos a la playa, donde alguien los espera para llevarlos al otro lado.

—¿Al otro lado de qué?

—De Hove —interviene Esen.

Deborah se pellizca el puente de la nariz y suelta un suspiro agotado.

—¿Te parece que eso ayuda?

—Nadie dijo que pretendiese ayudar. —Esen se pone las manos detrás de la cabeza y se repantinga en la silla.

Deborah la ignora.

—Mira, Ash, ya sé que es complicado de asumir.

—Qué va. —Le hago un gesto con la mano—. Esto es todo supernatural.

—Lo entiendo.

—¿En serio?

No me lo parece.

—Sí. —Deborah me mira a los ojos y vuelve a insistir—. Lo entiendo. Pero no estás sola.

Entonces me doy cuenta.

—Un segundo. ¿Vosotras también sois parcas?

—Dev y Esen sí.

—Y entonces, ¿tú qué eres?

—Podrías describirme como una especie de mentora.

—¿Qué? ¿Cómo el tío ese de *Buffy*?

—Sí. —Esen me señala. Es lo más animada que la he visto desde que entró, y me resulta irracionalmente incómodo—. Solo que tienes que obedecerla en todo o te desterrará para toda la eternidad.

Vuelvo a mirar a Deborah.

—¿Disculpa?

—Sigues sin ser de ninguna ayuda, Esen —dice sin mirarla.

—Sigo sin tener intención de ayudar, Deborah.

—¿Puedes dejarlo de una vez? La pobre Ash ya tiene bastante con lo que tiene —le dice Dev a Esen, y le lanza una mirada tan intensa que Esen alza las manos y hace el gesto de cerrarse los labios con un candado y tirar la llave—. Por eso estaba frente a la tienda, Ash. —La cara de Dev se suaviza cuando se gira para mirarme desde debajo del flequillo—. Para recolectarte.

—¿Tú —señalo a Dev y luego a mí— me recolectaste y ahora yo también me he convertido en una parca?

—Porque fuiste la última persona en morir este año.

—¿Eso era lo que querías decir cuando me dijiste que sabías que era yo?

Sonríe.

—¡Sí! No estaba segura, pero tenía esperanzas.

—Vale. —Al fin reúno las fuerzas suficientes para levantarme. Los músculos de mis piernas protestan por el esfuerzo, pero consigo mantenerme en pie por pura cabezonería—. No tengo ni idea de lo que está pasando aquí ni de lo que sacáis vosotras de todo esto, pero no estoy muerta.

—Abro los brazos y alzo las cejas hacia Deborah—. A pesar de que me lo he pasado muy bien, me voy a marchar, porque claramente estáis todas locas.

Dev me mira boquiabierta cuando paso por encima de la manta, que se me había caído al suelo.

—¿Adónde vas?

—A casa —le digo por encima del hombro mientras me dirijo a la puerta.

TRES



En cuanto salgo a la calle, rebusco en los bolsillos.

Están vacíos.

Ni móvil.

Ni llaves.

Ni cartera.

Estupendo.

Miro la librería, dispuesta a entrar y exigir que me devuelvan mis pertenencias, pero lo único que llevaba en la cartera era el cambio que me había dado Nish en la tienda. Si Deborah quiere quedarse eso y mi móvil de mierda con la pantalla rota, que le aproveche.

Algo me dice que me estoy yendo de rositas.

No me quedo allí ni un segundo más, y noto otra oleada de pánico cuando compruebo que nadie me ha seguido mientras me encamino hacia North Street. Quiero correr, pero de pronto me mareo, como cuando te levantas demasiado rápido y tienes que volver a sentarte. No obstante, no puedo, tengo que irme, y no sé si es por el *shock* de lo que me acaba de ocurrir o por lo desesperada que estoy por alejarme de la librería tanto como me sea posible, pero me tiemblan tanto las piernas que lo único que soy capaz de hacer es poner un pie delante del otro.

El completo silencio que me rodea tampoco ayuda. Es verdad que nunca había estado en esta zona tan tarde, pero suele estar plagada de gente y ahora mismo aquí no hay nadie —ni un alma—, lo que me da tanto mal rollo como lo que acaba de suceder en la librería.

Alguien ha dejado un reguero de plumas fucsias como miguitas de pan que llevan hasta una boa que está enroscada en medio de la carretera. Quien la haya perdido probablemente estuviese demasiado borracho como para darse cuenta y ya debe de hacer mucho rato que se ha largado. Estamos solas, la boa y yo, y hay algo en esta situación que me provoca escalofríos, como si fuese un personaje de una película de zombis o algo por el estilo.

Como si fuese el último ser humano sobre la faz de la tierra.

Cuando llego a la esquina, me detengo y miro hacia arriba. El cielo está de color negro pólvora, la luna es un círculo blanco perfecto, como si alguien hubiese cortado un agujero en el firmamento con un cuchillo. Me quedo quieta contemplándola, preguntándome qué es lo que hace que no me parezca normal. Entonces me percató de lo que no funciona —de lo que falta—:

no oigo las gaviotas. Deberían estar graznando y lanzándose en picado para rebuscar entre la basura o paseándose por la calle en busca de sobras.

Forman parte de la banda sonora de Brighton, como el ir y venir del mar. Sin embargo, esta noche no las oigo. Se han esfumado y hay un silencio perturbador. Hay tanto silencio que oigo el crujir de mis botas mientras me digo que debería apurar el paso.

Al menos allí, delante de mí, veo la luz de North Street, y relajo los puños que mantenía apretados en los bolsillos. Pasa un autobús, con el piso de arriba vacío, y cuando giro a la izquierda, todo mi cuerpo late como un cardenal reciente cuando veo el Old Steine. Si me fiara de mis piernas, echaría a correr. En cambio, sigo caminando, un pie delante del otro una y otra y otra y otra vez, mientras me digo que pronto llegaré a casa y que todo volverá a la normalidad.

Estoy cruzando la calle cuando lo oigo, lo que solo puede describirse como un alarido, que basta para hacerme dar un paso en falso. La confusión me dura un rato demasiado largo, pero, cuando consigo recuperarme, me doy cuenta de lo que ha provocado ese ruido: una gaviota. Jamás habría imaginado que me alegraría de ver a uno de esos animalejos, pero ahora suspiro con alivio; algo en mi interior se recoloca y todo a mi alrededor me parece más sólido.

Todo el césped está plagado de aves con sus blancas alas recogidas mientras caminan de un lado para otro, picoteando la hierba. También hay gente. No son muchos, pero los suficientes para que me sienta más segura al cruzar la calle. La mayoría están en la parada de autobús, balanceándose de lado a lado, expulsando bocanadas de vaho mientras esperan el bus nocturno. Hay cuatro chicas en la esquina y, cuando paso a su lado, una de ellas descarga un torrente de vómito tan violentamente que sus amigas gritan. Yo me uno a ellas y me cubro la boca con la mano al mismo tiempo que doy un salto para evitar que me salpique. En ese momento concluyo, con un sollozo, que la noche no ha acabado tal como yo esperaba.

No me doy cuenta de que me dirijo al muelle en lugar de hacia la calle St. James hasta que estoy allí, bajo el reloj. No sé si funciona, pero marca casi las tres de la mañana. Avanzo por Marine Parade.

Hasta que no me acerco al Hotel Lanes no me percató de que he aumentado la velocidad de mis pasos, y cuando me encuentro en lo alto de las escaleras que llevan a la playa caigo en la cuenta de lo que está pasando.

Entonces comienzo a correr, mis piernas al fin me obedecen cuando les indico que bajen hacia la playa; las piedrecitas chapotean bajo mis botas mientras trato de recordar dónde estábamos Poppy y yo hace unas horas.

Estábamos aquí sentadas, ¿verdad? El muelle quedaba a nuestra derecha y la central eólica, justo enfrente. Sé que es imposible, pero me da la sensación de que veo la silueta que nuestros cuerpos dejaron sobre las piedras y, ay, Dios...

¿Por qué me marché?

Debería haberme quedado.

Poppy tenía razón: treinta y nueve minutos no son nada. No mereció la pena al final, ¿verdad

que no? Ni siquiera pude llegar a casa a tiempo. Si me hubiese quedado aquí, podría haber entrado en el año nuevo con ella y nada de esto habría sucedido.

De pronto la echo tanto de menos que tengo que emplear todas mis fuerzas en no caer de rodillas y romper a llorar. Caigo en la cuenta de que no me sé su número de memoria. Mis padres nos obligaron a Rosh y a mí a aprendernos el número de nuestra casa y de sus móviles, por si acaso pasaba algo. Podría haber hecho lo mismo con el de Poppy, ¿no? Esa primera tarde, en el autobús de vuelta a casa, me pasé un montón de tiempo mirando los números, hasta que los vi borrosos.

Camino por la playa, furiosa conmigo misma, hasta Duke's Mound, pero no hay rastro de ella. Se ha ido.

Me rindo y sigo la calle hacia Marine Parade. Al menos sé dónde vive, pienso, y ralentizo la marcha para mirar su gran casa blanca. Alzo la vista hacia la ventana de su dormitorio y veo que aún tiene la luz encendida y me dan ganas de llamarla, de contarle todo lo que me ha pasado.

Pero eso puede esperar.

Tengo que irme a casa.



Lo que me hace aminorar la velocidad es el coche patrulla. Está aparcado en medio de la calle, con las puertas abiertas. La gente de mi barrio no llama a la policía, prefieren arreglar las cosas por sí mismos, así que, si la policía ha venido sin invitación previa, no puede haber pasado nada bueno.

Hay un corrillo de gente alrededor del coche, hablando frenéticamente. La mayoría está en pijama, con los abrigos puestos encima, sus pies descalzos embutidos en los zapatos o zapatillas a toda prisa para salir y ver qué es lo que está pasando. No puedo evitarlo, la curiosidad me puede a mí también y me acerco para ver qué están mirando.

Entonces me doy cuenta de que están todos allí porque no pueden acercarse más, dado que una cinta azul y blanca con las letras «POLICÍA, NO PASAR» les impide el paso. Cuando miro al frente me percató de que estoy justo delante de la tienda, y un escalofrío me sube por la nuca como una araña.

Noto que algo tira de mí, me dice que me vaya —que corra—, en cambio, me acerco, pues la curiosidad es más fuerte y me empuja hacia delante. Sé lo que hay allí antes de que las cabezas se aparten y pueda verlo; cuando lo hago, algo en mi interior se inclina demasiado hacia un lado. Entonces me noto caer y alargo la mano para agarrarme a la persona que tengo al lado. Es una mujer. Lleva un camión rosa, muy parecido al que tiene mi madre, y, por favor, solo quiero irme a casa.

Pero no puedo.

Estoy aquí y ahí está.

El coche que casi me atropella.

Las ruedas han dejado de girar, pero el morro sigue enroscado en la verja como si estuviese intentando morderla, y entonces me vuelvo a escorar, y me aferro a la manga de la mujer que tengo al lado. Cuando se gira para mirarme, veo que tiene lágrimas en los ojos, y tardo un buen rato en ser capaz de hablar.

Noto el tirón de nuevo —«Vete, Ash. Corre. Corre»—, y sé que debería, pero no puedo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, apenas en un susurro.

—Se han dado a la fuga —dice la mujer del camisón rosa con un suspiro.

—¿Ha habido heridos?

—Una chica. —Niega con la cabeza—. Ha muerto. Pobre familia.

Entonces cedo al tirón, permito que me arrastre y me giro solo para toparme con alguien de frente.

Dev.

—Perdón. ¿Te he asustado? —dice, pero ella también parece aterrada; su pálida piel parece traslúcida bajo las luces azules que nos rodean. Alarga la mano para agarrar la manga de mi cazadora de cuero y me aleja de la muchedumbre que hay frente a la tienda—. Tenemos que irnos de aquí antes de que te vea nadie más. Aún estás en transición. Menos mal que la mujer del camisón no te conocía.

No tengo ni idea de lo que me está diciendo y tampoco me importa.

Lo único que quiero es irme a casa.

Todo saldrá bien si puedo llegar a mi casa.

Veo la luz de Kingfisher Court ante mí y no me atrevo a apartar la mirada, pues pienso que, si lo llego a hacer, todo a mi alrededor se desvanecerá de un plumazo y volveré a estar en el sofá de la librería, rodeada por Deborah, Dev y Esen. Un, dos, tres pasos y llegaré. Alargo la mano para agarrar el pomo de la puerta, noto el frescor del acero inoxidable en los dedos cuando lo rodeo con ellos y me aferro a él por si acaso me da por rendirme al tirón que siento en el estómago, que parece un anzuelo tirando de mí hacia arriba.

Por suerte, no necesito llaves para abrir la puerta, mi otra mano tiembla al introducir el código de seguridad.

3402.

Mis padres también nos obligaron a aprendérselo de memoria.

Antes de que pueda impedírselo, Dev me sigue al interior y yo me doy la vuelta para mirarla, con las manos cerradas en puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Déjame en paz —le advierto, con un tono mucho más tranquilo que mi estado actual.

Si la he intimidado, no lo demuestra, pero al menos le ha quedado claro que no es buena idea volver a agarrarme de la manga.

—Por favor, Ash —dice, como si estuviese negociando con un niño gruñón—. Vuelve a la

librería conmigo. Allí estarás protegida.

Aquí es donde estoy protegida.

Estoy en casa.

Me giro para encarar la escalera. Me doy cuenta de que me está siguiendo porque oigo pisadas al subir los escalones de dos en dos. Me tiemblan tanto las piernas que no sé cómo voy a ser capaz de llegar arriba sin caerme, pero al final lo consigo. Un piso. Luego otro y otro hasta que llego al sexto.

En circunstancias normales estaría fatigada, el corazón me palparía en los oídos, pero no siento nada cuando doblo la esquina para avanzar por el pasillo. Está medio abierto: las puertas de los pisos están todas a un lado, y al otro solo hay un murete que me llega al pecho y que ofrece vistas al barrio. Hace tanto frío que no me esperaba ver a *Dorito*, pero ahí está, sentado sobre el felpudo de la señora Larson, con la espesa cola bamboleándose adelante y atrás. Maúlla cuando paso a su lado y alza su diminuta barbilla, sin duda a la espera de una caricia entre las orejas, pero no puedo pararme. Tengo que llegar a casa y alejarme de Dev, que sigue pisándome los talones.

Me detengo tan repentinamente que casi se choca contra mi espalda.

Da un paso atrás cuando me giro para encararla.

—¿Piensas dejar de seguirme?

Casi he llegado a la puerta de mi casa, tiene que marcharse. Ya mismo. ¿Qué les voy a decir a mis padres? Ya van a estar lo bastante cabreados por el hecho de que lleve tres —en realidad más bien cuatro— horas desaparecida, como para encima tener que explicarles quién es Dev.

A mi madre le va a dar un puto ataque.

—Ash, escúchame...

No la dejo terminar.

—Vete de una vez.

—Ash, por favor. ¿Podrías escucharme un segundo?

—¿Podrías escucharme tú a mí? —Señalo el trozo de pasillo que se extiende hasta la puerta de mi casa—. Ya sé que a Deborah y a ti se os ha metido en la cabeza que estoy muerta, pero no es verdad. Aunque no me falta mucho para estarlo, porque en cuanto mi madre abra la puerta me va a matar, y te matará a ti también si no te largas.

Dev ni se mueve, solo se me queda mirando.

Me doy la vuelta con un suspiro, pero en cuanto estoy a punto de seguir andando hacia mi casa, se me viene una cosa a la cabeza y me giro otra vez.

—¿Tienes tú mis llaves?

Parece confusa.

—Mis llaves de casa. No las tengo. Ni la cartera ni el móvil tampoco. Alguna de vosotras me las ha debido de quitar.

Dev niega con la cabeza.

—Ash, no lo entiendes...

—A ver. —Uno las palmas de las manos y las alzo—. No me importa la cartera. Quedaos con el dinero. Tampoco me importan las llaves, lo único que necesito recuperar es el móvil. Por favor.

Da un paso hacia mí y baja la voz.

—Están... —Se detiene, mira por encima del hombro y da otro paso adelante; ahora estamos tan cerca que las punteras de nuestras botas casi se rozan—. Están en tu cuerpo, donde quiera que esté. En el hospital, supongo.

Pongo los ojos en blanco.

—Otra vez este rollo no.

—Sí, otra vez este rollo.

Me doy la vuelta y me aproximo a la puerta de mi piso. Ella me sigue, pero ya me da igual. Mis padres añadirán «La ha seguido una chica desconocida» a la lista de delitos cometidos esta noche. Dev no se va a librar de mi madre, como pronto descubrirá.

La estrecha ventana del baño está oscura, pero la luz de la cocina está encendida: hay alguien en casa; me persigno cuando llego ante la puerta.

—Padre nuestro, perdona mis ofensas de este día. Si he hecho algo bueno, haz que mi madre lo recuerde. Cuídame al entrar en esta casa y protégeme de cualquier peligro que pueda acaecerme, como una zapatilla u otro objeto inanimado. Amén.

Vuelvo a hacer la señal de la cruz y toco el timbre.

Nada.

Espero y vuelvo a intentarlo —dos veces en esta ocasión—, pero, de nuevo, nadie responde. Oigo el timbre resonar tras la puerta, no está estropeado. Intento llamar con los nudillos y, cuando nadie acude, pego la oreja a la madera.

—No hay nadie en casa —oigo que dice Dev.

—¿Dónde iban a estar? Son casi las cuatro de la madrugada.

—En el hospital, probablemente. O en comisaría.

La ignoro, pero el pánico me pellizca cuando me aparto para abrir la ranura para el correo.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Rosh?

—Ash, déjalo —sisea Dev—. No debe oírte nadie. Es peligroso.

¿Peligroso?

Y mi madre me llama melodramática a mí...

—Deben de estar durmiendo —digo, más para mí misma que para Dev.

«Maravilloso», pienso, y golpeo la puerta con el puño. Sé que no tengo derecho a enfadarme, pero me alegra saber que estaban tan preocupados por mí que se han quedado putodormidos.

Nada.

El pánico se condensa en algo más intenso. Noto su punzada en el cráneo cuando me doy cuenta de que es imposible que mis padres se hayan ido a la cama sin apagar la luz de la cocina.

Mi padre siempre da una vuelta al piso antes de acostarse para comprobar que todas las ventanas y puertas están cerradas y todas las luces, apagadas. Siempre ha sido muy estricto al respecto, pero desde lo de Grenfell, incluso más. El reloj del microondas siempre marca las 00.00 porque lo desenchufa cada noche.

La ventana de la cocina está lo bastante cerca como para que solo me haga falta dar un paso a la derecha para mirar al interior y, sí, no cabe duda de que la luz está encendida, y hay tres tazas colocadas junto al hervidor de agua, cada una con su bolsita de té.

A lo mejor han salido a buscarme. Mi madre sabe que había subido al autobús, así que, salvo que fuese mentira —que no lo era—, me tuve que bajar en Haybourne Road. Tal vez estén desandando mis pasos. ¿Estará Rosh con ellos, con el abrigo abrochado sobre su pijama de Totoro? Me giro para mirar el barrio, y cuando veo las luces azules en la distancia, recuerdo que mi madre me pidió que comprase paracetamol, así que sabe que entré en la tienda. No obstante, si sabe que entré en la tienda y va a buscarme allí, verá el coche, y si ven el coche...

Echo a correr. Oigo a Dev llamarme a mi espalda, pero ya me he ido, he atravesado el pasillo y bajado por la escalera, con una mano en el pasamanos y la otra en la pared para no caerme. Lo único en lo que pienso es en lo asustados que deben de estar y en que tengo que dar con ellos.

Tengo que decirles que estoy bien.

Cuando llego a la planta baja, salgo volando por la puerta de la escalera y paso a toda velocidad al lado de los ascensores, hacia la entrada. Acciono el botón verde con el puño y empujo, pero en cuanto la puerta se abre y salgo a la calle, me choco contra alguien. Me aparto de un salto, alzo las manos, dispuesta a disculparme, cuando veo quién es y cambio de idea.

—¿Ibas a algún sitio? —pregunta Esen con una sonrisa vaga.

CUATRO



—Ay, Ess, menos mal —oigo que dice Dev, y miro hacia atrás para verla salir por la puerta. Cuando me giro para mirar a Esen, veo que intenta no reírse.

—¿Qué tal te va, Dev?

—Me acaba de atacar un gato. —Señala las medias destrozadas.

Entonces soy yo la que intenta no reírse.

Mi fiel *Dorito*.

—Y ella... —Dev se queda callada y se pone a mi lado. Arqueo una ceja como para decir: «¿Ella qué?», y entonces aprieta los labios y deja la frase sin terminar—. Bueno —dice en cambio, arrebujiándose en su abrigo de peluche—. Digamos que no ha sido tan fácil como yo pensaba convencerla de que regrese a la librería.

Esen alza las cejas.

—Alucino.

Dev le lanza una mirada de pocos amigos desde debajo del flequillo.

—Vale —dice Esen—. Vete a cumplir mi misión en la estación y ya me encargo yo de ella.

—Como quieras —suelta Dev mientras se alisa el pelo con las manos—. Nos vemos en la librería.

Se marcha enfadada hacia la tienda; yo debería hacer lo mismo, pero me quedo observándola hasta que desaparece y la carretera vuelve a estar vacía. Cuando me doy la vuelta, veo que Esen no se ha movido, sigue con las manos en los bolsillos de su abrigo negro.

—Bueno —dice, balanceándose sobre los talones—. Entonces, ¿vivías aquí?

Aguardo el aluvión de furia —furia y miedo y confusión— que llevo sintiendo desde que me desperté en el sofá de la librería, pero nada. Es como si se hubiese agotado. Si me abriesen en canal, no quedaría nada —ni una llama, solo humo— e intento con todas mis fuerzas no echarme a llorar.

—Solo quiero decirles que estoy bien. —Me cruzo de brazos—. Hay luz en la cocina, pero nadie me abre la puerta.

Se queda un rato pensando en lo que le acabo de decir y luego asiente.

—Vale.

Empieza a caminar hacia la puerta de Kingfisher Court. Cuando se da cuenta de que no la

sigo, se detiene y se gira hacia mí.

—Bueno, ¿vienes o qué?

Dudo, reticente ante esa repentina oleada de compasión, diametralmente opuesta a Dev, que lo único que quería era llevarme de vuelta a la librería, pero la curiosidad me vence.

Cuando llegamos a la puerta, señala el teclado y yo introduzco el código; las manos me tiemblan incluso más que antes. Tras un leve zumbido, ella abre la puerta y se dirige a los ascensores. Aprieta el botón.

—No funcionan —la informo, y señalo la puerta que da a la escalera.

—Vivías en el segundo, ¿verdad? —pregunta esperanzada.

—En el sexto.

—Cómo no.

Esen me sigue, pero sin demasiada prisa. En realidad, yo tampoco siento la misma urgencia que antes, y subo por la escalera agarrándome al pasamanos.

—Me gusta este sitio —comenta detrás de mí mientras ascendemos, y no me hace falta mirarla para saber que es un comentario sarcástico—. Me recuerda a una casa okupa en la que viví, cerca de la estación.

Aprieto la mandíbula para no decirle que se vaya a la mierda; aunque es verdad que la escalera huele a meados y a maría, es mi hogar: solo a mí se me permite criticarlo. No obstante, no muerdo el anzuelo, pues estoy demasiado cansada como para ponerme a discutir con ella. Se está comportando como una imbécil y es muy consciente de ello.

Parece creer que puede hacer pasar esa actitud por una personalidad.

Cuando echo un vistazo por encima del hombro para lanzarle una mirada asesina, ella está mirando las paredes.

—Este tal Sicko está muy pagado de sí mismo, ¿no?

—No es Sicko, sino Syko, de psicópata.

—Perdón. —Pone los ojos en blanco y alza las manos—. ¿He ofendido a tu amigo Syko?

Subo el resto de los escalones hasta llegar al sexto piso. Cuando me giro para encarar el pasillo, *Dorito* ya no está; qué pena, porque seguro que la tomaba con Esen.

Como le dije a mi madre, los gatos huelen la maldad.

Me detengo ante la puerta de mi piso. Sigue todo exactamente igual: la luz del baño apagada y la de la cocina encendida, con tres tazas sobre la encimera, al lado del hervidor, que no se ha movido, cada una con su respectiva bolsita de té. Llamo al timbre una y otra vez, sin éxito, y cuando alzo la vista para ver a Esen avanzar por el pasillo hacia mí, con sus rizos botando a cada paso, me pregunto por qué querría subir aquí.

No tiene sentido.

Se saca algo del bolsillo y me hace un gesto con la cabeza para que me aparte.

—No le digas nada a Deborah ni a Dev —me advierte, alzando las cejas.

Miro a mi alrededor, nerviosa, al darme cuenta de que va a forzar la cerradura, pero, antes de

que pueda protestar, la puerta se abre y tengo que ahogar un sollozo cuando lo huelo.

Mi hogar.

Se echa a un lado para que pueda entrar yo primero y cierra la puerta tras de sí cuando me agacho para desatarme las botas. Me tiemblan tanto los dedos que tardo bastante más de lo normal y, cuando consigo descalzarme, le indico que haga lo mismo. Ella obedece con un bufido, se desata las botas y las deja sobre el felpudo, al lado de las mías, mientras yo me giro para echar un vistazo al cuarto de baño. La puerta está entreabierta y la luz, apagada, pero aún puedo oler el aroma a granada de la ducha que me di antes de salir a ver a Poppy y me duele todo el cuerpo.

¿Cómo puede ser que hayan pasado solo unas horas?

La cocina está enfrente del cuarto de baño. Es la única estancia del piso que no tiene puerta, así que entro y las veo: tres tazas al lado del hervidor de agua, cada una con una bolsita de té. Aparte de eso, todo parece igual. La sartén de *dhal* sobre los fogones. Las cucharas de palo impregnadas de cúrcuma en el bote que hay al lado. Los plátanos pudriéndose en el bol que hay encima del microondas, cuyo reloj marca las 00.00.

Esen se queda junto a la puerta principal, contemplándome mientras salgo de la cocina y atravieso el pasillo para llegar al salón. Echo un vistazo al dormitorio de mis padres y me quedo en el umbral. El lado de la cama donde duerme mi madre está inmaculado, como siempre, pero el de mi padre no. Nunca había visto la cama de mis padres sin hacer —jamás—, y la lamparita está encendida.

¿Por qué no la apagó?

Siempre la apaga.

Imagino que estaba durmiendo, con un vaso de agua en la mesilla, listo para cuando llegase el paracetamol que tenía que traerle.

Las piernas me fallan al darme la vuelta para seguir caminando por el pasillo hacia el salón; toco las paredes con los dedos para estabilizarme. Siento el tacto del papel pintado en los dedos, ese que le gusta tanto a mi madre —rojo intenso con elefantes dorados— y que era tan delicado que mi padre tardó todo un fin de semana en colocarlo.

La puerta del salón también está abierta, de modo que puedo ver que la luz está encendida y que el televisor titila acompasadamente. Me acerco y lo apago, y luego me quedo plantada en medio de la estancia. Aparte de que las luces y la tele estuviesen encendidas, todo está en su sitio. La máquina de coser de mi madre. La foto enmarcada de los cuatro en la boda de mi primo sobre el sofá, yo con el sari amarillo que tanto le gusta a mi madre porque no es negro. El árbol de Navidad en el rincón, junto al televisor, y sus luces encendiéndose y apagándose despacio para luego repetir la cadencia.

Hay algunos regalos bajo el árbol que no estaban cuando yo me marché. Dos —uno para mí y el otro para Rosh, asumo—, probablemente de parte de algún pariente que asistió a la fiesta de la tía Lalita. Rosh aún no ha abierto el suyo, seguro que estaba esperando a que yo regresase para

que pudiésemos abrirlos juntas, y me siento fatal. Entonces veo su manta navideña favorita en el suelo —la roja mullidita con copos de nieve blancos— y de pronto la echo tanto de menos que me apetece cogerla, apretármela contra la cara y llorar, pero me perco de la presencia de Esen en el umbral, contemplándome.

Se aparta para dejarme pasar cuando me adentro de nuevo en el pasillo y me detengo ante la puerta de mi cuarto. Está justo enfrente del de mis padres, lo que implica que no podíamos ocultarles casi nada, así que no me quedaba más remedio que sobornar a mi hermana con dulces para que no llorase y nuestros padres no se enterasen de que había hecho algo que no debía. No obstante, ahora me agrada tenerlos tan cerca. Siempre están ahí. No son mucho de ir al *pub* ni al cine ni a cenar. A veces me gustaría que lo fueran, porque quizá los ayudaría a comprender por qué me gusta hacer esas mismas cosas con mis amigos, pero, aparte de asistir a reuniones familiares, lo único que hacen es trabajar, volver a casa, cenar e irse a la cama. Los sábados los dedican a las tareas del hogar —limpiar el piso, ir a la lavandería y al ASDA— y los domingos, a la iglesia y a los deberes.

Siempre sé dónde están y ahora no, solo sé que ha pasado algo malo.

Algo increíblemente malo.

Espero un segundo antes de abrir la puerta de mi habitación. Sé que no debería sorprenderme encontrármela vacía, pero cada célula de mi cuerpo se hunde al mirar la cama de Rosh. Hay un libro abierto en el suelo, como un pájaro herido que ha aterrizado ahí y no se puede mover. Lo recojo y retiro las migajas de galleta que hay pegadas en el lomo de un soplado. Me planteo doblar la esquina superior de la página para que sepa dónde se ha quedado, pero sé que Rosh lo detesta, así que lo cierro con cuidado y paso los pulgares por la cubierta.

—*El catalejo lacado*. —Le enseño el libro a Esen, que me mira desde el umbral como una vampiresa que aguarda a que la inviten a pasar.

Da un paso y, cuando ve que no me opongo, sigue avanzando hasta que se detiene en medio del dormitorio, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

Inclina la cabeza para mirar la cubierta y dice:

—No los he leído.

—Yo tampoco, pero mi hermana pequeña los relee cada Navidad —le cuento con una sonrisa tierna.

El catalejo lacado es el último libro de la trilogía, o eso creo. Rosh iba camino de terminar de leerlo antes de que acabase el año.

Tal vez lo habría conseguido si yo no la hubiese liado tan parda.

—Rosh es la inteligente de la familia.

—¿Y tú qué eres?

—La que decepciona a nuestros padres.

Esa respuesta hace reír a Esen —una carcajada de verdad— y toda su cara cambia.

—Te comprendo.

Alzo la barbilla para mirarla, pero ella evita mis pupilas, lo que me hace sentir mejor, no sé por qué, como si de pronto hubiese descubierto que soy una persona, no un animalillo abandonado al que Dev llevó a la librería. Una persona con una hermana menor que adora a Will Parry y que tendrá que dormir junto a mi cama vacía cada noche a partir de ahora.

Me giro y pongo el libro sobre la pila que tiene en la mesilla de noche; mantengo la mano sobre él unos instantes antes de volver a darme la vuelta. Solo hay que dar una zancada para llegar a mi lado del cuarto. Supongo que debería avergonzarme el estado en el que se encuentra, pero no. Quizá si en lugar de Esen fuese Poppy quien me acompañara, me disculparía por la pila de ropa que abandoné sobre la cama tras probármela para acabar decidiéndome por los vaqueros negros y la sudadera con capucha que llevo, pero me da igual lo que piense Esen de mí.

Dios. Rosh tiene razón, ¿verdad? Soy un desastre. No puedo evitar sonreír al recordar el día en el que cogió la cinta aislante e hizo una línea en medio del suelo para advertirme de que cualquier objeto mío que estuviese en su lado de la habitación acabaría en la basura. Y no en la papelera de nuestra casa, sino en los contenedores que hay en la calle, que huelen fatal y son demasiado altos como para sacar nada de ellos. No la creí y así fue como perdí mi camiseta de Thrasher favorita.

Entonces veo el esmalte de uñas que me apliqué a toda prisa antes de salir y me miro los pies, recordando el punto rojo que había en la puntera de mis botas. Me encojo de dolor cuando pienso en Poppy, en su cabeza sobre mi hombro mientras mirábamos al mar, con el año nuevo desenrollándose a nuestros pies como una alfombra roja.

Cuando alzo la mirada de nuevo, contemplo el espejo que hay sobre la cómoda y ahogo un grito.

—¿Qué cojones está pasando?

—¿Qué? —pregunta Esen, y se me acerca. Me tiembla todo el brazo cuando comienzo a elevarlo para señalar mi reflejo—. Ah. —Asiente y me mira a los ojos a través del espejo—. Debes de estar en plena transición.

—¿Transición?

La imagen se me parece, más o menos. Tiene mi mismo peso y altura, los mismos ojos oscuros y el mismo pelo liso y negro recogido en una coleta alta, como me peino cada día, el único recuerdo de mi época de fan de Ariana Grande. Mi piel es del mismo tono, ese marrón intenso que intentaba frotar cada día en la ducha hasta que se me ponía roja porque mi tía Lalita siempre me decía que era una lástima que hubiese heredado el tono de piel de mi padre y que no la tuviese tan clara como Rosh, como si a ella le hubiese tocado la lotería genética. Mi madre me decía que no le hiciese caso, que a ella le encantaba el tono de piel de mi padre y también el mío.

Pasaron años hasta que la creí, pero ahora, cuando el sol me alumbra la piel, que brilla como una moneda de dos peniques, no me siento como si hubiese perdido ningún sorteo. No obstante, cuando me miro al espejo, es como si me estuviese viendo a través de una cámara de vigilancia. Soy yo, pero al mismo tiempo no lo soy, todo lo que me caracterizaba —el *piercing* de la nariz,

el lunar que tengo en el puente de la nariz, el pintalabios rojo intenso y el delineador de ojos negro— se ha desvanecido.

Veo el reflejo de Esen y ahogo otro grito. Ella tampoco se parece a sí misma. Mantiene el peso, la altura y sus ojos oscuros, pero en el espejo su cálida piel morena pierde su fulgor, y sus rizos marcados y brillantes parecen grasientos y flácidos.

Esen señala con la barbilla nuestros reflejos.

—Por eso podemos ir por la calle sin que nadie nos reconozca.

Ha hablado en plural.

No me ha gustado.

Espero que capte mi malestar mediante mi falta de respuesta, pero no.

—No podemos mantener el mismo aspecto que teníamos porque las parcas no somos invisibles, dado que todo el mundo va a morir. No obstante, nadie nos ve —es decir, no ven el aspecto que teníamos antes de morir— hasta que les llega la hora.

Me acerco al espejo y alzo la barbilla. No hay nada. La cicatriz que me hice al caerme del tobogán en el parque a los seis años ha desaparecido, pero cuando paso el nudillo por encima, la noto.

Aún está ahí.

—Por eso no deberías estar aquí —continúa Esen cuando me giro para mirarla, de brazos cruzados.

—¿Por qué? —pregunto, evitando sus pupilas.

—Porque no debería verte ningún miembro de tu familia.

—No me verán. ¿No me acabas de decir que somos invisibles?

—No exactamente. —Cuando hago acopio del valor suficiente para mirarla a la cara, veo que está apoyada contra la cómoda y que también se ha cruzado de brazos—. Imagina que estás en el autobús y hay una persona sentada tres filas más atrás. Si al apearte alguien te pidiese que describieras a esa persona, ¿podrías? Seguro que serías incapaz de dar detalles. Quizá recordarías el color de su pelo o qué tipo de abrigo llevaba, pero no recordarías ningún rasgo específico porque no le habrías prestado atención, ¿no? Con nosotros pasa lo mismo: mientras no hagamos nada llamativo, nadie se fija en nosotros.

—¿Y eso es bueno?

—Por supuesto. —Se ríe—. No quieren vernos.

—¿Morirían si nos vieses?

Esen gira la cara hacia mí y, cuando nuestras pupilas se encuentran, vuelve a apartar la mirada.

—Hace un par de años, estaba haciendo un trabajito en el muelle cuando oí que alguien me llamaba por mi nombre. —Se dirige a la cama de Rosh para sentarse y luego acomoda los codos sobre las rodillas y se mira las manos—. Tardé un minuto en reconocerlo porque habían pasado muchos años desde la última vez que lo había visto, pero era un amigo de mi primo.

—¿Y sabía que eras tú? O sea, Esen.

Asiente.

—¿Qué le dijiste?

—Entré en pánico e intenté salir del paso con estilo. Adopté un ridículo, y sin duda ofensivo, acento y le hice creer que no sabía de lo que me estaba hablando.

—¿Te creyó?

—No le quedó más remedio. Estoy muerta, ¿cómo iba a ser yo? —Se queda callada y yo espero porque sé que hay algo que no me está contando.

Entonces lo suelta.

—Murió en un accidente de tráfico un par de días después.

Joder.

No puedo procesarlo.

Es demasiado.

Me siento en mi cama con un suspiro.

Tiene que haber una explicación lógica para todo esto, una razón por la cual me haya despertado en la librería. Algo que aclare la identidad de Deborah y Dev y Esen. Que justifique mi cambio de aspecto. Y no es posible que sea que he muerto, ni que soy una parca, ni todo lo que me acaban de contar. Tiene que ser otra cosa. Mañana, quedaré con Poppy y le contaré que he tenido un sueño extrañísimo y nos reiremos y dibujaremos guadañas en la condensación de la ventana de nuestra cafetería.

Me miro la mano, recuerdo que me clavé las uñas en la palma hasta que me dolió. Ansío volver a hacerlo, pero me aterra que ahora no pase nada.

Cuando vuelvo a mirar a Esen, me observa como si lo supiera.

Como si supiese que esto es lo que hay.

Lo sé.

Sé que me atropelló un coche delante de la tienda.

Asiente y, cuando las comisuras de sus labios se elevan para formar una sonrisa triste, siento que caigo —y caigo y caigo—, a pesar de que estoy quieta. Apoyo la cabeza en las manos, como si no fuese capaz de soportar su peso ni un segundo más, y me quedo sentada hasta que se me pasa.

Entonces, alzo la cara y Esen sigue mirándome, sonriendo con tristeza.

—Estoy muerta, ¿verdad? —digo al fin, pero no es una pregunta.

Cuando vuelve a asentir, siento que debería llorar, pero no me sale ni una lágrima.

—No es todo tan malo. —Sonríe—. Piensa que tienes el privilegio de pasar la eternidad conmigo.

CINCO



Regreso a la librería con Esen porque no se me ocurre ningún otro lugar adónde ir.

—La dama errante regresa al fin —anuncia cuando entramos por la puerta.

Dev se lleva las manos al pecho.

—Menos mal. Estaba preocupadísima.

Esen se acerca al mostrador, donde Deborah se encuentra escribiendo en una libreta.

—Quiero que conste en acta que fui yo quien la trajo de vuelta. —Da unos golpecitos con el dedo al cuaderno—. Yo. No Dev. Yo.

Deborah no alza la vista.

—¿Quiere usted una galletita, señorita Budak?

—Sí, por favor. —Se gira con un gesto grandilocuente, sus rizos saltan como muelles mientras se desabrocha el abrigo y se acomoda en el sofá en el que me he despertado yo hace unas horas—. Y que sea grande. Si tiene pepitas de chocolate, tanto mejor.

Dev se acerca a mí, la preocupación le arruga la frente. Percibo que quiere establecer contacto físico —quizá ponerme la mano sobre el hombro—, pero se lo piensa mejor.

—¿Cómo estás, Ash?

Me encojo de hombros, sigo con las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta de cuero.

—Bien.

—¿Seguro?

—Está bien. —Esen hace un gesto con la mano y luego gira la cabeza a un lado y al otro—. A ver, no está bien bien, pero sí bastante mejor que tú cuando te viste en su situación. —Se ríe y mira a Deborah por encima del hombro—. ¿Te acuerdas?

La mujer sigue escribiendo en el cuaderno, claramente intentando no darle coba.

—Sí, señorita Budak.

Esen vuelve a mirarme a mí.

—Dev se puso histérica —me explica—. Tuvimos que encerrarla en el piso de arriba durante una semana.

—No fue una semana —puntualiza Dev, a la que solo le falta dar un pisotón en el suelo—. Más bien unos tres días.

Esen se mofa de ella y vuelve a mirar al mostrador.

—Señoritas, por favor. —Deborah se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz. Cuando se las vuelve a colocar, mira a Dev y a Esen alternativamente—. Si aún pudiera sufrir migrañas, me estaríais provocando una.

Dev se cruza de brazos con un bufido.

—Solo quiero aclarar que no fue una semana. Esen está exagerando, ¿verdad?

—Vale. —Deborah devuelve la atención a la libreta—. Fueron cinco días.

Dev suelta un gritito y Esen alza los brazos en actitud de «Como yo decía».

—Una semana laboral.

—Venga, ya basta —les dice Deborah con un suspiro cansado, y luego alza un pósit de color rosa fosforito—. Ha habido otro apuñalamiento en la estación. ¿Cuál de las dos lo quiere?

Esen alza la mano.

—¡Yo! Hace tiempo que no me encargo de ninguno. —Se levanta del sofá, con el abrigo bamboleándose de lado a lado mientras se acerca al mostrador y coge el pósit antes de girarse para mirarme—. ¿Estás lista para estrenarte?

—Aún no —advierte Deborah, mirándola por encima de las gafas antes de dirigir sus pupilas hacia mí—. Ash tiene que descansar.

—Vale —acepta Esen, que se encoge de hombros, se abrocha el abrigo y se dirige hacia la puerta—. Hasta luego, pringadas.

Con el sonido de la campanilla desaparece, y la librería de pronto se sume en el silencio.

—¿Tengo que pasar la eternidad con ella?

No me percato de que lo he dicho en voz alta hasta que oigo que Dev suelta un suspiro.

—Ahora comprendes por qué me tuvieron que encerrar una semana.



Deborah, a pesar de que no hacía falta que lo hiciese, me recuerda que he pasado una noche muy larga y sugiere que me vaya arriba a descansar. Por primera vez desde que he llegado aquí, no vacilo. Dev se ofrece a acompañarme y me da la impresión de que no es la primera vez que lo hace —lo de prestarse voluntaria para ayudar a Deborah—, como la típica compañera de clase que se lanza a repartir las fotocopias antes siquiera de que el profesor se lo haya pedido. Es agradable, supongo —considerada—, pero yo soy más de sentarme al fondo del aula con la esperanza de que nadie se fije en mí, así que me da la impresión de que Dev y yo no nos vamos a entender del todo bien.

La sigo por la escalera hasta un dormitorio. Es más o menos del mismo tamaño que el de mis padres e igual de ordenado. Tiene el mismo parqué que hay en la librería y una ventana a través de la que, incluso con las finas cortinas echadas, se puede ver el barrio de Lanes. Hay una cama doble con una mesilla a cada lado, un armario, una cómoda. Todo muy normal, pero yo me sigo

sintiendo incómoda. Nada pega, es como si alguien hubiese entrado en una tienda de segunda mano y hubiese dicho: «Me llevo eso, eso y eso». Ni siquiera la colcha conjunta con las fundas de las almohadas: la primera es de color crema con flores rojas enormes y las segundas son a rayas rojas, blancas y azules. Están arrugadas, pero deben de estar limpias al menos, dado que los colores están desvaídos de haber pasado demasiadas veces por la lavadora. No obstante, a pesar de que estoy agotada, no me apresuro a acostarme.

—¿De quién es este cuarto? —pregunto, porque solo con mirarlo no puedo adivinarlo.

Mi hermana es ordenada, pero entre sus libros y los pósteres que tiene sobre la cama, al menos puedes intuir cuál es su lado del cuarto. No hay nada que indique que este dormitorio haya sido utilizado. Si no fuese por los muebles, estaría vacío. No hay alfombra, ni cortinas gruesas para bloquear la luz, ni lámparas sobre las mesillas. Las paredes están desnudas, salvo por una mancha de humedad en la esquina superior derecha y una telaraña en la contraria. Ni siquiera huele a nada. Bueno, en realidad sí, aunque no es un aroma agradable, como el de mi cuarto, que siempre huele dulce a causa de la laca y del perfume de Lush que me regalaron por mi cumpleaños. Esta habitación huele como la librería: a papel viejo y polvo.

—De nadie —confirma Dev, y se encoge de hombros.

—¿Y vosotras dónde dormís? ¿En el sofá de la librería?

Su frente se arruga durante un momento y de pronto se alisa.

—Ah. —Esboza una sonrisa dulce—. Nosotras no dormimos.

Tengo que apoyarme contra el marco de la puerta cuando me doy cuenta de lo que quiere decir.

No dormimos porque estamos muertas.

Dev se encoge de hombros.

—Tú estás en plena transición, así que igual echas un sueñecito.

—No paráis de repetir esa palabra. ¿Qué significa estar en transición?

—Que estás pasando de quien eras a quien eres. Va por fases —me explica, y se acerca a la cómoda para sacar unos vaqueros—. Primero cambia la apariencia, cosa que sucede en un par de horas o así, y entonces ya no... Bueno... —Se detiene y se queda pensativa un instante—. Eso, que ya no tienes el mismo aspecto que antes.

«Ya he sufrido eso en mis propias carnes», pienso mientras recuerdo el momento en el que he visto mi reflejo en el espejo de mi habitación.

—Todo lo demás sucede después —añade Dev con una sonrisa cautelosa.

Me da demasiado miedo preguntar qué es «todo lo demás», de modo que señalo los vaqueros negros que tiene en la mano.

—¿Son tuyos?

Asiente.

—De cuando... —dejo la oración en suspenso, para no decir «estabas viva».

Niega con la cabeza.

—Si necesitamos algo, como, por ejemplo, ropa, Deborah nos da dinero. No tenemos demasiadas necesidades, en realidad. No es que tengamos que pagar el alquiler, ni las facturas, y no tenemos que comprar comida ni esas cosas.

Entiendo que no comemos ni bebemos.

¿Y todo lo demás?

—Tampoco nos viene la regla —dice con una sonrisa, como si me hubiese leído la mente.

Esto de ser parca tiene su lado bueno.

—¿Lo de ir de negro es como un uniforme? —Señalo los vaqueros con la cabeza.

—No. Es solo que hace más fácil pasar desapercibido.

Quiero preguntarle más cosas, pero se da la vuelta.

—Te dejo descansar. —Cuando llega a la puerta, se gira para mirarme—. ¿La dejo abierta o cerrada?

—A medias.

—Grita si necesitas algo.

Y se va.



Estoy tan cansada que me siento débil, y los pocos pasos que me separan del interruptor de la luz me parecen tan insalvables que me planteo dejarla encendida. Probablemente sería buena idea —no me siento nada segura aquí sola en penumbra—, pero hay demasiada claridad y la cabeza me está matando. Pregunta tras pregunta tras pregunta hasta que acaba por convertirse en ruido blanco.

A lo mejor no es mala idea quedarme quieta un ratito.

La cama es más cómoda de lo que parece, así que me quito la chupa de cuero y las botas y me tumbo sobre la colcha, a la espera de que el sueño me lleve. Noto que tira de mí —comenzando por los dedos de los pies—, amenazando con tragarme entera, y durante un instante me permito creer que, si me dejo llevar, cuando me despierte estaré en mi propia cama, arropada con mi edredón, de espaldas al radiador, y que todo esto habrá sido una horrible pesadilla provocada por la fiebre.

Sin embargo, no me duermo, me quedo ahí tumbada, consciente de la conversación que están manteniendo Deborah y Dev en el piso de abajo. En un momento dado, suena la campanilla de la puerta y cierro los ojos, ansiando que sea Poppy, que viene a buscarme. No obstante, no puede ser ella, porque nadie sabe que sigo aquí, ¿verdad?

Ni siquiera ella.

Me la imagino en su bonita habitación rosa, en la cuarta planta de la enorme casa de sus padres, esperando a que le envíe un mensaje. Se dará cuenta. Sabrá que me ha pasado algo

porque siempre le escribo cuando llego a casa. Tal vez, mientras está tumbada en la cama mirando el techo, se diga que se me habrá acabado la batería. O que mi madre me ha requisado el móvil como castigo por salir sin permiso. No obstante, al final se enterará. No sé cómo le llegará la noticia. Nadie más tiene su número, así que tendrá que ser Adara la que se lo comunique. Le enviaré un mensaje por Facebook para que la llame.

Vaya papelón. Nunca se han visto la cara y esa será la primera conversación que mantengan. Menuda mierda más grande.

SEIS



No sé cuánto tiempo he pasado aquí tumbada; la habitación se fue iluminando poco a poco y luego se fue oscureciendo hasta que fui incapaz de ver la grieta que atravesaba el techo. Me percaté de que la puerta se abre cada poco y se vuelve a cerrar cuando no me muevo, agradezco que quienquiera que sea —probablemente Dev— pille la indirecta y me deje tranquila. Imagino que se ha hartado de que la ignore porque de pronto la puerta se abre de par en par y la luz se enciende.

—¿Estás bien? —pregunta desde el umbral, donde está parada con una taza en la mano.

—No mucho —murmuro mientras me obligo a sentarme con las piernas cruzadas sobre la cama.

Se acerca y señala el borde. Yo asiento, le agradezco que me haya pedido permiso.

Posa la taza sobre la mesilla y se sienta frente a mí.

—¿Has dormido algo?

Niego con la cabeza.

—Ya me parecía que no podrías —dice con una sonrisa triste—. ¿Estás más tranquila al menos?

—Supongo.

No sé si «tranquila» es el término apropiado para describir mi estado actual.

Derrotada, quizá.

Señala la taza con la cabeza.

—Te he traído un té.

—Gracias —le digo, medio encogida—. En realidad, no me gusta el té.

—Es más bien un experimento. Si te apetece participar. ¿Qué sientes? —me pregunta cuando me lo entrega.

Noto el peso y el calor en mis manos.

—Siento que estoy sosteniendo una taza de té.

—¿Te importaría probarlo?

Pongo cara de asco porque de verdad que no quiero bebérmelo —odio el té—, pero me puede la curiosidad.

Me llevo la taza a los labios y doy un sorbo. Noto que está caliente, me quema la lengua y la

garganta, pero, cuando espero que se me revuelva el estómago por el asqueroso sabor, no sucede nada.

—No sabe a té. —Frunzo el ceño y miro la taza para comprobar que, en efecto, eso es lo que es. Parece té.

—¿A qué sabe? —pregunta Dev con interés, como si estuviese a punto de desvelarle la cura contra el cáncer.

Tomo otro sorbo.

Nada.

—Sabe a agua caliente.

Parece entusiasmada.

—¡Vaya!

—¿Qué?

—Es la transición más rápida que he visto.

—¿En qué sentido? —le pregunto, y me giro para dejar la taza sobre la mesilla de noche.

—Suele durar varios días —explica—, pero tú ya la has completado, Ash.

—¿Qué es lo que he completado?

—El trayecto hasta nuestro lado.

Odio esa palabra —«nuestro»— casi tanto como «nosotros».

—Lo primero es el plano físico —continúa—. El corazón se detiene y tu cuerpo ya no necesita funcionar como antes para que, ya sabes, existas. Entonces van desapareciendo los sentidos. El gusto. —Señala la taza de té con la cabeza—. Y el olfato. No hueles nada, ¿verdad que no?

No se me había ocurrido comprobarlo. Inhalo profundamente y, tal como ella suponía, la habitación no tiene el mismo aroma que la librería, a papel viejo y polvo. Alzo el brazo, me llevo la manga de la sudadera a la nariz y espero mientras vuelvo a inhalar. Nada. No huele a nada en absoluto.

—¿Y los demás sentidos? —pregunto cuando vuelvo a mirar a Dev.

—Algunos nos siguen haciendo falta, como la vista, el oído y el tacto, para hacer nuestro trabajo. —Alza el hombro y lo vuelve a dejar caer—. Pero no necesitamos ni el olfato ni el gusto para nada, ¿verdad?

Supongo que no.

—No obstante, sigo respirando. ¿Cómo es posible que siga respirando si estoy muerta?

Lo noto, siento cómo sube y baja mi pecho y cómo penetra el aire por mi nariz al inspirar hondo y espirar, como para probar mi teoría. No obstante, no siento alivio al hacerlo. Ya no queda nada.

—No necesitamos respirar para funcionar, pero sí para hablar.

—Vale. —Reflexiono durante unos momentos—. Pero ¿cómo es que cuando cogí la taza noté que estaba caliente, y cuando lo bebí, me ardieron la boca y la garganta, pero no me dolió?

—Porque el dolor es una respuesta fisiológica y el tacto, sensorial. Necesitamos sentir las cosas. —Se detiene y percibo que está intentando encontrar una analogía apropiada—. Imagínate que estoy llevando a cabo un encargo en una casa en llamas, de modo que apenas veo nada a causa del humo. Necesito el sentido del tacto para poder detectar los cadáveres.

«Lo pillo, o eso creo.»

—En fin, ya está bien de descansar —dice, y se pone en pie de un salto—. Tengo que enseñarte una cosa.

Alzo las manos.

—No pienso hacer un encargo. No estoy lista.

—No es eso, tranquila. —Niega con la cabeza—. Ven conmigo.

SIETE



Dev me lleva a una fiesta en la playa, cosa que no me esperaba. No sé qué es lo que celebran —¿desde cuándo se hacen fiestas en Año Nuevo?—, pero hay demasiado ruido para preguntar. Hay mucho barullo, gente por todas partes —casi tanta como anoche, cuando estuve aquí con Poppy—, una hoguera en el centro, cuyas llamas de color amarillo intenso culminan en picos enroscados, como los pétalos de un tulipán. Lo único que cambia es que esta fiesta tiene lugar en el otro extremo de la playa, en Duke's Mound, y el muelle es una hilera de luces de colores en la distancia.

Tiro de la manga de Dev para llamar su atención.

—¿Qué es esto?

Niega con la cabeza y se lleva una mano al oído para escucharme.

—¿Qué es esto?! —tengo que gritar por encima de la música, y, en ese momento, me percató de que está sonando la canción de Honeyblood con la que me obsesioné el año pasado. Se titula *Babes Never Die*, qué irónico, y me pasé como un mes escuchándola sin descanso, hasta que saqué a Rosh de sus casillas. Ese recuerdo debería hacerme sentir mejor, pero no. Tras pasarme la mayor parte del día tumbada en una habitación oscura y en la librería, la avalancha de, bueno, de todo —gente, sonidos, colores— me marea.

Alguien me pisa, pero soy yo la que se disculpa, y vuelvo a disculparme cuando me dan un codazo tan repentino en las costillas que casi me tiran al suelo. Pierdo a Dev de vista un segundo. Por suerte, la encuentro en una zona un poco más tranquila de la playa, donde la música es poco más que un sordo BUM, BUM, BUM. Cierro los ojos y trato de tomar aliento, porque estar aquí me recuerda a cuando me caí en la parte honda de la piscina de pequeña y mi padre tuvo que rescatarme. Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo que está nevando, gruesos copos blancos se me pegan a las pestañas mientras caen a nuestro alrededor. Mi primer pensamiento debería ser mi hermana, lo contenta que debe de estar al verlo. O Poppy, con sus manoplas rojas y los copos deritiéndose en su pelo. No obstante, lo que mi cerebro decide traer a mi memoria es el momento en el que no pude evitar reírme al leer la escena de *Matar a un ruiseñor* en la que Scout descubre la nieve y le dice a Atticus que debe de ser el fin del mundo.

Me giro hacia la multitud. Algunos tienen los brazos en alto, otros, las cabezas echadas hacia atrás, riéndose hacia el cielo en penumbra, pero algo no me cuadra. Me pasa como con los

muebles del dormitorio de encima de la librería: no pegan. Se parece a la fiesta de anoche, en el sentido de que grupos de gente muy dispar estaban en un mismo espacio. Pero no se mezclaban, ¿verdad? Se quedó cada uno en su grupo —con su propia música, sus propias cervezas— hasta medianoche, y el espacio que los separaba desapareció al dar la bienvenida al año nuevo juntos.

O al menos supongo que pasaría eso.

Yo no estaba presente para atestiguarlo.

Aquí todos están mezclados. Una mujer con una trenza plateada hasta la cintura está conversando animadamente con un chico de mi edad mientras una chica con todo el pelo trenzado se ríe y aplaude a un hombre, entusiasmada con sus pasos de baile de padre.

Nada tiene sentido.

Y nadie se toca. No hay parejas besándose ni amigos abrazándose tras reencontrarse después de haberse perdido entre la marabunta. Tampoco beben. Bueno, un par de personas sí, pues las llamas de la hoguera se reflejan en sus latas de cerveza, pero el resto no. Se dedican a deambular, hablar y bailar.

—¿Todo bien, Dev? —oigo que dice alguien, y me giro para ver a un tipo vestido de negro acercarse a nosotras.

Cuando ella sonrío y asiente, él se lleva dos dedos a la frente a modo de saludo y luego sigue caminando.

—¿Conoces a esta gente, Dev?

Ella se encoge de hombros.

—A todos no.

—¿Quiénes son?

—Parcas.

—¿Cómo? —Me giro para mirar a la multitud de nuevo—. ¿Todos?

—La mayoría, sí.

Me vuelvo hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Hay tantas parcas en Brighton?

—No son solo de Brighton, vienen de todas partes. De Worthing. De Eastbourne. De Hastings.

—¿Cómo es que no los he visto en la librería?

—Tienen sus propias librerías, o cafeterías o lo que sea, en su jurisdicción.

—Entonces, ¿hay más de una Deborah?

Abre mucho los ojos y suelta una carcajada.

—Deborah solo hay una.

—¿Por qué han venido aquí?

—Para celebrar la llegada de las nuevas parcas. Lo hacemos cada año. Es una especie de fiesta de bienvenida a la familia.

—Creía que no debíamos llamar la atención —suelto, pues no entiendo cómo un centenar de

parcas con la música a tope y una hoguera en la playa (ilegal, me atrevería a añadir) no llama la atención de la gente.

—Esto es Brighton. —Dev me hace un gesto con la mano—. A nadie le importa.

Supongo que no. Eso explicaría por qué hay gente bebiendo. En Brighton, la gente ve una fiesta y se une, aunque esté nevando. Si supieran con quién están bailando, seguro que se les quitaban las ganas.

—¡Dev! —oigo decir a alguien a nuestra espalda. Me giro y veo a una chica acercarse a nosotras.

Digo chica, pero nos saca unos años —tendrá dieciocho o diecinueve—. Sonríe a Dev y de pronto me quedo de piedra. Se parece muchísimo a Adara. Su cara tiene la misma forma de corazón, los mismos labios carnosos y anchos y la piel del color del té con leche. Jamás he visto a Adara sin el hiyab. Lo considero parte de ella, de modo que nunca me había planteado cómo sería su pelo. El cabello de esta chica es un poco más largo que el de Dev, pero del mismo color que el mío, y con las mismas ondas amplias e indómitas. Siento cierta envidia porque ese *look* era al que aspiraba yo cuando me corté el pelo a los catorce años, a excepción del flequillo liso y bien definido que le llega a media frente, que no debería quedarle bien, pero le sienta de maravilla.

Se abalanza sobre Dev, la rodea con los brazos con tanto entusiasmo que casi acaban las dos en el suelo.

—¿Esta es Ash? —pregunta ella cuando la suelta y se aparta.

Dev me señala con el pulgar.

—La misma.

—¡Hola! —Ahora me sonrío a mí—. Danica Daniels. Cáncer infantil.

Me sorprende tanto la facilidad con la que lo dice, como si me estuviese comentando a qué instituto va, que dudo cuando me alarga la mano para saludarme.

La miro y a continuación se la estrecho con cuidado.

—¿Cáncer infantil?

—Humor negro —me explica Dev, con la nariz arrugada—. Es la forma que tenemos de lidiar con todo esto, supongo.

Danica sonrío.

—¿Has conocido ya a Esen?

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Danica se encarga de los niños que mueren de cáncer —me explica Dev con un asentimiento solemne de la cabeza.

—¿No se suponía que tenías que ocuparte de la gente que muere de lo mismo que tú?

—Sí. Al menos al principio —dice Dev, y se encoge de hombros—. Pero no sería apropiado que existieran parcas de cuatro años, ¿no crees?

Supongo que no.

No me lo había planteado.

—Me ascendieron —dice Danica, ahora sin tanto entusiasmo.

—¿Hacerte cargo de los niños con cáncer se considera un ascenso?

—Bueno, alguien tiene que hacerlo.

—Supongo.

—Oye —cambia de tema, señalándome con la barbilla—. ¿Tú también eres india?

Menuda transición.

Apenas me ha dado tiempo de recuperarme de lo del cáncer infantil.

—Sí —asiento—. De Guyana.

Alza la mano para que le choque el puño.

—¡Genial! —Cuando le correspondo, aunque a regañadientes, me guiña el ojo y dice—:
Hacen falta más parcas desi.

Me alegro de engrosar las estadísticas, supongo.



Dev se pone a hablar con otra persona, lo que me concede la oportunidad de escabullirme y dar con un sitio para sentarme. Mientras contemplo el horizonte, veo las luces rojas intermitentes de la central eólica —las ciento dieciséis— y no puedo evitar pensar en la última noche que pasé con Poppy, con el mar a nuestros pies. De pronto me siento agotada y cierro los ojos con fuerza, convencida de que noto los latidos de su corazón a mi lado, pero cuando vuelvo a abrirlos, no es Poppy, sino Dev, y me sobresalto.

—Te he encontrado —sonríe.

Yo no.

—Yupi.

—Venga ya, Ash —protesta, y se sienta a mi lado sobre la gravilla—. Creía que te gustaría.

Me toma por sorpresa esa afirmación.

—¿Por qué?

—Porque te da la oportunidad de ver que no estás sola. Eres parte de una familia.

Puede decir que somos una familia las veces que le dé la gana, pero jamás la creeré.

Yo ya tengo una familia.

—Bueno, esto seguro que te anima —insiste, y se mete la mano en el bolsillo de la cazadora. La miro con suspicacia mientras saca una pequeña bolsa de terciopelo—. Deborah me pidió que te diese esto.

Observo la bolsa.

—¿Qué es?

—Lo compré en la joyería Cronus, en el barrio de Lanes.

La conozco. Es donde venden el colgante de la abeja que tanto le gusta a Poppy.

—¡Ábrelo! —me dice Dev con el entusiasmo de una niña pequeña que trae del colegio su primer collar de macarrones.

Obedezco, Dev me observa desatar el cordel del saquito de terciopelo. Meto la mano y saco una cadena de plata muy fina. La alzo y, cuando la luz de la luna ilumina el colgante en forma de guadaña, casi se me cae al suelo.

—Todos lo tenemos —me explica; su voz de pronto se ha vuelto diminuta al rebuscar bajo su abrigo de peluche para enseñarme su propio colgante—. Es como un distintivo. Esen también lo lleva.

Me obligo a mirarlo y en realidad es muy bonito. Tiene un estampado precioso en el mango y cuando lo giro, descubro que lleva mi nombre grabado en el dorso de la hoja.

—Gracias. —Intento sonreír.

Miro a la muchedumbre y veo a Esen, apartada del caos, de brazos cruzados. El viento alborota sus rizos mientras charla con alguien que parece compartir su nivel de aburrimiento.

—¿No te lo vas a poner? —pregunta Dev con ansia.

No va a dejarlo estar, ¿verdad?

Me lo pongo y, en cuanto lo hago, ella acerca su mano a mi cuello y pone un dedo sobre el colgante.

—Ya está —dice con una sonrisa orgullosa—. Ya eres una de las nuestras.

No soy capaz de mirarla, así que me vuelvo a centrar en Esen, que ahora está riéndose y toda su cara se ve distinta.

—No te preocupes por Ess —me dice Dev mientras coge una piedrecita y la lanza al mar—. Es dura —me advierte mientras contemplamos cómo la piedra ameriza con un sonoro plop—. Te costará ganarte su confianza, pero en cuanto lo hagas, cosa que no dudo, hará lo que sea por ti.

Me da igual ganarme su confianza.

—Cada persona gestiona esto a su manera —admite Dev, aún contemplando el mar.

—¿El qué?

—Esto. —Señala la multitud con la barbilla—. Convertirse en parca.

—Entonces, ¿va de algo más que de transportar adolescentes muertos a la playa por toda la eternidad?

Ríe para sí misma y luego continúa con lo que estaba diciendo.

—Alguna gente, como Esen, pone todo lo que fueron, todos sus recuerdos y la lista de cosas que no les dio tiempo a hacer, en una caja. Luego la cierran con llave y la esconden en lo más profundo de su mente. Les resulta más sencillo enterrar a esa persona y convertirse en una completamente nueva. Algunas parcas incluso se cambian el nombre, porque ya no se ven como la persona que fueron cuando estaban vivas.

—¿Por eso prefieres que te llamen Dev, en lugar de Isla?

—Siempre me han llamado Dev, en realidad. En mi clase había dos Islas, así que, para

diferenciarnos, yo era Isla Devlin y ella, Isla McDermid. Con el tiempo, pasaron a llamarme solo Devlin y, al final, se quedó en Dev.

Qué movida. Se me había olvidado que había tenido una vida, igual que yo, antes de acabar en la librería.

—¿A qué colegio ibas?

—A Queen's Park, y luego a Stringer. ¿Y tú?

—Siempre he ido a Whitehawk.

—Ya me parecía.

Estoy a punto de preguntarle por qué cuando me percaté de que no es descabellado suponer eso, teniendo en cuenta dónde fallecí.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto en cambio—. ¿Cómo sobrellevas tú todo esto?

Se queda callada tanto rato que pienso que no va a contármelo, pero entonces gira la mejilla hacia mí y me mira por debajo de sus pestañas postizas.

—Intenté hacer lo mismo que Esen durante un tiempo, pero no me funcionó. No soy capaz de disociar, ¿sabes? Prefiero estar muerta y ya.

—Creía que no teníamos elección. Tenemos que disociar. Estamos muertas.

—Mira, Ash —dice, pero no con el mismo tono que usa Deborah, que indica que está perdiendo la paciencia. Es más bien lo contrario, como si esperara poder ayudarme a ponerme al día—. Sé que crees que no tienes elección porque te ha tocado la peor lotería de la historia. —Se ríe y yo me permito hacer lo mismo—. Pero elegir no vivir es una elección.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes hacer como Esen y encerrarlo todo y actuar como si no existiese o... —Titubea y me obligo a ser paciente porque dudo que le haya dicho esto nunca a nadie.

Creo que jamás lo ha verbalizado.

—Es como... —Vuelve a intentarlo—. Todos somos iguales, ¿verdad? Más o menos. Si nos abres en canal, todos tenemos corazón, pulmones, costillas. Pero hay algo más, ¿no? Algo más profundo. Algo único en cada persona.

Me llevo la mano a la barbilla y me acaricio la cicatriz con el nudillo.

—Lo físico. —Dev se agacha para coger una piedra y le pasa el pulgar por encima—. Las cosas que hacemos todos, como dormir o comer, es fácil desprenderse de ellas, porque no están bajo nuestro control, ¿verdad?

Asiento.

—Te mueres. Se te para el corazón. Punto. Si volviese a latir, ya no estarías muerta.

—Cierto.

—Pero lo otro... —Se encoge de hombros—. Lo que hay en lo más profundo de nuestro ser, lo que solo nosotros sabemos, eso sigue ahí.

—¿Como los recuerdos?

Me señala con la piedrecita.

—Eso no desaparece, a no ser que lo encierres, como ha hecho Esen.

Entonces pienso en Poppy, en la cara que se le puso cuando le dije que yo también la quería.

No quiero olvidarlo jamás.

Nunca.

—¿Por qué iba alguien a querer deshacerse de esas cosas?

—Porque resulta más sencillo. —Dev mira la piedra que tiene en la mano—. Es más fácil no sentir nada, rendirse. Desconectarse de todo y ver esto como un trabajo. Lo único que tienes que hacer es trasladarlos hasta la playa. Nada más. Después, ya no son problema tuyo, ¿verdad? Te da igual lo que les suceda una vez que los hayas llevado allí, a quién han dejado atrás o adónde van, porque es imposible saberlo, y lo comprendo. —Asiente para sí misma, con los ojos aún fijos en la piedra—. Entiendo que es más fácil verlo así, pero la eternidad es mucho tiempo, y si todo lo que haces es pasar el rato en la librería, esperando a que alguien se muera...

Lanza la piedra y yo la veo trazar una parábola y aguardo el plop.

—¿Hay algo más, en realidad?

—Hay esto. —Dev vuelve a mirar la fiesta—. Ya no sentirás como antes. Tus manos no sudarán y tu corazón no se acelerará cuando veas a alguien a quien querías, pero recordarás ese sentimiento. —Se atusa el flequillo con los dedos—. Seguirás sintiendo apego por esas personas, querrás estar cerca de ellas para protegerlas, ¿comprendes? Seguirás teniendo la necesidad de decir alguna tontería para hacerlas reír.

Pienso en Poppy y espero que me vuelva a anegar el dolor, pero no lo siento.

—No me malinterpretes —añade Dev—. Estar muerta es una pasada. Ya no me da miedo nada. ¿Qué es lo peor que me puede pasar? Si ya estoy muerta. Lo que me solía aterrar, las chorradas que me hacían sentirme cohibida, como si era lo bastante guapa o lo bastante inteligente, me dan igual. Lo único que me preocupa es el presente. Este instante. Porque si no... —Se detiene para humedecerse los labios, su sonrisa es notablemente más opaca, como el envés de una hoja—. Ten cuidado, ¿vale? —me advierte, coge otra piedra y la aprieta entre sus dedos; sus nudillos se ponen aún más pálidos—. Sé que estás cabreada porque te ha tocado a ti este año, y con toda la razón. No es justo. Pero si se lo permites, ese sentimiento, ese rencor, crecerá y crecerá, y no dejará espacio para nada más. Te aseguro que eso no es deseable. Entonces estarás muerta de verdad.

Miro hacia arriba justo cuando una estrella fugaz atraviesa el firmamento. Un destello blanco sobre el cielo oscuro, culminado por una perla de luz.

—¡Pide un deseo, Ash!

Cuando el destello ya se está desvaneciendo, el pánico me deja un solo pensamiento.

Poppy.

Quiero volver a ver a Poppy.

OCHO



Cuando regresamos a la librería, Esen aún no ha llegado. Nos sentamos en los sillones a contarle a Deborah qué tal nos ha ido en la fiesta. O al menos eso es lo que hace Dev. Yo me quedo rumiando lo que me ha explicado en la playa, lo de que escoger no vivir es una elección.

Me acaricio el lunar que tengo en el puente de la nariz con el dedo y me planteo qué sería mejor. ¿Hacer como Esen y encerrar todo en algún lugar seguro en lo más profundo de mi mente o hacerle caso a Dev y aferrarme a ello a pesar de que eso haga esta situación mucho más complicada?

La respuesta correcta, obviamente, es esta última, pero si no lo encierro —si no lo mantengo en un lugar seguro—, ¿seré capaz de recordar los grandes y arropadores abrazos de mi padre dentro de cincuenta años? ¿O el hecho de que la risa de Poppy suena como el tintineo de las pulseras de oro de mi abuela cuando palmea el *roti*?

¿Y si lo pierdo todo?

¿Y si no soy capaz de recuperarlo?



Una hora después, sigo en el sillón, con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando al techo. Me viene a la memoria los altos techos blancos de la casa de Poppy, y antes de que me pueda convencer a mí misma de que es muy mala idea, bajo la barbilla y le pregunto a Deborah:

—¿Conoces a Margot Morgan?

Ella alza la vista desde detrás del mostrador.

—¿Margot Morgan? ¿La física?

Asiento.

—Claro que la conozco.

—¿Tenemos alguno de sus libros? ¿No escribió uno que se titula *Las maravillas del cosmos* o algo así?

Si se sorprende de que de pronto me haya percatado de que estamos en una librería tras horas enfurruñada en el sofá, se recupera al instante.

—Lo dudo mucho. Solo vendemos libros antiguos y poco comunes. —Se quita las gafas y señala las estanterías, con los tomos en orden—. Primeras ediciones siempre que podemos, pero la gran mayoría son u objetos de coleccionista o copias firmadas de ediciones especiales o descatalogadas.

—Vale —digo, y me encojo ligeramente de hombros.

Asumo que ahí se acabará la conversación, pero entonces ella pregunta:

—¿A qué viene ese interés repentino en Margot Morgan?

—A nada —respondo, y me vuelvo a encoger de hombros para intentar parecer desinteresada.

—Es una mujer muy inteligente —dice Deborah mientras se coloca el cuello de la camisa—. Vive por aquí cerca, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —El timbre de mi voz se eleva al pensar en la enorme casa blanca de Poppy y en su gran dormitorio rosa y la sensación de pérdida se vuelve tangible.

Llena la librería hasta que siento que me ahogo.

Por fortuna, antes de que Deborah pueda añadir nada más, Esen aparece por la puerta como un huracán.

—¡Menudo capullo! —No espera a que nadie pregunte de quién está hablando, simplemente se desabrocha el abrigo y se despatarra en el sofá—. ¿Os podéis creer que el tío al que me tocaba segar ha intentado darme un puñetazo?

—¿Quieres que te contestemos? —pregunta Deborah mientras devuelve la atención a la pila de libros.

Esen la ignora y apoya la cabeza sobre el cojín con un gruñido.

—Luego ha salido por patas. He tenido que perseguirlo por Queens Road. Casi lanzo por los aires a una pobre ancianita que estaba saliendo del Sainsbury's.

—Ten cuidado con la tercera edad, señorita Budak. —Deborah abre un libro que hay junto a la caja registradora y comienza a hojearlo—. Pronto se toparán con alguno de los nuestros.

Esen se ríe y se le arruga la piel alrededor de los ojos.

—Muy cierto.

—¿Lo has pillado? —pregunta Dev, que se recuesta contra el mostrador.

—Claro. No obstante, he tenido que arrastrarlo hasta la playa por el cuello del abrigo.

—Muy bien —la interrumpe Deborah, que tiene un pósit rosa fosforito en la mano—. Aquí tienes.

Dev lo coge y lo mira.

—¿Qué tenemos aquí?

—Una sobredosis en el New Steine. Puedes llevarte a la señorita Persaud para enseñarle el oficio.

Alzo la vista y veo a Dev pestañeando en mi dirección. Parece tan poco convencida como yo.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

Esen se incorpora.

—¿Puedo ir yo también? —Se gira para mirarme y sonríe—. Esto no me lo pierdo.

—Por supuesto que no. —Deborah vuelve a mirar el libro y desdeña la petición con un gesto de la mano.

—¿Por qué no? ¿No te fías de mí?

Deborah ni siquiera levanta la cabeza.

—Ni un poco.



No tengo oportunidad de protestar porque Dev me saca a toda prisa de la librería. Sigue siendo de noche, falta un buen rato para que amanezca, y las gaviotas graznan como locas como si estuviesen intentando advertirme de algo. Mientras Dev se abrocha el abrigo, me giro para mirar a través del escaparate de la librería. Deborah está detrás del mostrador, hojeando un libro, mientras Esen sigue tirada en el sofá, con las botas sobre un brazo y la cabeza sobre el otro. Sus rizos del color de la coca-cola se desparraman por el borde y sus puntas casi tocan el suelo.

—¿Vamos, Ash?

Me percato de la presencia de Dev a mi lado y me giro despacio para mirarla.

—No tenemos mucho tiempo —me advierte mientras comienza a caminar por la calle. Su media melena blanca se balancea al compás de sus pasos.

Supongo que mi vida ahora es esto —aunque no se le pueda llamar vida, en realidad—, no puedo evitar mi labor para siempre. De modo que la alcanzo y le sigo el ritmo mientras nos dirigimos hacia North Street.

—No te preocupes —me dice cuando giramos a la izquierda en los Wetherspoons—, tú no tendrás que hacer nada.

Asiento.

—Es una sobredosis. Muy probablemente ya esté muerta cuando lleguemos.

Dev me muestra el pósito.

Kitty Lawrence

Sobredosis

New Steine

03.32

—¿Cómo la reconoceremos?

Dev ni me mira.

—La reconoceremos.



Cuando llegamos, me preparo para lo peor, pero los jardines están vacíos. Sería imposible confundirla con otra. El New Steine es mucho más pequeño que el Old Steine, cuyos jardines tienen un césped muy bien cuidado, una fuente y un monumento en homenaje a los caídos en la guerra, sobre el que Rosh tuvo que hacer un trabajo para el colegio el año pasado. Este parque es más modesto, una larga franja de hierba rodeada por el mar a un lado y una escultura extraña al otro. Varias luces de las pensiones que hay cerca están encendidas, los huéspedes deben de acabar de llegar o estar levantándose para coger un avión temprano, demasiado preocupados en asegurarse de que lo han guardado todo y de que llevan el pasaporte encima para fijarse en lo que Dev y yo hemos venido a hacer.

La busco —a Kitty Lawrence—, pero el parque está vacío, a excepción de una diminuta tienda de campaña de color azul marino montada en la esquina superior derecha del césped, al lado de la escultura. Tardo un minuto más de lo que debería en darme cuenta de que Kitty está ahí, y para cuando llego a esa conclusión, Dev ya está avanzando hacia allá.

—Quédate aquí —me advierte cuando ve que la sigo.

No le hacía falta decírmelo. No tengo ni idea de lo que estará pasando en esa tienda y no tengo intención de averiguarlo. Contemplo a Dev agacharse para abrir la cremallera. No pasa nada, nadie grita ni sale pitando con una aguja colgando del brazo, así que no puedo evitar inclinarme para echar un vistazo al interior.

Ahí está —Kitty Lawrence, supongo—, sentada con las piernas cruzadas, aferrada a una manta polar blanca. Tiene las uñas sucias, pero por lo demás parece en bastante buen estado. Su larga cabellera oscura parece limpia. Como lleva la raya al medio, el pelo le enmarca su pequeña cara, que es casi del mismo color que la manta que sostiene. Cuando aparto la mirada, me pregunto cómo habrá acabado ahí, en esa tienda, ella sola.

Entonces veo el cuerpo que hay a su lado, en posición fetal, y por un instante creo que es otra persona, hasta que Kitty lo señala y dice:

—Esa soy yo.

Dev asiente.

—¿Cómo puedo ser yo?

—Ven conmigo, Kitty. —Dev le tiende la mano.

Cuando Kitty sale al frío de la noche, se bambolea un poco; cuando es capaz de estabilizarse, mira al cielo. Está completamente negro y por la forma en la que se queda parada, mirando hacia arriba, me da la impresión de que lo sabe.

Que sabe que ha muerto.

Me giro para mirar la tienda. La parte delantera está bajada, pero Dev ha dejado la cremallera abierta, por lo que la brisa la entreabre de vez en cuando, y no puedo evitar pensar en el cuerpo

de Kitty, en cuánto tardarán en encontrarlo.

Cuando vuelvo a mirarla a ella, me está sonriendo. Es una sonrisa boba, atontada; tiene los ojos fijos en mí, pero al mismo tiempo no me mira, como si acabara de despertarse de una siesta.

—¿Quién es esta? —pregunta.

—Se llama Ash —le contesta Dev—. También ha venido a ayudarte.

—Hola, Ash —dice Kitty, que vuelve a bambolearse, no tanto como para que haga falta que la sostenga, pero sí lo suficiente como para que me pregunte si yo estaba en ese mismo estado cuando morí.

No lo creo. Lo recuerdo muy bien. El restallar de los fuegos artificiales, el batir de alas de las gaviotas al escapar, las ruedas del coche dando vueltas y más vueltas, el crujir de los cristales rotos bajo mis pies, el *Auld Lang Syne*. Recuerdo todos los detalles, pero después, nada. No recuerdo ir desde la tienda hasta la librería, solo estar allí, en el sofá, y que todo me daba vueltas.

—No vamos muy lejos —dice Dev, señalando la playa con la barbilla.

—¿Adónde vamos? —pregunta Kitty, que aun así nos sigue desde el New Steine hacia el otro lado de la calle.

El mar está casi tan negro como el cielo y extrañamente calmo para ser enero. Mientras lo contemplo, recuerdo lo que me dijo Dev: que no tenemos que aferrarnos a lo que no queremos conservar. Entonces lo suelto —mi miedo al mar—, con la esperanza de que deje sitio a algo nuevo.

Algo que me atemorice pero en el buen sentido de la palabra.

—No podía dormir —nos cuenta Kitty mientras caminamos—. Tenía mucho frío.

La forma en la que lo dice me hace apartar la vista para mirar la playa. Sé que son casi las cuatro de la madrugada, pero jamás la había visto así de vacía. Aparte de las gaviotas, somos las únicas personas que estamos aquí. Las piedras crujen bajo nuestros pies mientras observo el muelle, cómo se adentra en el mar, la única nota de color en kilómetros a la redonda. Aún no ha abierto, el largo brazo del Booster está quieto, como un reloj detenido a las tres menos veinte, pero dentro de unas horas revivirá en un estruendo de sonidos. El subir y bajar de la noria. El rodar y caer de monedas en las máquinas tragaperras. El siseo y borboteo de las freidoras mientras la gente aguarda impaciente sus cucuruchos de papel llenos de churros o de donuts.

Por ahora, no obstante, todo es quietud.

Incluso el mar.

Entonces oigo que Kitty pregunta:

—¿Ese quién es?

Me giro para ver la sombra de un hombre en la orilla, justo delante de nosotras. Es alto y delgado y va vestido de negro, parece un borrón contra el cielo. Hace un instante no estaba aquí. Estoy a punto de preguntarle a Dev quién es cuando veo la barca de madera que hay junto a él, meciéndose al ritmo de las olas.

Dev se detiene y yo la imito. Me alegra mantener cierta distancia con ese ente desconocido.

Kitty sigue nuestro ejemplo. Está en medio de las dos y parece confusa por primera vez.

—¿Vosotras no venís?

Dev niega con la cabeza.

—Ese es Caronte. Te llevará a donde tienes que ir.

—¿Adónde voy?

—¿Adónde quieres ir, Kitty?

Se queda pensando un instante y luego responde:

—A casa.

—Pues entonces ahí es a donde irás.

Entonces se dirige a mí.

—¿Puedes decirle una cosa a mi madre, Ash? Dile que lo siento —dice con el ceño muy fruncido; sus ojos se humedecen—. Quería volver a casa antes, pero no pude.

No sé qué decir, así que simplemente asiento mientras la veo acercarse a Caronte. Durante un instante creo que no va a mirar atrás, pero entonces se detiene y se gira para mirarnos con una sonrisa en la cara.

—Ya no tengo frío.

NUEVE



Me paso el día entero con Dev, viéndola realizar sus encargos, manteniendo las distancias, como un médico residente que aprende cómo poner una vía. Lo primero que asimilo es que no mueren muchos adolescentes en Brighton. No es que sea malo, no me malinterpretes, solo implica que entre Dev, Esen y yo solo tendremos que hacer uno —o tal vez dos— encargos cada varios días. Dev dice que cuando más trabajo hay es en Navidades y en verano —en la época de exámenes y de notas— así que, por ahora, no hay mucho movimiento.

No me quejo, pero sí que nos quedan muchas horas aburridas por llenar. Las tres nos pasamos los días ganduleando en la librería, repantingadas en el sofá, peleándonos entre nosotras como gatos malhumorados.

Mi segundo encargo —después de Kitty Lawrence— es Jennifer Craig, de Preston Park, que se suicida sin dejar ninguna nota, lo que me molesta más de lo que debería. A continuación viene Tom Thompson, al que atacaron de vuelta de un bolo en el Haunt pero que se niega a decirnos por qué. Luego, esta tarde, tuvimos a Charlie Graham, que falleció en la biblioteca Jubilee, nada menos. Tardamos un montón en dar con él porque estaba sentado a una mesa en el segundo piso, encorvado sobre los libros, por lo que pensamos que estaba echándose una siesta. Bueno, su cuerpo estaba así, Charlie estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, por eso no lo vimos.

Según parece, se dio un golpe en la cabeza jugando al rugby el día anterior y no sabía que era grave hasta que su cerebro cortocircuitó en plena redacción de un trabajo sobre el *Domesday Book*.

Cuando Dev y yo vamos de regreso a la librería tras haberle entregado a Charlie a Caronte, no puedo evitar preguntarme qué habría hecho si hubiese sabido que hoy iba a ser su último día en la Tierra.

Dev debe de estar pensando en lo mismo, porque me pregunta:

—¿Dónde habrías estado tú si hubieses sabido que morirías en Nochevieja?

—¿En vez de en la tienda? —Asiente—. No lo sé. —Es verdad. No lo había pensado—. Lo que es seguro es que no habría pasado mis últimas horas en la biblioteca redactando un trabajo sobre el *Domesday Book*.

Se ríe y la nariz se le arruga.

—Menuda manera de palmarla.

Me alegra que no insista, porque ahora que ha sacado el tema, sí que sé dónde me gustaría haber estado...

Bajo el puente de la estación, besando a Poppy hasta mi último aliento.



Varios días después de lo de Charlie Graham, Dev y yo vamos al centro porque no puedo llevar los mismos vaqueros y la misma sudadera para siempre jamás.

—¿No te parece raro? —le digo a Dev mientras miramos pantalones en Primark—. ¿Cuánto ha pasado, casi dos semanas? Y aún no he visto a nadie conocido. Como ahora, por ejemplo. Las cinco de la tarde de un sábado. Lo lógico sería que viese a alguien por el centro. Aunque fuese un compañero de colegio o un vecino.

—Ajá —murmura, distraída contemplando un vestido rosa de lentejuelas que hay al otro lado de la tienda.

—¿Y tú? —le pregunto, persiguiéndola mientras camina hacia él.

—¿Yo qué?

—Si has visto a alguien de tu pasado.

—Vi a mi profesor de Historia. —Coge el vestido y se dirige hacia el espejo—. Estaba saliendo de la estación.

La sigo y me quedo detrás de ella mientras se pone el vestido delante del cuerpo e inclina la cabeza al ver su reflejo.

—¿Él te vio a ti?

Niega con la cabeza.

—¿Qué habría pasado si te hubiese visto?

Se ríe.

—¿A ti qué te parece?

—De verdad que no lo sé. Lo único que me dijiste cuando fui a mi casa en Nochevieja es que era peligroso.

En realidad, eso no es cierto. Esen me contó lo que le sucedió al amigo de su primo cuando la vio en el puerto.

Solo quiero saber si fue una coincidencia. No es que tenga intención de ver a nadie. O tal vez sí.

A lo mejor me ronda por la cabeza la idea de que, si paso bastante tiempo cerca de Roedean, acabaré por ver a Poppy.

Solo una vez.

Un segundo nada más.

—Es peligroso porque la gente solo nos ve como éramos antes cuando les llega la hora. —Dev espera a que la mire a los ojos a través del espejo, luego continúa—: Si mi profesor de Historia me hubiese reconocido en la estación, habría sabido que algo no iba bien.

—¿En qué sentido? —pregunto, casi corriendo tras ella mientras se dirige a dejar el vestido en su sitio.

Ojalá se quedase quieta de una vez.

—Pues —se gira para mirarme con un ceño curioso, sin duda intentando dilucidar si estoy de broma— en el sentido de que sería malo que me reconociese, ¿no te parece?

Me lleva un rato comprender a lo que se refiere y, cuando lo pillo, niego con la cabeza y me maldigo por haber sido tan lenta.

—Porque si te reconociese, significaría que había llegado su hora.

Alza el dedo índice y me lanza una mirada de «Ahí le has dado».

—Pero ¿por qué es malo eso? —Me encojo de hombros—. Si iba a morir de todas formas.

—Porque —dice Dev, alargando la palabra hasta que dura como un minuto mientras coge otro vestido y lo contempla antes de poner mala cara y devolverlo al perchero— desbarata el orden natural. —Se gira para mirarme—. ¿Y si me hubiese reconocido y le hubiese dado un patatús al ver a su antigua alumna, que lleva muerta once años?

—A lo mejor así es como tenía que morir, ¿no?

—Podría ser, pero ¿y si tenía que morir atropellado por un autobús un par de horas después, pero me vio y falleció de un ataque al corazón? —Alza el hombro izquierdo y lo vuelve a bajar—. Verme habría alterado el orden de los acontecimientos.

—Como el efecto mariposa —digo, al acordarme de lo que nos contó el señor Moreno cuando nos explicó el cambio climático después de la excursión a la central eólica.

Según parece, algunos científicos consideran que la muerte de una sola mariposa puede alterar el curso de la historia para siempre.

—Exacto. Hay un orden preestablecido. —Dev señala la hilera de vestidos que hay delante de nosotras—. Si intervenimos —mete la mano entre dos para aumentar el espacio entre las perchas—, incluso involuntariamente, y alguien muere antes de tiempo, o de una forma distinta a la que estaba prevista, no solo desbarata la vida de esa persona, sino la de todas. Tomemos como ejemplo a mi profesor de Historia. —Saca otro vestido rosa de lentejuelas que acaba de admirar y me lo coloca delante—. Si hubiese muerto de un ataque al corazón cuando me vio, no lo habría atropellado un autobús dos horas más tarde, como debería haber sucedido, y quizá —coloca el vestido de lentejuelas en el perchero, entre dos negros— ese autobús habría atropellado a otra persona. Una que no debería haber muerto en ese momento.

Contemplo a Dev mientras comienzo a comprender la fatalidad de los hechos, como si hubiese metido una moneda de dos peniques en uno de los juegos del muelle y estuviese escuchándola rodar y aguardando a que aterrizase.

—¿Por eso es tan peligroso? ¿Por si alguien muere cuando no debería?

—No lo sé. —Se detiene, vuelve a encogerse de hombros y luego coge un bolso de piel falsa verde lima del estante que hay sobre los vestidos—. No estoy segura. Nadie lo sabe con certeza. Solo Deborah. Sin embargo, no me cabe duda de que tiene que haber una razón importante para que no nos mande a los lugares donde residíamos cuando estábamos vivas. Seguro que lo hace aposta para evitar que nos encontremos con nuestros conocidos.

Por eso todos nuestros encargos han sido al otro lado de la ciudad: en Seven Dials, en Preston Park, en el Level. Por eso, a pesar de mis esfuerzos, no he sido capaz de arreglármelas para pasar cerca de mi casa ni de mi instituto a la vuelta de un encargo para ver a mi familia o a Adara. Solo quiero verlos de nuevo —solo una vez más— para asegurarme de que están bien. Tal vez en el futuro, cuando Deborah se fíe lo bastante de mí para enviarme a un encargo sola, podré acercarme por allí. Hasta entonces, tengo que apechugar con Dev, que tiene órdenes estrictas de que no nos acerquemos a Whitehawk bajo ninguna circunstancia.

—¿Y si nos topamos sin querer con algún conocido?

A Dev eso no parece preocuparle lo más mínimo.

—Mientras que no nos reconozcan, da igual.

Supongo.

—Además, después de un tiempo, dejas de fijarte —añade, y vuelve a poner el bolso sobre la balda.



—Parece que va a volver a nevar —dice Dev, con la vista clavada en el cielo mientras regresamos a la librería.

Yo no estoy pensando en eso en absoluto, sino en lo que me acaba de decir y en lo mucho que me aterra. Mucho más que morirme. Mucho más que ser una parca. Mucho más que no poder ver a mi familia ni a Poppy nunca más. Pensar que llegará el día en que deje de buscarlos. O de comprobar si la persona que acaba de pasar a mi lado con una mochila de Studio Ghibli es Rosh, incluso de sentir el ansia de correr cuando vea a una chica pelirroja a unos metros de distancia.

Si todo esto —los encargos, las horas muertas en la librería con Esen y Dev— ya se ha normalizado sin que me dé cuenta... ¿Y si no me percaté de que sucede eso otro? ¿Y si un día me doy cuenta de que la persona que fui es solo un recuerdo, como la foto mía con el sari amarillo que cuelga sobre el sofá de mi casa?

Un insecto atrapado en ámbar.

DIEZ



De regreso a la librería, veo que alguien sale del Boots y si el corazón no se me hubiese parado en Nochevieja, se me detendría en ese mismo instante. Es Adara. Está con Mark, se ríen y se dan empujoncitos cariñosos. Ella lleva una bolsa de papel en las manos y echa un vistazo a su interior. Cuando ella le dice que se calle, me pregunto si le estará tomando el pelo por haberse comprado otra sombra de ojos de color rosa dorado, exactamente igual que las otras cuatro que ya tiene.

—¿Quién es? —oigo que me pregunta Dev, pero no la estoy mirando a ella, sino solo a Adara.

Lleva un hiyab rosa pálido a juego con su abrigo; se ha pintado la raya del ojo, como siempre, y cuando se gira para mirarme, me fijo en que lleva el lápiz de labios que se compró el día en el que conocí a Poppy en la central eólica. Le sonrío, pero ella ni me ve cuando pasa a mi lado con Mark. Adara, que ha sido mi amiga desde que el primer día de colegio alabó mi tartera de Elmo y dijo que conjuntaba con la suya del Monstruo de las Galletas. Adara, que fue la primera persona a quien le dije que me había bajado la regla por primera vez y que fue la primera en decirme que no era solo que Rachel Boyd me pareciera guapa, sino que estaba colgada por ella. Adara, que siempre ha estado ahí, siempre, y ya no. Bueno, en realidad ella sigue ahí, ¿no? La que no estoy soy yo. Me quedo parada en la acera delante del Boots contemplándolos a ella y a Mark hasta que los pierdo de vista. De pronto me siento muy muy sola, pero Dev está a mi lado, y cuando le cuento quién es Adara —quién era, al menos para mí—, insiste en que nos sentemos en el banco y esperemos a que empiece a nevar.

Cuando llegamos a la librería ya son casi las ocho y media, pero si Deborah se había preguntado dónde nos habíamos metido, no lo verbaliza; simplemente nos da la bienvenida con un gesto de la cabeza. Esen está tumbada en el sofá, con los ojos cerrados y los brazos cruzados. No sé si oye la campanita de la puerta, pero no mueve ni un músculo, y me entra la tentación de chasquearle los dedos delante de la cara.

—¿Qué tal os ha ido? —pregunta Deborah desde detrás del mostrador, sin levantar la vista de lo que sea que esté escribiendo.

Se ha cambiado de ropa, ahora lleva una blusa de lino negro, y se ha cubierto el cabello con un pañuelo de estampado de leopardo, retorcido de forma intrincada y anudado en lo alto de la

cabeza.

No sabía que el estampado de leopardo fuese aceptable en nuestra vestimenta, pero, ahora que lo pienso, nunca he visto a Deborah salir a la calle.

—Bien —contesta Dev, y asiente con la cabeza—. Hemos ido de compras.

Eso sí que hace que Deborah alce la vista.

—¿No habrás comprado más maquillaje? El dinero que te di era exclusivamente para ropa, señorita Devlin.

—Nada de maquillaje. —Dev sonríe un poco—. Solo hemos comprado un conjunto para Ash, para que no tenga que llevar esos vaqueros y esa sudadera día tras día.

—Muy bien —murmura Deborah, que vuelve a bajar la vista hacia la libreta que tiene delante—. Lavad las prendas antes de estrenarlas.

Casi suelto una carcajada porque eso es exactamente lo que habría dicho mi madre. Jamás lo comprendí, pero estaba obsesionada con que lavásemos la ropa antes de ponérsela por primera vez, incluso si era nueva.

Obedecemos y nos dirigimos al piso de arriba, a la cocina. Me doy cuenta de que nunca antes había entrado aquí mientras Dev saca de las bolsas toda la ropa que hemos comprado. La cocina es un poco más grande que la de mi casa y está igual de limpia, pero es una pulcritud rigurosa, como hospitalaria, que, al igual que lo que sucedía con el dormitorio, hace que me pregunte si alguien usa esta estancia en realidad.

Estamos quitando las etiquetas y metiendo las prendas en la lavadora cuando oímos la voz de Deborah de nuevo.

—¿Dev? —llama a través de las escaleras.

Esta asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Qué?

—¿Puedes venir un momento, por favor?

Entro en pánico al pensar en qué habremos hecho mal, pero Dev no parece preocupada, simplemente cierra la puerta de la lavadora con la rodilla y la pone en marcha. Dejo que vaya ella primero y la sigo escaleras abajo. Cuando entramos en la librería, Esen está recostada contra el mostrador, con pinta de aburrida, como siempre.

—Aquí estáis —dice Deborah, mirándonos por encima de las gafas mientras nos acercamos al mostrador y nos ponemos al lado de Esen.

—¿Qué pasa? —pregunta Dev con una sonrisa entusiasmada.

—Necesito que vayáis al muelle. —Arranca un pósit del taco y se lo entrega—. Un ahogamiento.

—¿Otro? —Esen parece fastidiada—. ¿Qué está pasando hoy? Hemos recibido ya unos tres encargos.

Deborah niega con la cabeza.

—Habrà algo en el agua.

—Y tanto. —Dev se ríe y toma el pósito, luego se gira hacia mí—. No sabes nadar, ¿verdad, Ash?

¿Cómo lo ha adivinado?

—Además, hemos recibido tres a la vez.

Arranca otro pósito del taco.

Esen me mira a mí y luego a Deborah.

—No está preparada.

—Ya han pasado casi dos semanas. Tú estabas segando a las doce horas de llegar —le recuerda Deborah.

—Sí, pero olvidas que yo ya estaba muerta por dentro. Fallecer solo le dio un tinte oficial.

Deborah se ríe y mira a Dev, que está a mi lado, en el centro de la tienda, con los labios entreabiertos.

—Dev, me has dicho que a Ash le estaba yendo bien, ¿no? Que no habíais tenido ningún problema.

Dev me mira, pero cuando levanto las pestañas para encontrarme con sus pupilas, aparta la mirada.

Asiente al comentario de Deborah, y Esen la observa con los ojos como platos, como si acabase de recibir una bofetada. Cuando se recupera, se gira para mirar a Deborah y planta las manos sobre el mostrador.

—No está preparada —repite, con un tono de voz más grave. Más firme.

—Tenemos tres encargos al mismo tiempo en tres partes distintas de la ciudad, así que le ha llegado el momento —le dice Deborah, y le da su pósito. Me alarga otro a mí—. Venga, que no tengo todo el día.

Me acerco al mostrador, consciente de que Dev y Esen me están mirando, y Deborah me entrega la nota con el encargo.

—¿Saltdean? Eso no está en nuestra jurisdicción —dice Esen, que lo lee antes que yo.

Deborah mira su libreta.

—Katrina está ocupada y nos ha pedido que le echemos una mano.

—Que lo haga otra persona. Danica, por ejemplo. Seguro que acepta.

—Ash está preparada. —Deborah me mira con una sonrisa firme—. ¿Verdad que sí, Ash?

No respondo, me quedo mirando el pósito de color verde fosforito que tengo en la mano.

Alice Anderson

Caída

Longride Avenue, Saltdean

21.12

ONCE



Alice Anderson está exactamente donde Deborah dijo que estaría: en el acantilado de Saltdean, contemplando el mar. Me habría sido imposible no verla con ese abrigo rosa chillón que lleva. Es el tipo de prenda por el que haría cola en una tienda pero me rajaría a la hora de comprarla. Me la probaría, me sacaría un selfi y luego la dejaría para comprarme algo menos llamativo. Algo negro que me pudiese poner para ir a clase sin que me llamasen la atención.

Ese es uno de los aspectos más complicados de este trabajo: lo descorazonadoramente normales que son. Alice podría ser una chica de mi curso, podría estar justo detrás de mí en la cola de los probadores en Primark. Podría haber pasado a su lado por la calle y jamás me habría fijado en ella. Hasta hoy.

Es complicado asegurarlo en la oscuridad, pero desde aquí parece de mi edad —dieciséis, tal vez diecisiete—; el viento agita sus rizos rubios y deja al descubierto su cara, de modo que puedo captar su perfil. No veo el color de sus ojos, pero puedo distinguir el contorno de su mandíbula y su nariz chata, el pintalabios del mismo tono que su abrigo.

Deduzco por su vestido hasta la rodilla y sus tacones que ha salido de fiesta. Hace demasiado frío para llevar las piernas al aire, pero quizá pensase que no pasaría nada porque tomaría un taxi para volver a casa, pero luego perdió el bolso y tuvo que regresar a pie. O quizá haya discutido con su novio y le haya pedido que pare el coche allí, que ya se buscará la vida para llegar a casa.

No sé por qué me invento historias sobre ellos. Se me pasará, imagino. Quizá en un par de meses, cuando haya hecho esto tantas veces que ya ni siquiera recuerde sus nombres.

Hasta entonces, no puedo evitar preguntarme por qué están allí.

¿Por qué ellos?

El mar está bravo, las olas son un hervidero arrollador que te atraparía y te arrastraría si te acercases demasiado. Yo jamás lo hago. Siempre me han dado mucho miedo las aguas abiertas, y las noches como esta me reafirman en mi convicción. Las olas suenan tan fuerte que Alice no me oye acercarme, pero yo mantengo las distancias porque veo que está temblando.

Hay algo en ese momento, cuando estás atrapado en el punto intermedio entre estar presente y ausente, cuando sientes todo a la vez: miedo, alegría, esperanza. No es como una ola, sino más bien como una inundación, y notas que te ahogas, como si alguien te hundiese la cabeza bajo el agua, y si tan solo pudieses emerger a la superficie estarías bien.

Eso es lo más cruel. Hay un microsegundo en el que estás segura de que te has librado y el alivio hasta te marea. Se parece al momento justo después de besar a alguien por primera vez, cuando te sientes desatado, como si pudieras echar a volar y tocar el cielo. Entonces es cuando hago mi aparición, para asegurarme de que no suceda.

Le concedo a Alice un minuto para calmarse, la veo cerrar los ojos y tomar aliento. Le tiembla todo el cuerpo y me planteo si ese es el momento en el que se percató de que no hay nada más.

Al fin, Alice se da la vuelta, con sus rizos rubios ondeando al viento y, cuando me ve, da un paso atrás.

Espero un instante, luego otro.

—¿Alice Anderson?

Frunce el ceño y esboza una mueca de extrañeza.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy Ash.

Se queda mirándome, y yo asiento con la cabeza. Tarda un rato, pero cuando se da cuenta de que le estoy señalando el acantilado, se gira y lo mira, y entonces suelta un alarido que espanta a todas las gaviotas, que se dispersan por doquier. Recula a trompicones y se tapa la boca con ambas manos. Cuando se gira para mirarme de nuevo, tengo que reprimir la necesidad de darme la vuelta y echar a correr, porque ¿y si quiere que le diga algo?

Esto será lo que quiere que le diga: que todo va a salir bien.

Esto es lo que no puedo decirle: que todo va a salir bien.

En cambio, se queda callada, y me alegra que no me pregunte ni cómo ni por qué ni ninguna de esas cuestiones imposibles de contestar. Quizá quiera saber cuándo. Eso sí se lo puedo decir. Una cosa que he aprendido en el desempeño de este oficio es que es justo en ese momento, cuando todos los años que creías tener por delante se disuelven en unos segundos, cuando el porqué no importa. Lo que importa es a quién dejas atrás, y eso lo entiendo mejor que nadie, te lo aseguro.

Como ya he dicho, hay algo en ese momento. Todo —todas las cosas que hiciste y las que dejaste de hacer, todo lo que dijiste y lo que no llegaste a decir— se desvanece y ves el mundo con una claridad absoluta y deslumbrante. La gente se pasa la vida aguardando ese momento. Escalan montañas y atraviesan mares a nado y leen libros con la esperanza de encontrarlo. Unos pocos con suerte dan con él, pero la mayoría —como yo y como Alice Anderson y como todos los que nos precedieron y los que nos seguirán— no lo logramos hasta que es demasiado tarde y, Dios, qué cruel es eso, ¿no? Darte cuenta, justo cuando te has quedado sin tiempo, de lo que tendrías que haber hecho con él.

Cuando Alice alza la barbilla para mirarme a los ojos por primera vez desde que se ha percatado de mi presencia, espero y me pregunto si eso es lo que le está pasando. Lo sabe, y todo saldrá de sopetón. Todas las cosas que debería haber hecho. Las mentiras que contó y los secretos que guardó. No se los puede llevar consigo, así que me los dejará a mí. Todos los deseos

que pidió al soplar las velas en cada cumpleaños. Aquí estoy y esta es su última oportunidad de decir «Lo siento» o «Te quiero» o «Perdóname».

Todas las veces que debería haber saltado y no lo hizo. Todos los besos que debería haber dado y se guardó. Todo el tiempo que desperdició por ser demasiado cauta o educada o miedosa cuando, a fin de cuentas, nada es tan aterrador como ver toda tu vida reducirse a un solo instante que está a punto de finalizar, estés lista o no.

Quizá entonces la vea exudar el arrepentimiento a través de la ropa, y jamás habrá parecido más viva. Se reirá, llorará y gritará, exprimirá cada emoción hasta que ya no quede nada y será como ver el último fogonazo de una bombilla antes de fundirse.

En cambio, Alice no hace nada de eso. No me revela sus secretos, no me habla de su perro, *Chester*, que duerme a los pies de su cama cada noche. Ni de la barra de labios que robó en Boots el año pasado, la roja, que no fue capaz de limpiarse ni frotando tan fuerte que los labios se le quedaron resentidos durante varios días.

Debería parecerme estupendo, porque eso implica que no le tengo que explicar nada, que nos podemos ir ya. Pero me apetece explicárselo. Quiero que Alice me pregunte quién soy. Si lo hiciera, le contaría que soy Ashana Persaud y que tengo dieciséis años. Le comentaría que mi canción favorita es *Rock Steady* porque es la que mis padres siempre bailan en las bodas y que mi película preferida es *Amor contra viento y marea*, aunque siempre digo que es *El resplandor* porque así no tengo que dar explicaciones. Le mostraría la cicatriz que tengo en la barbilla de cuando me caí de un tobogán a los seis años y le hablaría del tatuaje que me planeaba hacer a los dieciocho. Le confesaría que me dan miedo las aguas abiertas y los payasos y que me vomiten encima, y que desde donde estamos se puede ver el lugar donde di mi último beso, hace un par de semanas, en la playa. Y, sobre todo, le diría que no es justo.

No es justo que ella pueda marcharse cuando yo tengo que quedarme y hacer todo esto.

No obstante, ella no me pregunta, así que nos quedamos en silencio, justo al borde del precipicio, con la luna observándonos desde lo alto y el mar llamándonos hasta que al fin Alice habla:

—Qué bonita estaba la luna. Solo quería sacarle una foto. No me di cuenta de lo cerca que estaba del borde y entonces... —hace una pausa para mirar al cielo— dejé de verla.

Cuando la miro veo que se le ha corrido el maquillaje, que una lágrima de color rímel le cae por la mejilla y me doy cuenta de que sus ojos son marrones, como los míos, pero la luz que antes los iluminaba ha desaparecido, y me pregunto cómo habrían sido antes. Antes de que yo llegase. Y me pregunto quién la estará esperando en casa. Si sus padres estarán despiertos, fingiendo interés en la televisión para que no parezca que la estaban esperando. Su madre envuelta en un camisón grueso, con el móvil en la mano, mientras su padre tiene el oído alerta para detectar el chirrido del portillo del jardín seguido por los pasos cautelosos de Alice mientras atraviesa el sendero de gravilla con los tacones.

Pero no va a volver a casa, ¿verdad? Ese pensamiento me hace querer darme la vuelta y

lanzarme al mar, que me arrastre a las profundidades, que me lleve a donde debo estar. Pero no puedo. No debo dejarla. Así que me acerco a ella y miro por el borde del precipicio. Está oscuro, pero la veo —a Alice Anderson— en el sendero, con las extremidades en escorzo sobre el hormigón y un halo de sangre fresca bajo su cabeza.

Nos quedamos ahí un rato, yo con las manos en los bolsillos de mi cazadora y ella con las suyas en su abrigo rosa. En un momento dado, inclina su mejilla hacia mí.

—¿Eres un ángel? —Intento aguantarme la risa—. Si no eres un ángel, ¿qué eres?

Me mira de arriba abajo y yo se lo permito. Dejo que se embeba del color negro de mi piel, de mis botas Dr. Martens y de mis vaqueros, de mi sudadera con capucha y de mi chupa de cuero. Entrecierra los ojos cuando ve mi colgante de plata en forma de guadaña.

Entonces, su pálida piel se vuelve casi transparente sobre el cielo nocturno, se difuminan sus contornos, como si ya estuviese desapareciendo. Una nube de polillas se posa en sus rizos. Ella me observa mirar por el precipicio y me imita. Entonces ve la sombra nítida de Caronte en la playa, la luz de luna ilumina su barca de madera, que se bambolea suavemente en el mar, repentinamente en calma. Alice se gira para mirarme con un ceño curioso.

—¿Viene a por mí?

Asiento.

—¿Adónde voy?

Le tiendo la mano.

—Ya lo verás.

DOCE



Cuando llamo a Dev para decirle que todo ha salido bien, insiste en que nos veamos en Ovingdean Beach, Esen también estará allí. Cuando llego, sigue nevando; nos sentamos las tres en el muro a ver los copos caer sobre los guijarros en un silencio poco común en nosotras. No discutimos. No intercambiamos anécdotas sobre los encargos que acabamos de llevar a cabo. Nos quedamos ahí sentadas a la espera de que Deborah nos despache a otro lugar.

No obstante, no tenemos noticias suyas, así que sigo el consejo de Dev y hago un esfuerzo por recordar este momento, pues me aterra pensar que, si no lo hago, mi vida se reducirá al tamaño de la cabeza de un alfiler, donde no quepa nada más que ser una taxista de no muertos; todo lo demás serán tediosas horas vacías perdidas en la cárcel que es la librería, mirando por la ventana, viendo el mundo pasar.

Dev tiene razón, es más fácil desprenderse del plano físico —de no tener frío, hambre ni sueño—, pero a pesar de que ya no noto los latidos de mi corazón, siento un peso sobre él cada vez que recuerdo a mis padres bailando *Rock Steady* en una boda o la primera vez que oí la risa de Poppy, ese sonido novedoso que quería volver a escuchar una y otra vez.

Lo recuerdo todo y prometo no olvidarlo nunca.

Entretanto, aquí va esto:

El pelo de Dev es del mismo color que la nieve bajo nuestros pies.

No me ha dejado sola desde que me desperté en el sofá de la librería y sé que jamás lo hará.

El cabello de Esen es tan negro como el firmamento que nos cubre.

Sería sencillo describirla como una sombra que absorbe la luz, pero a su lado me siento al abrigo de un gran roble en un caluroso día de verano. Oscuro y recio, pero que, de vez en cuando, deja entrever un rayo de luz.

Y ya solo quedo yo, sentada entre las dos, contemplando el ancho y salvaje mar.

No, para nada imaginé que mi vida terminaría así, pero, si así es como vuelve a empezar, al menos las tengo a ellas.



De vuelta a la librería, oigo algo al pasar el Dome y me detengo.

Es ella.

Es su risa.

La risa falsa que finge cuando habla con su padre por teléfono.

Juro que me noto el corazón por primera vez desde hace semanas, o al menos un eco de lo que era, como una canción que suena en otra estancia. Me digo que son imaginaciones mías, que no puede ser, que he evocado ese sonido porque estoy rodeada de gente y ella es la única persona a la que me gustaría ver. Pero cuando veo un destello rojo delante de mí, no me da tiempo a refrenarme y echo a correr.

Oigo que Esen y Dev gritan mi nombre, pero no miro atrás. Me adentro en la marabunta de gente que sale del Dome. El espectáculo, fuera cual fuese, debe de haber terminado, porque hay gente por todas partes, yendo en todas direcciones, hacia el Old Steine y hacia la estación. Hablan sin parar, se detienen para ponerse los abrigos y los guantes mientras intento abrirme paso entre ellos. Un tío me da en la cara con la bufanda, pero está tan concentrado en guiar a su colega hacia el pub de la acera de enfrente que no se da cuenta.

—Disculpa —le digo, pero no me oye, solo piensa en tomarse una copa antes de que cierren.

Estoy tardando demasiado.

Se va a ir.

Se va a ir.

No pienso, salgo a la carretera. Viene un taxi, así que vuelvo a la acera y espero a que pase antes de salir corriendo.

Cuando llego a la esquina, la veo, delante del Mash Tun, la luz que emerge a través de la puerta abierta la envuelve como un foco y, ay, Dios, es ella. Está ahí. De verdad. Quiero acercarme, agarrarla de la cazadora y abrazarla, apretar la cara contra su cuello y absorberla.

Poppy.

Su nombre se escapa de mi boca antes de que pueda detenerlo, como un perro que se desprende de la correa y sale corriendo hacia ella. De pronto gira la cabeza hacia mí y ahí está, el momento que llevaba tanto tiempo esperando. Sé que no tengo el mismo aspecto, pero me reconocerá, porque es ella, y soy yo, y me reconocerá. Así que espero. Aguardo el escalofrío que le provocará descubrir quién soy, aguardo que estalle en llanto y que corra a mi encuentro, que me abrace tan fuerte que me levante en vilo, pero simplemente me sonrío y me saluda con una inclinación de la cabeza.

Cuando se da la vuelta para marcharse, siento un golpe, como si me hubiese chocado con la esquina de una mesa, seguido de un tambaleo. Como si un jarrón de vidrio estuviese en precario equilibrio sobre mis costillas y ahora se fuera cayendo.

Es curioso, porque siempre pensé que ella era quien había quedado atrás, pero se ve que soy yo, ¿no? Ella puede pasar página, reírse y salir con sus amigas. Seguir adelante, sin inmutarse ni darse cuenta de que sigo aquí.

Entonces se marcha y la veo irse, con las caderas bamboleantes y el cabello incandescente, y siento que muero otra vez.

TRECE



Cuando alzo la mirada, veo a Esen y me quedo lívida, porque ella no es como Dev. No va a abrazarme y decirme que todo va a salir bien. Cómo no, me mira con cautela, con las manos en los bolsillos de su abrigo de lana. Tiene el pelo rebelde, el viento alza sus rizos y le deja la cara despejada, de modo que puedo ver el nítido contorno de su barbilla.

Me preparo, pues no me cabe duda de que me va a poner a parir, pero entonces me mira y me doy cuenta de que es la misma mirada que le dediqué a mi hermana cuando se perdió en Churchill Square. Una mirada entre el alivio y el «NI SE TE OCURRA VOLVER A HACER ESO» y algo más; una cosa que experimenté cuando estaba buscando a Rosh en Churchill Square y la vi al doblar una esquina, junto al puesto de galletas, y descubrí que sería capaz de ir al fin del mundo para encontrarla.

La necesidad de abrazar a Esen es tan intensa que me sorprende, pero la reprimo al ver que saca el móvil del bolsillo del abrigo y hace una llamada.

—Ya la he encontrado —dice, y luego cuelga.

—¿Era Deborah?

Esen niega con la cabeza y vuelve a guardarse el móvil en el bolsillo.

—Era Dev. Ha ido a la librería a distraer a Deborah mientras yo te seguía. —La piel de su oscuro entrecejo se arruga, la luz que sale por la puerta del Mash Tun ilumina sus ojos—. ¿A qué ha venido eso? ¿Por qué has salido corriendo?

No sé qué decir, así que me disculpo.

—No te disculpes. Es culpa mía. —Niega con la cabeza—. Ya le dije a Deborah que no estabas lista.

Tardo un minuto en darme cuenta de lo que quiere decir.

—¿Alice Anderson? No, eso ha ido bien. No me ha dado ningún problema. —Esen no parece convencida y yo alzo las manos—. En serio, se la he llevado a Caronte y ya.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

Me planteo no contárselo, pero noto que me inclino. ¿Hacia qué? No tengo ni idea, pero necesito que me sujete para no caer.

—Acabo de ver a mi novia salir del Dome. Por eso he echado a correr, para alcanzarla.

—¿Qué? —salta, y levanta la mano para apartarse el pelo de la cara, atusado por el viento.

—No me ha reconocido.

Esen se relaja, pero sigue arqueando una ceja.

—Pareces decepcionada.

—No. —No soy capaz de mirarla—. Es solo que creí que me reconocería.

—¿Creías o esperabas?

Se hace el silencio y las gaviotas lo rompen. ¿Primero Adara y ahora Poppy? Sé que es bueno que no me reconozcan, pero sigue siendo muy duro.

—No me parece real —digo, más para mí misma que para ella—. Es como si en cualquier momento me fuese a despertar y a volver a ser yo, ¿sabes? Como si no hubiese pasado nada. Como si todo esto no fuese más que una pesadilla o algo así.

Poso la mirada sobre el colgante en forma de guadaña de Esen y no puedo evitar tocar el mío. Aprieto el amuleto de plata entre los dedos y pienso en los padres de Alice Anderson, que la estarán esperando en casa.

—¿Siempre será tan difícil?

No me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que oigo responder a Esen:

—No creo que deba ser fácil.

CATORCE



Ha dejado de nevar y la fina capa que había cuajado se está derritiendo mientras Esen y yo regresamos a la librería. Estoy tan centrada en lo que acaba de suceder con Poppy que tardo en fijarme en que giramos hacia una calle que no reconozco. Pregunto adónde vamos, pero no me contesta. En cambio, saca el teléfono del bolsillo y mira la pantalla con el ceño fruncido para luego volver a guardarlo.

—¿Adónde vamos? —pregunto de nuevo.

No es que me importe desviarnos, me alegra retrasar la bronca que Deborah me tiene reservada en cuanto entre por la puerta, no me cabe duda.

Esen indica la calle con un gesto de la cabeza.

—Tengo que enseñarte una cosa. Algo que te ayudará.

—¿A qué me ayudará?

—A que esto te parezca más real. Es justo ahí delante.

Sin embargo, no parece haber nada ahí delante salvo una hilera de casas a nuestra izquierda y un alto muro de ladrillos a la derecha. No obstante, camina con tanta decisión que casi tengo que echar a correr para seguirle el ritmo. Pasa un taxi con la luz encendida por la carretera y cuando miro por encima del hombro para verlo pasar, en dirección hacia la costa, no veo los conos que bloquean el paso y casi me tropiezo con ellos. Por suerte, Esen pone el brazo delante de mí para pararme.

—Aquí es —dice, mirando hacia abajo.

Yo hago lo propio y luego alzo la vista hacia el muro y me fijo en que hay un agujero enorme en él, del que se desprenden ladrillos rotos. Han puesto los conos para evitar que idiotas como yo nos tropecemos con los cascotes que caen sobre la acera.

—Vamos.

En vez de rodearlos, pasa por encima de ellos y atraviesa el agujero del muro.

—¿Adónde vas?

Esen no me contesta y desaparece en la oscuridad. Miro por encima del hombro y la sigo sobre la pila de ladrillos y a través del agujero del muro hasta una densa arboleda. Piso una ramita, esta cruje y me tropiezo. No obstante, Esen me agarra de la manga de la chaqueta. Me concede un segundo para recuperar el equilibrio y luego me suelta y me repite que la siga.

Eso hago, pero cuando nos alejamos de la iluminación de las farolas que se colaba a través del agujero, y el techo de hojas que nos cubre la cabeza se espesa, me cuesta más ver por dónde voy. Tampoco ayuda que Esen vaya vestida de negro, es como una sombra a la que intento no perderle la pista mientras me abro camino por la irregular alfombra de ramas rotas. Se me engancha la punta del pie en una maraña de malas hierbas y acabo cayendo de cara sobre una telaraña. Ahogo un grito y agito los brazos como una posesa cuando noto los finos hilos contra mis mejillas, pero Esen vuelve a salvarme; me dice que tenga más cuidado, luego me coge del brazo y me guía hasta una pradera enorme.

Ahora que hemos salido de la arboleda, ya puedo ver la luna, alta y brillante en el firmamento, luciendo lo suficiente para iluminarnos. No obstante, antes de que pueda situarme, un pájaro pequeño pasa sobre nuestras cabezas y vuelvo a sobresaltarme, me agacho y me cubro el pelo con las manos.

—¿Quieres relajarte? —sisea Esen—. No es más que un murciélago.

—¿Cómo que un murciélago?

Si eso es aún peor.

Ella ni se inmuta, sino que se limita a señalar a la izquierda.

—La entrada está ahí, así que imagino que tenemos que ir por aquí.

—¿Dónde estamos? —pregunto, pero ella ya ha comenzado a caminar.

Tengo que trotar para alcanzarla y justo entonces me detengo, giro sobre mí misma y me doy cuenta de que estamos rodeadas de tumbas.

—¿Estamos en un cementerio? —Frunzo el ceño—. Creo que te estás dejando llevar un pelín con esto de la estética gótica, Esen.

—Tranqui. No he traído sidra.

Se ríe, pero a mí no me hace ninguna gracia.

Pasamos bajo la sombra de un árbol gigantesco cuyas ramas se retuercen como si intentasen tocar el cielo. Entonces las tumbas comienzan a enderezarse, están mejor alineadas, las flores parecen más frescas y las lápidas antiguas dejan paso a otras de granito suave y liso. Estas son más fáciles de leer, pero no me atrevo a mirarlas, prefiero centrarme en Esen, que va un par de pasos por delante de mí. Disminuye un poco el ritmo y, entonces, me fijo en que estas tumbas no tienen lápidas y están cubiertas de coronas y de flores que deletrean palabras como «ABUELA» o «PAPÁ», y parecen competir entre sí. Algunas tienen molinillos de colores, de esos que venden en la playa, y otras están rodeadas de gruesos cirios que o bien el viento apagó hace mucho tiempo, o bien se derritieron y formaron charcos de cera en la hierba. Una incluso tiene una bufanda azul y amarilla del Brighton & Hove Albion encima, y no puedo evitar pensar en quién la habrá dejado ahí. En el cuidado que tuvieron para no desbaratar la pila de coronas que hay debajo.

Que duermas bien, monita.

No estás sola.
Te has llevado nuestros corazones contigo.
Besos. Mamá y papá.

Doy un paso atrás, como si hubiese recibido un puñetazo, aparto la vista de la tumba y regreso hacia el sendero, hacia Esen, que está parada ante una de las parcelas, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos del abrigo. Me mira cuando me detengo a su lado y señala la alfombra floral que se extiende ante nosotras.

—¿Qué? —pregunto, pero ella ni me mira, mantiene la vista fija en la tumba.

Entonces bajo la mirada para ver de quién es esa lápida. Es igual que las otras: tiene los mismos cirios gastados alrededor, la misma pila de coronas y ramos de lirios. Todo en blanco, por supuesto, pero con un toque de color en la parte alta. Cuando me estoy preguntando por qué me habrá traído Esen aquí, me fijo en la A formada por crisantemos blancos y vuelvo a dar otro paso atrás.

—¿Qué es esto? —pregunto, a pesar de que ya lo sé.

—No se lo cuentes a Deborah ni a Dev —me advierte Esen, pero no lo dice con su tono habitual de soberbia, como el día en el que me ayudó a colarme en mi casa—. Deborah me mataría de nuevo si supiese que te he traído aquí. Discutimos amargamente la semana pasada sobre este tema.

—¿Sobre qué tema?

—Yo creía que te vendría bien ver tu tumba, ¿entiendes? Que te ayudaría a aceptar lo que ha pasado. Con Dev funcionó —me explica, pero yo no puedo dejar de negar con la cabeza, horrorizada—. Cuando fuimos capaces de sacarla del dormitorio, la llevamos a su funeral y nos dijo que le sirvió para darse cuenta de que era verdad. De que estaba muerta. Quería hacer lo mismo contigo, pero Deborah no me dejó. Opinaba que aún no estabas preparada.

—¿Y por qué crees que ahora sí lo estoy?

—No lo creo. —Alza un hombro y lo vuelve a bajar—. Pero como has visto a tu novia, creí que te vendría bien venir aquí. No quiero que te hagas ilusiones, Ash.

—¿No quieres que me haga ilusiones? —La miro, alucinada—. Poppy me miró a la cara y no me reconoció. ¿Cómo iba a hacerme ilusiones? En todo caso, me confirmó lo muerta que estoy, así que esto... —Señalo la tumba y estoy a punto de decir que me ha dejado muerta en vida, pero me lo pienso mejor y me lo callo.

Joder, tendría gracia si no fuese tan trágico.

Cuando dejo la frase en el aire, se entrelaza los dedos en el pelo y aprieta el puño.

—Perdona, Ash. No quería hacerte sentir peor. Pensaba que te ayudaría a asumirlo. Que te ayudaría a cerrar esa etapa.

Pasar página.

Le doy la espalda y miro al suelo.

—No hay lápida.

Frunzo el ceño cuando me fijo en ese detalle. Ella se pone a mi lado, tan cerca que me roza con la manga del abrigo.

—Aún no. Se tarda un par de semanas en prepararla e instalarla.

No lo sabía.

Nos quedamos en silencio durante un rato, mirando la tumba.

Mi tumba.

Me doy cuenta de que no estoy enfadada. Ni amargada ni resentida ni furiosa por la injusticia de todo lo que ha pasado.

Solo estoy triste.

Triste hasta límites insospechados, desesperadamente triste, porque no es justo.

No es justo.

—¿Adónde van? —pregunto al fin.

La única duda que no me he atrevido a plantearle a Dev.

Esen no me mira.

—¿Quiénes?

—Cuando se suben a la barca, ¿adónde van?

—Ni idea. —La creo—. No sé de nadie que haya subido a la barca y haya vuelto para contarlo.

—Dev dice que vas a donde quieres ir.

—Dev dice muchas chorradas.

Me río y es agradable sentir ese cosquilleo tibio en el pecho.

—Eres católica, ¿no? —pregunta al ver la corona en forma de crucifijo.

Yo ni me había fijado en ella.

—Técnicamente, sí. —Me encojo de hombros—. Pero es complicado.

—¿Por el tema lésbico?

Bueno, igual no es tan complicado.

—No estoy segura de lo que existe o deja de existir, como es obvio —continúa Esen—, pero no creo que todos vayamos al mismo sitio. Somos muy distintos, ¿no? Algunos creen en el cielo o en la Yanna o en el Sheol. Creo que cada persona va al lugar que cree que hay al otro lado del mar.

—¿Tú en qué crees? —le pregunto mientras contemplo el crucifijo de crisantemos blancos.

—¿Aparte de en el poder de un abrigo bien confeccionado?

Se sube el cuello del abrigo y alza una ceja. Yo pongo los ojos en blanco.

—No creo en nada —admite, y se encoje de hombros—. Después de todo lo que me ha pasado, es complicado tener fe.

Por un segundo, creo que está hablando sobre ser una parca, pero entonces me percató de que en algún lugar existe una tumba parecida a esta que lleva su nombre en la lápida. Se celebró un

funeral en su honor, dejó atrás a gente. A su madre. A su padre. A hermanos o hermanas. Quizá a alguien como Poppy. Y así, Esen pasa de ser un fastidio a convertirse en una persona. Una persona que tenía una vida antes de acabar encerrada en la librería, igual que yo.

Menuda coincidencia.

—Tendríamos que irnos ya —dice, pero cuando da un paso para alejarse, me giro para mirarla.

—¿Adónde habrías ido? —le pregunto al meterme las manos en los bolsillos de mi chupa de cuero—. Si te hubieras subido en la barca de Caronte en vez de haberte convertido en una parca. ¿Dónde habrías acabado si no crees en nada?

Se queda pensativa un segundo y luego responde:

—A ninguna parte, supongo. Habría seguido avanzando.

No sé si eso me suena tranquilizador o terrorífico.

—Creo que eso podría ser incluso peor que esto —digo con un suspiro.

—No está tan mal. Te lo juro —dice cuando respondo con un resoplido—. Es una mierda, a veces lo odio, pero al menos sigo aquí.

—¿En serio lo crees?

—Siento que estoy aquí cuando miro el mar. O cuando sale el sol y estoy sola entre la peña que está volviendo a casa después de pasar la noche con alguien. O cuando una ancianita me insulta por estar a punto de llevármela por delante a la salida del Sainsbury's. —Se calla y al fin me mira a los ojos—. No es lo mismo, pero a mí me basta, ¿entiendes?

No, pero asiento de todas formas.

—Además, puedo echarme unas risas con mi familia.

—Si no te está permitido ver a tu familia.

—Esa familia no —se burla—, esos me traen sin cuidado. Ni siquiera sé quién es mi padre. Y mi madre tampoco podía decírmelo, ya que no estaba con nosotros.

—Lo siento. ¿También falleció?

—No, me entregó a los servicios sociales cuando tenía ocho años. No la he vuelto a ver desde entonces.

—Lo siento mucho...

—Me refiero a esta familia. A la nueva. Dev y Deborah. —Patea un copete de hierba que brota en el sendero, entre nosotras—. Y tú.

¿Yo?

—Ah —digo, y alzo la barbilla para mirarla.

Ella no me corresponde, y siento la necesidad irrefrenable de tomarla de la mano, pero antes de que pueda hacerlo, oigo que alguien me llama por mi nombre.

Y otra vez.

—Ash, ¿eres tú?

Me giro para ver quién es y ahí está, mirándome con su melena pelirroja incandescente a la

luz de la luna.

Poppy.

QUINCE



Espero a que desaparezca, pero la nube de humo no llega. No suena ninguna carcajada malévola en mi cerebro como celebración por haberme engañado, listo para pasar a la siguiente jugarreta. Sus mejillas están tan coloradas que apenas puedo contenerme para no tocarlas y notar el ardor de su piel contra la palma de mi mano, pero soy incapaz de moverme; me siento como el día que nos conocimos, en el barco, como si ella y yo estuviésemos encerradas en una pompa de jabón que reventará si hago la soberana estupidez de perturbar su existencia.

Habla ella primero, en voz baja —cautelosa—, como nunca la había escuchado.

—¿Ash?

Me quedo mirándola.

—Ay, Dios, Poppy.

Es ella.

De verdad.

Pero no puede ser.

Entonces siento algo —esperanza—, pues el retorcido de mi cerebro me engaña para que piense que ha sucedido un milagro. No obstante, un segundo más tarde la realidad se abalanza sobre mí, como el coche delante de la tienda en Nochevieja.

—¡Vete, Poppy! ¡Corre! —le digo, como si eso fuera suficiente para cambiar el destino.

Como si el hecho de que escapara fuese capaz de detener la cadena de acontecimientos que se ha iniciado en cuanto me ha reconocido.

Da un paso atrás, abre los ojos, llenos de lágrimas, como platos. Me mira por última vez y se va; me obedece y sale corriendo por el sendero; su pelo, que está por todas partes, es lo único que veo en la oscuridad. Debería dejar que se fuera, pero, antes de poder evitarlo, echo a correr yo también, llamándola a gritos. Se gira para mirarme, está pálida y tiene la boca abierta; suelta un alarido que hace que las gaviotas se desperdigen en todas direcciones, aleteando como locas, haciéndose eco de su chillido.

—¡Aléjate de mí! —grita, y su pelo está tan descontrolado que le cubre la cara cuando se vuelve a girar.

En ese momento, tropieza, cae de bruces y alza las manos para detener el impacto; aterriza sobre el sendero con tanta fuerza que la gravilla sale volando, casi igual que las gaviotas. Es el

sonido más horrible que he oído, el siseo pesado que emiten sus pulmones al soltar todo el aire, punzado por un agudo alarido justo en cuanto impacta contra el suelo; sus manos dejan sendas muescas en el sendero.

Cuando la alcanzo, ya se está dando la vuelta.

—¡Aléjate de mí! —vuelve a advertirme, y se aleja gateando por el sendero.

Veo que tiene sangre en la palma cuando se detiene y alza una mano —húmeda y de un rojo muy intenso—, y cuando me fijo en el gran rasguño que se ha hecho en la barbilla, algo se activa en mi interior, una necesidad de agacharme y tomarla en brazos, de abrazarla hasta que deje de temblar. Me está mirando, con expresión salvaje, y cuando una lágrima solitaria se desliza por su mejilla, sé lo que implica que me reconozca, pero soy incapaz de dejarla porque ¿qué he hecho?

¿Qué he hecho?

—Poppy, lo siento muchísimo —digo sin aliento, y alargo la mano para tocarla—. ¿Estás bien?

—¿Quién eres? —pregunta con tanto desdén que retiro la mano y doy un paso atrás.

Me salgo del sendero y acabo pisando una corona que está apoyada sobre la pila de flores que hay encima de la tumba junto a la que nos hemos detenido. Cuando recupero el equilibrio, me percató de que la he tirado y que le he dejado una calva justo donde la he pisado. El césped que hay a mis pies está sembrado de pétalos de crisantemo y me avergüenzo tanto de haberla estropeado —en realidad, de haber destrozado esta corona que algún alma en pena había comprado para alguien a quien quería— que me entran ganas de agacharme y volver a levantarla, pero no me puedo mover, solo mirar de nuevo a Poppy y escuchar que repite la misma pregunta:

—¿Quién eres?

Me lleva un segundo, pero entonces me doy cuenta de que no se dirige a mí, sino a Esen.

Me había olvidado de que estaba presente.

—Soy Esen —responde ella, y se agacha a su lado—. ¿Necesitas ayuda para levantarte?

—Estoy bien.

Poppy se estremece al posar las manos en el suelo para incorporarse. No obstante, se levanta tan deprisa que casi vuelve a perder el equilibrio, y me doy cuenta de que es culpa mía, pues le he tendido el brazo para ayudarla.

—¡No me toques! —suelta, y da un paso atrás.

—¿Y si nos sentamos? —Esen señala el banco que hay bajo el árbol.

Poppy se mira la sangre de las manos y luego a mí.

—¿Qué coño está pasando?

No lo sé.

Así no era.

No tenía que pasar así.

Este no es el momento que llevo ansiando desde que nos despedimos en la playa en Nochevieja. Me lo he imaginado miles de veces. Es lo único que me ha permitido seguir

aguantando mientras languidecía en el sofá escuchando a Deborah y Esen discutir sin descanso. O cuando caminaba de vuelta de la playa con Dev, para distraerme de la persona a la que acabábamos de entregar. Me decía que, a la vuelta de la siguiente esquina, me encontraría a Poppy, y me vería —tal como soy—, me echaría los brazos al cuello y me abrazaría tal como ahora me apetece abrazarla a mí.

Como si no nos fuésemos a soltar jamás.

Y entonces la vi, ¿verdad? Hace un par de horas, delante del Dome. Me miró a la cara, pero no me vio, y sentí como si volviese a morir. Ahora sí que me reconoce y está sangrando, sangrando y mirándome como si eso fuese culpa mía, y no debería haber sucedido así.

—¡Creía que habías muerto, Ash! —ruge, de verdad, un rugido tan intenso que los pájaros que había en las ramas del árbol bajo el que nos encontramos se desperdigan. Ni siquiera me había percatado de su presencia y ahora ya no son más que un aleteo de líneas negras frente a la luna.

Mi mirada los sigue y me siento fatal.

Estaba tan espantada por haber visto mi tumba que ni siquiera había reparado en ellos.

De ese modo, el fino hilo que me estaba atando al presente —enraizándome en este lugar— se quiebra, y me parece estar flotando, sentada en una de las ramas que hay sobre nuestras cabezas, mirando abajo, viendo la escena desarrollarse.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —oigo que dice Poppy—. ¿Cómo has sido capaz de permitir que creyese que habías muerto?

Como no respondo, me llama por mi nombre y regreso a mi cuerpo; la veo negar con la cabeza con tal furia que otra lágrima se desliza por su mejilla.

—¡He venido al cementerio cada noche porque no podía dejar de pensar en ti! ¡No era capaz de dormir porque te imaginaba aquí tumbada, sola, y resulta que no estás muerta! —Se queda mirándome con tal intensidad que me tambaleo—. ¡Ash, me has roto el puto corazón!

Esen me agarra, pero ojalá no lo hubiera hecho. Habría preferido que me dejase caer, porque esto me supera. El dolor —incontenible e insoportable— que transmite la voz de Poppy. Ojalá me hubiese dejado caer para que la tierra se me tragase de un bocado.

Y que no me escupiese jamás.

Como merezco.

—Si se me permite intervenir —dice Esen, pero Poppy ni la mira, tiene la vista centrada en mí.

—¿Quién coño es esta?

—Ya te lo he dicho, soy Esen.

Poppy la ignora, alza una mano como si al bloquear la cara de Esen la pudiese hacer desaparecer.

—En serio, Ash. ¿Es tu nueva novia o qué?

Si fuese capaz de reírme, me reiría.

—Si no querías seguir conmigo, podrías haberme ignorado. No tenías que fingir tu muerte.

—Técnicamente —dice Esen con una sonrisita—, Ash no ha fingido nada.

Se ríe de su propia ocurrencia y yo me giro para lanzarle una mirada de «¿En serio te parece el mejor momento para bromitas?».

—Vale. —Esen pone los ojos en blanco y no entiendo cómo puede estar tan tranquila.

Yo me siento como si alguien hubiese dejado un grifo abierto dentro de mi cabeza y estuviese a punto de rebosar.

Esen vuelve a señalar el banco para que Poppy se siente, pero ella se cruza de brazos.

Yo, en cambio, sí que me siento, porque las piernas están a punto de fallarme. Me coloco la cabeza entre las manos.

Cuando vuelvo a alzar la vista, ambas están de pie ante mí, observándome.

Poppy sigue de brazos cruzados.

Esen, con los brazos en jarras.

—¿Qué está pasando? —pregunto, mirándolas alternativamente—. No entiendo lo que está pasando.

—¿No sabes lo que está pasando? —bufa Poppy—. ¡Que acabo de encontrarme con mi novia muerta en el cementerio!

—Vale. —Esen alza las manos—. Venga, vamos a relajarnos.

«¿Cómo que relajarnos? —me entran ganas de gritar—. ¡Mi novia se va a morir!»

Cuando se saca el móvil del bolsillo del abrigo, entro en pánico.

—¿A quién vas a llamar?

Espero que no sea a Deborah.

—A Dev —dice, y se lleva el teléfono a la oreja—. Estas movidas a mí no se me dan nada bien. Seguro que ella sabe lo que tenemos que hacer.

—¿Quién coño es Dev? —pregunta Poppy, y yo dejo caer la cabeza entre las manos otra vez.



—¿El cementerio, Ess? ¿En serio? —la regaña Dev en cuanto aparece en el claro—. Se te está yendo el rollo gótico de las manos.

Esen la ignora.

—Dev, te presento a Poppy.

Cuando Dev la saluda con un ligero gesto de la mano, Esen las mira con un ceño muy profundo, pues claramente esperaba otra reacción. Como no tiene pinta de que vaya a obtenerla, me mira a mí. Yo le alzo las cejas y Esen parpadea al darse cuenta de que no le he hablado a Dev de Poppy. Solo se lo he contado a ella.

—Poppy es la novia de Ash —le explica mientras la señala.

—Ah. —Dev parece confusa y sé lo que está pensando: «No se ha separado de mí desde Nochevieja, ¿cómo puede haber ligado?».

—Su novia de antes —aclarar Esen, esperando que Dev lo pille.

Cuando al fin lo entiende, se le abren mucho los ojos.

—¿De antes antes?

Esen asiente.

—Mierda —susurra—. Espera. Un segundo. ¿Tú —señala primero a Poppy y después a mí— eres su novia?

—Lo era —responde Poppy con intención—. Hasta que fingió su propia muerte.

—¿Cómo que la fingió? —Dev tarda un segundo en comprenderlo, luego se gira hacia Esen—. ¿Aún no se lo habéis explicado?

—¿El qué? —pregunta Poppy, mirándonos a las tres alternativamente.

—¿Y ella —Dev mira a Poppy y me señala a mí— tiene el mismo aspecto de siempre?

—Pues claro. —Poppy se encoge de hombros y da golpecitos en el suelo con el pie—. ¿Qué aspecto iba a tener si no?

—Ah.

Eso es todo lo que dice Dev: «Ah».

No es la explicación detallada que esperaba, y sé por la expresión de su cara que no es una buena señal.

—Ah —repito, luego se gira hacia Esen con el ceño aún más pronunciado—. Ay, no.

Esen asiente y suelta todo el aire de sus pulmones por la nariz. Ambas se giran para mirarme.

—Ay, Dios, Ash, cuánto lo siento —suspira Dev.

—No pasa nada —digo, y me encojo de hombros, aunque no sé por qué digo eso, cuando claramente sí que pasa mucho.

Pasa muchísimo.

—¿Y bien? —interviene Poppy, mirándonos a todas—. ¿Me podría una de las tres explicar qué narices está pasando?

DIECISÉIS



Se lo cuento todo a Poppy. Bueno, todo lo que sé. Todo lo que me contó Deborah cuando me desperté en el sofá de la librería. Que me atropelló un coche delante de la tienda. Que fui la última persona en morir en Nochevieja. Lo de la leyenda. Que soy una parca.

Decirlo en voz alta suena incluso más ridículo, como si le estuviese contando, alrededor de una hoguera, la historia del paciente que se escapó del manicomio y que ahora vive en este mismo cementerio. Sin embargo, no se ríe. No se ríe ni llora ni me llama loca. Escucha, y sus ojos se van abriendo más y más mientras juega con el anillo que lleva en el pulgar —el de plata con la gema en forma de corazón atravesada por una daga—, lo hace girar una y otra vez hasta que me quedo sin formas de decirle —de explicarle— este asunto y solo me queda esperar a ver si me cree. Si va a formular la pregunta que todas nos estamos planteando, pero que ninguna quiere ser la primera en verbalizar.

No obstante, Poppy se queda callada, y su vista se desliza hacia mi cuello. Tardo un segundo en darme cuenta, pero me percató de que está mirando el colgante y automáticamente me llevo la mano a él y aprieto la guadaña plateada entre los dedos índice y pulgar. Ella hace lo propio con su colgante de san Cristóbal y alza la barbilla para mirarme. Nuestros ojos se encuentran y es la primera vez que me permito mirarla, pues hasta ahora la había evitado por miedo a ver su ira y a que toda nuestra relación cambiase para siempre y a no volver a ser la persona a la que conocí en el barco aquella tarde.

O tal vez no fuera lo que podría ver lo que me asustaba, sino lo que no sería capaz de detectar.

Que no me mirara como antes, como si fuese la única cosa visible en kilómetros a la redonda.

A veces, cuando estaba tumbada en el sofá de la librería, mirando el techo, me preguntaba si la había modificado en mi mente a causa de la mezcla de soledad y nostalgia. Si con el tiempo la había dulcificado, si había intensificado el azul de sus ojos, el rojo de su cabello, si lo había emborronado todo para convertirla en un ser demasiado perfecto, demasiado agradable, como una princesa de cuento atrapada en un castillo esperando a que yo la rescatase. No obstante, al mirarla, sé que no fue así. Incluso con el rasguño de su barbilla y las líneas de rímel que le atraviesan las mejillas, como si alguien se las hubiese dibujado con lápiz, es preciosa. Sus mejillas son tan rosadas y sus ojos tan azules como los recordaba. Dado que se le ha corrido el rímel, la luz de la luna se refleja en la curva natural de sus pestañas. Y a pesar de que estoy

aterrada porque sé lo que significa eso —que pueda verme, lo que le va a pasar—, no puedo evitar sentirme horriblemente afortunada.

Porque está aquí.

Porque puedo ver su cara una vez más.

Y ella puede ver la mía.

—Supe que eras tú la que me saludó a la salida del Dome —dice al fin—. No parecías tú, pero no sé. —Se detiene y mira mi colgante en forma de guadaña de nuevo—. Por eso vine aquí. Porque estaba pensando en ti.

Lo sabía.

Sabía que cuando me viera, sabría que era yo.

Noto un ligero escalofrío de esperanza y recuerdo que es ella y que soy yo y que somos nosotras y que quizá sea así de simple. Tal vez ansiara verme con tantas ganas y yo deseaba verla con tal intensidad que la pura fuerza de nuestra voluntad bastó para acercar su mundo al mío, o el mío al suyo, y ahora aquí estamos las dos, al mismo tiempo.

Sin embargo, entonces pienso en todas las tumbas que nos rodean, en la gente que las visita cada día, que pule el granito y arranca las malas hierbas y deja flores frescas a sus maridos y mujeres y amigos. La gente a la que quieren y añoran tanto como yo quiero y añoro a Poppy, y que darían lo que fuese para pasar un solo día más con ellos.

Por mucho que quiera pensar que sí, en realidad no somos especiales, ¿verdad? Puede que lo parezca a veces, cuando pienso en las tardes que pasamos en nuestra cafetería, con las rodillas rozándose bajo la mesa, cuando parecía que la tierra giraba un pelín más despacio. Cuando hablábamos sin descanso, cada conversación era como la primera y la última al mismo tiempo. Cuando abríamos todas las puertas de nuestro interior que, hasta entonces, habíamos mantenido cerradas a cal y canto, y nos dábamos cuenta de que no era tan aterrador —de que nosotras no éramos tan aterradoras— como pensábamos.

Que no éramos tan salvajes y difíciles de amar.

Yo estaba segura de que no había nadie para mí salvo esas chicas a las que tanto les había divertido jugar con fuego junto a mi corazón de papel, y entonces la encontré. Y a lo mejor no somos especiales —en el sentido de que no curaremos el cáncer ni mereceremos volver a encontrarnos a pesar de que a nadie más se le concede ese don—, pero aquí estamos. Nos hemos vuelto a encontrar. La he encontrado a ella, entre todas las personas del mundo. Ni a mi madre ni a mi padre ni a Rosh ni a Adara, a quienes quiero y añoro tanto como a Poppy.

Eso tiene que significar algo.

No me cabe duda.

Así, noto resurgir algo que no sentía desde Nochevieja.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que es, pero, cuando lo consigo, el alivio es tal que me marea.

Un objetivo.

—Bueno —digo, y me abrocho la chaqueta de cuero—, pues vamos a la librería.
Esen me mira, claramente confusa.

—¿Por qué?

—Para que pueda preguntarle a Deborah qué coño está pasando.

DIECISIETE



Esen se ríe, pero cuando se da cuenta de que lo digo en serio, se le endurece la expresión.

—¿Se te ha ido la olla?

—No —le respondo mientras niego con la cabeza.

De hecho, estoy más en mis cabales que nunca.

Por primera vez desde hace semanas, sé exactamente lo que me hago.

Esen se vuelve hacia Dev, que tiene la misma cara de horror que ella, y luego vuelve a mirarme a mí.

—No se lo puedes contar a Deborah.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que «por qué no»? —Le echa una mirada a Dev como diciendo: «¿Tú la estás escuchando?». Cuando Dev niega con la cabeza, Esen vuelve a mirarme a mí—. Ya sabes por qué no, Ash. Crees que Deborah se pasa los días en la tienda entregándonos pósits y limpiando el polvo de los libros, pero ¿eres consciente de lo poderosa que es?

—No, y tú tampoco —le recuerdo—. Ninguna de las tres lo sabemos, Esen. Al menos no del todo.

—Tienes razón —admite—. Pero ¿cómo crees que sabe quién va a morir? Debe tener comunicación directa con alguien, y si le cuenta a ese alguien todo este asunto, ¿qué crees que te pasará a ti? ¿Y a Poppy?

No quiero ni planteármelo.

—No se lo voy a contar todo —digo entre dientes—. Solo voy a preguntarle sutilmente si sabe lo que está pasando.

Esen bufa, alza las manos y se gira hacia Dev.

—Me rindo.

—Ash, haznos caso. No puedes hablar con Deborah. —Ahora lo intenta Dev, que tiene la frente arrugada por la preocupación—. No te arriesgues.

—Es la única que me lo puede aclarar, Dev. ¿A quién pretendes que se lo pregunte si no?

—¿Qué es lo que quieres preguntarle en concreto? —dice Esen, incapaz de quedarse al margen, como siempre—. Ya sabes lo que está pasando.

—Sí, pero quizá...

—Sí, pero quizá nada. —Esen me señala con el dedo. Se acerca a mí y me mira a los ojos—. Pretendes preguntarle a Deborah si puedes evitar lo inevitable, ¿verdad? Si puedes detener el proceso.

Tiene razón, pero la ignoro, descruzo los brazos y me vuelvo para mirar a Poppy, que sigue sentada en el banco observándonos.

—Vámonos, cielo.

Casi espero que se niegue a acompañarme, pero, para mí sorpresa, cuando le alargó la mano, Poppy la toma. La noto temblar en cuanto nuestras palmas se tocan y, de pronto, ambas nos tranquilizamos cuando ella se levanta para ponerse frente a mí.

—Ash, por favor —vuelve a la carga Dev—. Piénsatelo bien, por favor.

No quiero pensar más.

Quiero saber qué significa esto.

Poppy y yo caminamos y seguimos caminando, salimos del cementerio y nos dirigimos a la librería, con Esen y Dev pisándonos los talones e intentando convencerme de que me lo replantee. Cuando estamos cerca del Komedia, Esen al fin me agarra del brazo para detenerme.

—Por lo que más quieras, Ash, joder —suelta cuando me la quito de encima—. ¿Sabes lo que pasará cuando Deborah se entere de que tu novia de pronto es capaz de reconocerte? —Señala la librería con la barbilla—. ¿Cuando se entere de que Poppy sabe que eres una parca? —Mira a Dev y luego otra vez a mí—. ¿Que las tres lo somos?

Le sostengo la mirada, con la mano de Poppy aún agarrada, cálida y familiar.

—No me importa.

—Pues debería —ladra Esen—. No puede salir nada bueno de este asunto. Lo sabes, ¿no? Comprendo que estás en estado de *shock*, pero eso al menos debes de saberlo, ¿verdad? —Como en lugar de responder aprieto un poco más la mano de Poppy, ella espera que vuelva a mirarla a los ojos y entonces niega con la cabeza—. Ya llevas con nosotras el tiempo suficiente como para saber que no existen los finales felices, Ash.

Rectifico, eso sí que ha sido como morir de nuevo.

La ignoro y me giro para mirar a Poppy con una sonrisa paciente.

—Espérame aquí, ¿vale? —Sé que Esen y Dev creen que me he vuelto loca, pero aunque no quiero dejar a Poppy aquí sola, incluso en este estado autodestructivo en el que me encuentro, no soy tan inconsciente como para meterla en la librería—. No te muevas, ¿de acuerdo? Vuelvo enseguida.

Me preparo para que Poppy se rebele, pero se limita a sonreír y asentir. Entonces me marchó.

Casi he llegado a la puerta de la librería cuando noto que me vuelven a agarrar del brazo. Es Esen, y esta vez no me suelta.

—A Poppy le ha llegado la hora, Ash, y lo sabes —dice cuando me giro para quitármela de encima. Intento liberarme de su agarre, pero aprieta más y me atrae hacia sí—. ¿En serio quieres

entrar ahí? —Señala la puerta con la cabeza y luego baja la voz—. ¿De verdad te vas a arriesgar a que Deborah se entere? Acortarás más aún la poca vida que le queda a Poppy.

Eso me hace dudar por primera vez desde que abandonamos el cementerio.

—¿Qué crees que hará Deborah cuando se entere? —Esen me sacude con tanta fuerza que juro que algo se me descoloca en el cuerpo—. ¿Te crees que os dejará vivir felices para siempre? —Me vuelve a sacudir—. Se la llevará directamente a Caronte, y a ti sabe Dios adónde te mandará. No volveremos a verte.

Cuando Esen me suelta al fin, me tambaleo. Dev se acerca a nosotras.

—¿Y qué debería hacer, según tú? —pregunto, aunque sale como un aullido.

—Esperar —interviene Dev, con las palmas de las manos unidas—. Sé que estás aterrada, Ash, pero algo se nos ocurrirá. —Mira a Esen, que exhala por la nariz y asiente—. Entre las tres daremos con algo, te lo prometo.

Las miro a ambas y luego a Poppy, que está justo delante del Komedia, contemplándonos, y suspiro.

—Vale —acepto, y me recoloco la manga de la chaqueta.

—Menos mal. —Dev parece tan aliviada que, si no supiera que es imposible, creería que está a punto de desmayarse—. Todo va a salir bien.

«¿En serio?», pienso mientras las sigo hacia el interior de la librería.



Si Deborah se preocupó por mi desaparición, no lo demuestra cuando emerge de la puerta de detrás del mostrador al oír la campana. Lleva una pila de libros, que coloca junto a la caja registradora. Nunca dejará de sorprenderme lo mucho que trabaja. Siempre está ocupada con los libros, ordenándolos y reordenándolos y pasando el plumero por los estantes, a pesar de que nunca he visto entrar a ningún cliente.

Ni una sola vez.

—Llegáis justo a tiempo, señoritas —dice, y alarga la mano hasta el fondo del mostrador para arrancar un pósit de color naranja fosforito—. Dev, ¿quieres encargarte de este suicidio en Queen's Park?

—Claro —dice ella, y se acerca para coger el pósit.

—Esen, para ti este —dice Deborah, arrancando otro.

—¿Dos? —Esen frunce el ceño—. Ya sé que es sábado, pero es mucho para una sola noche.

—Ya. Al menos este queda cerca.

—¿Dónde? —preguntamos al mismo tiempo.

—Justo al otro lado de la calle.

—¿Dónde exactamente? —pregunto mientras me giro para asegurarme de que Poppy sigue

ahí fuera esperando.

No la veo.

—En el Komedia —dice Deborah, y de pronto el suelo se convierte en agua bajo mis pies.

—¿Quién? —pregunto, con la voz mucho menos estable.

Deborah levanta la vista y entrecierra los ojos en una mirada sospechosa antes de consultar el pósit.

«No digas Poppy Morgan.»

«No digas Poppy Morgan.»

«No digas Poppy Morgan.»

—Toby Powell —dice.

—Toby Powell —repito, tan aliviada que tengo que ahogar una carcajada.

—Un chico sin techo —añade Deborah en tono solemne—. Se ha congelado.

El alivio se convierte en culpa en cuanto miro a Dev y Esen y me pregunto si estarán pensando lo mismo que yo.

Ni siquiera lo hemos visto.

Seguramente habremos pasado a su lado sin percatarnos.

—¿Estás bien? —oigo preguntar a Deborah.

Miro al mostrador y me encojo de hombros cuando me doy cuenta de que la pregunta iba dirigida a mí.

—Bien, sí.

—Te estás comportando de forma muy extraña.

—¿Ah, sí?

Me siento como a los catorce años, cuando volví a casa después de haber dado mi primer beso de verdad (a Danielle Lawson, en la parada de autobús delante de Morrisons; al día siguiente en el instituto me ignoró) y me encontré a mis padres en el sofá del salón viendo *Chupke Chupke* y tuve que hacer como si todo fuese normal cuando en realidad nada lo era.

Vuelvo a encogerme de hombros, con la esperanza de que lo interprete como un gesto despreocupado en lugar de hosco, pero Deborah frunce el ceño.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Ha habido algún problema con Alice Anderson?

Se me había olvidado Alice Anderson.

¿En serio ha sucedido esta noche?

Parece que hayan pasado dos semanas.

—No. —Niego con la cabeza—. La he llevado a la playa y se la he entregado a Caronte.

—Eso ya lo sé, pero ¿ha pasado algo después?

«¿Cómo puede saberlo?», pienso, y les lanzo una mirada furtiva a Esen y a Dev.

—Está bien —le dice Esen a Deborah mientras se quita una pelusa del abrigo y se acerca al mostrador para coger el pósit—. Venga, Ash. Vamos a buscar a Toby Powell antes de que se largue por ahí.

—¿Por qué no vas tú sola? —Deborah me mira—. Quiero hablar con Ash.

«Lo sabe», pienso, y le lanzo una mirada desesperada a Esen.

«Sabe lo de Poppy.»

«Lo sabe.»

«Lo sabe.»

«Lo sabe.»

—No tardaremos... —empieza a decir Esen, pero Deborah la interrumpe con una sonrisa cortante.

—No me cabe duda de que estás más que capacitada para encargarte de este trabajo sola, ¿verdad, señorita Budak?

No es una pregunta y ambas lo sabemos.

Esen alza las cejas como para desearme buena suerte, luego Dev y ella se dirigen hacia la puerta.

Tras el sonido de la campanilla desaparecen y me dejan sola con Deborah, que me mira por encima de las gafas.

—¿Quieres contarme algo, Ash?

«No se lo digas.»

«No se lo digas.»

—¿Ha pasado algo esta noche?

«No se lo digas.»

—No, nada. —Aprieto los labios por si acaso me da por añadir algo más.

—¿Seguro?

«No se lo digas.»

Pienso en Poppy, esperando en la puerta del Komedia, y siento que las palabras se me alinean en la lengua.

—He visto a alguien a quien conocía.

Sale de mi boca antes de que pueda detenerlo, las palabras vuelan por la librería como polillas asustadas.

Se quita las gafas y me mira.

—¿A quién?

—A una compañera de clase.

—No te habrás acercado a ella, ¿verdad?

—Claro que no.

Asiente y devuelve la atención a la pila de libros.

—Muy bien.

No dice nada más —solo «muy bien»— y ahí termina la conversación. Se vuelve a calar las gafas y toma el primer libro del montón para mirar la cubierta con un mohín.

Debería estar contenta, lo sé, por haberme librado y porque no se haya enterado de todo, pero

no puedo evitar insistir a pesar de que ya sé lo que me va a decir.

—Me ha dado mal rollo —comento; me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero y me miro los pies con un leve encogimiento de hombros—. Al verme, no me reconoció, y eso que estaba justo delante de ella.

—¿Por qué te iba a reconocer? —Alzo la vista y veo que Deborah me está mirando, claramente preocupada porque sigo dándole vueltas al tema—. ¿A qué viene esa curiosidad repentina, señorita Persaud? Ya sabes que a sus ojos no tienes el mismo aspecto que antes.

—¿En serio? ¿Sin excepciones?

—Sin excepciones —afirma severamente, y vuelve a centrarse en los libros; los hojea y toma uno de la mitad de la pila—. Nadie ve a una parca, no tal como es, hasta que ha llegado su hora. Pero eso ya lo sabes. —Abre el libro y de inmediato lo vuelve a cerrar y lo deja sobre el mostrador—. ¿Por qué lo preguntas, entonces?

—Por curiosidad —respondo con cautela, como si estuviese acariciando a un gato callejero que pudiese atacarme en cualquier momento.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que habría pasado si mi amiga me hubiese reconocido.

Se quita las gafas y exhala profundamente.

—Bueno, menos mal que no lo hizo.

—¿Por qué? —Me aprieto los labios para intentar tragarme las palabras, pero no puedo contenerlas más, son demasiado grandes, demasiado pesadas, para sostenerlas—. ¿Porque eso querría decir que está a punto de morir?

—Sí. —Ni siquiera intenta amortiguar el golpe. La palabra se desploma, dura como la piedra, a mis pies. Tan dura que no me cabe duda de haber visto polvo salir de entre las lamas de madera—. ¿Cómo iba a poder reconocerla si no, señorita Persaud?

Ya sabía que esa sería la respuesta, no sé por qué me he permitido siquiera albergar la esperanza de que Poppy y yo éramos especiales.

Que habíamos encontrado una puerta secreta entre su mundo y el mío.

Al fin me atrevo a decirlo, aunque sea solo para mí misma: Poppy va a morir.

El impacto bastaría para lanzarme volando por la puerta de la librería, y tengo que emplear todas mis fuerzas en no ceder a él, para no salir corriendo y tomar la mano de Poppy, para no decirle que me acompañase, que huyésemos lo más lejos posible, lo más rápido que las piernas nos lo permitiesen.

—¿Alguna otra duda, señorita Persaud? —me pregunta Deborah, y cuando la vuelvo a mirar, tiene las cejas levantadas.

—¿Solo se ve a las parcas justo antes de morir?

—No. —Se vuelve a poner las gafas, con la esperanza de dar por finalizada la conversación, pero cuando alza la vista y me encuentra mirándola con ilusión, niega con la cabeza.

Si se tratase de otra persona, seguramente ya habría cedido ante mi insistencia.

—Cuando alguien está a punto de morir, Ash, hay un periodo de tiempo que abarca desde el momento en el que se toma dicha decisión hasta cuando se nos encarga que seguemos su alma. —Alza el dedo, sin duda anticipando que voy a preguntarle quién toma esa decisión y obviamente no tiene ninguna intención de contármelo—. Nosotros solo somos conscientes del momento en el que finaliza ese periodo.

—¿Cuánto dura?

Recuerdo la historia del amigo del primo de Esen, cuando la vio en el muelle.

Dijo que murió un par de días después.

¿Tan poco tiempo le queda a Poppy?

¿Solo un par de días?

Mientras espero la respuesta de Deborah siento que la estancia se encoge, tengo los libros tan cerca que me da miedo moverme por si acaso los tiro de un codazo, y el techo está tan bajo que me da la impresión de estar rozándolo con la cabeza.

Sin embargo, Deborah se encoge de hombros.

—No lo sé. Quizá varios días. O tal vez algunas horas.

¿Horas?

Abro la boca, pero no sale nada. No grito ni lloro ni le digo que no es justo.

Me quedo mirándola mientras de pronto comienzo a escuchar el tictac de un reloj.

Tictac.

Tictac.

Tengo que volver con Poppy.

—Como te he dicho —continúa Deborah, en la más feliz de las ignorancias—, solo sabemos cuándo se termina ese periodo. Lo que suceda antes no nos concierne. Por eso es vital que no te cruces con ninguna persona que haya formado parte de tu vida, Ash, porque si te ve durante ese periodo de tiempo... —Alza las palmas de las manos y se encoge de hombros—. Bueno.

—Bueno, ¿qué?

—Bueno. —Se queda callada y no sé si está intentando buscar las palabras adecuadas para explicarlo o si se está planteando si decírmelo o no, pero ese gesto basta para que las manos se me cierren en puños en los bolsillos de mi chaqueta—. Que la gente vea a las parcas no supone demasiado problema porque no serían capaces de reconoceros. Así pues, si Alice Anderson hubiese entrado en esta tienda ayer mismo, a pesar de que su periodo ya había comenzado, podría haberte visto tal como te veo yo ahora, pero no tendría razón alguna para preocuparse porque eres una completa desconocida para ella, ¿no?

Vale.

Tiene sentido.

—Pero si se tratase de tu madre, por ejemplo. —Alza las manos de nuevo, como si esperase que me contrajera de terror—. No pretendo insinuar que vaya a sucederle nada malo a tu madre. Pero si, por un casual, tu madre entrase en la librería durante su periodo de tiempo, podría verte

tal como eres, Ash, podría reconocer a su hija, y entonces sí que la hemos hecho buena. —Da una palmada—. Todo se iría al garete. Preguntaría por qué no estás muerta y tú tendrías que revelarle que ella está a punto de fallecer.

—¿Sería tan horrible que pasara eso? —Mi voz suena diminuta, como si llegase desde el otro extremo de la calle.

—Por supuesto que sí —dice, como si fuera obvio—. Hay cosas que uno no debería saber, señorita Persaud. La fecha de nuestra muerte es una de ellas.

—¿Por qué?

—¡Que por qué! —Espera a que la mire a los ojos y entonces frunce el ceño—. Porque ¿y si le da por intentar cambiar su destino para evitarlo? Esto. —Traza un círculo con las manos sobre el mostrador, como un mago en plena actuación en una fiesta de cumpleaños justo antes de sacar un conejo de una chistera—. Todo lo que hacemos solamente funciona porque no intervenimos en el proceso, simplemente lo facilitamos. Tenemos más información que el común de los mortales, más de la que deberíamos, según ciertas personas, pero no toda. Y así debe ser. Es muy complicado mantener este equilibrio y, cuando se rompe, el universo se desbarata y los efectos colaterales pueden durar años. Incluso generaciones, en realidad. Por eso debemos tener cuidado.

—¿Y qué pasa si no guardamos las debidas precauciones?

—No nos queda más remedio, Ash —sentencia, y vuelve a centrarse en la pila de libros del mostrador.

Recuerdo lo que me dijo Dev en Primark sobre el vestido rosa que había entre los dos negros.

—¿Porque podría morir alguien que no debería? ¿Alguien a quien no le hubiese llegado la hora?

Oigo que se me quiebra la voz al hablar.

Si Deborah se percatara, no lo admite, simplemente alza un hombro y lo vuelve a dejar caer.

—Pudiera ser —comenta, como si nada. Como si estuviésemos hablando del tiempo y me acabara de decir que es posible que vuelva a nevar mañana.

—¿Qué me pasaría a mí? —pregunto antes de que me dé tiempo a decirme que no quiero saberlo.

—¿A ti, señorita Persaud?

—Sí, si alguien me reconoce durante su periodo de tiempo.

—Nada. —Deborah niega con la cabeza—. No es culpa tuya haberte topado con una persona a la que conocías en vida.

—¿No me castigarían?

—Claro que no.

Debería aliviarme comprender que no era culpa mía. No sabía que Poppy iba a ir al cementerio, ¿verdad? No es que me acercase a su instituto, con la esperanza de verla, como me planteé hacer tantas veces.

Yo estaba allí.

Luego llegó Poppy.

Y ahora... ¿qué?

—Solo se me castigaría si interviniese, ¿no? Si intentase evitar su muerte.

Eso le llama la atención.

Se vuelve a quitar las gafas y levanta la vista del libro que tiene entre manos.

—¿Por qué ibas a intervenir?

—No sé —respondo, intentando sonar lo más impasible que puedo a pesar de la mirada que me está lanzando—. Pero pongamos que lo hago.

Quiero oírsele decir a ella.

No a Esen ni a Dev.

Quiero que salga de sus labios.

—Bueno, pues si intervinieses —enarca una ceja y niega con la cabeza—, sería otra historia muy distinta.

—¿Qué me pasaría?

—No sería decisión mía, señorita Persaud.

—Pero sería algo malo, ¿no?

Se vuelve a poner las gafas sin mirarme.

—Mejor no lo compruebes, ¿de acuerdo?

Entonces comprendo que tengo dos opciones: contarle a Deborah lo de Poppy o callármelo.

Es así de simple.

Si se lo cuento, se enfadará, pero no tanto como si se entera... después.

No obstante, Esen tiene razón, no nos va a dejar irnos de rositas. En cuanto le revele lo que ha pasado, mandará a Poppy a la barca de Caronte y fin de la historia.

Y no podré detenerla.

Ese es el quid de la cuestión, ¿verdad?

Por eso estoy aquí.

Esen también tenía razón sobre ese asunto.

Voy a evitarlo.

—¿Y ya está? —compruebo—. ¿Nunca ha sucedido que alguien haya visto a una parca y luego no se haya muerto? —me aseguro de escoger cada palabra cuidadosamente, como si estuviese recitando un encantamiento en el que, si metiese la pata en lo más mínimo, no obtendría los resultados necesarios.

—Jamás —confirma; luego abre un libro y lo hojea.

—¿Por qué?

—Pues, señorita Persaud —al fin me mira, no sin antes cerrar el libro de golpe con un gesto dramático—, porque eso sería un milagro, y los milagros no son lo nuestro. En realidad, nos dedicamos justo a lo opuesto.

DIECIOCHO



En cuanto vuelvo a salir a la calle, lo único que soy capaz de ver es a Poppy. Está sentada en uno de los bancos que hay delante del Komedia con la barbilla sobre las manos. Cuando alza la mirada y me encuentra de pie ante la puerta de la librería, se endereza y la cara se le llena de tanto alivio que casi me obliga a apartar la vista, porque ¿qué voy a hacer ahora?

¿Cómo se lo digo?

No tengo ni idea, así que me quedo ahí parada, contemplándola, tal como debería haber hecho antes de despedirme de ella en Nochevieja. Es preciosa, de verdad. No en plan retrato al óleo ni en plan valla publicitaria —ese tipo de belleza que hace que los tíos toquen la bocina al pasar—, sino en plan que la gente canta canciones y escribe libros sobre ella. El tipo de belleza que no te deja dormir porque te aterra cagarla por no estar preparada.

Sonrío y, cuando me la devuelve, una sonrisa relajada y torpe, de las que pones en las fotografías escolares de niño, de pronto me parece tan joven que me cuesta lo indecible no rendirme. Doblarme sobre mí misma y quedarme tendida en el suelo con la mejilla sobre la acera porque no es justo. ¿Cómo podemos tener tan mala suerte de morirnos con solo dos semanas de diferencia? La mayoría de la gente vive vidas enteras. Tienen hijos y nietos. Pueden cometer errores y aprender de ellos. Cerrar puertas y abrir otras nuevas. Vivir y amar hasta que se les desgasta el corazón y luego tomar de la mano a la persona amada y pensar «Lo hemos logrado» antes de morir pacíficamente a los noventa años.

¿Por qué ella no?

Aunque no sea conmigo.

Recuerdo lo que nos contó el señor Moreno el año pasado, lo del astrónomo aquel, un tal Carl Sagan, que dijo que estamos hechos de estrellas. El nitrógeno de nuestro ADN. El calcio de nuestros dientes. El hierro de nuestra sangre. Todo fue creado en el interior de estrellas que estallaron hace miles de millones de años.

El señor Moreno dice que es curioso que el ser humano lleve tantos años estudiando el universo, que hayamos creado cohetes y los hayamos enviado a la Luna, que hayamos mirado a través de telescopios para intentar descubrir qué es lo que hay entre las estrellas. Por el contrario, el universo no tiene que hacer nada de eso, porque, al menos según Carl Sagan, nosotros —nuestra mera existencia— somos la forma que tiene el universo de conocerse a sí mismo.

Cierta parte de nosotros lo sabe, según parece. Sabe de dónde venimos y adónde ansiamos regresar. Yo creía que dentro de Poppy había cierta cantidad de puertas cerradas y, si me lo permitía, podría pasarme el resto de mi vida intentando abrirlas. No obstante, ahora, al mirarla, sé que Carl Sagan tenía razón. Tiene el cosmos en su interior. Lo veo, intenta liberarse de los confines de sus costillas y emerger a través de su piel. Veo las estrellas en las puntas de sus cabellos, tirando de ella hacia el cielo.

A su lugar de origen.

Ya está pasando. Ya se está marchando, la están reclamando para que se asiente en un rincón del firmamento, donde pueda brillar tanto como quiera sin preocuparse por consumirse demasiado pronto, como le ha sucedido ahora.

—¿Has descubierto lo que está pasando? —me pregunta ansiosa cuando llego a su lado.

Debería contárselo, lo sé, pero no quiero hacerlo aquí, en medio de la calle, en el lugar en el que acaba de fallecer una persona.

En algún momento tendré que explicárselo todo, pero, de momento, solo quiero permanecer a su lado, embeberme de su luz.

—¿Por qué has tardado tanto en salir? —me pregunta, ahora con el ceño fruncido.

—Me ha echado la bronca por desaparecer.

—¿Ah, sí? —dice Esen, que aparece a mi lado con una sonrisa entusiasta en los labios.

Pongo los ojos en blanco con un suspiro dramático.

—¿Tú no tenías un encargo?

Señala a Poppy con la barbilla.

—No podía dejarla sola, ¿no crees? Le pedí a Danica que se encargase de Toby Powell.

—Gracias —le digo, y me ablando porque no se me había pasado por la cabeza que se fuera a quedar con Poppy.

—Así que Deborah te ha echado la bronca. —Sonríe con suficiencia, está claro que esperaba que lo hiciera.

—Claro. Ya te dije que lo haría.

No obstante, cuando vuelvo a mirar a Poppy, de pronto parece enfadadísima.

—¿Por qué haces esto, Ash?

Parpadeo.

—¿El qué?

—Comportarte como si no tuvieras ni idea de lo que está sucediendo.

—Es que no la tengo —le digo con el ceño exageradamente fruncido.

Doy un paso atrás y me toqueteo el cuello de la cazadora.

—¡Claro que lo sabes! —Mira primero a Esen y luego a mí, incluso más enfadada que antes —. Y ella también. ¡Sois parcas!

Niego con la cabeza.

—Sabes perfectamente que si puedo verte es porque voy a morir.



No.

Es lo único que puedo pensar.

No.

No, esto no está pasando.

No, no puedo hacer esto.

No, no soy capaz de contárselo.

Espero que intervenga Esen, que haga un comentario ácido, un chiste tonto para que pueda poner los ojos en blanco y así evitar tener que mirar a Poppy, que nos observa desde el banco, expectante. No obstante, Esen no abre la boca, simplemente me mira, luego se mira los pies y me deja sola ante el peligro.

Es lo más adecuado, debo encargarme yo.

Pero no puedo.

—Venga —dice Poppy cuando ninguna de las dos le contesta—. Ambas debéis de estar pensando lo mismo que yo.

Me encojo de hombros y me meto las manos en los bolsillos de la cazadora, puesto que de pronto no sé qué hacer con ellas.

—¿Por qué iba a ser capaz de veros si no?

—Pues... —comienzo a hablar, pero dejo la oración en el aire porque las palabras me abandonan, se esconden bajo mi lengua.

Qué patética soy.

Podría partirla un rayo ahora mismo, borrarla de la faz de la tierra, y merece saberlo.

Me siento como una mierda; las gaviotas nos sobrevuelan y chillan como una bandada de *banshees*.

—Tienes razón. Puedes vernos porque vas a morir —confirma Esen, cosa que me hace sentir aún peor.

Cuando miro a mi compañera, me frunce el ceño en un claro «Díselo ya».

Así que obedezco.

Le cuento todo lo que me acaba de explicar Deborah. Lo del periodo de tiempo en el que puedes ver a todas las parcas, no solo a la que debe encargarse de ti. Lo del efecto mariposa y los motivos por los cuales es tan importante que no veamos a la gente a la que conocíamos en vida por si acaso la liamos parda.

Poppy me escucha con los labios fruncidos, claro reflejo de su ceño, y espera a que termine. Entonces, se queda callada durante mucho rato y su mirada se dirige a la luz que emerge de la librería.

—Entonces, ¿es definitivo? —pregunta al fin—. ¿Me voy a morir?

Bajo la mirada y asiento; le doy una patada a una colilla que tengo ante los pies.

—¿Cuándo?

Como ni Esen ni yo contestamos, simplemente nos miramos y luego apartamos la vista, como una pareja que aún se guarda rencor tras una discusión, Poppy niega con la cabeza y se ríe, pero no con su risa salvaje y brillante de siempre.

Esta es apagada.

Amarga.

—¿En serio? —Vuelve a negar con la cabeza—. ¿No tenéis ni idea?

Ahora niego yo con la cabeza.

—Solo sabemos que sucederá pronto.

—¿Cómo de pronto?

—No sé.

—Sí que lo sabes —rebate cuando se percata de que soy incapaz de mirarla a la cara—. Por eso has tardado tanto en salir de la librería, Ash. ¿Verdad que Deborah no te ha echado la bronca? Habéis estado hablando sobre mí.

Esen se gira para mirarme con las cejas alzadas.

—No le he contado nada, lo juro. —Me saco las manos de los bolsillos y las alzo en un gesto de inocencia—. Solo le he preguntado, en términos generales, qué pasaría si alguien me reconociese.

—Y ¿qué ha dicho? —insiste Poppy, cuyo ceño se intensifica.

—Poca cosa. —Obviamente no me cree, así que vuelvo a alzar las manos—. Deborah es así. Lo sabe todo y no nos cuenta nada.

Esen suelta una carcajada áspera, como para apoyarme.

—Lo único que me ha dicho es que lo evitase a toda costa.

—¿No te ha explicado lo que sucedería en caso de que eso pasara?

Niego con la cabeza porque eso tampoco puedo contárselo.

Al menos por ahora.

Es demasiado.

—Entonces, ¿qué va a ser de mí, Ash?

—No lo sé, Pops. Lo siento.

—¿Y ahora qué? ¿Me siento a esperar a que Deborah te dé un pósito con mi nombre escrito? —pregunta mientras juguetea con el anillo en forma de cabeza de gato que lleva en el dedo índice.

Como no contesto, sino que vuelvo a intercambiar una mirada con Esen, Poppy se queda en silencio un instante y luego me mira de nuevo.

—Supongo que este periodo no dura mucho.

Me planteo mentirle. Me planteo darle un diminuto rayo de esperanza, pero no sería justo,

¿verdad?

Aunque, en realidad, nada de esto es justo.

Niego con la cabeza.

—Un par de días, como mucho.

La palabra «días» se queda en el aire, llena el espacio que nos separa mientras Poppy se incorpora y se cruza de brazos.

—¿Podría morir en cualquier momento, Ash? ¿Incluso ahora mismo, en este banco?

No espera mi respuesta.

—No quiero morir aquí sentada —dice.

No obstante, lo único que oigo es «No quiero morir».

Sin embargo, antes de que me dé tiempo a consolarla, se levanta de un salto y comienza a alejarse.

—¡Poppy, ¿adónde vas?! —le grito, pero no se da la vuelta.

—¡Te lo acabo de decir! No pienso morir en ese puto banco.

DIECINUEVE



Dudo que Poppy sepa adónde va, lo único que quiere es marcharse. Por ese motivo, Esen y yo le concedemos unos minutos y la seguimos en silencio mientras avanza a paso ligero hacia la Marina. Al fin reduce la velocidad al pasar junto al ascensor que baja a Madeira Terrace y me pregunto si estará cansada; sin embargo, mira por encima de la barandilla para contemplar la cafetería y el parque, ahora vacíos, que hay en la playa y retoma la marcha con paso decidido, su pelo brilla como las llamas a la luz de la luna.

El instinto me pide que apure el paso, pero Esen no me lo permite y me tira de la manga de la chaqueta hasta que ralentizo la marcha. Me repite que le dé tiempo, pero ¿y si no le queda? ¿Y si el conductor del camión que se nos acerca se ha quedado dormido, se sube a la acera y la arrolla?

Podría pasar.

Eso o cualquier otra cosa.

Como al chico al que segamos en la biblioteca, Charlie Graham. Estaba buscando información para su trabajo sobre el *Domesday Book* y PUM. Muerto. A Poppy podría pasarle lo mismo. El impacto de haberme vuelto a ver podría activar algún defecto coronario congénito del que no tuviera noticia. El cielo podría caer sobre su cabeza o el mar alzarse sobre la barandilla y llevársela y ¿cómo voy a detener eso?

¿Cómo voy a salvarla?

Poppy espera a que pase el camión y luego cruza la calle a la carrera. Yo intento hacer lo mismo, pero ahora el camión está pasando a mi lado y, además, Esen me vuelve a poner la mano sobre el brazo mientras espero la eternidad que tarda el conductor en pasar. Cuando al fin se aleja, Poppy está en la acera de enfrente y corro para alcanzarla mientras se adentra en ChiChester Terrace. La sigo, sé adónde se dirige —a su casa—, igual que hice yo cuando me desperté en el sofá de la librería. No obstante, antes de que pueda alcanzarla, una mujer que pasea a un perro pequeño, peludo de color blanco y negro, se me acerca y me detengo, a punto de tropezar con la correa.

La mujer se disculpa, luego vuelve a pedirme perdón cuando el perro me ladra con fiereza. «Perciben la maldad.» Esen señala el perro con la cabeza cuando este comienza a alejarse y arrastra a su dueña con él, pero yo la ignoro; solo puedo centrarme en buscar a Poppy, que ya casi ha llegado a su casa. Echo a correr y la alcanzo cuando está introduciendo la llave en la

puerta principal. No vacilo y subo las escaleras, me detengo justo detrás de ella cuando está empujando la puerta con la cadera para abrirla. No la cierra, cosa que me tomo como una invitación a entrar. Poppy enciende la luz y tira las llaves sobre la mesa que hay bajo el espejo.

—¿Vives aquí? —pregunta Esen cuando entra.

Poppy ni la mira.

—Es la casa de mis padres.

—Hostia puta —murmura Esen—. ¿Esto es una casa? ¿Todo esto?

Poppy se encoge de hombros.

Esen alza las cejas y silba.

—Ah, es que eres rica. Muy rica.

—Mis padres lo son.

—¿Están en casa? —pregunto, preocupada por tener que explicarles la situación.

—¿Cómo iba a saberlo? —se ríe Esen—. Si tiene por lo menos tres plantas.

—En realidad, cuatro. Más el apartamento del piso de abajo.

—Joder.

—Me alegra ver que te impresiona tanto. A mí me parece una exageración. Nunca están en casa. Ahora, por ejemplo, están en París, celebrando el cumpleaños de mi padre, que cumple cincuenta.

—¿Cuándo volverán? —le pregunto, y sospecho que ella está pensando lo mismo que yo.

Si llegarán a tiempo.

—Mañana. El Eurostar llega a mediodía, creo, así que saldrán de St. Pancras a primera hora de la tarde. Bueno —dice, antes de que pueda intervenir de nuevo—, tengo que darme una ducha. Necesito una ducha después de este día de mierda. —Nos hace un gesto para que la sigamos cuando comienza a subir al piso de arriba—. Podéis quedaros un rato si os apetece.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, señala el salón y de pronto se detiene y una sonrisa triste le asoma a los labios al recordar que yo ya he estado aquí. Se va a su cuarto y en cuanto desaparece, Esen se dirige a la cocina. Le quiero advertir que no toque nada, pero antes de que me dé tiempo, grita:

—¡Tienen una vinoteca y todo!

—Ten cuidado —le digo cuando la veo abrir la puerta de cristal.

—Dom Pérignon —comenta mientras saca una botella de champán y sonríe al leer la etiqueta—. Ojalá pudiera saborearlo. Lo más que pude llegar a probar fue una botella de *prosecco* del Lidl.

—Yo igual —me río—, solo que la mía la compré en Co-op, y Adara y yo nos la bebimos en Preston Park.

—Qué elegancia —se mofa, y vuelve a dejar la botella en su sitio.

Yo regreso al recibidor para ver si puedo escuchar a Poppy. Miro hacia lo alto de la escalera, me planteo subir a ver qué tal está y entonces oigo que Esen me habla desde la cocina.

—Déjala, Ash.

—Solo quiero comprobar que esté bien —le respondo mientras me acerco de nuevo al dintel de la cocina.

—Ya lo sé. —Se encoge de hombros—. Pero si sucede en la ducha, ahí es donde debía pasar. ¿Qué le vas a hacer?

Dado que el comentario proviene de Esen, no debería sorprenderme que sea tan directo, aun así, me dan ganas de darle una colleja.

—¿Y bien? —me dice cuando vuelvo a entrar en la cocina. Ella está de brazos cruzados, al otro lado de la isla.

—¿Y bien?

—¿Qué te ha dicho Deborah?

—Lo que le he contado a Poppy, que no sabe cuánto tiempo tardará en...

No puedo decirlo.

—Deborah lo sabe —resopla Esen—. No has sido capaz de preguntárselo.

—He estado a punto.

Esen niega con la cabeza.

—Me alegro de que no lo hayas hecho.

—¿No sería mejor saberlo? Así tendríamos claro cuánto tiempo le queda.

—Si Deborah lo hubiese descubierto, a Poppy no le quedaría ni un minuto. La habría enviado directa a Caronte. Lo sabes tan bien como yo.

Tiene razón.

—No sé. —Me encojo de hombros—. Esperaba que permitiese que la cosa fluyese de manera natural. Que dejase que se marchara cuando llegase su hora.

—Podría ser, pero ¿a qué precio?

—¿Precio? —Intento no alzar la voz para que Poppy no me oiga—. Si ya se va a morir. ¿Qué más tiene que perder?

—Me refería al precio que deberías pagar tú, Ash. Si se lo hubieses contado todo a Deborah, tendrías que haberle dicho que Poppy sabe quién eres, lo que eres, y no te hubieras ido de rositas.

—Eso me da igual.

—Ni se te ocurra. —Descruza los brazos y alza un dedo—. Que ni se te pase por la cabeza.

—¿El qué?

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. —Espera a que la mire a los ojos y luego dice—: No puedes.

Alzo la barbilla y me topo con su mirada.

—¿Qué es lo que no puedo hacer, Esen?

—Intervenir, Ash.

Frunzo los labios y pienso en todas las posibles formas en las que podría pasar. Poppy goza de buena salud —al menos hasta donde yo sé—, así que tiene que ser algo externo, un imprevisto.

Un borracho al volante. Un perturbado con un arma blanca a quien no le guste cómo lo ha mirado. Quizá en este mismo instante en algún rincón de esta enorme mansión antigua, un cable suelto esté calentándose más y más, o un fusible esté a punto de reventar, y la casa entera estalle en llamas. No soy capaz de plantearme dejarlo suceder sin más.

No intentar sacarla.

No cogerla si se cae.

—Si te soy sincera, no creo que vaya a ser capaz de contenerme —admito.

Cuando vuelvo a mirarla, Esen asiente.

—Ya lo sé, pero no te va a quedar más remedio. Si no te ves capaz, vas a tener que alejarte de ella, Ash.

—Tampoco creo que vaya a poder hacer eso.

—Mira, sé que crees que no lo entiendo, pero sí. —Se lleva la mano al pecho—. No es justo.

Asiento porque tiene razón: no lo es.

—No pudisteis despediros en vida, ¿verdad? No tuvisteis un final, pero ahora podéis crearlo. Y sí, vale, quizá no sea como lo habíais imaginado, pero es mejor que nada, ¿no?

Como no respondo, sino que giro la cara para mirar la cocina impoluta, pues lo más probable es que nadie la haya usado jamás, espero que lo deje estar, pero entonces dice:

—No puedes cambiar el destino, Ash. Poppy morirá cuando le llegue la hora. No está en tu mano cambiarlo. Y sí, es una mierda y no es justo y todo lo que estás sintiendo ahora mismo, pero míralo por el lado bueno: nunca la decepcionarás, ¿verdad que no? Jamás se aburrirá de ti ni te pondrá los cuernos, no te romperá el corazón en tantos pedazos que no podrás soportar oír su nombre nunca más. Siempre será así. Siempre estaréis tan enamoradas como ahora.

Dicho así, no suena tan mal.

Eso debería bastarme, lo sé. No es que crea que somos especiales, no, es que creo en ella. Creo en nosotras. Creo que somos más que esto. Y que lo que sentimos no es solo atracción. Va más allá del deseo y de la impaciencia adolescente. Hay algo más profundo. Algo que me hace querer vivir. Y soy consciente de que no puedo, pero ella sí. Aún puede aferrarse a la vida, aunque eso conlleve mi desaparición definitiva.

Que Caronte me lleve. Sería preferible a ver morir a Poppy sabiendo que podría haberlo evitado. No soportaría verla subir a la barca y marcharse a algún lugar en el que jamás podría encontrarla. Ese no es un paso necesario para que todo lo que Esen acaba de decir se haga realidad. Aunque viva hasta los noventa años, jamás la decepcionaré. Siempre será así. Siempre estaremos tan enamoradas como ahora.

Siempre seré la chica que le salvó la vida.

Quiero serlo.

Esen debe de saber lo que estoy pensando, porque vuelve a negar con la cabeza.

—No puedo impedírtelo. No puedo ni decirte que yo no haría lo mismo, ese gran gesto romántico, porque te estaría mintiendo. Salvar a Poppy para que pueda vivir la vida que a ti se te

ha negado es una tentación demasiado grande. Tú prométeme que te lo pensarás. Si sigues empeñada en hacerlo, más vale que merezca la pena. Tanto el gesto como la persona por quien lo haces.

No me hace falta pensármelo.

Claro que merece la pena.

VEINTE



Deborah llama a Esen porque tiene un encargo para ella cerca de Turner Park, así que, tras pedirme que le escriba luego, se va. En cuanto la puerta principal se cierra tras ella, oigo que Poppy me llama y me pide que suba. Cuando lo hago, veo que está vestida de negro, igual que yo. Pitillos negros. Calcetines negros. Un jersey negro extragrande. Tiene la piel de un tono rosado por efecto de la ducha y parece tan adorable que me entran ganas de abrazarla, de sentir el tacto de su jersey de lana con los dedos, pero entonces me percató de que al fin estamos solas.

No creo que Poppy esté pensando lo mismo, porque me da una caja de plástico verde. La observo y veo que es un botiquín. Cuando alzo de nuevo la vista, me muestra la barbilla y alza las manos.

—¿Crees que debería hacer algo al respecto? ¿Debería ponerme una tirita?

Me acerco un poco más para observar las heridas que se ha hecho al caerse en el cementerio.

—Ya no sangran, yo creo que lo mejor será que se sequen al aire. No obstante, vamos a desinfectarlas por si acaso les ha entrado champú mientras te duchabas.

Se da la vuelta y se dirige al cuarto de baño. La sigo y la alcanzo junto al lavabo. El espejo que hay encima está empañado, así que no puedo ver nuestro reflejo mientras abro el botiquín y lo dejo sobre el borde del lavabo. Tomo un sobrecito lleno de líquido transparente y me aseguro de que es suero antes de cortar una esquinita con las minitijeras que hay al fondo de la caja, entre las tiritas y las vendas.

—Acércate —le pido, y le vierto un poco en la barbilla. El suero se desliza sobre su piel y cae en el lavabo. Ella se estremece y yo me detengo—. ¿Escuece?

Niega con la cabeza.

—Está frío.

Repito la misma acción en cada una de las heridas de las manos y, cuando he terminado, tomo la toalla del colgador que hay al lado del lavabo y le seco los cortes con cuidado. Vuelve a estremecerse y me disculpo, pero entonces me agarra de la muñeca. Me aprieta tan fuerte con los dedos que sus anillos de plata se me clavan en la piel; dejo lo que estaba haciendo, pues temo haberle hecho daño.

No obstante, alza las pestañas para mirarme.

—Te he echado mucho de menos, Ash.

—Yo también —digo de inmediato, sin dejar pasar ni un segundo.

Cierra los ojos y, antes de que me dé tiempo a desear que pase, inclina la cabeza y roza sus labios con los míos. Ya no queda espacio entre nosotras y no me atrevo a moverme. Me aferro con tal intensidad a la toalla porque necesito algo a lo que agarrarme, porque esto no puede estar pasando. Estoy teniendo un sueño febril, de esos en los que crees estar atrapada en una casa en llamas de la que no puedes salir.

Salvo que no quiero escapar.

Quiero quedarme aquí para siempre.

Sin embargo, cuando se separa y me mira, sus ojos están casi negros, con la salvedad de una fina línea de azul que los rodea. Se lame los labios, me arrebató la toalla de las manos y la tira al lavabo, luego me vuelve a apretar contra su cuerpo. Creía que era imposible estar más cerca, pero aquí está, con el pecho pegado al mío, una mano en la parte baja de mi espalda y los dedos de la otra enredados en mi nuca, y yo espero. Espero sentir lo mismo que aquel día bajo el puente, la primera vez que me besó. Pero no es lo mismo. Noto el calor de su boca y el movimiento lento de su lengua, pero no me enciende como sucedió aquella noche. A pesar de todo, algo hay —una sensación muy muy lejana— y recuerdo lo que me dijo Dev. Ya no podemos sentir lo mismo que antes, pero podemos recordarlo, si nos lo permitimos.

Así que me permito recordar cómo me abrazó bajo el puente y sé que esto es distinto. Tampoco se parece al beso de despedida que me dio en Nochevieja. Aquel fue simple, el tipo de beso que das cuando sabes que pronto llegará otro —y otro, y otro, y otro—; en cambio, ahora me está besando como si fuese la última oportunidad, como si esta fuese nuestra última noche juntas. Entonces me permito abrazarla, aferrarme a ella y desear que sepa que yo tampoco tengo ninguna intención de soltarla.

Al final, se aleja, le tiembla todo el cuerpo. Me agarra la cara entre las manos y me mira —de verdad—, como si intentase reaprender todo lo que sabe sobre mí. El color de mis ojos. El pendiente de mi nariz. El lunar del puente de mi nariz. Enrosco los dedos alrededor de sus muñecas, imitando el gesto que ella ha hecho hace unos minutos, y aprieto tan fuerte que hasta siento su pulso. Va demasiado rápido, y debería preocuparme, pero ¿cómo iba a hacerlo?

Es cosa mía.

Lo he provocado yo.



Nos besamos y nos seguimos besando hasta que se derrumba entre mis brazos y su cabeza cae sobre mi hombro.

—Venga —dice contra mi cuello, me toma de la mano y me saca del cuarto de baño.

Cuando nos detenemos ante la puerta de su habitación, dudo, y ella me mira con una sonrisa

adormilada.

—No te preocupes, no estoy de humor para eso. Solo quiero echarme un rato, antes de que lleguen mis padres. Ha sido una noche muy larga.

—No es eso. Es que las parcas no dormimos, ¿sabes?

—No quiero dormir. Solo quiero tumbarme un ratito.

«No es mala idea», pienso, y dejo que me arrastre hacia su enorme dormitorio rosa.

—No me dejes dormirme, ¿vale? —me dice mientras mira el móvil, que está cargando en una de las mesillas de noche. Luego se tumba en la cama con un largo suspiro.

Yo me siento en el borde, me desato las botas y me las quito antes de tumbarme a su lado. Ella se acurruca junto a mí al instante y me pasa el brazo sobre la barriga.

—Que no me duerma, ¿eh? —insiste—. No quiero perderme nada.

Asiento.

—¿Me lo prometes?

La oigo respirar cada vez más lento y cuando me percató de que se está quedando dormida, casi la despierto. Casi le doy un codazo y la obligo a contármelo todo. Todos sus secretos, por si acaso no nos queda mucho tiempo y esto es lo último que nos podemos decir. No obstante, suena tan tranquila y el sube y baja rítmico de su pecho es tan relajante que casi bastaría para adormecerme a mí también (si es que tal cosa fuese posible, claro). Así que la dejo caer en los brazos de Morfeo. A pesar de que detesto haber roto una promesa, necesita descansar, así que me quedo ahí tumbada mientras ella duerme entre mis brazos, cuento cada respiración que exhala contra mi cuello y espero la siguiente —una, dos, tres, cuatro— mientras miro por los altos y anchos ventanales y deseo que el sol salga pronto.

VEINTIUNO



Poppy se despierta sobresaltada y se incorpora de un salto cuando me ve tumbada a su lado, con la cabeza en su almohada. Nos quedamos mirándonos un instante y, de nuevo, sé que no debería, pero me siento increíblemente afortunada porque creía que jamás sabría lo que acabo de descubrir: el aspecto que tiene al despertarse. Sus ojos pesados y su boca suave, las finas arrugas en su mejilla formadas por los pliegues de la almohada, su cabello alborotado y, aun así, perfecto. Todos estos detalles secretos que muy poca gente sabe sobre ella. Ahora yo formo parte de ese grupo de personas.

Parpadea, naturalmente no tiene claro si soy yo de verdad o si esto forma parte del sueño que estaba teniendo. Alarga la mano, toca mis labios con cautela y espera, como si temiese que fuera a desaparecer en cuanto su piel contactase con la mía. Cuando ve que eso no sucede, le cambia la cara y se estremece al recordar todo lo sucedido. El cementerio. Yo. Esen. Dev. No querer morir en aquel puto banco.

Se le hunden los hombros y me levanto, aunque no sé exactamente para qué. No sé qué hacer para reconfortarla. ¿Le aprieto con suavidad el hombro? ¿La acerco a mí? ¿Le miento y le digo que todo va a salir bien?

Antes de que pueda decidirme por una de esas opciones, me golpea en el brazo.

—¡Me prometiste que no dejarías que me quedase dormida!

Por un instante, de verdad creo que está enfadada conmigo, pero entonces sonrío.

—Buenos días —dice, y jamás había estado tan contenta de oír esas dos palabras.

—Buenos días.

Lo hemos conseguido.

Me pregunto si estará pensando lo mismo cuando se acerca a mí para besarme en la boca. Es un beso leve —apenas perceptible—, muy parecido a la caricia que me ha dado en los labios hace unos instantes, y me alegro. Me alegra que no me haya metido la lengua hasta el fondo. Se aparta y me mira de nuevo, tiene mi cara entre sus manos, y me pregunto si esto que siento es certeza. Mirar a una persona y saber —sí, saber— que siente por ti exactamente lo mismo que tú por ella. Que no va a ignorarte al día siguiente en el instituto o besarse con el primer chico dispuesto a ello solo para probar que lo vuestro no significó nada. Que tú no significaste nada. A veces, cuando me mira, me siento así y me da por pensar en lo grande que es el mundo. En lo

lejos que está todo. En lo corta que es mi vida. En lo corta que parece que va a ser la suya. No obstante, aquí estamos, al mismo tiempo, en el mismo pedacito de tierra.

¿Sabes lo imposible que es eso?

A veces pienso en lo que podría haber pasado si no nos hubiésemos conocido en el barco. Si nuestra clase hubiese tomado el siguiente ferry o si la suya hubiese tomado el anterior, o si el señor Moreno no mostrase tanto entusiasmo por las energías renovables y se limitase a obligarnos a leer un libro sobre el tema. No solo no nos habríamos conocido, sino que yo habría ido a la fiesta de Fin de Año de Donna Niven, me habría emborrachado y habría besado a alguien poco aconsejable a medianoche mientras Poppy estaba sentada en la playa, seguramente besando a otra persona; luego nos habríamos ido a casa y nos habríamos metido en la cama sin desmaquillarnos, completamente ignorantes de lo que nos habíamos perdido.

Que nos habíamos perdido esto.

A nosotras.

Aquí.

Ahora.

Nos quedamos en silencio durante un rato y dejamos que la quietud nos envuelva.

En un momento dado, se gira para mirarme con una pequeña sonrisa.

—Venga, tengo que salir de aquí. No puedo respirar.

La miro acercarse al armario y abrirlo. Saca un abrigo negro que nunca le había visto y se lo pone antes de dirigirse a la cómoda y abrir el último cajón. Saca una bufanda amarilla a cuadros que tampoco le había visto nunca, se la enrolla al cuello y coge unos guantes negros de lana.

Recoge un par de botas negras que estaban en el suelo, al lado de la cama, y luego mira el dormitorio como si fuese la última vez. De pronto se la ve triste. Tan triste que doy un paso hacia ella.

—¿Qué pasa, Pops? ¿Quieres que esperemos a que lleguen tus padres para que les puedas decir adiós?

—No es eso. —Niega con la cabeza—. Es raro. Creía que quería estar aquí, pero tengo un sentimiento extraño.

—¿Cuál?

—La necesidad de ir a casa. —Vuelve a contemplar el cuarto—. Pero ya estoy en casa, ¿no?

VEINTIDÓS



Poppy no puede dejarlo así. Sé que la relación que tiene con sus padres es rara —sobre todo con su padre—, pero tiene que despedirse de ellos.

«Despejarse un poco le vendrá bien», pienso mientras la sigo hacia la calle y cierro la puerta tras de nosotras. Le daré un rato para que se componga y decida qué les va a decir y luego la convenceré de que regrese.

No obstante, ella parece tener otros planes en mente.

—¿Dónde están Esen y Dev?

Me encojo de hombros.

—Ni idea.

—¿Las puedes llamar?

—¿Por qué?

Se pone los guantes.

—Me apetece jugar al minigolf y es más divertido si somos cuatro.



Cuando llegan Esen y Dev, nos encuentran sentadas en uno de los bancos de la terraza que hay sobre la cafetería de la playa, mirando el mar. Hace un día sorprendentemente soleado para ser enero. Aun así, dado que son las diez de la mañana de un domingo, somos las únicas clientas. En el parque que hay a nuestros pies vemos a una mujer con cara de agotada empujando un cochecito adelante y atrás mientras bebe lo que asumo que es un café bien cargado.

Poppy se ha pedido un *latte* con leche de avena, que ya se está terminando cuando llegan Esen y Dev.

—¡Al fin! —exclama cuando las ve. Alza las manos en señal de celebración.

Esen no es de las que alzan las manos en señal de nada, pero al recordar cómo estaba Poppy la última vez que la vio, se preocupa, y con razón.

—¿Está bien? —me pregunta mientras Poppy nos dice que la sigamos y se dirige hacia la cafetería.

—¿Tú qué crees?

La oigo farfullar algo mientras me alejo de ellas para seguir a Poppy, y luego algo más cuando Dev le dice que no sea tan gruñona; unos instantes más tarde, las oigo bajar por las escaleras detrás de mí. La mujer sigue ahí, tomándose su café y moviendo el carrito mientras las gaviotas picotean en el parque desierto, sin duda en busca de alguna patatita o tortita de arroz abandonada.

Poppy está junto a la barra de la cafetería, casi vibra de la emoción.

O puede que sea por la gran cantidad de cafeína que ha bebido.

—¡Viva, minigolf! —Aplaude como una posesa.

Esen me mira y entrecierra los ojos.

—¿Miniqué ha dicho?

No le había contado los planes —por razones más que evidentes— y alzo un dedo para hacerla callar.

—Te recuerdo que Poppy puede estar a punto de morir, así que si le apetece jugar al minigolf, jugaremos al minigolf —le advierto, en un susurro cortante.

—Ni de coña —responde Esen a media voz.

—Venga, Ess —la anima Dev, que se une al aplauso de Poppy—. Hace años que no juego al minigolf.

—¡Cuatro, por favor! —Poppy casi le canta el pedido al hombre que está tras la barra de la cafetería.

Él la mira como si no la hubiera entendido.

—Estamos en enero.

—Ya.

—¿Por qué ibais a querer jugar al minigolf en enero? Si hace un frío que pela.

Esen me mira y alza la mano hacia el hombre como diciendo: «¿Ves? Hazle caso a este señor».

A Poppy le da todo igual.

—Ya entraremos en calor mientras jugamos.

—Pero si hace mucho viento.

—Y ¿cuándo no hace viento en Brighton? Además, así podré poner a prueba mis bien pulidas habilidades.

El hombre parece seguir convencido de que está loca de atar, pero no tiene ninguna intención de seguir discutiendo con ella, de modo que va a buscar cuatro palos y un par de pelotas.

—Jugaréis por equipos, ¿no? —dice al darnos los instrumentos.

Poppy los toma con una gran sonrisa.

—Sí, por equipos. Uno ganador y el otro perdedor.

Les saca la lengua a Esen y a Dev.

—Me debes una —farfulla Esen cuando Poppy alza el brazo para indicar que nos dirijamos al

campo de juego—. Una bien gorda.

Asiento, aterrada de lo que me pedirá a cambio de obligarla a jugar al minigolf.



Sé que no me debería sorprender, pero Poppy es supercompetitiva. Cuando propuso este plan, imaginé que nos reiríamos, tontearíamos y ella me enseñaría a jugar abrazándome por la espalda. En cambio, está demasiado centrada en dividirnos en dos equipos y en explicar las normas. Yo ni siquiera sabía que existiesen reglas, pero parece ser que las hay. Y muchas. Además, estoy casi segura de que Esen no las va a cumplir, porque se pasa toda la explicación mirándome como si estuviese a punto de apalearme con el palo de golf, que balancea con la mano.

—Vamos a ello. —Sonríe Poppy, y le lanza una bola a Dev.

—Quiero dejar claro, antes de empezar, para que no haya confusiones —dice Esen, y yo me pongo tensa, pues no tengo ni idea de qué está hablando—. Esto parece el guion de una peli de serie B, de esas en las que la prota, que está a punto de morir, reta a tres parcas a una partida de ajedrez en la que está en juego su alma. O, en este caso, de minigolf. Si ganas, Poppy Morgan —la señala con el palo de golf y niega con la cabeza—, no cuentes con que haya ningún cambio en tu destino, ¿entendido?

Sé que estamos solas, pero miro alrededor para asegurarme de que nadie la haya oído. Poppy se ríe —con esa risa salvaje y brillante que me parece llevar años sin escuchar— y ya me da todo igual, porque es feliz.

Mira qué feliz es.



Nunca había jugado al golf —ni mini ni maxi—, y me alivia descubrir lo fácil que es, incluso con viento. Los primeros golpes son sencillos, pero cuando llegamos al puente, se hace patente que Esen es tan competitiva como Poppy. O incluso más.

—¡Es demasiado difícil! —gruñe cuando la pelota vuelve a rodar hacia ella justo después de lanzarla.

Vuelve a intentarlo y, cuando obtiene el mismo resultado, golpea el césped artificial con el palo. Tiene el pelo alborotado.

No puedo mentir, si no fuese porque parece furiosa y tiene un palo de golf en la mano, me reiría.

Dev acude al rescate y le dice que se tranquilice o nos echarán. Esen se calma

momentáneamente, pero al instante comienzan a discutir sobre cómo llevar la bola hacia el otro lado del tronco de la palmera.

—¡Tongo! —brama Esen—. Está tan trucado como las máquinas de dos peniques del muelle. ¡Tiene imanes o algo!

—Qué va a haber imanes, Ess. —Dev pone los ojos en blanco—. Es que eres malísima.

Esen vuelve a golpear el césped artificial con el palo y no sé si es a causa de la frustración o un intento de desconectar los imanes que le impiden pasar la bola por encima del puente, pero Poppy se ríe.

—Bueno, así que minigolf —le digo mientras observo a Esen agacharse para recoger la pelota y amenazar con lanzarla al mar—. De todas las actividades posibles, ¿por qué has elegido esta?

—No lo sé. —Se encoge de hombros y sonríe para sí misma mientras contempla a Esen y a Dev—. Pensé en la última vez que recuerdo haber sido feliz. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa—. En Nochevieja, contigo. —Arruga la nariz y me da un beso rápido en la boca—. Antes de eso, la última vez que recuerdo sentirme feliz de verdad, fue cuando cumplí once años.

—¿Ah, sí?

—Cogí el tren en la estación Black Rock con mi padre. —Se detiene para señalar con el pulgar sobre el hombro y luego apunta al frente—. Hasta el muelle. Jugamos a las máquinas de dos peniques, las de los imanes, y luego nos gastamos el botín en algodón de azúcar y helados; por último, volvimos a tomar el tren y vinimos aquí a jugar al minigolf. Fue el mejor día de mi vida. De verdad. Lo pasé genial.

Suspira con tristeza y entonces comprendo por qué quería venir aquí.

Así piensa despedirse de su padre.

—Qué chulo —comento; la tomo de la mano y juro que me estremezco cuando nos tocamos.

O a lo mejor ha sido ella.

—Sí que lo fue. —Su sonrisa ha perdido el brillo al volver la mirada hacia Dev y Esen—. Unas semanas después me mandaron a Wycombe Abbey. No sé qué es lo que hice. —Se encoge de hombros—. Por qué de repente me volví tan difícil de querer.

Antes de que pueda intervenir, se va a jugar, pues Dev al fin ha conseguido arrebatarse la bola a Esen. Poppy ejecuta un lanzamiento perfecto y Dev ahoga un grito, hasta se cubre la boca con la mano.

—¡Vamos, no me jodas! —suelta Esen, y tira el palo, que rebota dos veces y se queda sobre el césped artificial. Luego se marcha enfurruñada hacia un *tiki* que tiene exactamente la misma expresión que ella.



Dev se tiene que ir porque Deborah la ha llamado con un encargo, así que, como nos hemos

quedado sin la responsable de calmar a Esen, sugiero que lo dejemos en tablas. Casi esperaba que Poppy objetase, pero no parece darle importancia, sino que se lo toma con humor mientras le intenta explicar al encargado del minigolf por qué el palo de Esen está todo doblado.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —le pregunto mientras nos dirigimos a Duke's Mound.

Se lo piensa un instante y me pregunto si habrá elaborado una lista de todas las cosas que quiere hacer antes de... eso. Entonces recuerdo las listas que redactamos en Nochevieja. No tuve ocasión de hacer ninguna de las cosas que había en la mía, pero a lo mejor aún tenemos tiempo de hacer alguna de las que había en la suya. Seguro que le apetece hacer algo aparte de jugar al minigolf.

—Quiero comer una tostada —anuncia cuando retomamos el camino.

Vale.

Pues a comer tostadas se ha dicho.

—¿Volvemos a tu casa, entonces? —pregunto, y señalo el otro lado de la calle con la barbilla.

—No tenemos tostadora. —Parece avergonzada—. Ni pan. No. —Se detiene y espera a que pase un autobús antes de cruzar la calle—. Aquí cerca hay un sitio en el que sirven el mejor desayuno vegano del mundo.

Esen la señala.

—¿La cafetería azul que hay enfrente de St. Mary's Hall?

—¡Sí! —Poppy le devuelve el gesto—. ¿Lo has probado?

—No. Aún no había abierto cuando yo estaba... ya sabes. Pero siempre que paso por delante está a tope.

Poppy no le dirige ni un vistazo a su casa, sino que sigue avanzando por Lewes Crescent. Cuando pasamos junto a los jardines de Kemptown, me entra la tentación de preguntarle si tiene la llave para entrar a ver si está mi padre. También estamos cerca del hospital, ¿no? Hace un par de días, me las habría apañado para ir por allí de vuelta a la librería y me habría rezagado con la esperanza de ver a mi madre aunque fuera de pasada. No obstante, después de ver a Poppy, no me atrevo, pues me aterra lo que pueda pasar. Poppy debe de darse cuenta de lo que estoy pensando, porque me toma la mano y la aprieta, y cuando la miro, me da un golpecito con la cadera.

—Ahí está —dice cuando ya llegamos al final de Sussex Square.

Señala la cafetería, que está exactamente donde ha dicho Esen —en la esquina, justo enfrente de St. Mary's Hall— y a tope, pues la cola serpentea frente a la puerta y se extiende por la acera. Cuando nos estamos colocando al final de ella, oigo que me suena el móvil y me lo saco del bolsillo trasero de los vaqueros. Es Deborah.

—Mierda —farfullo antes de descolgar—. ¿Sí?

No me devuelve el saludo.

—Ash, estás con Esen, ¿verdad?

—Sí. —Frunzo el ceño, ¿cómo lo sabe?

A lo mejor Esen le contó que iba a quedar conmigo.

—¿Estáis cerca de St. Mary's Hall?

Vale. Eso sí que es imposible que lo sepa.

Miro a mi alrededor, suspicaz.

—Sí.

—Estupendo. Habrá un apuñalamiento por allí cerca y es mejor que os encarguéis las dos.

—¿Un apuñalamiento?

Intento no decirlo muy alto, pero miro a Poppy y veo que no me está oyendo, pues está distraída con dos *pugs* que pasan a nuestro lado. Esen sí que me oye, frunce el ceño y me pregunto si estará pensando lo mismo que yo.

«No digas Poppy Morgan.»

«No digas Poppy Morgan.»

«No digas Poppy Morgan.»

—Sí. —Deborah hace una pausa y me parece que pasa una eternidad antes de que diga—: Alfie Fuller.

Niego con la cabeza para informar a Esen. Aunque no me haría falta, porque siento tal alivio que no me cabe duda de que se me nota en la cara.

—¿Dónde? —pregunto.

—El Manor. ¿Lo conoces?

—Sí. —Mi prima jugaba al fútbol allí los sábados por la mañana—. ¿Cuándo?

—Pronto, a las 12.13.

—Vale, vamos para allá.

—¿Quién era? —pregunta Poppy en cuanto cuelgo.

—Deborah —le respondo, y miro a Esen—. ¿Cómo sabía que estaba aquí, y contigo?

Pone los ojos en blanco.

—Ya te lo he dicho, es una bruja.

—Eso u os rastrea los teléfonos —dice Poppy, ajustándose su gorro de lana con pompón.

Miro el móvil que sostengo en la mano y luego a Esen, que tiene pinta de estar tan horrorizada como yo.

—¿Qué? —Alzo el aparato—. ¿Este cacharro de mierda? Si no tiene ni internet.

Aún no me he ganado el derecho a tener un iPhone, como Dev y Esen.

Poppy se encoge de hombros.

—Los dispositivos de seguimiento son diminutos. Caben en casi cualquier sitio.

Vuelvo a mirar a Esen y sospecho que ella también está planteándose tirar su móvil en medio de la calle.

No obstante, se limita a alzar la barbilla.

—¿Qué tenemos?

—Un apuñalamiento. —Señalo con la barbilla en dirección al Manor—. Bastante cerca.

—Vale. —Poppy se saca los guantes del bolsillo del abrigo y se los pone—. Dejamos las tostadas para más tarde.

—Ni de coña —le digo, y alzo la mano—. Tú espéranos aquí. Volveremos a por ti cuando hayamos terminado.

—¿Cómo se te ocurre que es más seguro dejarme aquí sola? —pregunta con el ceño fruncido a más no poder—. ¿Y si sucede y no estás conmigo?

—No le falta razón —admite Esen. Cuando la miro, se encoge de hombros—. No la puedes dejar sola.

—De acuerdo —admito con un resoplido—. Pero no te acerques, ¿entendido? No te involucres.

Poppy asiente con la cabeza, obediente.



Llegamos al Manor a las 12.13 en punto y encontramos un cadáver despatarrado en medio del campo. Debe de acabar de suceder, porque hay dos tipos corriendo a toda prisa hacia los pisos del otro lado del campo. Esen los observa mientras escapan y luego se gira hacia mí.

—Deben de haber sido ellos.

—¿Ellos? —Poppy frunce el ceño—. Si solo hay uno.

Tardamos un poco más de lo debido en darnos cuenta, pero cuando nos percatamos de que Poppy no es capaz de ver a Alfie Fuller —y nosotras sí—, Esen y yo nos miramos y decimos al unísono:

—¡Mierda!

¿Por qué estas cosas solo pasan cuando estoy con Esen?

Ella echa a correr.

—¡Quédate con Poppy! —grita por encima del hombro. Luego, cuando se da cuenta de que no sabe quién es el vivo y quién el muerto, mira hacia atrás y pregunta—: ¿Cuál de los dos es?

Miro el cadáver que tengo a mis pies.

—El de la capucha con forro de pelo.

Lo alcanza, lo agarra de la capucha y tira de él. Alfie trastabilla y cae de espaldas sobre la hierba. Ella lo ayuda a incorporarse y él está tan empeñado en quitársela de encima que no parece darse cuenta de que su cuerpo está tirado en medio del campo, porque no pierde los papeles. Al acercarse a nosotras de nuevo, oigo que Esen le dice:

—Sí, ya sé que te ha apuñalado, pero tienes que venir conmigo.

—¿Qué sois? —escupe, mirando a Esen y luego a mí y a Poppy—. ¿Polis?

—Más quisieras —responde Esen, que lo agarra del codo y lo guía hacia la puerta.



La última vez que estuve en esta zona de la playa fue en la fiesta de las parcas. Ahora está vacía, pero insisto en que Poppy y yo nos escondamos detrás de uno de los autobuses que están aparcados en la carretera mientras Esen conduce a Alfie Fuller hasta la barca de Caronte. Si por mí fuese, no estaríamos tan cerca, pero Poppy se ha empeñado en que quería verlo.

—No veo nada desde aquí —dice con un mohín mientras saca la cabeza por uno de los extremos del autobús.

—No verías nada desde ningún sitio —le recuerdo, y tiro de su manga para que se vuelva a esconder—. Ya te lo he dicho, las únicas que podemos ver a Alfie somos Esen y yo. ¿Cómo crees que podríamos traerlo hasta aquí sin que nadie nos descubriera?

Poppy parece decepcionada.

—Pensaba que quizá...

«Yo espero que nunca...», pienso mientras Esen regresa, con los rizos rebotando.

—¿Todo bien? —le pregunto cuando nos encuentra detrás del autobús.

—Al final me lo he ganado, ¿a que sí?

—¿Por qué de los más de doce encargos que he hecho con Dev ninguno ha salido corriendo?

Esen sonríe y se sube el cuello del abrigo.



Decidimos volver a la librería, pues consideramos que debería dar la cara ante Deborah para evitar levantar sospechas. Poppy debe de estar cansada, porque propone que vayamos en autobús. Cuando le decimos que preferimos ir a pie, porque así llamaremos menos la atención, pide un taxi. No creo que sea mejor opción, pero el conductor está tan enfrascado en una discusión por el manos libres que cuando se detiene en Duke's Mound para que nos subamos, casi ni nos mira.

Nos apeamos en North Road y Esen se ofrece a quedarse con Poppy, que ha decidido que ahora quiere probar todos los téis disponibles en Bird & Blend. A menos que se atragante con un pétalo de rosa, no creo que le vaya a pasar nada, así que me despreocupo y, tras dejarla a cargo de Esen, me encamino hacia la librería. En cuanto cruzo el umbral, saludo a Dev, que está tumbada en el sofá leyendo un libro, con las botas, que, por cierto, nunca le había visto, puestas sobre el reposabrazos. Me giro para saludar a Deborah, pero al no encontrarla tras el mostrador, vacilo, miro alrededor y compruebo que estamos solas. Deborah siempre está por aquí —siempre

—, pero antes de que me dé tiempo a preguntarle a Dev dónde se ha metido, emerge de detrás de una de las pilas de libros enarbolando un plumero.

—Señorita Persaud.

Se ha vuelto a cambiar de ropa, ahora lleva una camiseta ajustada metida por dentro de unos pantalones pesqueros negros y unos zapatos de cordones de cuero reluciente; muy a lo Audrey Hepburn.

—¿Qué tal en el Manor? —pregunta, y se apoya contra una estantería—. ¿Algún problema?

—Pues claro. Iba con Esen —digo, y me siento en uno de los sillones.

Les relato la historia de Alfie Fuller, cómo salió corriendo tan campante, y Deborah sonrío tanto que muestra un hueco entre los incisivos que jamás le había visto.

—Típico de Esen —susurra, y niega con la cabeza.

Continúa desempolvando los libros y Dev comienza a hablarme sobre su fiesta de cumpleaños, que, con todo el rollo de Poppy, había olvidado que celebraría esta misma noche. Tras unos diez minutos, decido que ya he debido de convencer a Deborah de que todo va como es debido y que ya me puedo ir.

Antes, no obstante, miro la lámina enmarcada que cuelga junto a la puerta. Debo de haber pasado junto a ella docenas de veces, pero nunca me había fijado bien y debía de haber asumido que se trataba de un cuadro abstracto de un círculo negro sobre un fondo de color crema. Sin embargo, cuando me detengo ante él, veo que en el centro del círculo hay una serie de puntos y líneas y, sobre estos, un título.

—*Carte Céleste* —leo en alto, aunque no sé si lo he pronunciado bien.

Debo de haber acertado, porque Deborah no me corrige y simplemente traduce:

—Carta celeste. —Me doy la vuelta para mirarla y descubro que me está escrutando por encima de las gafas desde detrás del sofá—. Es un plano de las estrellas.

Vuelvo a mirar la lámina, resigo cada línea hasta el punto al que conduce, y luego otra, y otra, intentando dar con un patrón. No obstante, no parece seguir ningún orden, cada figura es ligeramente distinta. Los cuadrados no simétricos, y los triángulos son todos de distinto tamaño. Algunas de las formas no soy capaz ni de reconocerlas, «Pero seguro que Rosh sí que podría», pienso mientras la contemplo.

—Ash —dice Deborah cuando ya he alcanzado la puerta y me preparo para lo peor.

No obstante, me doy la vuelta con lo que espero que sea una sonrisa despreocupada en la cara.

—Ya sé que hoy es la fiesta de cumpleaños de Dev, pero estate atenta al móvil, ¿de acuerdo?

Asiento y me devuelve el gesto; luego desaparece entre las pilas de libros de nuevo.



Poppy sigue en el Bird & Blend, tomando té, y Esen está junto a la puerta, claramente aburrida.

—¿Todo bien? —pregunta Esen en cuanto me ve.

—No creo que sospeche nada. —Cruzo los dedos y los levanto para que los vea—. ¿Poppy cómo está?

—Bien. La ha llamado su madre.

—¿Ah, sí? —digo, pues de pronto me saltan las alarmas—. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Mientras me intentaba convencer de que probase un brebaje llamado Arrorró Frambuesa. —Hace una pausa para mirar a la mujer que se acerca con una jarra de agua hirviendo en la que flota lo que a todas luces parece un popurrí de flores y hierbas. Pilla la indirecta y se va hacia otra parte—. No quería meterme en conversaciones ajenas, así que no sé lo que se habrán dicho, pero ahora parece más contenta.

Como si nos hubiese oído, Poppy se da media vuelta y me ve junto a la puerta, hablando con Esen, y se aproxima a nosotras dando saltitos. El pompón de su gorro de lana rebota a cada paso.

—¿Qué tomas? —pregunto, y señalo el vaso de cartón que lleva en la mano.

—¡Té *chai* de bizcocho de plátano! —sonríe, y me lo ofrece.

—Antes de nada —le digo con voz severa, y le retiro el vaso—, *chai* significa «té», así que acabas de decir «té té». —Me saca la lengua, yo retiro la tapa del vaso y miro con desagrado el contenido antes de devolvérselo—. Esto no es *chai*.

Se encoge de hombros, vuelve a tapar el vaso y toma un sorbo mientras nos dirigimos de nuevo hacia la calle.

—Pues a mí me gusta.

—Escucha. —Esen se detiene y señala con la barbilla en dirección a North Street—. Voy a ayudar a Dev a preparar la fiesta.

A Poppy se le ilumina la cara.

—¿Hay una fiesta?

—No puedes asistir —le dice Esen, sin ninguna intención de ser diplomática con ella—. Es solo para parcas.

Poppy hace un mohín.

—Pero yo soy casi del gremio.

—Qué vas a ser.

—¡Oye! —La señala con el vaso de té té—. Antes os he ayudado. Alfie Fuller se habría escapado de no ser por mí.

—Tiene razón —admito, y asiento con la cabeza.

—Además —añade Poppy—, no creo que nadie sepa que no soy una parca. Seguro que no os conocéis todas.

—Claro que no —acepta Esen, y se mete las manos en los bolsillos del abrigo—. No obstante, paso de arriesgarme.

—Si me preguntan, puedo decir que soy de Hastings o algo así —insiste Poppy.

—¿Y si quien pregunta es de Hastings? ¿Te das cuenta del lío en el que nos meteríamos?

Claro que no.

—¿Qué? —pregunta Poppy cuando me pilla gesticulándole a Esen para que se calle.

—Nada. —Sonrío con dulzura—. No pasa nada.

—Claro que pasa —escupe Esen, que ha alzado la voz.

Poppy y yo nos sobresaltamos por el cambio de tono. Cuando miro a Esen, veo que de pronto está furiosa, toda su cara se ha endurecido.

—¿Cómo puedes decir que no pasa nada, Ash? Se os ha ido la olla. —Se saca la mano del bolsillo del abrigo y se da unos golpecitos con el dedo en la sien—. Que si minigolf, que si té... ¡Os comportáis como si todo esto fuese un juego!

Me quedo tan perpleja que no sé qué decir, así que me limito a mirarla. No tenía ni idea de que estuviese tan estresada. No parecía preocupada hace una hora, cuando me dijo que no dejase a Poppy sola para ir a encargarnos de Alfie Fuller por si acaso se atragantaba con la tostada.

Como no respondo, se enfada aún más y se dirige a Poppy.

—Y tú. —Ahora la señala a ella con el dedo—. No deberías saber quiénes somos ni a qué nos dedicamos. Y mucho menos acompañarnos a los encargos. ¿Sabes lo que haría Deborah si se enterase?

Poppy da un paso atrás, tiene los ojos húmedos y, sin darme tiempo ni a pensar en lo que estoy haciendo, me interpongo entre ellas.

—¡Ni se te ocurra volver a gritarle! ¡Te mataré de nuevo si hace falta!

No sé de dónde ha salido este rugido, pero me siento como si pudiese abrir el cielo en dos de un puñetazo.

Esen no muestra ni la más mínima señal de sorpresa, sino que se relame ante un posible duelo.

No obstante, antes de que pueda hablar, doy otro paso hacia ella y ahora soy yo quien saco el dedo a pasear.

—Nada de esto es culpa de Poppy. Está a punto de morir y no sabe cómo ni cuándo, así que ten un poco de consideración con ella. Si tienes que reñir a alguien, Esen, aquí me tienes. —Me golpeo el pecho con la mano—. Soy yo quien te ha metido en este lío.

—Sí, tienes razón —me recuerda con una sonrisa de suficiencia—. Y ahora estamos todas bien jodidas.

Alzo los brazos.

—¿En qué sentido?

—Si quieres seguir con esto —Esen señala a Poppy—, por mí bien. Ya sabes en lo que te estás metiendo. Pero si Deborah se entera de que Dev y yo sabíamos lo que estaba sucediendo y que te ayudamos, se nos va a caer el pelo, Ash.

—No se enterará —insisto, pero ni siquiera yo misma me lo creo.

Es Deborah.

—Le aseguraré que no sabíais nada —prometo, porque no puedo hacer nada más—. Que fue todo cosa mía.

—No seas ingenua, Ash. Seguro que estos temas los llevan sus superiores. Y probablemente ya estén al corriente.

Eso no se me había pasado por la cabeza.

Al fin comprendo lo que está queriendo decir y de pronto me entra un pánico tremendo.

—Tranquila. —Alzo las palmas y no sé si se lo estoy diciendo a ella o a mí misma—. Todo saldrá bien.

—Pues vale. —Niega con la cabeza y da un paso atrás—. Haz lo que quieras, Ash. Como siempre.

—¡Eso no es justo, Esen! —le grito; se ha dado la vuelta y se aleja calle abajo.

Sin embargo, no se da la vuelta, y se la traga la masa de turistas y domingueros, tan absortos en olisquear el incienso y tomar fotos de las piernas con medias a rayas rojas y blancas que emergen del Komedia que no se percatan de nuestra presencia, y mucho menos del tema de nuestra discusión.

Cuando me giro, veo que Poppy me está mirando y que tiene la cara completamente roja.

—¿A qué se refiere, Ash?

VEINTITRÉS



Me quedo mirándola, con las manos en los bolsillos de la chupa de cuero, porque no sé qué decir. Ni siquiera conozco el riesgo que estoy corriendo, ¿verdad? Al menos no lo sé con certeza. Solo que sea lo que sea, seguro que merece la pena.

Poppy no está de acuerdo, según parece.

—¿Ash? —insiste, y da un paso hacia mí.

Me saco la mano del bolsillo y me la llevo a la frente.

—No quiero que te preocupes por esto.

—¿Qué es esto?

—Lo que pase después de que..., ya sabes. —No puedo ni mirarla—. Quiero que te centres en el presente.

—¿Cómo crees que voy a ser capaz de hacerlo si no me cuentas lo que está pasando?

—Es que no importa, Poppy. Lo único que importa es lo que te apetece hacer hoy.

—¿Cómo dices? O sea, que tú puedes preocuparte por mí, pero yo no puedo preocuparme por ti. Nada de eso, así no funciona una relación. —Hace un gesto para señalarnos a ambas—. No me puedo creer que no me hayas contado que esto podría acarrearle problemas.

—Solo si Deborah se entera, y no se enterará. Te lo aseguro.

Poppy alza un brazo para señalar en la dirección en la que acaba de irse Esen.

—¿Y si tiene razón ella? ¿Y si Deborah, o quien sea, ya lo saben?

—En tal caso, ya nos habríamos enterado —le aseguro, y de verdad lo creo.

—¿Y si se enteran? ¿Te castigarán por estar conmigo?

—Supongo.

—¿Cómo que supones? —Suelta una risita sarcástica—. ¿Qué te harán?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes, Ash. Quizá no estés segura, pero te haces una idea.

—Me desterrarán —admito, y me vuelvo a meter las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Aunque no tengo claro qué es lo que implica eso.

—¿Tú qué crees?

—Que no estaré ni aquí ni allí, o sea, ni en este mundo ni en el lugar adonde te lleva Caronte en la barca.

—¿Dónde estarás si no?

—En ningún lugar.

—¿Cómo? —Poppy pestañea—. ¿En plan un purgatorio o algo así?

—Supongo. Se lo pregunté a Dev y me dijo que había escuchado que era como caer hacia la oscuridad. Que caes y caes y jamás aterrizas.

Reflexiona unos segundos y entonces el ceño se le intensifica.

—¿Cómo evitamos que suceda eso?

Ahora me toca a mí sopesarlo. Entonces, al pensar en ello de verdad por primera vez desde que decidí intervenir en el destino de Poppy, dudo y me planteo si Esen tendrá razón, si el riesgo merecerá la pena. Sin embargo, cuando la miro y la veo ahí, enfrente de mí, la luz de esta tarde de enero se refleja en su pelo con tal claridad que podría contar cada hebra dorada si quisiera, y veo —de verdad— la vida, saliendo de ella, atravesando su ropa. Me siento como en Nochevieja, cuando, sentadas en la playa, vimos nuestro futuro extenderse a nuestros pies como una alfombra roja, y esto no puede acabar así.

Imposible.

—No podemos —le contesto—. Quizá ayudaría habérselo confesado a Deborah en cuanto sucedió, pero ya es demasiado tarde.

—No. —Da otro paso adelante, estamos tan cerca que las puntas de nuestras botas se están rozando—. No te permito que lo hagas, Ash. Te lo prohíbo. No vas a arriesgarte a que te deporten al purgatorio solo por mí.

—Ya te he dicho que eso solo sucederá si Deborah se entera, cosa que no va a pasar.

—Pero ¿y si pasa?

—Bueno, pues, entonces, que se entere. —Me encojo de hombros—. Y punto. A estas alturas ya no hay nada que hacer. Ambas estamos al otro lado del espejo. Sabes quién soy, o más bien qué soy, y sabes qué es lo que te va a suceder. No deberías, yo no debería habértelo contado, pero así están las cosas, y ahora no podemos deshacer lo hecho. Además, no me arrepiento, porque si hubiese acudido a Deborah al momento, te habría enviado a Caronte, y no tendríamos esto.

—¿El qué?

—Este momento, la oportunidad de estar juntas de nuevo.

—Sí, pero ¿de qué sirve? —Da un paso atrás y se gira para tirar el vaso de cartón a la papelera que tiene al lado—. ¿De qué sirve estar juntas si no puede durar? Es una crueldad.

No me mira, pero veo en la tensión que recorre su cuerpo y en el rubor de sus mejillas lo enfadada que está.

Entonces comienza a alejarse, pero antes de que pueda echar a andar para seguirla, se da la vuelta y me mira.

—Tengo miedo, Ash —admite—. He intentado mantener la calma, pero no quiero morirme.

—Ya lo sé. —Me acerco a ella a toda prisa—. Ya lo sé.

Cuando le tomo la mano y me la llevo a la cara para poder darle un beso, alza las pestañas para mirarme.

—Ash, ¿qué vamos a hacer?

—Mira, Pop —digo en un susurro suave—, no sé qué va a pasar, pero una cosa tengo muy clara: creo en nosotras.

Una lágrima le resbala por la mejilla.

—¿En serio?

—Por supuesto que sí.

Es lo único que sé sin lugar a dudas.

VEINTICUATRO



Decidimos ir a la cafetería —a la nuestra— y quedarnos allí un rato, pero al dirigirnos hacia allá pasamos por Snoopers Paradise y me obliga a entrar. La última vez que estuvimos aquí fue el año pasado, que entramos a probarnos unos gorros para una fiesta de disfraces a la que la habían invitado. Está exactamente igual que lo recordaba —hecho un desastre—, todo revuelto sin orden ni concierto. Pasamos junto a una tetera de color crema con un estampado de hojas marrones colocada sobre una pila de cajas de galletas maltrechas, al lado de una manada de gatos de porcelana, todos con las puntas de las orejas descascarilladas. Debajo de estos hay una maleta vieja de cuero llena de fotografías de gente y me pregunto quién querría comprarlas. Son los recuerdos de otra persona.

Los pasillos están tan atestados que tenemos que ir en fila. Hay mucha más gente que en la librería, cosa que no ayuda en absoluto, una mezcla de turistas sacando fotos de los platos de porcelana que hay en un aparador y autóctonos ojeando discos para intentar encontrar un Otis Redding 45. Poppy está a caballo entre los dos grupos, sus ojos se agrandan al abrir las latas de tabaco oxidadas para descubrir lo que hay dentro y toma una cámara Rolleiflex toda rayada de una estantería, aunque la devuelve al instante. Al hacerlo, casi tira una caja de cristal del estante de al lado, y cuando veo que contiene únicamente una pierna de muñeca, pongo mala cara.

—¿Crees que está maldita? —me pregunta cuando la aparto de allí.

—Mejor no averiguarlo, ¿no crees?

Se detiene y señala otra caja de cristal, esta con un cuervo disecado dentro.

—Mira qué majo.

—Paso.

—¿Cómo crees que se llama?

—Edgar —sugiero.

—¿Por Allan Poe? —Cuando asiento, se ríe—. Me gusta.

Doblamos la esquina y se detiene de nuevo. Yo me pregunto qué tendrá pensado enseñarme ahora, pero entonces me pide que me quede donde estoy. Promete tardar solo un segundo, pero prefiero no perderla de vista. Está tan emocionada que la dejo marchar, y la contemplo desaparecer mientras calculo todas las formas posibles de morir en una tienda como esta. Muerte por cuervo disecado.

Menuda forma de cascarla.

Por suerte, regresa poco después y me toma de la mano.

—Vamos —dice con una sonrisa traviesa.

—¿Adónde?

—Ya lo verás —contesta, y tira de mí hasta que doblamos la esquina y lo veo.

El fotomatón.

Se acuerda.

Recuerda la lista que hice en Fin de Año.

—Necesito cambio —explica, me suelta la mano y mete la suya en el bolsillo de su abrigo. Saca algunas monedas y las introduce en la ranura. Entonces me vuelve a agarrar de la mano y me mete dentro del fotomatón. Me siento a su lado en el banquito y, mientras esperamos a que salte el *flash*, de pronto percibo que me siento a salvo.

Como si no pudiese pasarnos nada malo aquí dentro.

El primer *flash* nos pilla desprevenidas, pero nos recuperamos de inmediato y ponemos una serie de poses divertidas. Para la última foto, Poppy me toma la cara entre las manos tan repentinamente que me río contra su boca abierta mientras ella me besa. Eso la hace reír a ella también y nos quedamos así durante varios minutos, riéndonos y besándonos. Por primera vez desde que nos encontramos en el cementerio, siento que esto es real, que ella no es ni efímera ni frágil, como un pajarillo que se escaparía volando si no lo agarras con las dos manos. Está aquí —aquí mismo—, cálida y sólida y maravillosamente intrépida, como si nada pudiese acabar con ella. Y si nos quedamos aquí, creo yo, en este fotomatón, nada lo logrará jamás.

No obstante, soy consciente de que no es posible, así que abro la cortina, tomo su mano y salimos entre risitas para esperar a que se revelen las fotos. En cuanto salen, las coge y su cara se desmorona al mirarlas. Tomo el rectángulo de papel brillante de sus manos porque no sé qué puede haber pasado —si habrán salido en blanco o si habré salido tan mal que las habré fastidiado—, pero entonces lo veo.

No soy yo.

O sea, sí, pero no es mi aspecto real, el que ella ve ahora mismo, sino el que vio a la salida del Dome.

Poppy tampoco parece ella misma: su melena roja amansada en blanco y negro pierde un poco de magia.

Así que las dejamos allí, entre el montón que nadie ha recogido y que alguien ha pegado en el costado del fotomatón. Tomo a Poppy de la mano y nos marchamos en silencio; ya ni la taxidermia nos hace gracia.

Está empezando a oscurecer y antes de que me dé tiempo a preguntarle qué le apetece hacer ahora, Poppy se distrae mirando el puesto de bisutería que hay justo delante de la tienda. Y así, las fotos quedan relegadas al olvido mientras se prueba anillos y me muestra un par de pendientes en forma de aro tan grandes que estoy segura de que podría pasar el puño entero a

través de ellos sin rozarlos. Me pregunta qué me parecen. Sonrío y los vuelve a dejar donde estaban, luego coge un collar que tiene un colgante circular con un árbol grabado. Yo me distraigo con un anillo que tiene engarzado un trozo de ámbar tan grande que parece que el universo entero cupiese en él y, cuando vuelvo a alzar la mirada, veo que Poppy le está dando al vendedor un billete de veinte libras. Le pregunto qué hace y ella me toma la mano y me coloca delante de un escaparate.

—Dame tu collar —dice, y yo frunzo el ceño.

—¿Qué collar?

—El de la guadaña.

Lo había olvidado por completo.

Alzo la mano para desabrochármelo y cuando se lo entrego, mete algo por la cuerda y me pide que me dé la vuelta. Se pone a mi espalda, vuelve a abrochar el collar y me gira cogiéndome por los hombros para que la vuelva a mirar.

—Listo —dice con una sonrisa lenta.

Miro hacia abajo y alzo el colgante con los dedos. Una abeja de plata.

—Pop. —La miro a los ojos y sonrío tanto que hasta le veo los dientes.

—Las abejas molan lo que más. —La aprieta con el dedo—. Son un símbolo de la buena suerte y, además, te protegen. Se dice que si sigues a una abeja, te llevará a un nuevo destino.

Se acerca a mí y deposita un beso sobre mis labios, luego me mira a los ojos con una sonrisa enorme. Obviamente espera que hable, que le dé las gracias, que le diga lo mucho que me gusta, que le prometa que nunca me lo quitaré. Sin embargo, me he quedado sin habla, y solo puedo acunar su cara entre mis manos y besarla con la esperanza de que sea suficiente, porque ahora mismo lo único que puedo pensar es la faena que es que el sitio al que se dirige ella y al que me dirijo yo no sean el mismo.

VEINTICINCO



Al fin llegamos a la cafetería. Nuestra mesa —la de la esquina, junto a la ventana— está desocupada, y recuerdo la última vez que estuvimos aquí juntas. Hablamos sobre los planes que teníamos para las Navidades e intentamos cuadrar calendarios para poder vernos. Dijo que lo único que le apetecía de verdad era ver a su abuela el día de Navidad. Tenían la tradición de ir a pasear por la playa después de comer, pero como su abuela ahora usaba una silla de ruedas, no sabía si podrían mantenerla.

Me pido un té por si acaso levanta sospechas el hecho de que no me tome nada, y Poppy pide un café con leche de avena —normal y corriente, porque, para su desgracia, ya no sirven el de jengibre—. Lo marida con un bollo vegano del tamaño de su cabeza que chorrea glaseado blanco y lleva trocitos de pistacho. Antes siquiera de que haya podido darle el primer bocado, suena mi móvil y suelto un suspiro, pues no comprendo cómo puede saber Deborah que nos acabamos de sentar.

Sin embargo, no es Deborah, sino Esen, y vacilo, pues no estoy de humor para otra bronca. Sopeso dejar que salte el buzón de voz, pero ya tengo experiencia en ese tipo de discusiones, pues las solía tener con mi madre. Esas peleas rabiosas, salvajes, en las que no era capaz de recordar lo que me había dicho para hacerme enfadar tanto, solo sabía que estaba furiosa, la ira era tan real que me parecía que había alguien a mi lado acicateándose. De modo que me convenzo de responder, porque sé que, cuanto más lo deje, más difícil me resultará volver al estado normal de las cosas, y el abismo que se extiende entre nosotras no hará más que crecer y crecer hasta volverse infranqueable. No obstante, mientras observo su nombre en la pantalla, me pregunto si lo que estoy intentando evitar no será la discusión, sino tener que admitir que tiene razón. Estoy siendo egoísta. He estado tan preocupada por Poppy que no me he parado a pensar en cómo afectaría este asunto a Esen y a Dev.

—¿Sí? —contesto, y me preparo para recibir una serie de alaridos.

—Venid a la fiesta —bufa.

Ella no dice nada más y yo me quedo callada, sopesando la posibilidad de que esto haya sido idea de Dev.

—No te preocupes. Poppy dice que le apetece probar los perritos calientes veganos del Hope & Riun.

Entonces me percaté de que la mayoría de los planes de Poppy tienen que ver con la comida. No quiere ver a sus amigos, aunque le he dicho que debería, y tampoco huir a París, que es lo que yo creí que le apetecería. Solo quiere pasear por la ciudad como cuando empezamos a salir, que parecíamos estar descubriendo Brighton por primera vez. Vimos grafitis que no conocíamos. Entramos en esa tienda de segunda mano donde vendían ratas disecadas con sombreros de copa. Le echamos un vistazo a la tienda de calzado vegano que hay enfrente de la librería. Quiere acariciar a cada perro que ve, encontrar gatos perdidos, escuchar a todos y cada uno de los músicos callejeros que nos topamos. Sin embargo, no mira la ciudad como si fuese la primera vez que la viera.

Le está diciendo adiós.

Y yo la entiendo, pero me preocupa que crea que tiene tiempo de hacer todo lo demás, porque puede que no.

—Para empezar, son asquerosos —dice Esen, con lo que me trae de vuelta a la realidad—. No me hace falta haber probado nunca un perrito caliente vegano para saberlo a ciencia cierta. Y para continuar, déjate de malos rollos y ven a la fiesta.

—No tengo ningún mal rollo —respondo, pero mi voz revela lo contrario.

—Pues ven.

—¿A qué viene este cambio de opinión tan repentino?

Vuelve a bufar.

—Dev nos ha oído discutir antes.

—¿Deborah también lo ha oído? —pregunto, y me incorporo como un resorte.

—No. Estaba con un cliente, por suerte.

—¿Un cliente? —Creo que no la he oído bien.

—Ya —dice Esen con una carcajada—. Quería un libro raro y resulta que lo teníamos, ¿cómo te quedas?

—Alucino.

—En fin, que no ha oído nada, pero Dev sí, y me ha puesto a caldo.

—Ah. —Asiento, aunque no me puede ver—. Por eso de repente quieres que vayamos.

—No —dice Esen, a la defensiva—. Bueno, puede que me diese el empujoncito que necesitaba para darme cuenta de que estaba siendo una imbécil...

—Así que admites que has sido una imbécil —interrumpo, con una sonrisita de suficiencia.

—Sí —responde, e incluso a través del teléfono percibo que lo dice con los dientes apretados—. Lo admito. También admito que nada de esto habría sucedido si no te hubiese llevado al cementerio.

—Me alegro de que lo hicieras —le digo mientras miro cómo Poppy va cogiendo los trocitos de pistacho del bollo que tiene delante y se los va comiendo uno a uno.

—Y admito que lo he olvidado.

—¿El qué?

—Lo que es sentirse así por alguien. —Hace una pausa y suelta un suspiro tierno—. Ha pasado demasiado tiempo.

Vuelvo a asentir.

—En fin, que vengas a la fiesta —dice, aunque ahora en un tono más suave—. Dev quiere que estés presente. Y yo también.

—¿Y qué hay de Poppy?

—No te preocupes —contesta, y parece mucho más tranquila que la última vez que tratamos este tema—. Es la segunda semana de enero. Nadie ha conocido aún a todas las nuevas parcas. Podría salir bien.

—¿Tú crees? —pregunto, y vuelvo a mirar a Poppy, que se está lamiendo el glaseado de los dedos.

—Sí, diremos lo de Hastings. Dudo que vaya a venir nadie de Hastings.

Sonrío al oír que habla en plural.

—Vale, si crees que puede funcionar...

—Funcionará si no la liais y si hacéis todo lo posible por pasar desapercibidas.

—Vale —prometo—. Salimos hacia allá.

Esen cuelga sin despedirse y cuando miro a Poppy veo que me está sonriendo.

—¿Vamos a la fiesta?

—Sí —respondo, pero antes de que se emocione demasiado, alzo un dedo—. Con una condición.

Me mira con cara de suspicacia.

—¿Cuál?

—Que llames a tu padre.

—No. —Niega con la cabeza—. De ninguna manera.

—Poppy —digo con el tono que usaba para regañar a Rosh cuando era pequeña y se negaba a cogerme de la mano cuando teníamos que cruzar la calle—. Tienes que llamarlo.

—¿Ah, sí?

Ladeo la cabeza.

—Sabes que sí.

—Vale. —Se aparta el pelo de la cara—. Hablaré con él esta noche, cuando llegue a casa.

Vuelvo a usar el mismo tono que antes.

—Poppy.

—¿Qué quieres que le diga? —Alza las manos—. ¿Cómo coño se despide una por teléfono?

—¿Qué le dijiste a tu madre antes?

—Nada. —Se niega a mirarme—. Solo que la quiero.

Cojo su teléfono de encima de la mesa y se lo ofrezco.

—Pues eso mismo.

—Vale.

Coge el móvil con un bufido petulante, lo desbloquea y toquetea la pantalla. Vuelve a bufar teatralmente cuando se lo lleva a la oreja. Sospecho que estaba deseando que no contestara, porque se sobresalta cuando lo hace.

—Hola, papá. —Me pone mala cara y me saca la lengua—. Sí, estoy bien. ¿Cómo ha ido el viaje de vuelta?

Hace los sonidos adecuados, pero es obvio que no está prestando atención, pues está concentrada en coger otro pistacho del bollo.

—¿Qué tal en París? ¿Has tenido un cumpleaños feliz?

Se mete el trozo de pistacho en la boca y hace como si le interesase muchísimo lo que le está contando su padre.

—Genial. ¿Ahora dónde estás? —Frunce el ceño—. ¿Cómo es que ya has vuelto a Cambridge? —Asiente—. Vale, te dejo. —No sé lo que dice él, pero la cara de Poppy se relaja, luego pestañea un par de veces y veo que le aparece un tic en la comisura del labio. Entonces la barbilla le empieza a temblar—. Yo también te quiero, papi.

Sonríe al colgar, luego se percata de que lo está haciendo y me pone mala cara.

—¿Contenta?

Mucho.



Poppy le pide a la camarera de la cafetería un vaso de cartón para poder llevarse lo que le queda de café. Mientras la observo bebérselo con toda la alegría del mundo, decido recordarle las normas.

—Si vamos a intentar que pases por una parca —le digo en voz baja, a pesar de que somos las únicas personas que hay en esta calle, aparte de unos tíos en la acera de enfrente, que están fumando a la puerta de un bar—, no puedes hacer este tipo de cosas.

—Tranquila. —Sacude el vaso de cartón vacío—. Ya me lo he terminado.

—Vale. —Doy una palmada—. El plan es el siguiente: si alguien te pregunta, eres una parca nueva de Hastings.

—Ese plan se me ocurrió a mí, en realidad —me recuerda.

—Eres una parca nueva de Hastings y digamos que te han asignado las muertes adolescentes repentinas, porque ya sabes cómo va eso, ¿verdad? Además, no creo que haya muchas de esas en Hastings, así que ya tenemos explicación por si alguien te preguntara. —Reflexiono un instante y comienzo a dudar de mí misma—. No sé. Hastings queda bastante lejos. ¿Cómo regresarías si de repente te llegase un encargo?

—Le estás dando demasiadas vueltas —me dice, y me señala con lo que le queda de bollo—. A nadie le importa una mierda eso.

—Cierto. —Muevo la cabeza de lado a lado—. En realidad, probablemente sea mejor que evites hablar con nadie, pero, si te ves obligada a hacerlo, no des información personal si no te preguntan directamente.

Asiente.

—Ahí reside el secreto de una buena mentira —le digo, y me alegro de poder dar un buen uso a la experiencia que acumulé mintiendo a mis padres durante años—. No te compliques. No hables demasiado. Contesta con monosílabos y no des pie a más preguntas. «¿Te estás divirtiendo?» «Sí.» «No te he visto nunca, ¿eres de por aquí?» «No.» O, si eso no te funciona, responde con otra pregunta. «Yo tampoco te he visto nunca, ¿de dónde eres?» ¿Entendido?

—¿Debería usar un seudónimo? Como, por ejemplo, Cressida Montgomery —dice, echándole teatro—. Es dura, pero en el fondo tiene un corazón de oro.

«La va a liar», concluyo con un gran suspiro.

Va a desmontar su tapadera a los tres minutos.

Si supiera que íbamos a asistir a la fiesta, no le habría dejado tomar tanta cafeína ni tanto azúcar.

—No te preocupes —dice, y le da un gran mordisco a su bollo—. Voy a Roedean, ¿recuerdas? Allí se inventaron las mentiras.

—¿También os enseñan a hablar con la boca llena?

La abre de par en par para enseñarme su contenido y yo me aparto con tal virulencia que la hago reír.



Oímos la música antes de girar en Bristol Gardens y Poppy se entusiasma tanto que tengo que detenerla antes de que eche a correr hacia allá. Cuando nos acercamos, percibo que es una canción lenta y que da un poco de mal rollo, la típica que se incluiría en una lista de reproducción de Halloween, lo que es muy adecuado para una fiesta de parcas, ahora que lo pienso.

—¡The Cure! —sonríe Poppy mientras avanzamos por el sendero hacia la puerta de entrada.

No tengo ni idea de quién son The Cure, pero ella está exultante.

Cuando entramos, Poppy se gira para sonreírme. Es tal como se imaginaba que sería una fiesta de parcas: todos vestidos de negro y la casa a oscuras salvo por grupúsculos de cirios en todas las superficies imaginables —el suelo, la mesa que hay junto a la puerta principal, uno en cada escalón—. El ambiente es ligeramente dorado, como una tarde tranquila de otoño.

Echamos un vistazo por la primera puerta que encontramos abierta y vemos un salón. Las cortinas están corridas y han apartado todos los muebles. La alfombra, que debía de estar estirada en medio de la estancia, ahora está enrollada y apoyada en la esquina, junto a la ventana, como

un puro enorme. La sala está abarrotada de velas de todos los colores y tamaños, la luz de las llamas titila sobre las paredes y la cera se derrite sobre los platos desparejos en los que reposan.

Un grupo de gente a la que no reconozco se encuentra en el medio de la estancia. Están bailando, o al menos lo intentan —esta canción no se presta mucho a ello—, y sé que Poppy ansía unirse a ellos, puesto que me toma de la mano y me guía hacia allí. Entonces, vemos que el dueño de la casa ha tirado el tabique que separaba el salón de la cocina, dejando un espacio abierto. Esa estancia está tan oscura como la otra, con la excepción de los cirios que han emparejado en grupos de tres y que han colocado sobre platos por todas las superficies de la cocina y sobre la pequeña mesa cuadrada del comedor.

Poppy me coge de la mano y señala a Esen y a Dev, que están junto al frigorífico, discutiendo como Rosh y yo solíamos hacer cuando yo no recogía mi parte del cuarto o cuando ella no quería apagar la luz porque estaba leyendo. De esa forma exclusiva de los hermanos que ahora se odian y al instante siguiente se parten de la risa con un capítulo de *El príncipe de Bel-Air*. De pronto echo muchísimo de menos a Rosh. Cuando Esen se aparta para coger su móvil de la encimera, veo un destello de lentejuelas rosas y me quedo tan asombrada que tengo que ahogar un grito.

—¡Dev! —la llama Poppy, que me suelta la mano y sale corriendo hacia ella—. ¡Estás preciosa!

Le salta encima, literalmente, y ambas se ríen y se menean de un lado a otro hasta que están a punto de perder el equilibrio. Se están abrazando con tal intensidad que no puedo evitar preguntarme cuándo se habrán hecho tan íntimas. No sé si habrá sido por el minigolf o por la muerte inminente de Poppy, pero parecen encantadas de volver a verse.

—¿Es el vestido que viste en Primark? —pregunto cuando al fin se separan.

—¡Sí! —Dev se pone las manos sobre las caderas y alza la barbilla para mirarme con una sonrisa.

Hace un giro y parece feliz, toda brillante y llena de purpurina y alegre, como una adolescente cualquiera.

A pesar de que, hoy mismo, cumple veinticinco.

—Lo robó —me cuenta Esen, con una ceja levantada.

Dev la ignora.

—Le supliqué a Deborah. —Abre aún más los ojos—. Se lo supliqué.

—Estás preciosa.

—Gracias, Ash —responde con entusiasmo, y me da un abrazo.

Da un paso atrás y nos mira a Poppy y a mí.

—Gracias por venir, chicas.

—Gracias por invitarnos —le sonríe Poppy, y se quita el gorro de lana.

—Perdonad por la música. Acordamos —hace una pausa para lanzarle una mirada asesina a Esen— que escogeríamos una canción cada una, por eso ahora parece que estemos en una discoteca gótica trágica.

—Lávate la boca con jabón —interviene Esen ofendida—. The Cure no son trágicos. Sospecho que sobre esto estaban discutiendo cuando llegamos.

—¡Cierto! —asiente Poppy mientras se quita la bufanda a cuadros amarillos—. *Lullaby* es de mis canciones favoritas.

Esen la señala como diciendo «¿Lo ves?», pero Dev hace un gesto de desdén con la mano.

—A ver, está bien para escucharlo tirada en la cama mientras te regodeas en el peso de tu angustia existencial, pero no se puede bailar, ¿a que no?

Esen parece estar a punto de sufrir una apoplejía, así que cambio de tema.

—Feliz cumpleaños, Dev.

Entonces la música se para, de modo que no me responde, sino que alza las manos y esboza una sonrisa emocionada a la espera de que comience la canción que ha elegido ella. Tras un instante de silencio, escucho el conocido ding ding ding ding de *Bad Girls*, de M.I.A. y ella se pone a brincar, lo que hace que su media melena se balancee adelante y atrás.

—¡Sí! —sisea Poppy, que se quita el abrigo y lo lanza sobre la encimera con tal fuerza que apaga un par de velas.

Dev, claramente agradecida de tener a alguien con quien bailar, la toma de la mano y la lleva al centro del salón.

—Vale, pues adiós —les dice Esen.

Nosotras nos quedamos mirando cómo todo el mundo se acerca a la pista de baile mientras le hacen los coros a M.I.A. y bailan desenfrenadamente.

—Vive rápido. Muere joven —dice Esen, negando con la cabeza.

Ni que lo digas.

—¿De quién es esta casa, por cierto? —pregunto, mirando la cocina. Incluso a la luz de las velas, sé que es demasiado chula como para estar abandonada y que Dev la haya «tomado prestada» para la fiesta. Hay una pila de cartas sobre el microondas y un mosaico de postales pegadas en la nevera con imanes en forma de frutas—. No sabía que las parcas pudiesen tener propiedades inmobiliarias.

—Creo que era de uno de los encargos de Erik. —Señala a un chico que está al otro lado del salón, hablando con una chica que lleva un hiyab negro, y me vuelvo para mirar a Esen. Debo de parecer tan horrorizada como me siento, porque frunce el ceño y se encoge de hombros—. ¿Qué? Ya no la usa, ¿a que no? No te preocupes. —Me hace un gesto con la mano—. La dejaremos tal como estaba. Ten en cuenta que nadie se va a emborrachar y a potar en un tiesto.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero no parece afectarle.

—¿Adónde querías que fuéramos? No podemos hacer todas las fiestas en la playa.

Tiene sentido; aun así, me da mal rollo. Miro a Poppy y a Dev, que están riendo y brincando en medio del salón, gesticulando como si se limpiasen el polvo de los hombros.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Esen.

No obstante, yo no la miro, porque me preocupa más vigilar que Poppy no entable

conversación con nadie.

¿Está hablando con ese chico?

Espero que no.

—Ash.

Sigo sin mirarla.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo?

—¿Aparte de juzgarte por usar la casa de una persona fallecida para celebrar una fiesta?

—Sí, aparte de eso, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué? —Debe de resultar obvio que no le estoy prestando atención, porque me da un codazo—. ¿Qué quieres?

—¿Qué estás haciendo aquí, Ash?

La miro, confusa.

—Me invitaste tú.

—No, digo que por qué estás aquí. —Señala el suelo—. En la cocina, conmigo.

¿Qué quiere decir?

—¿Dónde se supone que debería estar, Esen?

Frunzo el ceño y ella señala a Poppy y a Dev.

—Te lo estás perdiendo.

—¿El qué? —pregunto, pero antes de que me pueda contestar comienza a sonar una canción de Radiohead y todo el mundo deja de bailar y regresa a la cocina con los pulgares hacia abajo y abucheando a Esen.

—Vale, vale —desdeña ella, y mientras farfulla que ya nadie aprecia la buena música, coge el móvil y pone una canción de Missy Elliott—. ¿Contentos?

Claramente lo están, pues la vitorean y empiezan a bailar de nuevo. Poppy y Dev están en pleno meollo.

—¿Qué es lo que me estoy perdiendo? —le vuelvo a preguntar cuando deja el móvil de nuevo sobre la encimera.

—Todo. Esto. Disfrutar de la fiesta con tu chica. —Señala el salón y me vuelvo para mirar a Poppy, que está saltando; su melena roja se extiende por todas partes—. Estás tan preocupada por buscar agujeros en los que pueda caerse o pianos que se puedan desplomar sobre su cabeza que te lo estás perdiendo todo. Sé que mi escenita de antes no te ha hecho ningún favor.

La vergüenza tiñe su cara cuando me giro para mirarla.

En serio, está avergonzada.

Sé que es por su comportamiento, no por el mío, aun así, necesito disculparme.

—Lo siento —digo antes de que pueda continuar—. Tienes razón. Estoy siendo egoísta.

—Qué va. —Niega con la cabeza—. Quieres estar con Poppy, lo comprendo.

—Sí, pero no debería haberos metido en este lío.

—No me has metido en ningún sitio. Fue idea mía lo de ir al cementerio, ¿no te acuerdas? — Vuelve a negar con la cabeza—. Nada de esto es culpa tuya, Ash. Además, no es que yo te haya echado el freno en ningún momento, ¿verdad? Podría haberte detenido en múltiples ocasiones, pero... —Frunce los labios y yo me tenso. Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros cuando me doy cuenta de que está intentando evitar decir algo. No obstante, es incapaz de contenerse y, tras un suspiro de frustración, lo suelta—: Eres un fastidio, Ash, pero me he acostumbrado a tu presencia.

Ah.

Sonrío de puro alivio, pero ella vuelve a poner una expresión solemne.

—No quiero que te pase nada, Ash.

Esbozo una sonrisa patosa por la sorpresa de la inesperada muestra de afecto.

—Yo tampoco quiero que me pase nada.

—Por eso no te había dicho nada hasta ahora.

—¿Sobre qué?

Aparta la mirada y me siento como si estuviese a bordo del barco de nuevo, pues la cocina ha empezado a bambolearse.

Suelta un suspiro y luego dice:

—Siempre hemos sido tres.

—¿Quiénes?

—Yo, Dev y otra persona.

—¿Ajá? —digo, pues no sé qué es lo que me está queriendo decir.

—Antes de ti hubo un chico, Joseph.

—¿Ah, sí?

—Pero nos dejó en Fin de Año.

—Comprendo.

Frunzo el ceño al recordar a la chica a la que me presentó Dev en la fiesta de Año Nuevo — ¿cómo se llamaba? ¿Danica?—, la que se encargaba de los niños que fallecían por el cáncer.

—¿Y dónde está? ¿Lo ascendieron? ¿Se encarga de cachorritos atropellados?

—No lo ascendieron —dice Esen, que sigue sin mirarme—. Se marchó.

Tengo el ceño tan fruncido que me debería estar doliendo la cabeza.

—¿Adónde?

Vacila y me dan ganas de cogerla por los hombros y sacudirla.

—No puedo decírtelo. Deborah me mataría.

Doy un paso hacia ella.

—Cuéntamelo, Esen.

Me tiembla la voz y ella debe de percatarse porque al final me mira a los ojos.

—No debías enterarte hasta Nochevieja.

«Dímelo de una vez», me apetece gritarle, pero de mi garganta no emerge ni un sonido. Me

quedo observándola fijamente.

—Se subió a la barca —dice al fin, luego cierra los ojos y suelta un suspiro de derrota.

—¿A qué barca? —Tardo un rato en darme cuenta de lo que me está diciendo y, cuando caigo, casi pierdo el equilibrio, porque la cocina se mueve tan repentinamente que me parece estar colgada bocabajo en una montaña rusa—. ¿La de Caronte?

Asiente y me mareo al intentar descifrar qué significa eso.

—¿Adónde fue, Esen? —vuelvo a preguntar, con la voz más firme que la compostura.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. A donde sea que van. Cada Nochevieja llega una parca nueva para que otra se pueda marchar. A nosotras no nos apetecía irnos todavía, así que se fue Joseph.

Me quedo mirándola mientras mi cerebro trata de comprender lo que me está diciendo, aunque le cuesta. Cuando parece que lo tengo, se me escapa.

Lo tengo.

Se me escapa.

Lo tengo.

Se me escapa.

—Pues eso. —Se encoge de hombros al darse cuenta de que no lo estoy pillando—. Técnicamente —vuelve a encogerse de hombros, se lleva la mano a la cabeza y se revuelve el cabello—, podrías subirme a la barca en la próxima Nochevieja si Dev y yo te cedemos el turno.

Debería estar furiosa —creía que esto era lo que me esperaba para toda la eternidad—, pero al fin llega.

La esperanza.

Brillante y hermosa esperanza.

—Y podría buscar a Poppy —concluyo, y las palabras restallan de mi lengua y explotan a nuestro alrededor como fuegos artificiales.

Esen se vuelve a encoger de hombros.

—No tiene por qué...

—Has dicho —la interrumpo, y me saco la mano del bolsillo trasero de mis pantalones. Veo que me tiembla cuando señalo a Esen, pero no hago nada para evitarlo— que vamos al lugar que creemos que hay más allá del mar.

No replica, pero no es necesario.

—Entonces, si Poppy y yo creemos que vamos al mismo lugar, iremos al mismo lugar.

Suelta una carcajada amarga.

—Pero ¿y yo qué coño sé?

La ignoro y me doy la vuelta para encarar el salón, donde Poppy está bailando frenéticamente.

—Tengo que decírselo.

—No. —Me agarra por el brazo—. No le des falsas esperanzas. Es una crueldad.

—Tengo que darle algo a lo que aferrarse, Esen.

¿Cómo pretende que no se lo diga?

Ahora tenemos mucho más que hace unos minutos.

—Déjala estar. Permítele vivir esto. —Señala con la barbilla a Poppy y a Dev, que siguen bailando—. Deja que disfrute la fiesta y el resto de las cosas que le apetezca hacer. Que pueda marcharse a su manera y si la encuentras en Nochevieja, perfecto, pero si no, al menos os habréis podido despedir y no pasará la eternidad esperando por ti.

Eso me hace dudar, pues me imagino a Poppy esperando a un barco que jamás llegará.

—Vete —me aconseja Esen—. No sabes cuánto tiempo te queda, así que vete a bailar con tu chica.

Me abro paso entre la gente que abarrota la improvisada pista de baile hasta que me encuentro con Poppy en el centro. Me rodea el cuello con los brazos cuando me ve y me llena la cara de besos. Le digo que se aparte, pero en realidad no quiero que lo haga, porque jamás la había visto tan llena de vida. Sus mejillas sonrojadas y su frente perlada de sudor, la energía combustionando en su piel casi tan intensamente como para reanimar mi muerto corazón.

—Esto es todo lo que quiero —me dice al oído, y me abraza más fuerte.

VEINTISÉIS



No sé qué hora será, pero cuando alzo la vista desde el rincón al que nos hemos retirado Poppy y yo, el salón está casi desierto. Esen se ha ido hace un rato a ocuparse de un encargo y, cuando Dev se nos acerca y vemos que el vestido de lentejuelas ha desaparecido, sustituido por el atuendo que llevaba cuando nos vimos en la librería por la tarde, sé que ella también tiene trabajo.

Entonces nosotras decidimos que es hora de irnos, le damos un abrazo a Dev en la acera delante de la casa antes de salir cada una por nuestro lado.

—¿Qué hora es? —pregunta Poppy al enroscarse su bufanda de cuadros amarilla alrededor del cuello.

—Mierda —farfullo cuando miro el móvil—. Casi las tres y media.

Todo estará cerrado a estas horas, incluso en Brighton.

Cuando estoy a punto de volver a guardarme el teléfono en el bolsillo, me llega un mensaje, y rezo para que no sea de Deborah.

Por suerte, es de Esen.

Si te llega un encargo, pásamelo a mí. E.

Ni siquiera intento fingir resistencia y le contesto de inmediato para darle las gracias. Luego me giro hacia Poppy y le pregunto:

—¿Estás cansada, amor? ¿Quieres irte a casa?

—No. —Niega con la cabeza vehementemente mientras se cala el gorro de lana. Parece un niño pequeño que se resiste a irse a dormir.

—Entonces, ¿qué te apetece que hagamos?

—Todo —contesta, repentinamente sin aliento y con los ojos brillantes.

—¿Como qué?

Reflexiona un momento, pero yo ya sé lo que va a decir.

—Vamos a la playa —propone, y me toma de la mano—. A darle las buenas noches a la luna.



Hasta que no llegamos allí no me doy cuenta de lo agradable que es cerrar la noche en la playa. Estamos solas, el mar se nos aproxima como un cachorro emocionado y Poppy escoge un sitio que esté lo bastante cerca como para escucharlo —por encima de los coches que pasan por la carretera que hay a nuestra espalda—, pero lo bastante lejos como para no tener que preocuparnos por que nos arrastre y nos aleje de la costa. Ahuyento a una gaviota que se nos acerca con intenciones de unirse a nosotras, me quito la chaqueta y la pongo sobre las piedras; luego le hago un gesto a Poppy para indicarle que se siente y, a continuación, yo hago lo propio a su lado. Reposa la cabeza en mi hombro en cuanto me tiene cerca y, entonces, alza la vista al cielo; la luna pende sobre nosotras como una bombilla desnuda sobre un cuarto vacío.

—Ahí está —dice con un suspiro feliz.

Cuando alza la cara hacia el firmamento, la luz de la luna la ilumina entera. Sus pómulos. Sus cejas. El suave puente de su nariz, con las pecas que me recuerdan el mapa de las estrellas que vi en la librería.

Vuelve a suspirar.

—Venga, dilo.

—¿El qué?

—Dale las buenas noches a la luna. —Me da un codazo—. ¿No leíste ese libro de pequeña?

—Claro que sí.

Era el favorito de Rosh.

—A mí me lo leía mi madre —me cuenta Poppy, luego me toma de la mano y me la aprieta.

No continúa hablando y sé que debería dejarlo estar, pero aún queda una persona con la que debería hablar.

—Hablando de tu madre, has tenido una conversación con ella, y también con tu padre —digo cautelosa, con la esperanza de no reventar la pompa de jabón que nos rodea—, pero ¿y tu abuela? ¿La has llamado?

Le cambia la cara y, sin más, la burbuja estalla.

No me mira.

—Falleció.

—¿Qué? —Me aparto y frunzo el ceño mientras espero a que me mire—. ¿Cuándo?

—Un par de días después que tú.

—Poppy. —Sigue aferrando mi mano y yo la aprieto con fuerza—. No.

Vuelve a apartar la mirada, coge una piedrecita con la otra mano y pasa el pulgar sobre su superficie.

—Lo siento muchísimo, Pop. Sé que la adorabas.

Asiente, triste.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Es que se me juntó todo, ¿sabes? Acababa de recibir el mensaje de Adara por Insta contándome lo que te había pasado.

Así se enteró.

Me moría de ganas de preguntárselo, pero no quería que pensase en ello.

En cómo se enterará la gente cuando ella sea la que falte.

—Tuve que salir a dar una vuelta porque no quería que mis padres se enterasen de lo triste que estaba. Me senté en los jardines un rato y, al regresar, mi madre me dijo que mi padre estaba en su despacho, hablando con la residencia en la que vivía mi abuela. Lo oí llorar y lo supe.

—Ay, Poppy. —Me llevo su mano a los labios y le doy un beso—. Lo siento mucho.

—Nunca había ido a un funeral. —Se vuelve a reír, pero es una risa vacía, como enlatada—. Y asistí a dos en una semana.

—Lo siento, Poppy. —Vuelvo a besar su mano.

—Estoy bien. En serio. —Espera a que la mire y me dedica una sonrisa valiente—. Adoraba a mi abuela. Era fantástica. Tenía setenta y dos años y no se le ponía nada por delante. Nada. Hizo senderismo en Nepal, vio la actuación de Jimmy Hendrix en Woodstock, era miembro de Greenpeace. Fue caminando desde Londres hasta París embarazada de mi padre para protestar por las pruebas nucleares que se estaban llevando a cabo en Francia. Vivió una vida larga y fascinante, ¿sabes?

En realidad no sé lo que es, no.

—Pensé que había sido una crueldad que le diagnosticasen esclerosis múltiple y que se hubiese quedado en silla de ruedas, pero ahora ya no sé qué pensar. —Su sonrisa es un poco más sincera—. Tiene mucha suerte, Ash. Hizo todo lo que quería y ahora está con mi abuelo, donde debería estar.

Vuelvo a llevarme su mano a los labios y a besarla.

—Oye —dice entonces—, ¿puedo poner una canción?

—Claro —acepto cuando ya está sacándose el móvil del bolsillo de la chaqueta.

—La pusieron en su funeral. Fue la primera que bailaron mis abuelos en su boda, pero a mí me recuerda a ti.

—¿A mí?

—Sí. Me eché a llorar en cuanto la escuché porque me recordó a nosotras, a Fin de Año. Espera —me pide mientras desbloquea el móvil.

En la pantalla aparecen un montón de mensajes que ignora para abrir una lista de reproducción. Pasa unas cuantas canciones y sonríe al encontrar la que estaba buscando. Entonces alza la mirada para ver mi reacción en cuanto empieza a sonar.

Me suena ligeramente.

Parece sacada de una película antigua.

—¿La conoces? —pregunta—. *The Way You Look Tonight*, de Frank Sinatra.

—Sí.

Es el tema que bailaron Chris y Lorelai en *Las chicas Gilmore*.

La sonrisa se desvanece de su cara tan rápido como había llegado y me pregunto qué estará pensando.

Si se estará dando cuenta de que nunca tendrá ese momento.

Un baile nupcial.

Sin pensármelo siquiera, me pongo en pie y le ofrezco la mano.

—¿Qué? —pregunta, y las mejillas se le sonrojan al mirar mi palma extendida.

—¿Me concede este baile, señorita Morgan?

—Con mucho gusto, señorita Persaud. —Sonríe y casi trastabilla al levantarse demasiado deprisa para tomar mi mano.

Más que bailar nos mecemos, pues el suelo de piedras no nos permite hacer mucho más. Resbalamos un par de veces y casi perdemos el equilibrio, cosa que le quita romanticismo al momento, pero me da igual, porque ella inclina la cabeza y se ríe hacia la luna. Y, ay, qué pena. Qué lástima que no pueda hacer esto mismo con un vestido blanco con una cola que se arrastre a su espalda como las plumas de un pavo real. Ya no queda tiempo. No tendrá la oportunidad de hacer ninguna de las cosas de la lista de Nochevieja. Nada de ir a Bali. Nada de hacer surf y comer *nasi goreng* en un chiringuito de playa con arena entre los dedos de los pies. Nada de aprender mandarín ni preparar el sándwich de queso perfecto. Nada de decidir a qué universidad ir ni de emborracharse la primera semana y faltar a la primera clase por tener una resaca de caballo. Nada de primer coche. Nada de primer piso que pintar. Nada de primer jardín en el que plantar tulipanes. Nada de golden retriever. Nada de tumultuosas comidas de Navidad en las que todo el mundo habla al mismo tiempo.

Yo tampoco podré hacer ninguna de esas cosas, pero, por primera vez desde que desperté en el sofá de la librería el día de Año Nuevo, no me importa. Dieciséis años no son ni de lejos tiempo suficiente para vivir una vida plena, como la de la abuela de Poppy, pero sí da tiempo a aprender una cosa: no debemos preocuparnos por la muerte porque, mientras estamos pensando en eso, no nos daremos cuenta de las millones de formas diminutas en las que fallecemos cada día.

Cada vez que alguien te aconseja que madures.

Cada vez que alguien te pide que seas realista.

Cada vez que alguien opina que eres demasiado y que no eres bastante, al mismo tiempo.

No les hagas ni caso.

No tienes que ser mejor que nadie, solo tienes que compararte contigo mismo.

Seguro que te parece imposible, pero llegará el día en que te dé miedo convertirte en la persona que eres hoy por hoy.

En realidad, te aterrará no haber dejado nunca de ser esa persona.

La gente viene y va. Algunas personas son como pausas para fumar y otras como incendios forestales.

Hay gente que recibe más de lo que da. Acaparan todo sin devolverlo jamás, y no importa cuánto se aferren a ti o cuántos besos te den, jamás compensarán lo que te han arrebatado.

No se lo permitas.

Si quieren irse, que se vayan.

Está permitido añorar a alguien y no querer que vuelva a entrar en tu vida.

Está permitido querer saber por qué e ignorar sus llamadas.

Pero nunca te arrepientas de haber querido algo.

Porque en tal caso, como dice Dev, crecerá y crecerá hasta que no deje sitio para nada más.

Para nadie más.

Esa gente no es igual que la gente que te quiere, aunque dudes de su amor porque no te lo comunican tal como tú querrías. No todo el mundo sabe decir «Te quiero», así que debes aprender las distintas formas que existen de demostrar amor. Hay gente que lo hace a todas horas, mediante un «No te olvides de coger los guantes» o «¿Has comido hoy?».

Escucha atentamente.

Está permitido quitar de tu lista de reproducción las canciones que siempre te saltas.

Está permitido no terminar un libro si parece más bien una puerta cerrada, no una ventana.

Está permitido no casarse si no quieres.

Está permitido no tener hijos si no es lo que deseas.

Está permitido no tener nada de esto claro aún.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Poppy, y casi me echo a reír porque ¿por dónde empiezo?

Al final, no tengo que darle más vueltas porque todo se esfuma de mi mente, en la que queda un solo pensamiento resonante.

—Siento que te he querido durante muchísimo tiempo y, aun así, no ha sido suficiente.

Otra cosa que he aprendido: si quieres a alguien, díselo.

Si ya se lo has dicho, repíteselo.

Poppy apoya su mejilla contra la mía.

—Casi me apetece morirme ahora mismo para que esas sean las últimas palabras que escucho.

VEINTISIETE



Nos quedamos un rato ahí sentadas, con su cabeza sobre mi hombro, mientras contemplamos el oscuro y ancho mar y nos turnamos para escoger canciones en su móvil hasta que se queda sin batería. Ella se salta *Born to Die*, de Lana del Rey, por razones obvias, y en su lugar pone aquella canción de Death Cab for Cutie que yo escuché en el autobús después de nuestra primera cita — la que trata sobre perseguir a alguien en la oscuridad— y me parece estar escuchándola por primera vez mientras abrazo a Poppy aún más fuerte.

Por un momento creo que se ha dormido. No me extrañaría, debe de estar agotada, pero entonces se gira hacia mí y me sonrío, un poco grogui, y sé exactamente lo que está pensando, porque yo estoy pensando lo mismo.

Lo conseguimos.

Tendremos otro día juntas.

De pronto se incorpora. Tan repentinamente que me sobresalto.

—Vamos a bañarnos —propone, con los ojos de aquel azul tan brillante.

Me río, pues supongo que estará de broma. Estamos en enero. El agua del mar está helada en verano, así que en una noche invernal como la de hoy, la temperatura debe de estar tan baja como para pararle el corazón a cualquiera. Oigo el restallido de la electricidad estática que provoca su pelo cuando se retira el gorro de lana. Lo tira al suelo y comienza a quitarse la bufanda de cuadros amarilla, que también arroja a mi lado. Hostia puta, lo decía en serio.

—Poppy. —La observo desabrocharse el abrigo—. ¿Qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —dice con una sonrisa traviesa.

—Será una broma, ¿verdad? No pensarás bañarte ahora. ¡Hace un frío que pela!

Se quita el abrigo y lo deja caer al suelo sin preocuparse de que las monedas que llevaba en los bolsillos se desperdigen entre las piedras, desapareciendo para siempre.

—Poppy, espera un momento —digo cuando la veo agacharse para desatarse los cordones y quitarse las botas.

Estas aterrizan —primero una y luego la otra— entre nosotras.

—¿A qué quieres que espere, Ash? —pregunta mientras se mete un dedo dentro del calcetín para quitárselo también. Pero antes de que me dé tiempo a contestar, me indica que me levante—. Venga. Antes de que me acobarde y cambie de opinión.

Yo no me muevo, simplemente la observo.

—¿Qué pasa? —me pregunta con el ceño fruncido, como si no comprendiese por qué no quiero acompañarla.

Yo rompo a reír.

—Pops, es una locura.

—Por favor, Ash, hazlo por mí. —Me extiende una mano y me anima con los dedos a que la tome—. Siempre he querido bañarme en el mar por la noche.

—Pues hazlo en julio.

Me percató de lo que acabo de decir y desearía que me tragase la playa.

—Lo siento, Pop, no...

—Tranquila —me interrumpe, y niega con la cabeza.

No obstante, no me puedo tranquilizar.

Si es cierto que siempre había deseado bañarse en la playa de noche, no le queda otra oportunidad, ¿no?

¿Cuándo va a poder hacerlo si no?

Así que me levanto. Ella me aplaude muy contenta cuando ve que me agacho para desatarme los cordones de las botas.

—Solo un minuto y salimos —promete mientras me contempla quitarme los calcetines y guardarlos dentro de las botas—. Además, mi casa está a cinco minutos de aquí. —Señala la carretera—. Nos meteremos en el agua, veremos cómo es la luna desde debajo de la superficie y luego me iré corriendo a casa y me daré una ducha caliente. Te lo prometo.

No debo de parecer demasiado convencida, pero me toma la mano y la aprieta.

—Ya sé que te dan miedo las aguas abiertas, pero sabes nadar, ¿no? Te has bañado en la playa alguna vez, ¿verdad?

—En contadas ocasiones.

Cuando era pequeña.

Cuando era impávida.

Invencible.

Mis huesos eran de goma, mi corazón, una pelota que rebotaba independientemente de a quién se la lanzase.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? —pregunta, y vuelve a fruncir el ceño.

No lo dice —«Si ya estás muerta»—, pero cuando giro la cara para mirar al mar, me percató de que está tan calmado como el agua de una bañera, las olas no son más que un susurro contra la costa, así que no hay nada que temer, ¿verdad?

Entonces me doy cuenta de que no temo por mí.

Sino por ella.

—Estoy contigo, ¿o no? —dice, y me aprieta la mano de nuevo—. No me va a pasar nada.

Pero ¿y si le pasa?

¿Y si no soy capaz de salvarla?

—Será entrar y salir, te lo prometo, Ash.

Cuando vuelvo a girarme para mirarla, sonrío esperanzada.

Si esto es lo que desea, ¿cómo voy a negarme?

Además, también me pica la curiosidad por saber cómo se ve la luna desde debajo de la superficie.

—Vale —me escucho decir antes de ser capaz de contenerme, y le devuelvo el apretón de mano.

Me da las gracias acompañadas de un breve beso en la mejilla, luego le permito que me lleve hacia la orilla. Las piedras deben de estar frías, porque la oigo reírse y la veo saltar de un pie al otro. Soy consciente de la temperatura, pero no me molesta tanto como a ella. Yo me limito a contemplarla y a ver cómo su pelo refule a la luz de la luna mientras se aproxima al agua.

—¿Estás lista? —pregunta.

No obstante, antes de que pueda decirle que no, el mar nos acaricia los pies descalzos. Ella chilla y me agarra más fuerte la mano, pero se adentra en él. Yo no me muevo, pues de pronto me siento incapaz de apartar la vista del horizonte, concentrada en pensar qué habrá allí, bajo la superficie. Sin embargo, cuando veo las luces parpadeantes de la central eólica —las ciento dieciséis al completo— y miro a Poppy, me pregunto cómo habría sido mi vida si no la hubiese conocido. Si ahora mismo estaría en mi casa, arrebujada bajo el edredón, de espaldas al radiador y llorando en silencio por la chica de turno que no me responde a los mensajes, sintiendo un dolor tan intenso que podría romperme los huesos, hacerlos pedazos para que el universo pudiese reclamarlos.

Para que los volviese a convertir en estrellas.

Tal vez nunca hubiera sabido que una sonrisa podría encenderme de esta forma.

Que sentir su mano en la mía bastaría para avivar las llamas lo bastante como para mantenerlas encendidas años.

Años y años.

Así que asiento y avanzamos juntas.

Las piedras resbalan más de lo que me esperaba. Me parece que ella piensa lo mismo, porque pierde el equilibrio y yo la agarro del codo antes de que se caiga de culo al agua. Suelta una carcajada salvaje y yo también; se detiene un instante para tomar aliento y me indica que está lista para dar otro paso. Vamos con más cuidado, el agua nos llega por los tobillos y nos volvemos a parar para retomar el equilibrio antes de seguir avanzando. Paso. Pausa. Paso. Pausa. Paso. Pausa. Hasta que el agua nos llega por las rodillas y Poppy tiembla. Tiene la boca tan abierta que incluso en la penumbra soy capaz de distinguir el color rosa de su lengua.

Yo creo que ya es suficiente, pero ella está tan contenta mirando el mar como si acabase de encontrar una estancia secreta en su casa, una puerta que da a una gran sala de baile que desconocía. Porque ¿cómo puede ser? Es el mismo mar que lleva viendo desde pequeña. El que

contemplaba desde la ventana de su cuarto cuando era niña y miraba los barcos pasar. El mismo que debe de observar cada día desde la ventana de su aula de Roedean, desde donde atestigua cómo su tono cambia de azul a añil a negro, hasta que resulta complicado diferenciarlo del cielo. El mar en el que se ha bañado incontables veces, pero que, al igual que el cielo, que no tiene el mismo color a las cuatro de la madrugada, ahora sabe que el color del mar a esa misma hora es muy distinto.

No todo el mundo conoce este dato.

Ella sí.

Damos un par de pasos más y me siento un pelín más confiada. Me pregunto hasta dónde llegarán las piedras pequeñas que hay bajo nuestros pies, si podríamos caminar kilómetros y kilómetros —llegar hasta Francia, como hizo su abuela— sin dejar de sentirlas. Pero justo cuando lo estoy pensando, noto que comienzan a desaparecer —paulatinamente— hasta que mis dedos apenas son capaces de encontrarlas. Entonces ya no las siento y comienzo a patalear como loca, el agua empieza a batir a mi alrededor.

—Ash —me dice Poppy muy suavemente—. No pasa nada.

Vaya que si pasa.

Se me mete en los ojos.

En la boca.

Pero entonces ahí está, sus brazos rodean mi cintura y su pecho se pega al mío. El agua me llega hasta la barbilla e inclino la cabeza para impedir que me trague entera.

—No —me aconseja, y me pone una mano en la nuca para enderezármela—. Quédate quieta. Soy incapaz.

Noto que el agua me rodea el cuello.

—No pasa nada —repite—. No pasa nada. Es agua salada. Verás como flotas.

No.

Me está devorando, lo noto.

—Te voy a soltar, Ash.

—¡No! —Ahogo un grito y me pongo a patalear tan fuerte como puedo.

Mi pierna impacta contra algo y, ay, Dios, hay algo bajo el agua. Comienzo a agitar brazos y piernas sin control, como si ya no me perteneciesen, mi cuerpo se rinde al pánico.

Siento que la criatura misteriosa me hunde.

—Ash, soy yo —me dice, y noto que se está aguantando la risa—. Me has dado una patada a mí.

—Ay, mierda, perdona. —Se me mete agua en la boca al hablar.

Entonces noto sus manos en mi cintura, me alza para que mis hombros emerjan a la superficie y vuelvo a ahogar un grito.

—Dobla las rodillas —me aconseja. Cuando la obedezco, me dice—: Ahora patalea. Despacio. Despacio he dicho.

Hago lo que me pide, pataleo más lentamente y el agua ya no bate con tanta fuerza a nuestro alrededor.

—Ahora mueve los brazos.

—¿Cómo? —pregunto desesperada.

Si apenas sé cómo mover las piernas.

—De lado a lado. Así —me indica cuando empiezo a hacerlo—. Despacio. Despacio.

Despacio.

Despacio.

—Listo —dice con una sonrisa orgullosa—. Estás nadando.

—¿En serio? —Me río—. ¿Estoy nadando?

—Bueno —dice, con la nariz arrugada—, al menos no te estás ahogando.

Me vuelvo a reír e imito el movimiento de sus brazos, lento y bamboleante.

En ese momento me percató de que me ha soltado.

—Coño —digo casi sin aliento, y estoy a punto de volver a hundirme, pero entonces ella señala al cielo.

Alzo la barbilla y ahí está: la luna, sobre el firmamento nocturno. El cielo se ha despejado —tanto de nubes como de gaviotas— para ofrecernos una vista ininterrumpida. Me saco el agua de los ojos con un parpadeo para poder ver mejor y, a pesar de que no puedo verla desde debajo de la superficie, esto es lo más cerca que he estado de hacerlo.

De pronto, todo está en calma y nos quedamos ahí un rato, con las caras alzadas al cielo.

Entonces noto que me pone las manos sobre las mejillas y se acerca a mí.

—Gracias.

Me besa y, cuando se aparta para mirarme, no noto los latidos de mi corazón, pero sí algo distinto. Algo dentro de mis huesos, en lo más hondo, que me hace plantearme si parte de mí la conocía desde siempre.

Si la amaba desde siempre.

Si estamos hechas de la misma materia estelar, como decía Carl Sagan.

—¿Es lo que esperabas? —le pregunto cuando veo que echa la cabeza hacia atrás y contempla la luna con una sonrisa.

—Es incluso mejor.

Quiero contarle lo que me dijo Esen en la fiesta, pedirle que me espere, que la encontraré, pero antes de que me dé tiempo, se aleja de mí, desaparece tan repentinamente que creo que algo ha tirado de ella hacia abajo. Abro la boca para gritar, pero no sale ni un sonido. Me quedo observando la superficie del agua, esperando a que se abra y reaparezca Poppy, pero no pasa nada. Entonces meto la mano a ciegas y agarro solo puñados de agua. Una y otra vez, hasta que encuentro su jersey y la vuelvo a sacar. Emerge con un gritito y un jadeo, claramente entusiasmada.

—Poppy, ¿qué cojones haces? —le ladro mientras ella se alisa el pelo con las manos.

Ella se ríe.

—¡No tiene gracia! —le digo, pataleando con furia en un intento de mantenerme a flote.

Me sonrío tal y como hizo aquella tarde en el barco, de esa forma lenta y traviesa que me obliga a perdonarla de inmediato. Antes de que pueda darle un beso y rogarle que no vuelva a hacer nada parecido, se le contrae todo el cuerpo. La abrazo, temiendo que la haya picado una medusa o algo así, o que un alga se le haya enroscado en el tobillo, pero entonces vuelve a desaparecer, con los ojos cerrados y la boca abierta, el mar vuelve a tragársela.

—¡Poppy! —Vuelvo a meter la mano bajo el agua, pero no soy capaz de alcanzarla.

Luego noto algo, su pelo, creo, pero no puedo asirlo y me quedo con las manos vacías. Van pasando los segundos y pronto se convierten en un minuto y yo me pongo histérica. Se va a ahogar. Entonces agarro el cuello de su jersey y la vuelvo a sacar.

Sale del agua en plena carcajada.

Le doy un golpe en el brazo.

—¡Poppy! ¡Que no hagas eso!

Se sigue riendo, es obvio que no se arrepiente.

—Pues vale —digo entre dientes, consciente de que sueño igual que mi madre—. Salimos ya mismo.

Para mi sorpresa, obedece, y menos mal, porque necesito que me ayude. Evitar ahogarse es una cosa, avanzar hacia la costa es otra muy distinta. No le quito la vista de encima, sigo aferrando su jersey con el puño y dejo que nos lleve hacia la playa. Me sigue aterrando perderla de vista de nuevo. Ella también me mira, se ríe y se disculpa por haberme dado un susto, me cuenta que siempre había querido saber cómo sería ser una sirena.

Contemplo la playa y me alivia descubrir que estamos más cerca de lo que pensaba. Veo que todo vuelve a tomar forma —los arcos verde pálido de la terraza, las piedras del color de las galletas, nuestra ropa amontonada de cualquier manera, el amarillo de su bufanda es la única nota de color que se ve— y veo otra cosa.

A Caronte.

VEINTIOCHO



Miro a Caronte y luego a su barca, que se bambolea ante él.

No.

No puede ser.

¿Cómo?

¿Dónde está su cuerpo?

Vuelvo a mirar por encima de mi hombro, pero allí no hay nada, solo el vaivén silencioso de las olas.

Dirijo de nuevo la vista a la playa para ver si me lo he imaginado, pero ahí sigue.

Sin lugar a dudas.

Caronte.

—No pasa nada —dice Poppy, y me da un beso en la mejilla, pero lo único que puedo pensar es: «¿Cómo?».

¿Cuándo?

En el borrón provocado por el pánico que anega mi mente algo comienza a enfocarse y de pronto lo recuerdo. El estertor agónico de Poppy antes de hundirse por segunda vez. Creía que me estaba tomando el pelo, pero lo que sea que le ha pasado, debe de haber sucedido entonces. Su cuerpo se hundió, pero lo que emergió fue su alma.

No.

Tenía que evitarlo.

Tenía que salvarla.

No la salvé.

Ruge un trueno y centellea un relámpago tan intenso que no me cabe duda de que el cielo se está partiendo en dos, como si lo supiera. Espero a que las gaviotas se pongan a graznar, pero no lo hacen, sino que se extiende un manto de silencio justo antes de que comience a llover —rápida e intensamente—, como si impactasen balas contra el agua a nuestro alrededor cuando mis pies al fin retoman el contacto con las piedras.

—Lo siento —me dice, sin dejar de besarme las mejillas frenéticamente—. No pasa nada. No pasa nada.

Debería ser yo quien le estuviese diciendo eso a ella.

Sin embargo, es ella quien no deja de repetirlo —ni de besarme las mejillas— mientras avanzamos hacia él.

Entonces las veo. A Dev y a Esen, ligeramente a su derecha. El cabello de la primera es del mismo color que la luna que nos contempla desde el cielo y los rizos de la segunda, del mismo tono que el mar que reclama a Poppy. Comienzan a caminar hacia nosotras y nos echan una mano cuando ven que nos resbalamos. Esen me aferra el brazo con tal urgencia que alzo la barbilla para mirarla. Me está observando como nunca antes la había visto hacerlo, con una mezcla de dolor y pena que me haría derrumbarme entre sus brazos si no me aterrara tanto soltar a Poppy.

Dev es la primera en hablar.

—Lo siento muchísimo.

—No sabíamos que ya estabas en la playa —comenta Esen alzando la voz, lo suficiente como para que Caronte la escuche—. Si no, no nos habríamos molestado en venir y te habríamos dejado este encargo para ti solita.

Ya veo, esa es la coartada.

—Tranquila, Poppy —le dice Dev con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Ven con nosotras.

—¿Adónde? —pregunta ella con vehemencia, tanto que me hace dudar si está fingiendo o si de verdad no conoce la respuesta.

Esen señala a Caronte, que está junto a su barca, escudriñándonos.

Poppy lo mira a él, luego a mí y se derrumba cuando se da cuenta de que no tendremos ocasión de despedirnos. No me puede besar ni decirme que me quiere. Yo no puedo pedirle que me espere, que la encontraré la próxima Nochevieja. Lo único que puedo hacer es contemplarla mientras da los últimos pasos hacia Caronte, con su cabello rojo refulgiendo en la oscuridad.

—¿Estoy muerta? —le pregunta cuando él le toma la mano.

Caronte asiente.

—¿Cómo?

—Aneurisma.

Jamás lo había oído hablar. Pensaba que su voz sería tan grave como un trueno, pero es liviana.

Casi tierna.

Ella se da la vuelta y se acerca a mí a todo correr, por un segundo creo que va a negarse a irse con él, que piensa aferrarse a mí y suplicar que la dejemos quedarse. No obstante, se detiene ante mí y se quita el anillo que lleva en el pulgar —el de plata que tiene engarzada una gema en forma de corazón atravesada por un puñal— y me lo pone en la mano.

—Dijiste que no te ibas a marchar —susurra, y recuerdo la promesa que le hice en el taxi, aquella tarde, antes de que el conductor nos echara—. Y lo cumpliste.

«Jamás te abandonaría», pienso, y cierro la mano para aferrar el anillo.

Me sonrío por última vez y quiero decirle que me espere, que la encontraré, pero Esen tiene razón.

No es justo darle falsas esperanzas.

Yo tendré esperanza por las dos.

Entonces me percato de que ha dejado de llover y todo ha vuelto a la calma. Pienso en el aneurisma de Poppy. El diminuto punto rojo en el lienzo cósmico de su cerebro cuya existencia desconocíamos hasta que reventó.

Me lanza una última mirada al subirse a la barca y, cuando se sienta, se parece a la mujer que tanto le gusta, la del cuadro de John William Waterhouse. *La dama de Shalott*, creo que se llama. Está en la misma postura, con la espalda erguida y la barbilla alzada, mirando al horizonte; su cabello se mece en la brisa mientras Caronte se sube y la barca de madera curvada comienza a deslizarse hacia la luna.

No aparto la mirada hasta que desaparece.

Once meses más tarde



Veronica Price está justo donde me dijo Deborah que la encontraría: en el puente sobre la autopista, mirando los coches pasar. No es lo que me esperaba, pero eso es lo que pasa siempre. Solo veo su perfil, su cara lisa y redondeada y su piel de un tono tostado que tiende más hacia el dorado bajo la luz de las farolas; su nariz chata adornada con un *piercing* que lleva un diamante engarzado y que, desde aquí, parece una estrella solitaria. Tiene más pelo que Esen, lo que yo creía imposible, una melena afro en forma de corazón, con raya al medio, que se mece suavemente con la brisa y refulge como las plumas de un cuervo.

Tras haber pasado la mayor parte del día —o más bien la mayor parte de los pasados once meses y dos semanas— temiendo que el lugar en el que está Poppy y al que voy a ir yo no sea el mismo, me alivia ver a Veronica porque esto significa que lo descubriré enseguida. Llevo repitiéndolo como un mantra, una y otra vez: «Cree que iréis al mismo sitio». Tras cada encargo. A cada paso. Cada vez que la campanilla de la puerta de la librería suena para indicar que ha entrado alguien.

«Cree que iréis al mismo sitio.»

Solo de pensarlo me invade el entusiasmo y hago lo que puedo para no acercarme corriendo a Veronica porque, de la emoción, he llegado pronto. Así que guardo las distancias por si acaso me ve y cambia de planes.

No quiero que lo último que haga como parca sea intervenir en la muerte de la persona cuya alma debía segar.

¿Te lo imaginas?

Cuando Deborah alzó el pósito y dijo: «Aquí tenemos a la nueva parca», Esen sugirió que me lo dejaran a mí, puesto que nunca había hecho un encargo en Nochevieja. Deborah le lanzó una mirada suspicaz, seguro que se preguntó por qué no quería encargarse ella, dado que Dev había tenido el privilegio de traerme a mí el año anterior. Y supongo que es apropiado que me encargue yo de llevar a la persona que me reemplazará, aunque Deborah aún no lo sepa.

Esen me deseó suerte y Dev me sonrió. Era evidente que le estaba costando un mundo no lanzarse a darme un abrazo, pero decidió controlarse para no levantar sospechas por parte de Deborah. Yo le devolví la sonrisa y les dije que luego las veía.

Y ahora aquí estoy, esperando a que Veronica se precipite.

Cuando Deborah me entregó el pósito y leí:

Veronica Price

Caída

Puente sobre la A23

23.59

Creí que lo habrían clasificado mal porque ¿cómo va a caerse alguien de un puente?

No obstante, no había habido ningún error, porque ahí tenemos a Veronica, con medio cuerpo por fuera de la barandilla y un bote de pintura en espray en la mano, escribiendo algo en el costado del puente. Desde aquí no veo lo que escribe, pero no puedo evitar pensar si habrá sido ella quien habrá pintado el «Bésala ya» bajo el puente que hay junto a la estación.

Donde Poppy y yo nos dimos el primer beso.

Ahora está de puntillas, inclinada sobre la barandilla hasta tal extremo que me está costando no salir disparada a sujetarla cuando se le levanta el pie derecho del suelo. Y entonces desaparece, primero sus brazos, por último sus pies, como un saltador de trampolín en los Juegos Olímpicos a punto de aterrizar en el agua de la piscina. Pasa un instante, luego otro, y al fin lo oigo: el rechinar del metal que impacta contra el metal, algo topando contra otro algo contra el que no debería topar, seguido del chasquido del cristal al reventar. Los coches frenan de golpe. Luego saltan varias alarmas y alguien toca la bocina. Y, entonces, llega el instante más esperado.

Pop.

El primer fuego artificial del Año Nuevo.

Sé que debería sentirme aliviada porque esto es lo que quiero, ¿verdad? Que ella se quede para que yo pueda marcharme. Pero al ver a Veronica alzar la vista para contemplar los fuegos artificiales, diminutas esquirlas de luz que estallan por el cielo sobre nuestras cabezas, me parece una niña pequeña. Está anonadada, su boca da paso a una sonrisa tan grande que de pronto me siento inabarcable e ilógicamente triste, porque ¿cómo voy a alegrarme de que haya muerto así?

Qué desperdicio.

Al fin, se gira y, cuando me ve, da un paso atrás.

—¿Veronica Price?

Frunce el ceño y esboza una mueca de extrañeza.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me llamo Ash.

Se queda mirándome y yo asiento con la cabeza. Tarda un rato, pero cuando se da cuenta de que le estoy indicando que mire por encima de la barandilla, lo hace, pero no suelta un alarido, como hizo Alice Anderson, sino que vuelve a mirarme.

—¿Eres...? —Hace una pausa para mirarme con suspicacia—. ¿Eres un ángel?

—No del todo —le respondo, y le ofrezco una mano—. Vamos, quiero presentarte a unas personas.



Caminamos en silencio, Veronica se muestra tan grogui y obediente como los demás y me pregunto si yo me comporté igual con Dev.

Si la seguí sin más.

Cuando llegamos a la librería, me quedo un segundo en la acera, mirando la escena a través del escaparate. Deborah está tras el mostrador, encorvada sobre lo que está escribiendo. Dev está en medio de la tienda, caminando en círculos como un padre expectante en el ala de maternidad. Está hablando con Esen, quien está echada en el sillón con una sonrisa pilla en los labios, sus largas piernas cuelgan sobre el reposabrazos mientras se enrosca un rizo en el dedo; claramente está burlándose de ella.

Mi familia.

Solo con eso me entran las dudas, pero entonces recuerdo a Poppy, cuando se marchó en la barca de Caronte, con el cabello refulgiendo bajo la luz de la luna, y me asalta ese picor repentino y exasperante que siento cada vez que pienso en volver a verla.

Así que empujo la puerta y la campanilla que hay sobre ella anuncia mi llegada. Todas alzan la vista. Primero me miran a mí, después, a Veronica, que entra a mi zaga, no del todo consciente, con pasos pesados —casi tiernos— me sigue hacia el sofá, donde la siento agarrándola suavemente del codo. No opone resistencia, simplemente se acuesta y, cuando la cubro con la manta a cuadros, se queda KO.

No sé qué le pasa en estos momentos, pero sí que recobraré la consciencia pronto.

—Esta es Veronica Price —comenta Esen, con la cabeza inclinada para mirar su cuerpo enroscado en el sofá.

Asiento y me cruzo de brazos con un suspiro.

—Esta es Veronica Price.

—La llamaré Ronnie.

—¿Y si no le gusta ese apodo?

—La llamaré Ronnie.

—¿Qué tal es? —pregunta Dev, que se coloca a mi lado.

—No es demasiado habladora. —Me encojo de hombros—. En realidad no ha dicho nada en absoluto. Solo me preguntó si era un ángel.

Esen se ríe despectivamente y le doy un codazo.

—Venid —nos pide Deborah, que nos llama desde detrás del mostrador con un gesto de la mano—. Dejadla descansar un minuto. Tengo que hablar con vosotras.

«Ya ha llegado el momento», pienso, mirando a Esen y a Dev, que asienten con la cabeza.

Por una vez, la obedecemos y nos acercamos al mostrador. Aguardamos mientras Deborah se quita las gafas.

—Muy bien —dice con un ligero suspiro, y envuelve las lentes con los dedos—. Ahora que tenemos aquí a la nueva parca, debemos tomar una decisión muy importante.

Me hago la inocente, como si no supiese de qué está hablando.

—¿Qué decisión?

—Dev y Esen ya lo saben, pero sé que tú aún no, Ash —concede con un asentimiento de cabeza—. Te pido disculpas por no habértelo dicho antes, pero espero que lo comprendas cuando te lo explique.

—¿Cuando me expliques qué? —le pregunto, frunciendo el ceño afectadamente.

—Cuando nos llega una parca nueva, una de las antiguas puede marcharse.

—¿Adónde?

Se tira del lóbulo de la oreja con los dedos y evita mirarme a los ojos.

—Con Caronte, en su barca.

—¿Con Caronte? —casi grito, todo puro teatro—. ¿No tenemos que ser parcas para toda la eternidad?

Deborah niega con la cabeza y luego alza un dedo.

—No obstante —me advierte, ahora sí con sus pupilas clavadas en las mías—, las parcas más antiguas tienen prioridad. Esen elegirá primero, luego Dev y, si ambas deciden quedarse, te tocará decidir a ti, Ash.

—Vale. —Miro a ambos lados, a Esen y a Dev, e intensifico el ceño.

—Y bien... —Deborah hace una pausa y no sé si es para darle dramatismo al momento o si de verdad necesita tomarse un momento para formular la pregunta, pero aguarda un par de segundos antes de mirar a Esen y preguntarle—: Señorita Budak, ¿prefieres quedarte con nosotras o continuar tu viaje?

Esen finge pensárselo y responde:

—¿Y perderme todo esto? Qué va.

Cuando alza los brazos para señalar la librería, Deborah ni se inmuta; no cabe duda de que esperaba una respuesta de ese estilo. Entonces se gira para mirar a Dev.

—Señorita Devlin, ¿prefieres quedarte con nosotras o continuar tu viaje?

Dev niega con la cabeza.

—Quiero quedarme.

—Muy bien. —Deborah se vuelve hacia mí y si me siguiese latiendo el corazón estaría aporreándome tan fuerte las costillas que seguro que me astillaba alguna—. Señorita Persaud, ¿prefieres quedarte con nosotras o continuar tu viaje?

—No lo sé —miento; me meto las manos en los bolsillos de la chupa de cuero y me muerdo el labio inferior—. ¿Adónde iría si me subo a la barca de Caronte?

Por un instante aterrador temo que me diga que, al ser una parca, se me garantiza conocer la respuesta a la pregunta del millón —cuál es el sentido de la vida y qué hay al otro lado del mar—. No obstante, eso no sucede, y Deborah me ofrece la misma respuesta que le damos a todo el que nos pregunta:

—A donde tú quieras, señorita Persaud.

Finjo pensármelo un rato más y entonces asiento.

—Sí. —Vuelvo a asentir—. Sí, quiero subir a la barca.

—Muy bien —acepta, y me devuelve el gesto de la cabeza. No parece sorprendida por mi decisión—. Te echaremos de menos, señorita Persaud —dice, y la creo—. Espero que encuentres a quien ansías hallar.

Alza la barbilla para mirarme con una sonrisa tranquila que me hace plantearme si lo sabrá todo.



—Primero tengo que ir a un sitio —les digo a Dev y a Esen en cuanto salimos de la librería—. No tardaré mucho.

No ponen pegasy caminan a mi lado mientras salimos del centro y nos dirigimos al mar. Creo que Esen sabe adónde vamos, pero Dev está muy confusa cuando dejamos la playa atrás. No me atrevo a mirar por encima de la barandilla por si acaso Caronte está esperándome, y ralentizo el paso cuando pasamos junto a la casa de Poppy. Todas las luces están encendidas salvo la de su dormitorio, así que aparto la mirada y camino un poco más rápido al acercarnos a Marine Gate.

Antes de llegar, giramos a la izquierda hacia Whitehawk Road y según va decreciendo el tamaño de las casas y el espacio que las separa, creo que Dev va pillando adónde nos dirigimos. Es raro porque antes me daba vergüenza que la gente supiera dónde vivía. Siempre deseé vivir en Marine Parade, en una casa grande del color de una tarta de bodas con ventanales que dieran al mar, como la de Poppy, pero de pronto me invade el orgullo cuando vamos avanzando junto a la procesión de edificios.

Puede que sean todas iguales, una hilera de ladrillos rojos que se extiende desde aquí hasta mi bloque, todas con las mismas ventanas cuadradas —dos arriba, una abajo—, la misma puerta de entrada y el mismo rectángulo de hierba que las separa de la acera, pero aquí vive gente. Viven de verdad. No como los padres de Poppy, que van de casa en casa, de hotel en hotel, de país en país, sin echar raíces.

Cada puerta está pintada de un color distinto, y aunque hay jardines más vistosos que otros, la mayoría están bien cuidados y en ellos crecen rosales y hortensias que, con la llegada del verano, florecerán en tonos rosas, salmón y azul.

No son casas, son hogares. Eso me reconforta. Saber que son el primer o el último lugar de residencia de la gente, y que en cada una hay personas y que algunas, como yo, han vivido aquí toda la vida. Gente que ha aprendido a montar en bici aquí y que ha corrido detrás del camión de los helados. Gente que se acaba de casar y que ahorra para renovar la cocina. Gente que acaba de salir del hospital con un bebé en brazos al que acostarán en una habitación infantil recién pintada, bajo un móvil de jirafas y elefantes que el pequeñín no podrá alcanzar. Gente que, ahora mismo,

está durmiendo en el sofá, con la boca abierta, con una copa de vino a medio beber a su lado, que llamará a su abuela por la mañana para desearle un feliz año nuevo.

Oigo el distorsionado *dum, dum, dum* que proviene de una fiesta hacerse cada vez más débil cuando nos aproximamos a Kingfisher Court.

—No pretenderás entrar, ¿verdad? —pregunta Dev con los ojos como platos.

—Claro que no —le respondo, y la guío hacia el parque.

Cuando se le relajan los hombros, entiendo por qué no quiere que suba y suelto una carcajada.

—¿Sigues teniéndole miedo a *Dorito*?

—No sabes cómo se puso, Ash —dice, y de pronto se pone furiosa—. ¡Parecía poseído!

Esen se une a mis carcajadas cuando nos sentamos en el banco; yo me coloco en medio de los dos.

—¿De ese tobogán te caíste a los seis años? —pregunta Dev, y lo señala.

—Sí. —En un acto reflejo, me llevo los nudillos a la barbilla para tocarme la cicatriz.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunta Dev, señalando el bloque de pisos que se alza ante nosotras.

—En el sexto piso —indico—, el tercero por la derecha.

He sentido la tentación de volver un millón de veces durante este año pasado, de sentarme en este banco y simplemente saber que están ahí. Rosh, en nuestro cuarto, con la nariz enterrada en un libro. Mi madre, sentada ante su máquina de coser mientras mi padre dormita en el sofá con el mando de la tele en la mano porque se niega a irse a la cama antes que ella. Ahora —tras lo que pasó con Poppy— me alegro de no haber vuelto porque, si los hubiese visto, no creo que me hubiera podido contener; habría salido corriendo y me habría lanzado a sus brazos, dándoles un susto de muerte.

Perdón por el juego de palabras.

La luz de la cocina está encendida y sonrío para mis adentros porque me percato de que eso significa que mi padre ha logrado mantenerse despierto hasta medianoche este año. Antes de apartar la mirada para contarles a Dev y a Esen lo de sus misteriosas jaquecas que solo sufre cuando tiene que hacer algo que no le apetece, aparece la silueta de mi madre en la ventana y se me queda el cuerpo rígido. No sé si ellas también la ven, porque se quedan calladas, sentadas a mi lado mientras yo la contemplo. Estoy demasiado lejos para distinguir los detalles, pero la reconozco y juraría que me está mirando de frente, como si supiera que estoy aquí.

No me atrevo a mover un músculo, la cabeza me da vueltas, pues un oleaje de sentimientos que no he sentido desde hace mucho tiempo me inunda; comienza en el cuero cabelludo y desciende hasta los dedos de los pies. Nos quedamos así un rato, hasta que ella se aparta de la ventana. Justo después, veo que se pasa la mano por la mejilla y entonces sé que ya me puedo marchar.

Que ella sabe que estoy bien.



Cuando llegamos a la playa, Caronte me está esperando, la luz de la luna delinea su barca de madera, que se bambolea sobre el mar, súbitamente calmo. Lo miro y me repito una y otra vez: «Cree que iréis al mismo sitio»; luego me giro para mirar a Dev y a Esen.

Dev ni lo duda: se lanza a mis brazos y me estrecha durante un rato más que de costumbre antes de soltarme. Cuando se aparta, me pone las manos sobre los hombros y me los aprieta.

—Espero que la encuentres —dice, y me da un beso en la mejilla.

—Yo también —asiente Esen, con las manos en los bolsillos de su abrigo de lana.

Cuando me separo de ella, me toma por sorpresa y me abraza igual que Dev, y además me da un beso en la coronilla.

—La encontrarás —susurra, posando las palabras entre los mechones de mi pelo—. Os encontrasteis en vida y os encontrasteis en la muerte, ahora os encontraréis más allá del mar.

Le devuelvo el abrazo —me aferro a ella— y nos quedamos así durante un buen rato hasta que al fin ella se separa.

—Buen viaje —me desea, busca a tientas el colgante en forma de guadaña y lo aprieta entre los dedos.

Yo me saco el mío de debajo de la sudadera y me lo llevo a los labios.

Cuando Esen da un paso atrás, yo asiento y mi mirada viaja entre ambas.

No sé qué decir, espero que surjan las palabras de despedida adecuadas, pero nada.

Entonces vuelvo a asentir y comienzo a caminar hacia Caronte, quien me tiende la mano mientras yo repito en silencio las palabras que me ha dicho Esen una y otra vez y pienso en Poppy, con el pelo alborotado, esperándome en una playa.

Nos encontramos en vida.

Y también en la muerte.

Ahora pienso encontrarte más allá del mar.

Agradecimientos

Mi madre falleció el mismo día en el que se publicó mi tercer libro. Fue doloroso de mil formas diferentes, así que seguro que no me hace falta explicarlo si has pasado por lo mismo, pero perder a alguien tras una larga enfermedad es particularmente cruel. No digo que exista una forma correcta de perder a un ser querido, por supuesto. La pérdida siempre duele. Pase como pase. El dolor es igual de intenso y el hueco que dejan es igual de imposible de rellenar.

Pero perder a alguien a pedazos no es comparable a ninguna otra cosa. Un día mi madre era capaz de comer sola, al siguiente ya no. Un día podía sentarse, al siguiente ya no. Un día era capaz de levantar la cabeza, al siguiente ya no. Se fue marchando trocito a trocito hasta que, al final, su corazón se rindió y todo se terminó.

Es un dolor que no todo el mundo conoce. Tu mundo se divide entre antes y después de unirse a un club al que no deseabas pertenecer. Yo ya era miembro de dicho club desde hacía años, tras haber perdido a mi padre a manos del cáncer cuando yo solo contaba dieciséis años; volver a pasar por esa experiencia veinte años después fue muy duro.

Después, me parecía que no me quedaba nada. Acabé tan quemada que sentía que si me abrían en canal lo único que saldría sería humo. Dejé de leer, me resultaba imposible centrarme en un libro más allá de unas pocas páginas antes de que mi mente se fuese para no volver. Entonces dejé de anotar cosas en mi libreta, paré de garabatear los fragmentos de conversaciones que escuchaba en el piso de arriba del autobús o las frases que, reformuladas de manera adecuada, serían música para mis oídos. Así pues, dejé de escribir.

Esperé. Adopté un perro. Me mudé a un lugar donde pudiese ver el mar. Conseguí un trabajo, serví té y pastel a gente que ni me miraba a los ojos. Pasó un año. Luego dos. Y nada.

Lo único que quería era que alguien me dijese que todo iba a salir bien, pero entonces se me ocurrió que, como escritora que soy, eso es lo que hago. O lo que debería hacer. Debería poner palabras a las cosas que son demasiado grandes —demasiado horribles— como para articularlas. Las cosas que la mayor parte de la gente es incapaz de verbalizar. Si he hecho mi trabajo como es debido, terminarás mis libros y te verás reflejado, y espero que también te lleves la sensación de que puedes con esto, aunque te parezca un escollo infranqueable.

No me había dado cuenta de la suerte que tenía por ser capaz de hacer precisamente eso hasta que dejé de poder hacerlo. Escribir era mi forma de dar sentido al mundo, así que perder esa habilidad supuso otro tipo de pérdida, aunque igual de irremplazable.

Dejé de esperar. Me dije que daba igual si no volvía a escribir. Eso era antes. Esto es Después,

y Después implica pasear a mi perro por la playa cada mañana y servir té y pasteles a gente que ni me mira a los ojos, y todo está bien porque al menos sobreviví al incendio.

No obstante, sí que hubo gente que esperó. Malorie Blackman. Nikesh Shukla. Catherine Johnson. Sara Barnard. Holly Bourne. Eleanor Wood. Juno Dawson. Todos me acompañaron mientras lloraba y decía que jamás volvería a escribir, completamente conscientes de que era mentira, de que en cuanto se hubiese despejado el humo, Después me parecería más bien una estancia a la que había llegado y de la que no sabía salir más que un lugar en el que quisiera estar.

A Jan Kofi-Tsekpo, del The Arts Council, quien, cuando al final sucedió lo inevitable me dio tiempo para escribir, pues de otra forma no habría dispuesto del espacio ni de la confianza suficientes para acabar contando esta historia. A Polly Lyall-Grant, de Hachette Children's Group, quien vio algo en mis palabras, y a su equipo —Halimah, Emily, Aash, Alice y los responsables de la corrección de estilo y ortotipográfica y de la maquetación—, que las convirtió en el libro que tienes entre las manos. También a Sarah Maxwell, quien ilustró la maravillosa cubierta que me hizo gritar de entusiasmo la primera vez que la vi.

A las mujeres inteligentes, graciosas y brillantes que me ayudaron a transitar los últimos cinco años sin siquiera darse cuenta. Sunny Singh. Bim Adewunmi. Bolu Babalola. Daniellé Dash. Charlotte Abotsi. Melissa Cox. Laura Dockrill. Bethany Rutter. Alice Slater. Keris Stainton. Gracias. Os deseo todo lo mejor.

A mis queridos amigos, Val, H y Alan, que me sostuvieron tras la muerte de mi madre, y a Angela, Suzi, Catherine, Hannah, Tracy, Duncan, Ian y Lucy, que han hecho que me sienta como en casa en Brighton. Y no olvidemos a Scoot, Kelly, Fiona y Jade, que me conocieron Antes y me conocen Después y han conocido todas las versiones de mí misma que han existido entre medias.

A mis adorables sobrinitos, Jacob y Nathan, a quienes les importa un comino cuántos libros escriba la tía Tanya siempre que los lleve al acuario y a recoger conchas a la playa y peleemos con *Kung Fu Fighting* de fondo. (Bueno, esto último lo hacen ellos, no yo.) Y a mi hermano, quien me los trae para poder hacer todo eso. Os quiero muchísimo.

A mi adorada perrita *Frida*, a quien creía estar rescatando, pero que acabó salvándome ella a mí.

Por último, a Claire Wilson, que ha sido tan amable y tan paciente conmigo y no dejó de creer en mí cuando la mayoría de los agentes me habrían dejado tirada por no generarles ni un céntimo en cinco años. Sabía que volvería a escribir y, como siempre, tenía razón. (Ya puedes ir enmarcando este recorte, Wilson, porque jamás volveré a admitirlo.) No sé cómo darle las gracias por su fe en mí, pero estas pocas frases tendrán que bastar hasta que dé con una forma más adecuada.

Bueno. Pues ya está. Si has leído la historia de Ash y te alegras de que la haya contado, esta es la gente que lo ha hecho posible. Sin ellos, Ash nunca habría encontrado a su primer —y último

— amor, y yo les estoy eternamente agradecida.

Afterlove
Tanya Byrne

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Afterlove*

© del texto: Tanya Byrne, 2021

© de la traducción: Verónica García, 2023

Canciones del interior

© Auld Lang Syne. Compuesto por Robert Burns e interpretado por Rod Stewart.

© Ilustración de la cubierta, Sarah Maxwell

© Editorial Planeta S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

crossbooks@planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2023

ISBN: 978-84-08-27794-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

